

Dossier:
Muchos *cincuentas*:
Procesos, temporalidades y conexiones
globales en América Latina

Varia

Bibliográficas

Eventos

Historia y problemas del siglo XX

contemporánea

Volumen 16, año 13, 2022

Contemporánea (ISSN 1688-9746) es una revista académica de frecuencia semestral con artículos en español, inglés y portugués sobre historia y problemas del siglo xx en América Latina.



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY

Contemporánea se edita en Montevideo
con apoyo
de la Facultad de Humanidades y Ciencias
de la Educación, Universidad de la República.

Contemporánea
ISSN: 1688-9746

Edición al cuidado del equipo
de la Unidad de Comunicación y Ediciones
de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
de la Universidad de la República.

Archivo General de la Universidad de la República
Frugoni 1427
CP 11200
Montevideo, URUGUAY
Teléfonos: (+598) 24009155

Por suscripciones y canjes comunicarse con <revistacontemporanea2010@gmail.com>

Comité editorial

Jimena Alonso, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República
Inés Cuadro, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República
María Eugenia Jung, Archivo General de la Universidad de la República
Aldo Marchesi, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación y Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República
Vania Markarian, Archivo General de la Universidad de la República
Diego Sempol, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República
Isabel Wschebor, Archivo General de la Universidad de la República
Jaime Yaffé, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República
Gabriela González, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República
Javier Correa, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República
Lucas D'Avenia, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República
Pablo Alvira, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República

Editores de reseñas bibliográficas

Jimena Alonso, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República
Lucas D'Avenia, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República

Comité asesor

Gerardo Caetano, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República
Álvaro Rico, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República
José Rilla, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República y Universidad Centro Latinoamericana de Economía Humana

Comité académico

Uruguay

Clara Aldrichi, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República
Alcides Beretta, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República
Magdalena Bertino, Facultad de Ciencias Económicas y de Administración de la Universidad de la República
Luis Bértola, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República

María Camou, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República
Carlos Demasi, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República
Adolfo Garcé, Facultad de Ciencias Sociales y Facultad de Ciencias Económicas y de Administración de la Universidad de la República
Raúl Jacob, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República
María Inés Moraes, Facultad de Ciencias Sociales y Facultad de Ciencias Económicas y de Administración de la Universidad de la República
Benjamín Nahum, Facultad de Ciencias Económicas y de Administración de la Universidad de la República
Adela Pellegrino, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República
Rodolfo Porrini, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República

Exterior

Carlos Aguirre, University of Oregon, Estados Unidos
Carlos Altamirano, Universidad Nacional de Quilmes, Argentina
Claudio Barrientos, Universidad Diego Portales, Chile
Isabella Cosse, Universidad de Buenos Aires, Argentina
Fernando Devoto, Universidad de Buenos Aires, Argentina
Silvia Dutrenit, Instituto Mora, México
Eduardo Elena, Miami University, Estados Unidos
Carlos Fico, Universidad Federal de Río de Janeiro, Brasil
Paulo Fontes, Fundación Getulio Vargas, Brasil
Marina Franco, Universidad Nacional San Martín, Argentina
Greg Grandin, New York University, Estados Unidos
Elizabeth Jelin, Instituto de Desarrollo Económico y Social, Argentina
Victoria Langland, University of California, Estados Unidos
Gerardo Leibner, Universidad de Tel Aviv, Israel
Pablo Piccato, Columbia University, Estados Unidos
Laura Reali, Universidad Paris VII, Francia
Eduardo Rey Tristán, Universidad de Santiago de Compostela, España
Marcelo Ridenti, Universidad Estadual de Campinas, Brasil
Luis Alberto Romero, Universidad Nacional San Martín, Argentina
Sinclair Thomson, New York University, Estados Unidos
Gonzalo Varela, Universidad Autónoma Metropolitana, México
Verónica Valdivia, Universidad Diego Portales, Chile
Peter Winn, Tufts University, Estados Unidos
Eric Zolov, Stony Brook University, Estados Unidos

Contenido

PRESENTACIÓN DE LOS EDITORES	7
DOSSIER: MUCHOS CINCUENTAS: PROCESOS, TEMPORALIDADES Y CONEXIONES GLOBALES EN AMÉRICA LATINA	
Presentación, <i>Ximena Espeche, Adriana Petra y Martín Ribadero</i>	9
Católicos progresistas. Intelectuales, teología y política en la Argentina de los años cincuenta, <i>José Zanca</i>	14
¿Cuándo comienzan los años cincuenta? La vida pública del <i>desarrollo económico</i> , 1948-1958, <i>Jimena Caravaca</i>	35
Los años cincuenta en el registro de la arquitectura en Argentina: una década partida, <i>Anabí Ballent</i>	53
El fútbol argentino en los años cincuenta: tensiones entre tradición y modernidad en la prensa deportiva, <i>Daniel Szabón</i>	76
«Para hombres de acción y de carácter»: Masculinidad de consumo y publicidad gráfica en la prensa periódica del «Uruguay Feliz» (1950-1954), <i>Maximiliano Zito Iglesias</i>	95
Al final del túnel: la coyuntura político electoral de 1958 en la revista <i>Problemas de México</i> , <i>Jaime Ortega</i>	120
VARIA	
Autonomía, conRAINTeligencia y política. Un estudio sobre el Grupo de Tareas 3.3 de la ESMA (1976-1978), <i>Valentina Salvi</i>	136
BIBLIOGRÁFICAS	
Claudio Lomnitz. <i>Nuestra América. Utopía y persistencia de una familia judía.</i> <i>Ana Clarisa Agüero</i>	155
Gerardo Caetano. <i>El liberalismo conservador. Genealogías.</i> <i>Pablo Ferreira</i>	158
Roger Geymonat. <i>Iglesia, Estado y Sociedad en el Uruguay contemporáneo 1960-2010.</i> <i>Lorena García Mourelle</i>	160
Michelle Chase e Isabella Cosse (con Melina Pappademos y Heidi Tinsman) (editoras). Revolutionary positions: gender and sexuality in Cuba and beyond. <i>Radical History Review.</i> <i>Maite Iglesias</i>	162

Fernando Ramírez Llorens, Mónica Maronna y Sergio Durán (editores). <i>Televisión y dictaduras en el Cono Sur. Apuntes para una historiografía en construcción.</i> Lucía Secco	164
Karen Donoso. <i>Cultura y dictadura. Censuras, proyectos e institucionalidad cultural en Chile, 1973-1989.</i> Mario Vega	166
Martín Baña, <i>Quien no extraña al comunismo no tiene corazón. De la disolución de la Unión Soviética a la Rusia de Putin.</i> Matías Rodríguez Metral	168
Natalia Milanesio, <i>El destape. La cultura sexual en la Argentina después de la dictadura.</i> Paola Benassai	170
EVENTOS	
III Congreso de la Asociación Uruguaya de Historiadores (AUDHI) «La Historia en tiempos de crisis: viejos y nuevos desafíos del oficio» Maite Iglesias Schol	172
5.º Congreso de Historia Intelectual de América Latina (CHIAL). Alana Constenla	177
Convocatoria	181

Presentación de los editores

Ya en una situación de relativa normalidad luego de la pandemia de covid-19, pero aun bajo sus consecuencias sociales y políticas, volvemos a presentar un nuevo número de *Contemporánea: Historia y problemas del siglo XX*. Lo hacemos con la alegría de haber convocado nuevamente el interés de muchos colegas dentro y fuera de nuestro país para colaborar con este proyecto editorial.

En esta ocasión, tenemos un dossier de vocación latinoamericana y sostenido en la inquietud por explorar la que quizás sea la más olvidada de las décadas del siglo pasado, la de los años cincuenta, en el cono de sombras de varias acumulaciones historiográficas de la región y el mundo. Tres colegas argentinos (Adriana Petra, Ximena Espeche y Martín Ribadero), sobre la base de un encuentro académico realizado hace varios años, trabajaron en el abordaje de ese momento bisagra en diferentes claves analíticas que ojalá estimulen próximas indagaciones. Los seis artículos del dossier cubren tres países (Argentina, México y Uruguay) desde revisiones bibliográficas muy actualizadas y con una serie de preguntas sobre las categorías apropiadas para su estudio que permiten empezar

a delinear un programa de indagación que trasciende los casos bajo estudio.

En la sección varia presentamos un texto de Valentina Salvi sobre una temática que ha centrado el interés de nuestra revista desde su fundación, la de los regímenes autoritarios de los años setenta en el Cono Sur de América Latina, esta vez desde el estudio minucioso de los mecanismos represivos de la dictadura argentina.

Como es de uso en nuestra revista, incluimos también dos reseñas de eventos sucedidos en Montevideo en 2021 (el Tercer Congreso de la Asociación Uruguaya de Historiadores y el Quinto Congreso de Historia Intelectual de América Latina) y un puñado de reseñas sobre publicaciones recientes en los temas de interés de *Contemporánea*.

Incluimos, por último, la convocatoria al próximo *dossier* de la revista, que recibe contribuciones hasta diciembre de este año. Apunta, en este caso, a volver a reflexionar sobre las dictaduras uruguaya y chilena al cumplirse en 2023 cincuenta años de sus respectivos golpes de Estado.

Queda pues hecha la invitación a seguir colaborando con este espacio de intercambio sobre la historia y los problemas del siglo XX en América Latina.

Muchos cincuentas: procesos, temporalidades y conexiones globales en América Latina

Ximena Espeche,¹ Adriana Petra² y Martín Ribadero³

Contra la asunción de que los años cincuenta fueron «años tristes», levantaba su voz hace ya un tiempo el historiador británico Simon Hall (2016).⁴ En su celebrado libro, *1956*, aseguraba cómo esa década había quedado, en comparación con otras (los veinte; los cuarentas, etc.), en los márgenes de las agendas de indagación académica e intelectual. El trabajo de Hall hace mucho más que redefinir una periodización que legitime la elección de un año específico. Organiza con un año (1956) y una década (los cincuenta) toda una pregunta acerca de las temporalidades, incluso aquellas que, como la de los sesenta, parecen haber quedado aseguradas en las narrativas académicas. En esta misma línea, James Gaines (2022) publicaba un libro en el que, a partir de una serie de nombres y trayectorias, mostraba cómo para el caso estadounidense los años cincuenta también deberían ser revisitados desde una perspectiva que plantea a esta década como algo más que una mera antesala de los muy abordados años sesenta. Se trata de un período con una especificidad por derecho propio. Y el ejemplo no es menor: las diversas resistencias a los distintos *statu quo* (económicos, políticos, culturales) llevados a cabo por muy distintos miembros de la sociedad estadounidense. Nos interesa el gesto de Hall, pero también queremos ir más allá de un año y sus revueltas. Leemos con atención la propuesta de Gaines, pero los trabajos de este dossier se focalizan en análisis menos centrados en algunas trayectorias que en determinados problemas que atañen a las temporalidades y a los procesos en otras coordenadas geográficas a las abordadas por estos autores. Nos proponemos, entonces, trascender una comparación entre décadas —los cincuenta y los sesenta: una y otra en parte muy estandarizadas— y para hacerlo nos abocamos a pensar un problema: ¿qué decimos cuando decimos años cincuenta en América Latina? O, mejor, ¿es posible hablar de los *años cincuenta* en la región, como parte de un haz de temporalidad y procesos que en su fisonomía son indistinguibles tanto de su pasado como de su

- 1 Centro de Historia Intelectual, Universidad Nacional de Quilmes-Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. ximena.espeche@gmail.com
- 2 Centro de Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional de San Martín/ Laboratorio de Investigación en Ciencias Humanas/Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. apetra@unsam.edu.ar
- 3 Laboratorio de Investigación en Ciencias Humanas, Escuela de Humanidades; Universidad Nacional de San Martín. ribaderomartin@gmail.com
- 4 Entre los múltiples temas que no pudieron ser incluidos en este dossier se encuentra la música. Como un modo de acercarnos a esa dimensión, incentivar trabajos futuros y acompañar la lectura de estas páginas, recomendamos esta *playlist* elaborada por los autores: <https://open.spotify.com/playlist/IpoQnoXk6dDvijByG49Ja3?si=bo8o61b26b5944d9>

futuro? ¿Existe una especificidad latinoamericana respecto a la de los países centrales y por lo tanto varias formas en que la década pudo transcurrir?

Dado que varios de estos interrogantes, formulados como inquietudes e incitaciones, atravesaban nuestras propias investigaciones, dedicadas a objetos y problemas que se volvían inteligibles solo reflexionando sobre la particularidad de aquellos años (las batallas por la información en contextos revolucionarios, la emergencia del comunismo como un actor de peso en el escenario internacional, el proceso cubano, la cultura de masas), en setiembre de 2019 organizamos, en el marco del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional de San Martín, las jornadas «Los '50: variaciones de una década». En aquella oportunidad, reunimos a trece investigadores e investigadoras de diversas formaciones y procedencias institucionales bajo la sugerencia de volver sobre sus propios temas, observados bajo el prisma de los estratos y modulaciones de una temporalidad ahora interrogada. Algunas de las cuestiones planteadas en aquel encuentro son retomadas en las páginas que siguen, como producto de una inquietud que no solo se mantuvo, sino que se renovó y extendió: las intuiciones que nos guiaron entonces toman la forma de una pregunta más amplia y general acerca de la relación entre los años cincuenta y la denominada época de los sesenta y setenta (Gilman, 2003); pero también acerca de los sentidos múltiples, contenciosos, de ese período que el historiador británico Tony Judt (2006) definió, para el caso europeo, como postguerra y que ya el argentino Tulio Halperín Donghi también utilizara en su clásico trabajo *Historia Contemporánea de América Latina* (1969).

El *dossier* propone, entonces, una forma de mirar una serie de problemas, actores y procesos en y desde algunos países de América Latina en clave de historia cultural e intelectual. De este modo, los artículos de José Zanca, Jimena Caravaca, Anahí Ballent, Daniel Sazbón, Maximiliano Zito y Jaime Ortega se alejan y cuestionan, en simultáneo, la temporalidad condicionada por la historia política latinoamericana —por la vía de revoluciones o de los llamados «populismos clásicos» (Zanatta, 2012; Acha, 2019)— sin que ello implique, en su reverso, olvidar estos procesos. A su vez, diversos momentos políticos o culturales latinoamericanos son parte de la conversación con *otros años cincuenta* (con sede en otras regiones o países como Estados Unidos y Europa). Más aún: este *dossier* propone que es necesario volver a esos acontecimientos para reevaluarlos a la luz de perspectivas como las aquí se presentan. Como se verá, tanto el peronismo clásico en Argentina, el neo-batllismo en Uruguay o la crisis del legado de la revolución mexicana serán objeto de una nueva mirada.

Presentamos así una serie de trabajos que, si bien focalizan en determinados aspectos nacionales (Argentina, Uruguay y México), abarcan condicionantes que exceden los localismos. En este sentido, todos los artículos comparten —ya sea como parte de su objeto de indagación, o como contexto de posibilidad para pensarlo— la mención acerca de la relevancia de la internacionalización y modernización acelerada de la vida cultural latinoamericana, visible en la expansión de las ciencias sociales, la cultura de masas, la estructura comunicacional, el transporte y determinados productos y actores que colocan a la región —o a ciertos sectores de ella— en conexión con lo que sucede en otras zonas del planeta. Estamos en presencia de sociedades más interconectadas, integradas, pero también excluyentes bajo los problemas del desarrollo y la modernidad/modernización y, al mismo tiempo, inicialmente sujetas a un proceso de reconversión de pautas culturales de consumo, de vínculos familiares, afectivos y representacionales, de emergencia de nuevos actores (mujeres, jóvenes) y formas de habitar que constituyeron lo que Eric Hobsbawm (1996) llamó una revolución social y cultural, durante la larga ola de los «años dorados» del capitalismo occidental. Sin embargo, en su reverso, el *dossier* insiste en que la conexión entre procesos globales no puede desestimar sin más las particularidades locales. En todo caso, se trata de volver a las preguntas que tensionan particularidad y universalidad.

Como si, en definitiva, el dossier en su completud originase también una reflexión acerca de los límites y alcances de la misma categoría de *América Latina* y su uso en sede historiográfica.

El trabajo de José Zanca analiza el impacto del discurso modernizador en la intelectualidad católica argentina del período, y por ende las discusiones sobre los límites y alcances de un conocimiento que estaba sujeto a una doctrina en crisis. Así, la categoría del llamado aquí *catolicismo progresista* es un interesante ángulo de toma para auscultar una década y darle nuevo sentido. En ese marco, Argentina no es solo un caso, sino un modo de enfocar un problema que excedía en mucho las fronteras nacionales. Y en el que Zanca encuentra también una forma de discutir con la bibliografía que ha trabajado la relación entre la producción de conocimiento y las redes intelectuales católicas y sus momentos de quiebres internos. La apuesta es mostrar que el cisma modernizador —y las discusiones acerca del sentido de esa modernización— de la intelectualidad católica fue visceral en la segunda posguerra. En este enfoque, en el que el caso funciona como disparador para problematizar las asunciones vinculadas a cuestiones extra fronteras, pero que también incide en la discusión con la bibliografía experta, se encuentra el trabajo de Jimena Caravaca. El estudio aborda de qué forma la idea de desarrollo económico funcionó como un «horizonte conceptual de buena parte del debate político de los años de 1950 en la Argentina». Y en ese sentido, recupera un dato relevante: la latinoamericanización de las reflexiones acerca de la teoría/prácticas económicas de un personaje ya muy transitado como el economista argentino Raúl Prebisch.

Tanto en el trabajo de Caravaca, como en el de Sazbón y Ballent, veremos una discusión con las usuales explicaciones del período en torno del peronismo. De este modo, una indagación sistemática sobre «los cincuenta» colabora en destrabar algunos sentidos comunes muy afincados en la bibliografía vinculada al tema. El estudio de Caravaca demuestra que el discurso del desarrollo económico permeó, contra asunciones ya muy transitadas, el Segundo Plan Quinquenal, y allí la figura de Antonio Cafiero es clave. Anahí Ballent, por su parte, discute en el campo de la arquitectura la llamada «década partida en dos por la política». Es decir, el peronismo y su derrocamiento en 1955 por el golpe militar de la autodenominada Revolución Libertadora. Ese tópico cifró buena parte de los propios análisis que desde dicho campo se hicieron respecto de la relación entre Estado peronista, planificación urbana y modernidad (en el doble sentido de la caracterización de estilos y escuelas arquitectónicas cuanto en la relación entre lo tradicional y lo moderno, y de quiebre con el pasado). Ballent asegura entonces que la «década partida» configuró un diagnóstico que vale la pena discutir. Afirma así que la renovación fue «producto tanto del nuevo clima político-cultural instaurado después del golpe militar como de las continuidades con las propuestas estatales del peronismo».

En su análisis sobre los debates acerca de las características de un deporte como el fútbol en relación con las complejas y discutidas asunciones acerca de la «identidad nacional» en Argentina, Sazbón asegura que el peronismo no puede ser analizado como obturador de modernizaciones o internacionalizaciones deportivas. Por el contrario, una observación detenida en la prensa y en revistas especializadas del período, como el famoso *El Gráfico*, muestra los rangos de cierta autonomía del universo del fútbol. La oposición modernidad/tradición en ese deporte se juega así con las discusiones acerca del desarrollo y del sostenimiento de una identidad nacional que tensiona los valores asociados al pasado y al futuro y de todas ellas repicando y cuestionando algunas asunciones vinculadas a la relación entre peronismo y deporte.

En los trabajos de Zito y Ortega abandonamos las fronteras argentinas y el peronismo, pero continuamos en el universo reflexivo acerca de la internacionalización, modernización y las relaciones entre la tradición y la modernidad para revisar procesos políticos, culturales, sociales y económicos. Zito avanza un trabajo en perspectiva de género y de análisis del discurso y, bajo una lectura cuerpo

a cuerpo de la publicidad montevideana de la segunda posguerra, analiza la formulación normativa de las masculinidades urbanas y rurales en el Uruguay neobatllista. Así, el artículo hace hincapié en las imágenes y en los textos, revelando las modificaciones relativas a las nuevas composiciones de una masculinidad en la que un tipo particular de consumo —relacionado con el confort, la seguridad económica, la paternidad afectiva y a la comodidad hogareña centrada en los artículos novedosos en la gestión de la casa asignados a las mujeres— es clave.

Ortega construye desde otro lado su objeto; se trata de reflexionar en torno de una revista, *Problemas de México*, y pensarla más bien como un «archivo de coyuntura». Ello le permite tomar un año —1958— y ver allí hacia atrás y hacia adelante un proceso de más largo alcance: la crisis de la llamada «ideología de la revolución mexicana» a partir de cómo está tematizada por los vaivenes del posicionamiento de fracciones del Partido Comunista mexicano ante las elecciones de ese año. En relación con el trabajo de Zito, Ortega postula cómo la cuestión del consumo, la modernización y la frontera íntima entre México y Estados Unidos pareciera hacer visible dos modos de pensar esos vínculos y existencias, en parte referidas en las películas *Una familia de tantas* de Alejandro Galindo y *Los olvidados*, de Buñuel, y en parte auscultadas en las críticas de las izquierdas al rumbo del gobierno y de las promesas deshechas de la revolución.

En definitiva, como hemos visto con una muy somera descripción de los trabajos, la internacionalización y la modernización —en todo contencioso, tal como analiza Ortega— es palpable en varios planos. Podemos enumerarlos del siguiente modo: el de la esfera técnica, esto es, la referida a las mejoras en los transportes que facilitan los viajes transatlánticos (becas, viajes de estudios, congresos, etc.), en los medios de comunicación (cultura de consumo global); el de la esfera de los organismos internacionales: la creación y superposición de diversas organizaciones transnacionales y redes profesionales o político-intelectuales (CEPAL, panamericanismo arquitectónico, encuentros católicos, instituciones ligadas a las batallas de la Guerra Fría). Aquí vale la pena reparar en una escala regional que aparece potenciada; en el ámbito de las disciplinas académicas fuertemente internacionalizadas: las ciencias sociales emergen en todos los trabajos bajo algún tipo de referencia o discurso acreditado para hablar de la sociedad. Esto va de la mano con la evidencia del peso que comienza a tener la acreditación universitaria y, por último, en la esfera de una cultura de masas que porta sentidos ligados a la modernización de la vida social y el American Way of Life: el ingreso de electrodomésticos a los hogares de clase media —ella misma un actor clave para comprender el período—, y la internacionalización vía los consumos culturales y artísticos.

Otro tema relevante en los artículos, si bien es tratado de forma diversa, es el del liderazgo estadounidense en la región. Estados Unidos es también un actor con protagonismo casi indiscutido. El problema es cómo analizar la importancia de ese liderazgo. Obviamente los estudios en Guerra Fría en América Latina han redefinido esa indagación, han pensado y ahondado en reflexiones acerca de la diversidad de actores, proyectos, prácticas en y desde América Latina. Teniendo en cuenta las asimetrías, esos estudios muestran —como avanzó Vanni Pettiná en su *Historia mínima de la Guerra Fría* (2018), pero también los clásicos enfoques de Daniela Spenser (2004); Gilbert Joseph y Daniela Spenser (2008), Greg Grandin (2011); el trabajo de Benedetta Calandra y Marina Franco (2013) y el de Patrick Iber (2015), entre otros— la importancia de seguir de cerca los intentos de revertir, discutir, atemperar ese liderazgo. Esto incluye advertir los modos en que el otro actor en el conflicto, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), actuó en la región. En varios de estos escritos, el tema es, justo, las modulaciones de ese impacto, pero siguiendo también las coyunturas locales que exceden esa capacidad de presión (Caravaca, Zito). O directamente ese efecto comparte en realidad una vieja expectativa que redefine un binomio caro a las reflexiones en torno de la identidad latinoamericana

como es el de tradición-modernidad. En ese sentido, el trabajo de Sazbón apunta a un análisis que desarma el período de su impronta de liderazgo estadounidense y repone en cambio lo que en un trabajo ya señero de Carlos Real de Azúa (1964) analizaba con una aguda crítica las referencias que hacían de la «tradición» un rasgo propio de «los males del continente». El trabajo de Sazbón propone además revisar el par modernidad-tradición, y le devuelve su historicidad.

Pero también, y esto vale la pena tenerlo en cuenta al avanzar la lectura, los trabajos permiten abrir preguntas/perspectivas cruzadas entre ellos. Mencionamos al menos dos. Por ejemplo, las redefiniciones acerca de las masculinidades que se ponen en juego en las valoraciones del carácter del fútbol y de los jugadores en Argentina (la relación entre disciplina deportiva como modernización científica del deporte y disciplina deportiva como baluarte de la fuerza del hombre tradicional). O pensar que las películas mencionadas por Ortega indirectamente pueden resultar insumos para releer los textos de Zito y de Ballent. En un caso, por la construcción de una familia «tipo», incluyendo la caracterización del rol masculino en ella; en el otro, porque como bien analiza la autora, la preocupación por las llamadas villas miserias en Argentina fue un dato no menor de las ansiedades abiertas por la migración rural hacia las ciudades y la redefinición de asentamientos que venían construyéndose al menos desde una década atrás.

Entonces, los años cincuenta en América Latina, ¿Son tristes, largos, melancólicos, coloridos? ¿Y cuándo comienzan?, ¿en 1945? ¿Y terminan cuándo?, ¿en 1959?, ¿en los años sesenta? Este *dossier* propone abrir los cincuenta a una multiplicidad de enfoques que no pierden el rumbo: redefinir sus procesos y temporalidades.

Buenos Aires, 31 de marzo de 2022

Referencias

- ACHA, O. (2019). El populismo latinoamericano en investigaciones recientes. En: S. CAROZZI, B. DAVILO y J. J. GIANI (Comps.), *Populismo: razones y pasiones*. Buenos Aires: Paso de los Libres.
- CALANDRA, B., y FRANCO, M. (Eds.) (2012). *La guerra fría cultural en América Latina*. Buenos Aires: Biblos.
- GAINES, J. (2022). *The fifties: An Underground History*. Londres: Simon and Schuster.
- GRANDIN, G. (2011). *The Last Colonial Massacre. Latin America in the Cold War*. Chicago: The University Chicago Press.
- GILMAN, C. (2003). *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- HALL, S. (2016). *1956: The World in Revolt*. Nueva York: Pegasus Books.
- HALPERÍN DONGHI, T. (1969). *Historia contemporánea de América Latina*. Madrid: Alianza.
- HOBBSAWM, E. (1996). *Historia del siglo XX*. Barcelona: Crítica.
- JOSEPH, G., y SPENSER, D. (Eds.) (2008). *In from the Cold: Latin America's new Encounter with the Cold War*. Durham-Londres: Duke University Press.
- JUDT, T. (2006). *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*. Barcelona: Taurus.
- IBER, P. (2015). *Neither Peace nor Freedom. The Cultural Cold War in Latin America*. Harvard: Harvard University Press.
- PETTINÁ, V. (2018). *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina*. Ciudad de México: El Colegio de México.
- REAL DE AZÚA, C. (1964). Rémora, culpa, conjura, condición: los males de América y su causa. *Marcha*, (1211), 16-17, 19-31.
- SPENSER, D. (Ed.) (2004). *Especios de la Guerra Fría. México, América Central y el Caribe*. Ciudad de México: CIESAS-Porrúa.
- ZANATTA, L. (2012). *Historia de América Latina. De la Colonia al siglo XXI*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Católicos progresistas. Intelectuales, teología y política en la Argentina de los años cincuenta

Progressive Catholics. Intellectuals, theology and politics in Argentina in the 1950's

José Zanca¹

Resumen

Finalizada la Segunda Guerra mundial, el catolicismo vivió un momento de particular incertidumbre. Si bien la historiografía se ha concentrado en las transformaciones acaecidas en la década del sesenta —en cuyo centro se encuentra el desarrollo y las consecuencias del Concilio Vaticano II (1962-1965)—, la década precedente exhibe una compleja y singular participación de distintos segmentos de la intelectualidad confesional, tanto aquellos protagonistas de las décadas precedentes (Gustavo Franceschi, Ismael Quiles, Julio Meinvielle, Octavio Derisi) como de los miembros de la llamada «generación del cincuenta» (Joaquín Aduriz, Antonio Donini, Ludovico Ivanissevich Machado, Carlos Floria, Natalio Botana). El presente ensayo pretende auscultar algunas de esas controversias, poniendo en el centro del análisis la aparición de un segmento de «católicos progresistas». Aspiramos a que esta categoría —utilizada, en principio, en forma flexible— nos permita comprender la singularidad del período, las formas que adoptó la

Abstract

After the Second World War, Catholicism experienced a time of particular uncertainty. Although historiography has concentrated on the transformations that took place in the 1960s – at the center of which is the development and consequences of the Second Vatican Council (1962-1965) –, the preceding decade exhibits a complex and singular participation of different segments of the confessional intelligentsia, both those protagonists of the preceding decades (Gustavo Franceschi, Ismael Quiles, Julio Meinvielle, Octavio Derisi) and the members of the so-called “generation of the fifties” (Joaquín Aduriz, Antonio Donini, Ludovico Ivanissevich Machado, Carlos Floria, Natalio Botana). The present essay aims to explore some of these controversies, placing at the center of the analysis the emergence of a segment of “progressive Catholics” in Argentina. We hope that this category – used, in principle, in a flexible way – will allow us to understand the singularity of the period, the forms adopted

¹ Investigaciones Socio-históricas Regionales/Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Rosario, Argentina. zanca@ishir-conicet.gov.ar. Agradezco los comentarios y sugerencias de los revisores anónimos que ayudaron a corregir el presente artículo.

crítica —cada vez más abierta— al modelo de la *cristiandad*; la apropiación en Argentina de los autores de la *Nouvelle Théologie*, y la percepción, de los mismos intelectuales católicos, de la pluralización y secularización del campo religioso local. Nos concentraremos en la posición que adoptaron intelectuales católicos —en diversos espacios y formatos de intervención pública— frente a una agenda de problemas en la que se destacaba: la valoración del peronismo, el comunismo y la Guerra Fría, la modernización de las costumbres sociales, y la percepción de la crisis de la sociedad contemporánea y el cristianismo. La exploración pretende distinguir la singular configuración del catolicismo de los años cincuenta, y aportar a la más amplia comprensión del debilitamiento de identidades —hasta ese momento— inalterables entre los intelectuales confesionales, formulando interrogantes que sirvan para la interpretación general del período.

Palabras clave: Intelectuales católicos, Iglesia católica, progresismo cristiano, secularización

by the increasingly open criticism of the model of Christianity, the appropriation in Argentina of the authors of the *Nouvelle Théologie*, and the perception, by Catholic intellectuals themselves, of the pluralization and secularization of the local religious field. We will concentrate on the position adopted by different segments of the Catholic intelligentsia – in different spaces and formats of public intervention – in the face of an agenda of problems in which the following stood out: the assessment of Peronism, communism and the Cold War, the modernization of social customs, and the perception of the crisis of contemporary society and Christianity. The exploration intends to distinguish the singular configuration of Catholicism in the fifties, contributing to a broader understanding of the weakening of identities – up to that moment – unalterable among confessional intellectuals, formulating questions that serve for the general interpretation of the period.

Keywords: Catholic intellectuals, catholic church, Christian progressivism, secularization

Finalizada la Segunda Guerra mundial, el catolicismo vivió un momento de particular hesitación. Si bien la historiografía se ha concentrado en forma masiva en las transformaciones acaecidas en la década de 1960 —en cuyo centro se encuentra el desarrollo y las consecuencias del Concilio Vaticano II (1962-1965)—, la década del cincuenta exhibe una compleja y singular trama de debates entre distintos segmentos de la intelectualidad confesional. El presente ensayo pretende auscultar algunas de esas controversias, poniendo en el centro del análisis la aparición de un segmento de *católicos progresistas*. Aspiramos a que esta categoría nos permita comprender la singularidad del período, las formas que adoptó la crítica —cada vez más abierta— al modelo de la cristiandad; la apropiación en Argentina de los autores de la *Nouvelle Théologie*, y la percepción, de los mismos intelectuales católicos, de la pluralización y secularización del campo religioso local.

Este análisis estará vehiculizado por la posición que adoptaron distintos segmentos de la intelectualidad católica —en diversos espacios y formatos de intervención pública— frente a una agenda de problemas en la que se destacan: la valoración del peronismo, el comunismo y la Guerra Fría, la modernización de las costumbres sociales, y la percepción de la crisis de la sociedad contemporánea y el cristianismo, puestas de manifiesto en una estética religiosa disruptiva.

La exploración pretende distinguir la particular configuración del catolicismo de los años cincuenta. Aspira a tender puentes y aportar a una comprensión más amplia de las mutaciones y cruces, del debilitamiento de identidades —hasta ese momento— inalterables, del campo de los intelectuales confesionales, formulando interrogantes que sirvan para la interpretación general del período.

La crisis del catolicismo en los años cincuenta

La crisis del catolicismo en los años cincuenta adoptó —al menos— tres formas. La crisis de la *nación católica*, una crisis *de la unidad*, y la crisis de la autoridad religiosa. En los tres casos estamos frente al agotamiento de un conjunto de representaciones y de las instituciones que las encarnaban. En el primer caso —el socavamiento de la idea de la «Argentina católica»— se manifestó en diversas referencias —en principio de intelectuales católicos— que comenzaron a poner en duda el papel *mayoritario, esencial y popular* del catolicismo en Argentina. Esta afirmación había sustentado desde los años treinta las ambiciones de la jerarquía eclesiástica por modificar el «pacto laico» establecido a fines del siglo XIX (Di Stefano, 2011). La reincorporación de la instrucción religiosa a la educación pública inicial desde 1943 fue uno de los síntomas de esta autopercepción. Sin embargo, desde la decepción de la reforma constitucional de 1949 —que había perpetuado los principios liberales del Estado nacional— las relaciones entre las distintas familias católicas —incluidos muchos obispos— y el peronismo se habían enfriado. No quiere decir esto que el imaginario de una nación católica fuera monolítico dentro del catolicismo. Desde las primeras décadas del siglo XX, los conflictos entre laicos, clero y jerarquía mostraban que distintos grupos —en especial los demócratas cristianos— reclamaba un derecho a la autonomía que chocaba con la vocación centralizadora y verticalista de Roma. La segunda guerra mundial y la llegada del peronismo agudizó los debates internos (Zanca, 2012). El conflicto entre Perón y el catolicismo, desde finales de 1954, movilizó el anticlericalismo latente de distintos sectores sociales, muchos de ellos miembros del bloque gobernante. No fue, en ese sentido, una mera política orquestada desde el Estado, que los funcionarios se dedicaban a cumplir burocráticamente, sino que se trató de jornadas en las que diversos agentes —en especial sindicales— se reencontraron con la vieja tradición anticlerical de sus orígenes de izquierda. El acto de la CGT del 25 de noviembre de ese año en el Luna Park, en el que dirigentes gremiales atacaron con dureza al clero y llamaron a la separación de la Iglesia y el Estado, hasta la quema de las iglesias a mediados de 1955, confirmaron a los católicos que una parte no despreciable de la sociedad —y en especial, de los

sectores populares— les era francamente hostil. Si estas manifestaciones de anticlericalismo podían ser interpretadas por algunos como un montaje artificial, incentivado por un gobierno oportunista e *infiltrado de masones*, ya no quedaron excusas cuando el conflicto entre *la laica y la libre* se abrió en 1956. Al menos hasta 1958 se produjeron masivas movilizaciones en torno al problema educativo, y las columnas más nutridas pertenecieron, sin duda, a los defensores de la laicidad de la educación en sus distintos niveles. Las encuestas realizadas por sociólogos vinculados a la Iglesia, como era el caso de José Enrique Miguens, confirmaban este estado general de la opinión pública (Zanca, 2018). A la hostilidad anticlerical, se sumaban algunas manifestaciones de diversidad religiosa alarmantes para la jerarquía. En algunos casos, se trataba de las exploraciones espirituales de los sectores medios y altos, como la publicitada visita del poeta y militante contracultural, Giuseppe Lanza del Vasto, en 1957. A pesar de que el viaje fue organizado con base en las redes de la directora de *Sur*, Victoria Ocampo, no dejaba de ser significativo que el curioso personaje —que intentaba un sincretismo entre Oriente y Occidente, entre el cristianismo y el hinduismo— tuviera tanta adhesión entre los jóvenes católicos que poblaron con rapidez sus conferencias, y que en algunos casos —como los de la Liga Humanista de la Universidad Nacional del Sur— directamente las auspiciaron. La jerarquía católica estaba preocupada por que la adhesión al catolicismo —en términos formales, al menos— fuera puesta en entredicho por la circulación de predicadores protestantes, de origen norteamericano, un producto característico de la posguerra, y en especial de los años cincuenta. Junto al cine de Hollywood, el jazz y la difusión de una cultura del consumo, el protestantismo —en sus versiones más estridentes— también se hacía un lugar entre los argentinos. En 1954 se produjo la famosa campaña de Tommy Hicks, el predicador pentecostal que durante más de cincuenta días desarrolló reuniones masivas en diversos estadios de Buenos Aires que reunieron alrededor de dos millones de personas. A pesar de las declaraciones de distintos obispos que condenaron la presencia del *milagrero* Hicks, Perón no perdió la oportunidad para encontrarse con un líder religioso que parecía tener tanto poder de seducción sobre las masas. En fin, entre los intelectuales católicos empezó a difundirse la duda sobre el carácter católico de los argentinos. Incluso, ya no era suficiente la masividad de las manifestaciones de fe en distintos símbolos de la catolicidad —como el culto mariano— dado que las ciencias sociales empezaban a crear instrumentos específicos que se preguntaban por la autenticidad de esas formas de religiosidad. Frente a la hipocresía de la observancia, puramente formal, se empezaba a erigir una fe que, sin necesidad de adscribir a una iglesia, aspiraba a reencontrarse con un mensaje evangélico que se percibiera más genuino.

La segunda crisis puso de relieve las divisiones entre los católicos. No se trataba, por supuesto, de un tópico nuevo. Durante la Segunda Guerra se habían enfrentado los aliadófilos de *Orden Cristiano* contra los nacionalistas de las diversas publicaciones sostenidas por la embajada alemana, y con la jerarquía católica, que prefería mantener una posición «neutralista». La visita del filósofo tomista Jacques Maritain, mucho antes, había sido motivo de un furibundo cruce entre unos y otros (Compagnon, 2003; Zanca, 2014). Sin embargo, lo singular de los años cincuenta fue la estabilidad que adquirió la división, su penetración cuantitativa y la institucionalización de la grieta entre distintos grupos. En forma más o menos esquemática, dos polos atrajeron a los católicos: el tradicionalismo y el humanismo cristiano. Si se tratara de Europa, hablaríamos de «integristas» y «progresistas»; pero si los términos pudieran aplicarse, debemos reconocer que no traducirían las mismas coordenadas que en el viejo continente. Los tradicionalistas y los integristas tenían en común su rechazo a cualquier tipo de transacción con la filosofía moderna, todas hijas, desde su perspectiva, de la Reforma Protestante. Centradas en el hombre, y no en la contemplación y adoración de Dios, eran vistas como una nueva forma de idolatría, estuvieran centradas en la estética, el progreso, el dinero o la clase. Por el contrario, el humanismo cristiano parecía rescatar muchos aspectos de la modernidad, en particu-

lar, una antropología que reconocía los derechos de la persona, en oposición a la filosofía católica de los siglos precedentes —en especial el XIX— centrada exclusivamente en los derechos de la Iglesia. La filosofía de Maritain —figura tutelar de esta corriente— se difundió con velocidad gracias a las traducciones que se multiplicaron en los cincuenta. En 1952 la editorial Kraft publicó su ciclo de conferencias dictadas en Chicago, bajo el título *El hombre y el Estado* (Maritain, 1952). La obra se convirtió en un verdadero manifiesto que ponía en cuestión la tradicional concepción eclesial sobre la situación de la Iglesia y la religión en las sociedades de Occidente. Para Maritain, la época de las sociedades sacras había desaparecido. La secularización abría el tiempo de la sociedad profana y, por ende, era inútil seguir reclamando para la Iglesia un estatus análogo al que tenía en la época de la cristiandad.² La aceptación de que existían dos esferas de acción —una sacra y otra profana— con sus propias reglas y en parte, soberanas en cada caso, implicaba un paso que la Iglesia católica no estaba dispuesta a dar. Las ideas de Maritain fueron duramente cuestionadas en Argentina —pero también en Europa— donde su nombre se asoció, cada vez más, con la palabra *herejía* y la posibilidad de una condena vaticana (Compagnon, 2003).

La división entre los católicos argentinos tenía otros ingredientes, no solo los estrictamente teológico-políticos. El peronismo había dividido a sus intelectuales a partir de 1945, casi como una extensión de la división entre nacionalistas y demócrata cristianos. Estos últimos fueron ganando peso en el mundo católico gracias al prestigio que las ideas de Maritain tenían en la segunda posguerra, y el papel casi «heroico» que parecían cumplir los dirigentes demócrata cristianos europeos en el proceso de reconstrucción de posguerra y su política de contención al comunismo soviético en el marco de la Guerra Fría. Un dato que muestra el avance de los demócratas cristianos en la cultura católica argentina puede verse en el papel, cada vez más destacado, que ocuparon en la revista *Criterio*. Poco a poco, los nacionalistas dejaron de tenerla como referencia, y sus páginas se cerraron a sus plumas más destacadas. Por el contrario, los católicos humanistas ocuparon cada vez más espacio, al punto que pasaron a controlarla luego de la muerte de su longevo director, Gustavo Franceschi, en 1957. A fines de la década de 1940 la revista había vuelto a polemizar con Julio Meinvielle a propósito de la filosofía de Maritain, poniéndose, en ese momento, claramente del lado del filósofo francés (Zanca, 2013). Para sellar la distancia que *Criterio* quería mostrar respecto de los nacionalistas, en 1951 aprovechó una breve polémica con María Rosa Olivier, quien había publicado una nota en *Sur* acusando a Gustavo Franceschi de haber simpatizado con el fascismo.³ Por un lado, desde *Criterio* le recordaban a la escritora que muchos de los nacionalistas amigos del fascismo habían publicado en ambas revistas, tal era el caso de Doll, Castellani, Irazusta, Marechal, Palacio, y que Franceschi había fijado su posición contraria a todos los totalitarismos, incluso «cuando muchos callaban», por ejemplo, cuando «el pacto nazi soviético permitió arrasarse Polonia». En todo caso, la nota de *Criterio* buscaba exagerar las diferencias entre Franceschi y publicaciones claramente filofascistas como *Balcón*, *Nuestro Tiempo*

2 La cristiandad refiere a un modelo de integración entre lo religioso y lo político que destacados intelectuales católicos enarbolaban como un ideal y proyectaron como un pasado ideal, previo a la Revolución Francesa y, en el caso hispanoamericano, anterior a la llegada de los borbones a la corona española. Se trataba de una sociedad en la que la ciudadanía coincidía con la fe cristiana, y en la que la Iglesia y el Estado ejercían una potestad paralela sobre cuerpos y almas. Se valoraba de esa sociedad la homogeneidad, la organicidad, la jerarquía y los «fines elevados» a los que se enfocaba, como contraste de la sociedad moderna, caracterizada por la diversidad, la igualdad legal, el conflicto social y el materialismo. Véanse Brown (2009); McLeod (2010).

3 La autora respondía un suelto de *Criterio* en el que se la mencionaba, señalando que *Sur* era una revista que en su seno publicaba artículos contra el comunismo de Cosío Villegas pero que la tenía a ella, una comunista, entre sus redactores. *Criterio*, por el contrario, sostenía haberle «cerrado las puertas» a comunistas y fascistas de igual modo. María Rosa Oliver, «Contestación a *Criterio*», *Sur*, n.º 195-196, enero-febrero de 1951, pp. 79-80.

y *Presencia* (del padre Julio Meinvielle).⁴ De alguna manera *Criterio* les transmitía a los nacionalistas más *enragés* que esa ya no era su revista. Por su parte, las publicaciones de los tradicionalistas también empezaron a atacar al humanismo y su postura frente a las relaciones entre Iglesia y Estado, es decir, frente a la cuestión de la laicidad. En síntesis, se estabilizaban dos criterios —sinuosos, borrosos, no necesariamente programáticos— que marcaban sensibilidades enfrentadas en el campo católico.

Por último, la tercera crisis está íntimamente vinculada a las anteriores. La puesta en cuestión del carácter religioso de los argentinos, y las divisiones internas de la cultura católica, horadaron el peso de la autoridad del clero. El sacerdocio y el apostolado tradicional, las relaciones jerárquicas entre fieles y sacerdotes, su *sacralidad* fueron cuestionados en distintos formatos, en especial, a través de una estética crítica de origen europeo. En el cine y la literatura, la novela de tono anticlerical fue ejercida por autores católicos como Graham Greene, Georges Bernanos, Julien Green y en Argentina, la cuestión del pecado aparece con toda su crudeza en la obra de Dalmiro Sáenz y Marco Denevi. Desde mediados de los años cincuenta en distintas diócesis se ensayaron nuevas formas de apostolado. Frente a las señales del agotamiento del despliegue de la Acción Católica, su estructura se fue volcando al modelo nordeuropeo, especializado por ramas de actividad —juventud obrera, universitaria, estudiantil, *scoutismo*, etc.—. Este cambio de énfasis buscaba un remedio al diagnóstico de las autoridades, conscientes del declive de las organizaciones tradicionales del laicado —tan exitosas en las décadas procedentes— que habían perdido su vitalidad y despliegue social (Lida, 2015). Estas experiencias sacerdotales no fueron bien recibidas por una estructura religiosa que ya acumulaba las crisis antes mencionadas. En Francia, el apostolado de los curas obreros fue prohibido por Roma. En Argentina, a fines de la década, frente a los atisbos de críticas en la Juventud Obrera Católica (JOC) y sus puentes con el sindicalismo peronista, el cardenal Caggiano sugirió cerrar su revista, *Notas de pastoral Jocista*, disparando una crisis interna en la organización (Soneira, 2008).

Estas tres crisis se producían en un particular escenario. Si bien no era exclusivo del catolicismo, luego de la Segunda Guerra la cultura religiosa vivió un nuevo giro en la intensidad de su internacionalización, como resultado de novedosos mecanismos que aceleraron la circulación de información, pero también del abaratamiento del desplazamiento de laicos y sacerdotes, intelectuales consagrados y jóvenes en formación, desde y hacia Europa.⁵ La revista *Criterio* tuvo, desde sus orígenes, un perfil cosmopolita gracias a los contactos de sus directores y la aspiración de sus fundadores de convertirla en la gran publicación de la cultura argentina, lo cual implicaba, en los años treinta, necesariamente contar con la firma de los principales intelectuales católicos europeos. En los años cincuenta la política de traducciones se volvió vertiginosa, tanto de autores que escribían especialmente para *Criterio* como de documentos de autoridades religiosas o instituciones confesionales del viejo continente. Sus lectores podían estar *à la page* de los principales debates, a veces pocos días luego de que se produjeran del otro lado del Atlántico. De la misma manera, en la segunda mitad de la década hicieron sus viajes de formación multitud de sacerdotes y laicos, que incorporaban doctorados en teología, derecho o la más moderna sociología religiosa a sus perfiles académico-religiosos. De los destinos elegidos, la ciudad de Lovaina era la que brindaba la oportunidad de estar en contacto con las ideas renovadoras de la posguerra, en un clima de libertad académico difícil de encontrar en otros centros de educación

4 «Criterio rectificado», *Criterio*, n.º 1140, 25 de mayo 1951, p. 411. Como ha señalado Miranda Lida, este aggiornamento de Franceschi respecto de la democracia comenzó mucho antes, «... un proceso que no resulta disruptivo respecto a las etapas previas, sino que se articula con los giros de Franceschi en su última etapa, quien favoreció las innovaciones que vendrían de la mano del nuevo director Jorge Mejía y el grupo de jóvenes intelectuales que se integraron al staff permanente» (Lida, 2019).

5 Preferimos caracterizar a esta etapa como de intensificación, subrayando que se trata de una fase de un proceso de larga duración en el proceso de internacionalización del catolicismo (Lida, 2021).

confesional europeo. Sin embargo, la fluida conectividad entre Lovaina, París, Roma y Buenos Aires no implicaba que en cada uno de estos puntos los términos significaran lo mismo, o expresaran los mismos clivajes. Como veremos, el análisis de las posturas frente al avance del comunismo y las corrientes ideológicas contemporáneas puede darnos una idea de las similitudes y las diferencias.

Católicos, Guerra Fría y marxismo

La aceleración del flujo de informaciones a escala global implicó una nueva relación entre el centro y la periferia, que iría mutando en la segunda mitad del siglo XX. Como mencionamos, en los años cincuenta los católicos argentinos estaban al día sobre las repercusiones de las polémicas europeas en torno al arte sagrado, el impacto que había generado la filosofía política de Maritain, el encuentro entre catolicismo y existencialismo que proponía el dramaturgo Gabriel Marcel, la polémica que había envuelto el apostolado de los curas obreros y la revista *La Quinzaine* en Francia. No solo *Criterio* abría un canal para la difusión de las novedades europeas. La Compañía de Jesús en Argentina, durante décadas dominada por generaciones de sacerdotes españoles, se abría en los cincuenta a la cultura noreuropea. A fines de los años cuarenta el nuevo general, el padre Janssens, convocó a la formación de centros para la investigación de la problemática social, torciendo el carisma de la orden, orientado tradicionalmente a la educación de las elites. No era para menos, dado el marco político europeo en el que había estallado la Guerra Fría con la crisis de Berlín en 1947 y de Checoslovaquia un año después. La histeria anticomunista terminó de eclosionar en 1949 cuando el papa Pío XII condenó cualquier tipo de colaboración con el comunismo. Por decreto del 1.º de julio de ese año no condenaba ya solo la doctrina —como ya lo había hecho Roma en reiterados documentos desde el siglo XIX—, sino a quienes las sostuvieran. Excluía de los sacramentos a media Europa y rompía con la máxima de condenar al pecado, mas no al pecador. Era un intento, por parte de la máxima jerarquía eclesiástica, de poner orden en el campo católico luego de los traumáticos y convulsionados años de la guerra. Una misión en la que se embarcaron las sociedades de Occidente, y que marcó la pauta de una década conservadora y que, en un punto, exageraba su «vuelta a la normalidad» (Ellwood, 1994, 1997; Horn, 2015a, 2015b; Horn y Tranvouez, 2016).

La línea marcada por Pío XII intentaba frenar la colaboración entre católicos y comunistas, que había nacido en la resistencia al fascismo y en las tareas partisanas en Italia y Francia, donde unos y otros se habían encontrado para enfrentar al enemigo común. El comunismo ejerció un atractivo singular entre los católicos de la posguerra. Si bien desde fines de los treinta había existido en Francia, por parte del Partido Comunista (PC), una política «de mano tendida» hacia los católicos, eran ahora estos últimos los que se acercaban al marxismo (Löwy, 1993, 1999, 2009, 2018; D'Almeida, Berkowitz, y Cépède, 1994; Arnal, 1984; Raison du Cleuziou, 2017; Horn, 2015a, 2015b). La relevancia del debate se puso de manifiesto por sus repercusiones en el catolicismo argentino. Jean Folliet publicó en 1955 tres artículos que ocuparon el lugar de la editorial en *Criterio* —reservada a la pluma de Franceschi— dedicados al enfrentamiento entre católicos progresistas e integristas. Folliet reconocía que su análisis era menos teórico que sentimental, que las diferencias entre unos y otros eran relativas, debido a que ambos cometían, según el autor, el mismo error de superponer el plano espiritual y temporal. Alineado con la filosofía secularizadora de Maritain, Folliet se veía a sí mismo equidistante de ambos «extremismos». Por un lado, los progresistas católicos eran «amantes del comunismo» que no podían abrazarlo, por pruritos personales o religiosos. Eludían toda crítica racional a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) y los animaba un fuerte deseo de no quedar al margen de la historia. No perdía la oportunidad para criticar a la educación católica francesa. El responsable de tan débil espíritu crítico era la misma iglesia a través de una formación deficiente, y de un ámbito de deba-

te censurado. La concepción maniquea del mundo, inyectada por generaciones entre los católicos franceses, los habían llevado a abrazar al comunismo. Por otro lado, el integrismo era la contraparte. Aquellos de la derecha católica que hablaban en nombre de la Iglesia, practicaban el puritanismo moral y tenían una confianza ilimitada en sus propios juicios, que amaban el autoritarismo más que la autoridad. Integristas y progresistas eran «grupos aislados», que confundían la gracia y la naturaleza, desvirtuando las relaciones entre lo espiritual y lo temporal. La sucesión de artículos de Folliet se vio interrumpida temporalmente por el golpe de Estado de setiembre de 1955. Como si la realidad argentina —a la que *Criterio* aludía, en muchos casos, en forma elusiva— se hiciera presente en forma dramática para interrumpir o, mejor dicho, para superponerse al debate de ideas europeo.⁶

La crítica de Folliet tenía una aplicación parcial en el caso argentino. Si por aquí existían sectores tradicionalistas —que en clave francesa serían integristas— mucho más difícil era encontrar progresistas al estilo europeo. Es decir, católicos que decidieran agruparse y confluir políticamente con el comunismo. Nada parecido a la Unión de Chrétiens Progressistes (UCP) de André Mandouze y Marcel Caveing, quienes recibieron nada menos que el apoyo de Emmanuel Mounier desde la revista *Esprit*. O el movimiento Jeneusse de l'Eglise de Maurice Mountclard (Calvez, 2002). En 1955 *Criterio* publicó en tres entregas el documento «El apostolado misional, el comunismo y la cuestión social» del arzobispo de Cambrai, Emile Guerry, en el que reiteraba los motivos por los que se condenaba toda colaboración con el comunismo. Por un lado, el carácter doctrinario del marxismo era fundamentalmente ateo, en segundo lugar, en los países comunistas se perseguía a los cristianos, y finalmente —y, en último lugar— por las consecuencias que el sistema comunista generaba en la persona humana y en instituciones como la familia. Era interesante que, en su argumentación contra los católicos progresistas franceses, muchos de ellos participantes de la revista *La Quinzaine*, Guerry les recordaba que, si los laicos eran, sin duda, parte de la Iglesia, lo eran en tanto actuaran unidos a la jerarquía. Querer colaborar con el comunismo sin ser captados, no era más que una actitud presuntuosa de quienes estaban para ser guiados, no para guiar. Y lanzaba también una advertencia a los intelectuales: quienes habían sido llamados a enseñar en la Iglesia habían recibido esa misión no en nombre propio, sino en nombre del «legítimo magisterio».⁷

Sin embargo y a pesar de los temores al contacto con el comunismo, los jesuitas se aventuraron al problema social. Crearon, a principios de la década, institutos para investigar las condiciones sociales y políticas que habilitaban el avance del comunismo. Sacerdotes latinoamericanos viajaron en los años cincuenta a formarse a las más prestigiosas universidades religiosas europeas, en Francia, Bélgica y Roma. En el caso argentino, el Centro de Investigación y Acción Social (CIAS) se fundó en 1957, pero no comenzó a funcionar con un equipo estable hasta finales de la década. En sus primeros años de existencia se redujo a un boletín periódico, una correa de transmisión entre las ciencias sociales católicas europeas y la Argentina. Su objetivo era «promover estudios, encuestas, publicaciones y otros tipos de actividades tendientes a urgir en la Argentina la solución a los problemas sociales, a la miseria y a la injusticia social». Los artículos publicados en esos primeros años tenían en el análisis del comunismo uno de sus principales objetos.⁸

6 Joseph Folliet, «Progresismo e integrismo», *Criterio*, 8 de septiembre de 1955, pp. 643-647; Joseph Folliet, «Progresismo e integrismo», *Criterio*, 22 de setiembre de 1955, pp. 683-687; Joseph Folliet, «Progresismo e integrismo (III)», *Criterio*, 13 de octubre de 1955, pp. 728-731.

7 Monseñor Guerry, «El apostolado misional, el comunismo y la cuestión social», *Criterio*, 11 de agosto de 1955, pp. 579-583; Monseñor Guerry, «El apostolado misional, el comunismo y la cuestión social (II)», *Criterio*, 25 de agosto de 1955, pp. 616-621.

8 Algunos de los títulos son significativos: «Comunistas y cristianos»; «El problema antropológico del comunismo»; «Como se organizan las elecciones en tierras comunistas», «Pretextos y métodos de la persecución religiosa en

La situación europea era transmitida de primera mano por los sacerdotes que periódicamente viajaban y enviaban sus impresiones desde el viejo continente. La fluidez del transporte aeronáutico facilitó esta circulación entre uno y otro lado del Atlántico. Incluso *Criterio* comenzó a organizar y promocionar viajes culturales a Europa, asociado con las múltiples agencias de viaje y aerolíneas que publicitaban en sus páginas. A principios de la década Franceschi hizo una de sus habituales excursiones, en la que recorrió varios países de los que extrajo un panorama general de la situación de la posguerra. Si bien creía que Europa seguía siendo «el centro de la cultura intelectual y artística del mundo» —negando su evidente desplazamiento a los Estados Unidos— el director de *Criterio* destacaba los altos niveles de desocupación y desigualdad social como uno de los principales factores que permitían la expansión del comunismo. La burguesía exhibía su riqueza impudicamente y se convertía en la principal responsable de la revolución en ciernes. La desocupación hacía estragos e incubaba el odio. Lo único que lo esperaba era la vitalidad del laicado francés y belga. Quedó impactado por la presencia de la JOC, que marchó por las calles de Bruselas. «Cerca de cien mil jóvenes» afirmaba, «no empleados ni mansos adolescentes, sino obreros auténticos, aprendices de toda suerte de profesiones manuales, bien plantados, que cantaban su fe por las calles de la ciudad».⁹

Una mirada singularmente opuesta transmitía el sacerdote de origen español —y uno de los intelectuales más importantes entre los jesuitas de Argentina—, el padre Ismael Quiles. Una de sus preocupaciones era el avance del comunismo. Y su postura reflejaba la incertidumbre y las contradicciones del catolicismo de la posguerra. Por un lado, afirmaba que, en Italia, donde el PC podía actuar con libertad, sus fuerzas estaban en franca decadencia. Subrayaba que allí donde se les «concedía» derechos a los comunistas, la misma dinámica de la democracia los llevaba a la derrota. Sin embargo, al analizar todo el escenario europeo, sostenía que no cabía otorgarle el derecho a libre participación debido a que en los países del otro lado de la cortina de acero no era posible que los disidentes se manifestaran o formaran un partido político. Finalmente, Quiles se inclinaba por la «represión sistemática» y el cierre de toda posibilidad de diálogo con los comunistas. Las fuerzas democráticas no tenían que ceder a sus cantos de sirena, a su convocatoria a formar «gobiernos de coalición», debido a que esa era parte de su estrategia maquiavélica: llegar al poder a través de una coalición y luego desbancar a sus incautos aliados. En síntesis, si bien Quiles traducía una concepción muy tradicional del poder —donde los derechos eran *otorgados* y no naturales— al mismo tiempo albergaba una idea bastante próxima a la igualdad y reciprocidad entre las naciones. Su tradicionalismo político —bastante *demodé*, incluso, entre los intelectuales católicos de los años cincuenta— contrastaba con su progresismo académico. Al igual que Franceschi —pero por motivos diversos— también quedó deslumbrado en Bélgica, por la vitalidad de la cultura católica, expresada en el Instituto Superior de Filosofía de Lovaina y con su director, monseñor de Raeymaker, que le subrayó que el centro tenía no solo una función apologética si no perseguir la «investigación pura» (Quiles, 1956).

Es interesante que tanto Franceschi como Quiles tuvieran una mirada un tanto lúgubre respecto de Europa, que hacía más de un lustro que había dejado atrás la guerra y se encaminaba hacia la era de oro del *welfare state*. En los años de la posguerra el bienestar se convirtió en el proyecto de la socialdemocracia, aun cuando también fue en la práctica la política que llevaron adelante los gobiernos demócrata cristianos. El nuevo modelo de Estado implicaba una ciudadanía social, en el que la lógica de la provisión sustituía el principio de la caridad, propugnando una enérgica redistribución del ingreso. Es posible que este giro en el papel del Estado generara suspicacias entre los intelectua-

Alemania oriental»; «Métodos de lucha antirreligiosa en los países comunistas». Véase *CLAS*, n.º 101, marzo de 1961, pp. 3-4.

9 Gustavo J. Franceschi, «Impresiones de Europa», *Criterio*, 28 de setiembre de 1950, p. 640.

les católicos argentinos, aun cuando hubieran siempre bregado por una moralización de la acción política, que formaba el trasfondo ideológico del Estado benefactor (Pierson y Leimgruber, 2010; Esping-Andersen, 1990). En cualquier caso, los viajeros que provenían de la Argentina peronista parecían enfocarse muchos más en las falencias de la recuperación europea que en sus logros, temiendo que estas fueran aprovechadas por la garra del comunismo.

A mediados de la década el interés de los intelectuales católicos europeos por el marxismo se multiplicó, y comenzaron a publicarse y circular investigaciones con novedosos enfoques sobre el tema. En 1949, el dominico Henri Desroche publicó *Significations du marxisme*, con una visión conciliadora, reconsiderando el ateísmo del marxismo como un accesorio meramente político. La supresión de la religión no era un requerimiento del pensamiento de Marx. El libro fue contemporáneo a la condenación a los comunistas en 1949, lo cual hizo que Desroche fuera cuestionado con dureza en su propia orden. La abandonará un año después. Sin embargo, el marxismo siguió atrayendo a los católicos europeos. En 1953 Pierre Bigó, jesuita de la *Revue de l'Action populaire* publicó *Marxisme et Humanisme. Introduction à l'oeuvre économique de Karl Marx*; en 1954 Henri Chambre publicó *De Karl Marx a Mao Tse Tung* y en 1959 *Christianisme et communisme*; ese mismo año, Georges Cottier presentó *L'Athéisme du jeune Marx et ses origines hégéliennes* y Charles Wackenheim, *La Faillite de la religion d'après Karl Marx* en 1963. Uno de los trabajos que mayor impacto causó en América Latina fue *La pensée de Karl Marx* de 1956, en el que el jesuita Jean Yves Calvez subrayaba las contradicciones y los límites de Marx.

América Latina se volvió particularmente atractiva para las ciencias sociales católicas europeas y las relaciones se volvieron bilaterales. Por un lado, los latinoamericanos viajaron a formarse a Lovaina, a Roma, a París o a Innsbruck; y por el otro, los sociólogos y teólogos europeos transitaban con periodicidad los distintos países de América Latina brindando cursos, conferencias, formando grupos de investigación o directamente desarrollando estudios de campo. El proceso de descolonización tuvo, sin duda, un peso significativo en esta nueva mirada respecto de sociedades que parecían estar «despertando» luego de siglos de silencio. Si la colonización de la periferia en el siglo XIX había tenido una justificación civilizatoria, en la que la idea misional era central, la crisis del vínculo colonial interpelaba a los católicos en su rol de portadores de una cultura superior y, en especial, de carácter universal. En cualquier caso, el proceso de desarrollo que demandaban las sociedades tradicionales debía ser conducido por actores que pudieran superar la avaricia del capitalismo sin caer en las vías rápidas y totalitarias del comunismo.

Desde fines de la década de 1940 el padre Louis-Joseph Lebret hizo giras por América Latina. Interesado tempranamente en el catolicismo social, había sido marino mercante, sindicalizando a los marineros en los años treinta. En 1947 lo encontramos como animador en la primera reunión de grupos demócrata cristianos de Sudamérica, llevada a cabo en Montevideo, en la que participaron Alceu Amoroso Lima, de Brasil; Eduardo Frei Montalva, de Chile; y Dardo Regules, de Uruguay. Por Argentina lo hicieron Alberto Vélez Funes, Iván Vila Echagüe, Enrique Martínez Paz, Alberto Duhau, Alfredo Di Pace, Horacio Peña, Manuel Río y Manuel Ordóñez. Su presencia dejó la impronta en el documento final de la reunión, en el que entre otras consideraciones se mencionaba la necesaria superación del capitalismo por medio del «humanismo económico», el predominio de la moral sobre el lucro, el consumo sobre la producción, el trabajo sobre el capital, el patronato por la asociación y el salario por la participación. No cabe duda de que en la redacción final del documento pesó la opinión de la falange chilena encabezada por Frei, y la figura del padre Lebret, que coincidió en la reunión cuando organizaba una campaña de difusión de su movimiento «Economía y

humanismo» en toda América Latina (Pelletier, 1990, 1992a, 1992b).¹⁰ La publicación del manifiesto y sus consideraciones contra el capitalismo generó una polémica entre los demócratas cristianos argentinos que, si bien no formaban un partido político, se movían en el espacio público como un conjunto de perfiles propios (Zanca, 2013). Lebret sería portador de una «avanzada» mirada sobre lo social. El término se refería a quienes, desde la Segunda Guerra, denunciaban sin tapujos los males del capitalismo. El bien común era, para Lebret, una comunidad de hombres que se ayudaban. Es decir, Dios y lo sobrenatural dejaban paso a lo terrenal. El capitalismo, una estructura social que se oponía, por sus principios, a la justicia social. Sin embargo, se distanciaba del comunismo por su falta de consideración con la «persona» humana. El proyecto político de Lebret se traducía en un sistema corporativo, con cámaras sindicales y voto directo a nivel municipal. En 1959 publicó, junto a su grupo de *Economie et humanisme*, el *Manifeste pour une civilisation solidaire*. Allí definía el central concepto de «economía humana» como un ordenamiento que le permitiría al hombre explotar sus potencialidades, incrementando el proceso de humanización. En un diálogo con el marxismo, el problema de la propiedad era central. En su propuesta «comunitarista» esta debía cumplir una función social, por ende, se relativizaba su carácter privado y absoluto. Ese mismo año Lebret fundó el IRFED (con Robert Buron) el Institut de Recherche et Formation à l'Economie du Developpement, intentando traducir las tradicionales buenas intenciones de la doctrina social de la Iglesia en una propuesta técnicamente potable.

El sacerdote y sociólogo François Houtart también comenzó a visitar América Latina en los años cincuenta. En 1955 dictó un curso de sociología urbana en la Facultad de arquitectura de la Universidad de Buenos Aires, y sus artículos sobre sociología religiosa empezaron a publicarse en las revistas católicas argentinas. Su esquema de interpretación estaba matizado por las ideas sobre la transición de las sociedades tradicionales a las modernas, y veía en las ciudades de América Latina la misma conjugación que en el siglo XIX se habían operado en las europeas. Procesos de industrialización, seguidos de desplazamientos humanos desde las zonas rurales, con la consiguiente transformación de las pautas culturales y religiosas. Houtart destacaba en sus trabajos la inhumanidad de las condiciones de vida de las ciudades industrializadas de América Latina. La transformación había convertido al continente en el escenario de una revolución silenciosa. Las condiciones de vida obedecían con claridad a la realidad socioeconómica de países de explotación primaria (Centroamérica, Bolivia, Paraguay) donde no había progreso en el nivel de vida y en la vida social de sus habitantes, más que a países industrializados, en los que se había desarrollado ya algún tipo de red social. La influencia del comunismo se acrecentaba en las universidades y en los sindicatos, y el motivo era la falta de alternativa al marxismo. Sin embargo, era evidente que la realidad descripta coincidía solo parcialmente con el caso argentino, en el que el paso del peronismo había legado una estructura sindical fortalecida y un nivel de desarrollo humano que se destacaba entre sus pares de la región. Esa singularidad hacía más compleja una lectura en clave latinoamericana que obviara la singularidad local. El anticomunismo y el antiperonismo eran banderas comunes de los católicos progresistas argentinos de la década del cincuenta, situación que se transformará luego de 1966, cuando muchos de ellos —como Conrado Eggers Lan o Alberto Sily— se volcaron al movimiento del líder exiliado.

En cualquier caso, Houtart combinaba su diagnóstico de la situación latinoamericana con una mirada pesimista sobre el futuro de la religión, en especial cuando se completara el proceso de modernización. Las consecuencias religiosas ya se hacían palpables, en principio, por la falta de sacerdotes. El paso de la sociedad tradicional a la moderna bloqueaba los mecanismos tradicionales de transmisión de la fe. Sin embargo, sostenía Houtart, la Iglesia latinoamericana vivía aun en la ilusión

10 «Fijáronse las bases para un movimiento demócrata cristiano», *Orden Cristiano*, n.º 135, junio de 1947, pp. 692-695.

de la América latina católica, engañados por «...las grandes peregrinaciones y las manifestaciones de masas».¹¹ El debilitamiento de la fe era una puerta al avance del materialismo, tanto en su versión capitalista como comunista.

Otro destacado intelectual católico francés, Jean Yves Calvez, viajó a Buenos Aires por primera vez en 1958. Lo haría, en forma habitual, por el resto de su vida. El joven jesuita había publicado en 1956, un libro que tendría un importante impacto en la interpretación del marxismo entre los católicos europeos y latinoamericanos. *La pensée de Karl Marx* se inscribía en la saga de obras que intentaban desde las coordenadas del pensamiento confesional, analizar un fenómeno que se presentaba como una disyuntiva urgente para el catolicismo de la posguerra. El trabajo de Calvez se distinguía de otros registros de análisis católico de marxismo —tanto de aquellos que lo rechazaban como de quienes buscaban puntos de contacto con el comunismo— en situarse en el interior del sistema de Marx, puntualizando una serie de contradicciones y límites. Así, por ejemplo, sostenía que Marx partía de la dialéctica entre el hombre y la naturaleza como principio para explicar la alienación que genera el capitalismo, pero no resolvía cuál sería el destino de la dialéctica cuando esta último desapareciera. Había también una contradicción —señalada por otros críticos— entre la teoría de la revolución y la noción de «necesidad histórica», entre dialéctica y materialismo, etc. (Calvez, 1958). El texto de Jean-Yves Calvez, así como su tarea en Europa —donde participó de distintos ensayos de diálogo con representantes intelectuales de países del este— fueron la vía de entrada para toda una generación al conocimiento de la obra de Marx y a una crítica que no implicaba una condena.

La apropiación de esta nueva generación de intelectuales católicos europeos se hizo carne entre sus pares argentinos. La mayoría de ellos, jóvenes universitarios, *católicos de avanzada*, formaron a principios de los años cincuenta la Liga Humanista universitaria. Las fuentes ideológicas del humanismo eran eclécticas y plurales. Incluían desde la antropología de Max Scheler y Martin Buber, hasta la filosofía de Berdiaeff, Kierkegaard y Jaspers, pasando por el personalismo de Maritain y Mounier, y el vitalismo de Ortega y Julián Marías. Los primeros núcleos del humanismo porteño surgieron en la Facultad de Ingeniería de la UBA, donde el encuentro entre Ludovico Ivanishevich Machado y los hermanos Guido y Torcuato di Tella dieron origen a la lista Humanista Renovadora del Centro de Estudiantes de Ingeniería (CEI). En el otoño de 1953, se reunieron junto a Enrique Oteiza y Guillermo di Paola para redactar *Humanismo y Universidad*, el documento que sentaría las bases ideológicas del movimiento. Los humanistas ingresaron a la FUBA diferenciándose de otros grupos católicos, que creían que la Federación era *intrínsecamente perversa*, y luego de que esta, a propuesta de los delegados humanistas de la Facultad de Agronomía, modificara su estatuto y eliminara la exigencia de «fe reformista» a sus miembros. Esta actitud de apertura del humanismo lo distanció de la jerarquía católica, que veía con malos ojos el modernismo de la Liga.

Vinculada a los humanistas y a militantes del recién creado Partido Demócrata Cristiano, comenzó a publicarse en 1955 la revista *Comunidad*. Desde su primer número, luego de la caída del gobierno de Perón, la revista fijaba una posición que resumía los postulados del catolicismo progresista: la inquietud social, comunitarista, que denunciaba las injusticias del capitalismo y ejercía un anticomunismo más político que doctrinario. Al mismo tiempo, tomaban distancia de la jerarquía católica defendiendo un espíritu independiente, que se acercaba a un sutil anticlericalismo. Su comité estaba integrado por Guillermo di Paola, Emililo Máspero, Guido Di Tella, Juan Carlos O'Donnell, Ludovico Ivanishevich Machado, Horacio Peña, Carlos Lantos, Alberto Petrecolla, Emilio Lenhardtson, Mario Robirosa, Marcelo Losada, Carlos Alberto Velasco Suárez, Gabriel Mayor y Carlos Villalba. Con el tiempo se incorporaría a la revista Félix Herrero, Floreal Forni,

11 François Houtart, «La revolución silenciosa», *Comunidad*, abril de 1956, p. 7.

Guillermo Mérega y Edgardo F. Murray. Desde sus primeros números se multiplicaron los artículos de figuras del catolicismo progresista francés. En la segunda entrega publicaron una selección de ideas del padre Lebreton, en las que se destaca su espíritu de superación, más que de rechazo, de la modernidad. En particular, el objetivo de «rectificar las búsquedas dispersas del humanismo» sin rechazar lo que tiene de «emocionante y de válido». Los cristianos debían romper «su connivencia con el régimen y la reacción capitalista», dar importancia a la toma de conciencia de obreros y campesinos, y evitar caer en un «anticomunismo estúpido», que solo le hacía el juego «a quienes oprimen a las masas obreras». ¹² En un lenguaje que, si no era totalmente ajeno a la tradición reformista del catolicismo social, se volvía en particular peligroso en el contexto de los años cincuenta. En particular, cuando convocaba a los cristianos a «aceptar del marxismo y del anarquismo la suma considerable de verdades y de orientaciones que ellos expresaron». ¹³

A Lebreton se sumaban los autores más importantes del personalismo francés y la izquierda cristiana. Mounier, por supuesto, con citas y traducciones frecuentes de la revista *Esprit*; René Remond, Henri Bartoli, André Piettre, un recuperado Nicolás Berdiaeff, Jacques Maritain, notas de las revistas *Luminar* de México, *Economía y humanismo* de Francia, *Política y espíritu* de Chile. En todos los casos, se trataba de rever el anticomunismo tradicional del cristianismo. Conrado Eggers Lan, quien por esos años estaba cursando su doctorado en filosofía en Heidelberg, reivindicaba que los católicos progresistas se definieran dentro de la tradición de izquierda. El vocablo *centro* no servía, sino para encubrir «tímidas medias tintas» que, en definitiva, «favorecen al capitalismo». Las democracias cristianas alemanas e italiana eran de derecha —él lo había podido constatar, cuando fue enviado como delegado de la DC argentina—, era hora de reapropiarse del término izquierda. «...destruyamos el mito, copemos su realidad», sentenciaba. ¹⁴

La posición frente al comunismo se actualizó hacia fines de la década, con la irrupción de la Revolución Cubana. Si bien el desplazamiento de Batista fue saludado por la prensa católica, en la misma saga en la que se había celebrado la caída de Perón, los choques entre la Iglesia y el gobierno de Castro se agudizaron a mediados de 1960, con varias declaraciones críticas por parte del episcopado cubano. El clima que inspiró la Revolución en la nueva izquierda también causó una incontentible alarma entre sus opositores. El comunismo —como un problema europeo, más académico que político— se presentaba ahora como una cuestión urgente. A fines de ese año se produjo la Gran Misión de Buenos Aires. Consistía en un conjunto de actividades programadas, tanto de atención individual a las necesidades espirituales de los ciudadanos del área metropolitana, como una serie de eventos públicos. Una verdadera legión de voluntarios, religiosos y laicos, tanto argentinos como extranjeros que arribaron desde América Latina y Europa para participar en especial de la misión, encuestaron previamente a los vecinos para conocer el Estado de su condición religiosa. Luego los visitarían los misioneros, encargados de brindarles los sacramentos que fueran necesarios. La Gran Misión se entroncaba con el Primer Congreso Mariano internacional, a realizarse en Buenos Aires a principios de noviembre de ese año. Para incrementar el fervor popular, los obispos que coordinaban la iniciativa decidieron trasladar la imagen de la Virgen de Luján hacia la Plaza de Mayo, en un recorrido que incluyó los partidos del oeste y el sur del conurbano bonaerense, y que terminó con el ingreso de la Virgen cruzando el Riachuelo y llegando al centro político del país, donde una multitud la esperaba el 1 de octubre. La *posmisión* consistía en el seguimiento de los fieles que habían sido atendidos

¹² François Houtart, cit., abril de 1956, p. 7.

¹³ Ídem.

¹⁴ Conrado Eggers Lan, *Comunidad*, agosto de 1958, p. 92.

durante los días de la Gran Misión, para mantener y reproducir su observancia (Casapicola, 2005; Friedrich, 1994; Lahitou, 2009).

La Gran Misión implicaba reconocer que en la capital y la zona que la circundaba había mercedado el celo religioso. El ciclo de enfrentamiento clerical-anticlerical, desde la crisis con el peronismo hasta la *laica o libre*, había hecho madurar esta conclusión. Al menos la ciudad cosmopolita y el populoso conurbano, parecían alejarse de la tutela eclesiástica. De hecho, el lema de la Gran Misión fue «Volvamos a Cristo por medio de María». Se trataba de una metodología que se venía aplicando en otras ciudades de América Latina y que había nacido del impacto de la célebre *Misión de París*. En términos pastorales, la Gran Misión reproducía una concepción sobre lo religioso centrada en la eucaristía pública. Una concepción que no parecía haberse modificado demasiado desde el Congreso Eucarístico Internacional de 1934.¹⁵ La Gran Misión no se privó de exhibir a las masas católicas en la esfera pública, con importantes demostraciones de fe en las calles del centro político del país. Sin embargo, el balance de la iniciativa dejó muchos claroscuros para los organizadores, y muchos más para los intelectuales críticos de la metodología tradicional de la Iglesia para desplegarse en el espacio urbano. El presbítero Humberto Muñoz desde Chile señalaba que el problema de la Gran Misión fue la poca preparación del laicado para substituir a los sacerdotes en su misión de prédica. «La misma instrucción religiosa» —sostenía Muñoz— «a base de clases de tipo doctrinal y no de círculos de estudio sobre la realidad vivida, les ha dado un cristianismo muy neumático o, mejor dicho, desencarnado. Finalmente, los grupos A. C. [Acción Católica] forman comunidades cerradas, verdaderos “guetos”».¹⁶ En el mismo sentido, Antonio Donini redactó un informe crítico de la Gran Misión, que despertó las iras del entonces Arzobispo de Buenos Aires, monseñor Antonio Caggiano (Mignone, 1999, p. 179). Allí señalaba que la iniciativa había sido muy ambiciosa, pero que los recursos humanos habían sido mal utilizados. La crítica más dura —que compartía con Muñoz— era la extrema dependencia del laicado, su falta de libertad y preparación para ocupar el rol de un clero que se enflaquecía cada vez más. Finalmente, criticaba la relación entre la parroquia y la sociedad circundante. Al igual que en Europa, el modelo de predicación parroquial estaba acabado. Retomando los argumentos de François Houtart, para Donini se trataba de un medio poco genuino. Era un conjunto de fieles, de asociaciones, conducidos por un párroco de actitudes autoritarias. Y en general, era una institución alejada de las necesidades del barrio circundante.¹⁷

El tema del Primer Congreso Mariano internacional fue «El marxismo como antítesis del concepto cristiano de Dios, del hombre y de la comunidad». En el marco de una iniciativa que aparecía como anacrónica a la vista de los mismos católicos, el Congreso integró en sus sesiones a generaciones diversas de intelectuales confesionales, laicos y sacerdotes. Por un lado, miembros de la generación de la década de 1920, los fundadores de *Criterio* y los Cursos de Cultura Católica, tomistas y miembros de las vanguardias como Manuel Ordoñez, Francisco Valsechi, Atilio Dell’Oro Maini,

15 Esta vocación por mantener en pie el «catolicismo de masas» de los años treinta se puso en evidencia un año antes, en la organización del IV Congreso Eucarístico nacional en la ciudad de Córdoba. El mismo «contó con actos multitudinarios y con la visita del cardenal Cento, el legado papal arribado directamente desde Roma, dos hechos que remedaban lejanamente el Congreso de 1934», pero el mismo mostraba, a su vez, el agotamiento de ese modelo: «El Congreso de 1959 respondió a las propias dinámicas de la sociedad cordobesa, muy distintas a las del resto del país. Sólo en el corazón de la ciudad de Córdoba pudo ensayarse en 1959 un Congreso Eucarístico, no así en el resto del país.» (Lida, 2009).

16 Humberto Muñoz, «Impresiones sobre la Gran Misión de Buenos Aires», *Mensaje*, vol. 9, n.º 95, diciembre de 1960, pp. 545-546.

17 Antonio Donini, «Aspectos sociológicos-pastorales de la Gran Misión de Buenos Aires», *CLAS*, n.º 100, febrero de 1961, pp. 1-15.

Carlos Mendioroz, Juan Ballester Peña. Por el otro, jóvenes que habían recibido el impacto de las ciencias sociales y la Nouvelle Théologie, como Mariano Grondona, Emilio Mignone; los jesuitas Joaquín Aduriz, Antonio Donini, Alberto Sily, y el joven teólogo Eduardo Pironio. La Gran Misión y el Congreso mariano marcaron la última escena de un modelo de intervención pública que ya mostraba signos de agotamiento, y un nivel de unidad interna en el catolicismo que sería difícil de reproducir en la etapa postconciliar. En su discurso de apertura, el arzobispo de Buenos Aires habló del comunismo como un «peligro inminente», de una doctrina cuyo fundamento era «la negación de Dios». Simulando una autocrítica, señaló que los cristianos «no habían estado a la altura de los acontecimientos» y les había faltado «unidad». El comunismo era una mentira que solo estaba siendo contenida por las fuerzas de la represión, la fuerza organizada, pero que debía derrotarse en un combate espiritual: un enfrentamiento entre el bien y el mal donde «los neutrales serán absorbidos o sucumbirán. Es inevitable».¹⁸

Luego de tal discurso de apertura, Dell'Oro Maini siguió en una tesitura similar, desplazando el factor económico como causa para interpretar la expansión del comunismo en América. Por el contrario, su éxito de debía a la astucia de los comunistas, que se esforzaban «por desintegrar los valores sociológicos tradicionales, de arraigo espiritual». Al igual que Caggiano, el exministro de educación creía que la lucha no era política y mucho menos económica, sino que se daba en el plano religioso. La cultura religiosa era una valla contra el comunismo y de nada servirían los esfuerzos económicos, sino se resguardaban las riquezas espirituales por medio de la educación y la asistencia a los pueblos.

Los discursos más disruptivos con este tono amenazador y condenatorio estuvieron en manos de los más jóvenes. Eduardo Pironio hizo nula referencia al comunismo, y se concentró en enfatizar la necesidad de un catolicismo centrado en una nueva antropología cristiana. Alejado de los deseos de Caggiano, el teólogo afirmó la tradición del humanismo señalando que el hombre era imagen de Dios que debía «completar la obra de la creación —valiéndose de la técnica—, un mundo más hermoso y comfortable». Porque un cristiano «resignado» favorecía al comunismo. Por el contrario, debía ayudar «a la liberación autentica de su hermano». Por su parte, Joaquín Aduriz formuló una dura crítica a la religiosidad exterior y formal de la Iglesia católica. El marxismo no era el producto de la maldad de algunos perversos, sino el punto de encuentro entre la modernidad y los deseos del hombre contemporáneo: el antropocentrismo ateo, la masificación y la obsesión por el conocimiento empírico y técnico, aspectos que llevaban a la negación de la trascendencia y al laicismo ateo, de un carácter claramente más profundo que el anticlericalismo del siglo XIX. El problema era la incapacidad de la cultura católica de influir en la sociedad moderna, por su formalismo, por la falta de sentido comunitario de la Iglesia, por la falta de relación entre los valores cristianos y los problemas del hombre contemporáneo. Hacía falta una «teología de las realidades terrestres» como reclamaba el teólogo Gustave Thils. La propuesta de Aduriz era formar católicos en el campo científico para dialogar con la cultura contemporánea.

Antonio Donini estuvo encargado de hablar del influjo del comunismo en la sociología. Pero prefirió referirse a los prejuicios que aun subsistían en el campo católico. Eran comprensibles en tiempos de Comte y de Durkheim, padres fundadores de una disciplina que era más una filosofía social que una ciencia positiva y neutral. Pero la sociología norteamericana, afirmaba el sacerdote, había subsanado este problema, despojando a la ciencia de su carácter normativo, permitiéndole funcionar como una disciplina sin prejuicios filosóficos y morales. No existía, en ese sentido, una *sociología*

¹⁸ Iglesia Católica Apostólica Romana, *Sesiones de estudio: El Marxismo como antítesis del concepto cristiano de Dios, del hombre y de la comunidad* (Buenos Aires: Comisión Central Ejecutiva del Primer Congreso Mariano Interamericano, 1960), p. 226.

cristiana, como no podía existir una verdadera y científica *sociología marxista*. La introducción de la ideología —y el cristianismo era homologado, en este punto, al marxismo— anulaba la capacidad explicativa de la sociología científica. Si el marxismo ocupaba espacios en la sociología era culpa de los católicos, por haberla despreciado. Porque había en América Latina una necesidad y deseo de estudiar la realidad social y la sociología «a mano» era la marxista. Sus propuestas en el congreso se orientaron a crear institutos y departamentos, independientes de las autoridades universitarias para «indagar los problemas sociales de América Latina».¹⁹ Finalmente, el jesuita Alberto Sily, hombre del CIAS, retomó el concepto de «antropología cristiana» insertándolo en un análisis dessecularizado de la realidad social. Si para Donini, la sociología tenía reglas y métodos propios, independientes de la postura religiosa del observador, para Sily Dios no era, en ningún caso, un observador neutral. El orden económico-político debía reflejar la intervención y orden dado por Dios, con lo cual existían ordenes cristianos y ordenes sociales que no lo eran. Esta invocación a lo divino buscaba darle una fuerza sobrenatural a su cuestionamiento al capitalismo. Luego de señalar, en cifras, la penosa situación de los pobres en América Latina (utilizando los datos de alimentación, distribución del ingreso, vivienda, etc.), sentenciaba que el capitalismo era «una injuria al hombre y a Dios». Cuando le tocaba presentar al marxismo, trabajaba con las descripciones y críticas de Calvez y de Chambre. El ateísmo en Marx era su «infraestructura» y, por ende, no era un factor accesorio que los cristianos progresistas pudieran obviar, o poner en segundo plano. Sin embargo, el modelo de sociedad cristiana no era equidistante del capitalismo y del comunismo: la iglesia tenía la misión de decir qué era el hombre y cuál era su destino. Dar «heroico testimonio» y denunciar al capitalismo, propugnando una verdadera «comunidad de bienes». Al igual que los intelectuales de su generación, sus propuestas cristalizan en reclamar una formación técnica especializada, el conocimiento profundo y sistemático que aparece como el único camino para superar la doctrina social de la iglesia como un racimo de buenas intenciones.

Nueva teología, nuevos enfoques

Los años cincuenta no fueron solo una década en la que el catolicismo repensó su doctrina social, modernizando su aparato de comprensión intelectual para interpretar el avance y futuro del comunismo. También fue una época de profundas convulsiones en la misma teología, una disciplina en decadencia fuera de las aulas de las universidades confesionales, y que incluso en ellas, era cada vez más insatisfactoria para interpretar la irrupción del *hombre moderno*. Desde finales del siglo XIX la jerarquía había impulsado el tomismo como doctrina semioficial. Como parte del intento de homogeneizar organizativamente la estructura eclesiástica, encíclicas como *Aeterni Patris* (1879) se inscriben en el marco de un proyecto de resistencia a la modernidad y desarrollo de una filosofía alternativa. El neotomismo de la primera mitad del siglo XX floreció en Europa y sedujo a jóvenes intelectuales de América Latina. Los fundadores de los Cursos de Cultura Católica se abocaron a la obra de Santo Tomás, intentando aplicar sus máximas a los distintos campos de la intervención pública, sea lo social, lo político o lo artístico. El papel tutelar que ejerció sobre ellos la obra y la vida de Maritain se explica, en parte, porque se trataba uno de los más importantes filósofos neotomistas del renacimiento católico francés. Sin embargo, luego de la Segunda Guerra, el tomismo halló un techo. Jóvenes

19 La expectativa de los intelectuales respecto a las posibilidades del desarrollo y del papel que los científicos sociales jugaría en él, se extenderá a lo largo de los años setenta, en forma paralela al del resto de la intelectualidad no confesional. Aún en los sesenta, Justino O'Farrell —que en 1973 sería decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA), durante la primavera camporista— y Donini afirmaban la importancia de la planificación para el desarrollo y el rol de los sociólogos en la misma. Justino M. O'Farrell y Antonio Donini, «Planificación política y sociología», *Estudios*, n.º 556, agosto de 1964, pp. 425-444.

intelectuales católicos europeos encontraron que se trataba de una filosofía premoderna, que hacía casi imposible a los católicos y a la iglesia entender y dialogar con los problemas del hombre de la era nuclear. La *nouvelle théologie* —como la llamaron sus críticos— fue protagonizada por un conjunto de teólogos que ejercieron una dura crítica al tomismo, postulando interpretaciones alternativas, que se manifestaron en dos destacadas publicaciones. En 1942 apareció *Sources Chrétiennes*, de los jesuitas, una compilación de fuentes patrísticas dirigida por Jean Daniélou y Henri de Lubac; y en 1946 la serie *Théologie*, dirigida por Henry Bouillard. Marie-Michel Labourdette, editor de la *Revue Thomiste*, polemizó con ambas publicaciones, sosteniendo que cuestionaban implícitamente la escolástica, con dos tipos de relativismo: por un lado, el relativismo histórico; por el otro, un relativismo experiencial, vinculado al subjetivismo y el espiritualismo (una forma de individualismo religioso). Estos dos relativismos habilitaban el dialogo con el existencialismo y el materialismo histórico. La *nouvelle théologie* parecía relativizar el papel del tomismo, como si se tratara de «una teología más», cuando para Labourdette se trataba del método propio de la teología. En 1946 se publicó una *réponse* anónima en la revista *Recherches de Science Religieuse*, en la que los interpelados negaban los cargos y, en 1947, Réginald Garrigou-Lagrange (la *bête noire* del tomismo francés) publicó su célebre «La nouvelle théologie, où va-t-elle?», en la revista del Angelicum, bautizando definitivamente al movimiento, al tiempo que lo ponía bajo su pluma inquisitorial. En 1947 el episcopado francés expresó su «preocupación» por el negativo efecto que tenía el debate entre los no creyentes y finalmente en 1950 el papa Pío XII emitió la famosa encíclica *Humani Generis* (Nichols, 2000). Alarmado por la difusión de ideas que en Roma se caratulaban como «neomodernistas», emitió este documento con el que, como sostenía un viejo contrincante de Maritain, el Papa intentó «... hacer frente a esta peligrosa penetración del pensamiento específicamente moderno dentro de la filosofía y de la teología cristiana» (Meinvielle, 1966, p. 246). La encíclica condenaba tres niveles de errores 1) admitir «sin discreción ni prudencia el sistema evolucionístico»; 2) el idealismo, el inmanentismo el pragmatismo y el existencialismo; 3) el historicismo. Entre otras condenas, afirmaba que «... estos conatos, no solo llevan al relativismo dogmático, sino ya de hecho lo contienen; pues el desprecio de la doctrina tradicional y de su terminología favorece ese relativismo y lo fomenta».²⁰

La encíclica condenaba en forma abierta los intentos de renovación y tenía como destinatario directo al jesuita y científico Pierre Teilhard de Chardin; sin embargo, se vieron desautorizados todos aquellos que habían expresado su intención de transformar de una u otra manera las bases en la que sustentaba el modelo de la *cristiandad*. El tomismo aparecía como una ciudadela amenazada, que debía ser defendida. En este punto se bifurcaban las sensibilidades de los intelectuales católicos. En 1951 se reunió en Roma el Tercer Congreso Internacional Tomista, en el que participó el argentino Nicolás Octavio Derisi, quien reseñó el encuentro como una instancia en la que, frente a las corrientes filosóficas modernas, el tomismo había podido demostrar su *vigor* y su capacidad para dar solución con sus principios a los problemas planteados por la filosofía contemporánea. El tomismo, afirmaba el futuro rector de la Universidad Católica Argentina, «... se yergue más pujante que nunca». Cuatro años después, en el Cuarto Congreso Tomista realizado en la misma ciudad, Ismael Quiles señalaba la pérdida de relevancia del tomismo en la sociedad contemporánea. Más abierto al existencialismo que al marxismo, no creía que el tomismo «contuviera toda la verdad», o que estuviera libre de errores. Abrirse a las corrientes de pensamiento moderno era una vía para no quedar al margen de la historia. Y esta era una sutil, pero relevante diferencia entre las sensibilidades de los católicos de los cincuenta: para estos últimos, la construcción de la sociedad moderna al margen de la filosofía cristiana era

20 «Carta Encíclica *Humani Generis* del Sumo Pontífice Pío XII sobre las falsas opiniones contra los fundamentos de la Doctrina Católica», <http://w2.vatican.va/content/pius-xii/es/encyclicals/documents/hf_p-xii_enc_12081950_humani-generis.htm>.

un problema que exigía una reflexión autocrítica e incluso una revisión y renovación. Para hombres como Derisi, la brecha que se abría entre el mundo y la cristiandad solo confirmaba sus certezas en el tomismo y el desvío de la cultura desde la reforma protestante. Ya volvería, por sus propios errores y tragedias, a pedir asilo en la fe. Solo era cuestión de tiempo.

A pesar de las resistencias, toda una generación de teólogos, filósofos y artistas católicos empezaron a reconsiderar sus relaciones con la modernidad. De hecho, es en la segunda posguerra cuando en la cultura confesional se generaliza el uso del término «intelectual católico». Intelectual era una figura apropiada por la cultura liberal y de izquierda, connotada por su origen y conflicto con la iglesia. Al mismo tiempo, era un término marcado por las aspiraciones a la autonomía, vinculado con el surgimiento de la esfera pública y la crítica al poder. Misiones y espacios conflictivos dentro de la Iglesia. Que su uso se empezara a generalizar entre los católicos era un síntoma de que los intelectuales aspiraban a ocupar una posición de reconocimiento y poder análoga a las de sus pares no confesionales con relación a la opinión pública y al Estado. Se trataba de hacerse de un estatus, un capital simbólico propio que rivalizara con el de los sacerdotes, obispos y demás funcionarios eclesiásticos.

Una de las acusaciones contra las nuevas perspectivas teológicas era su relativismo. Al igual que contra el modernismo, a principios del siglo XX, la aplicación de una perspectiva histórica para analizar la doctrina, la patrística, los estudios bíblicos era vista como una puerta para relativizar la perennidad de las verdades de la fe relevada, y que la Iglesia tenía la misión de «custodiar». Este proceso fue *in crescendo* en la década de 1950, poniendo de relieve una renovada concepción sobre qué podía y qué no podía cambiar en la iglesia. Gustavo Franceschi, nuevamente captó el proceso de cambio e intentó ponerse a la cabeza. Distinguía, por supuesto, la diferencia entre el sentido de la historia para los profanos, cuyo carácter era inmanente, del carácter sagrado que tenía para los cristianos, en el que Dios tenía un plan y los hombres o bien colaboraban, o bien lo obstruían. Pero Franceschi no temía introducir la noción de un «Cristo histórico», y la cita de nada menos que un teólogo protestante, Oscar Cullmann, que había impactado a la cultura cristiana con su libro *Cristo y el tiempo* (1946). La importancia de la perspectiva histórica servía, según Franceschi, para relativizar las formas particulares que adoptaba la organización religiosa. De esta manera se podían modificar «la exposición de doctrina, prácticas espirituales, ceremonias litúrgicas, organizaciones...».²¹

En síntesis, los movimientos en la teología del catolicismo en los años cincuenta representaron una exploración sin un rumbo conocido. Se trataba, sin embargo, de un conjunto de críticas hacia una tradición a la que se consideraba obsoleta. La situación del hombre moderno, citada hasta el hartazgo por los intelectuales católicos argentinos y europeos era una letanía que convocaba a sus estructuras a transformarse, o a conformarse con un destino de intrascendencia en la sociedad secular.

Palabras finales

Desde fines de la Segunda Guerra los intelectuales confesionales se vieron compelidos a redefinir la antropología cristiana. Esta transformación se vectorizó a través del concepto de *persona* y encadenó en el humanismo cristiano. Si originalmente era una corriente que pugnaba con otras, y con la misma autoridad religiosa, para imponerse, a fines de la década la centralidad de los «derechos del hombre» en los planteos de los intelectuales católicos y el peso que debía ocupar esta preocupación en sus agendas superaba el interés por los derechos de la iglesia y los temas más abstractos de la teología. La necesidad de contactarse con el hombre moderno, de no perder el tren de la historia, de recrear una

21 Gustavo J. Franceschi, «El sentido teológico de la historia», *Criterio*, 10 de mayo de 1951.

pastoral más eficiente y vívida, de dar respuesta a los problemas sociales del Tercer Mundo —para evitar la *solución marxista*— se convirtieron en temas centrales de sus preocupaciones.

Ser un católico progresista fue, más que convertirse en el portador de un programa específico, poseer una actitud diferente frente a la modernidad y sus tensiones, una disposición para conocer y ejercer la crítica en forma autónoma de todas las estructuras de dominación, incluida la misma jerarquía católica. Este nuevo perfil de los católicos se encontró con un contexto hostil. La década de 1950 fue un período de persecuciones dentro de la Iglesia, tanto en Europa como en América Latina. Las veleidades de los teólogos y las búsquedas de los sacerdotes y laicos eran leídas como amenazas contra la autoridad de la jerarquía, que veía cómo se desarrollaban prácticas, ideas e iniciativas que relativizaban su rol, que reivindicaban la modernidad, que en muchos casos aceptaban la secularización —más de hecho que de derecho— y que incluso buscaban trazar puentes y diálogos con el que era señalado como el peor enemigo de la Iglesia —y por ende de la civilización—, el comunismo.

Sin embargo, las experiencias concretas de los progresistas argentinos fueron más centristas que las de sus pares europeos. Jean Yves Calvez recordaba, en 2001, su asombro durante su primera visita a Sudamérica en 1958, al comprobar que las polémicas giraban en torno a una figura como Jacques Maritain, a quienes los nacionalistas y tradicionalistas argentinos acusaban de izquierdista, y que en Europa —donde su estrella se agotaba— no pasaba de un «moderado» (Calvez, 2001). Los argentinos giraban en torno a las propuestas del personalismo de Maritain: asumir la secularización de la sociedad, no hacer *política evangélica*, no sacralizar la política. Algunos iban más allá y, desde mediados de los cincuenta, comenzaron a tender puentes ideológicos con el marxismo a través de una renovada lectura católica de lo social, donde se reivindicaban muchas de las intuiciones de Marx, y se minimizaba su ateísmo como un aspecto secundario e irrelevante. En todo caso, y como parte de una lógica secularizadora —donde las esferas de incumbencia de distinguen— la iglesia y los católicos se encargaría de lo espiritual y trascendente, pero para entender la realidad material, económica y social era necesario recurrir al marxismo. Si no se abandonó la crítica al marxismo, se intentó evitar el reaccionarismo. Por un lado, el análisis propuso ser «objetivo», desde su propia lógica. Por otro lado, se sumó a la apelación del humanismo sartreano contra la experiencia soviética, al tiempo que se profundizaba la crítica al capitalismo de la mano de figuras como Lebrét.

El peso que tuvo el Concilio Vaticano II y luego la Conferencia de Medellín para los católicos latinoamericanos opacó, historiográficamente, el peso de la década del cincuenta. En el mejor de los casos, se la ha percibido como un período «preparatorio» de la gran disputa eclesial de la década siguiente. Esta mirada teleológica ha obturado la posibilidad de percibir la búsqueda de horizontes de los intelectuales católicos argentinos en un período mucho más hostil, cuando las ideas sobre el cambio doctrinario o político no tenían carta de ciudadanía en el seno de la iglesia. A la excomunión de los comunistas y la encíclica *Humani generis* se sumaron decenas de persecuciones individuales, a teólogos y sacerdotes, la prohibición de publicar o republicar sus obras, la imposibilidad de enseñar en institutos católicos. Las audacias de sus búsquedas cobran un sentido distinto al analizarlas en su propio contexto, sin la perspectiva que le daría la gran revolución de la década del sesenta.

Referencias

- ARNAL, O. L. (1984). A Missionary “Main Tendue” toward French Communists - The “Temoignages” of the Worker-priest. *French Historical Studies*, 13(4), 529-556.
- BROWN, C. (2009). *The Death of Christian Britain: Understanding Secularisation, 1800-2000*, Londres-Nueva York: Routledge.
- CALVEZ, J. Y. (1958). *El pensamiento de Carlos Marx*. Madrid: Taurus.

- CALVEZ, J. Y. (2001). *Observaciones sobre la Argentina religiosa*. Roma: Embajada argentina ante la Santa Sede.
- CALVEZ, J. Y. (2002). *Chrétiens, penseurs du social*. París: Cerf.
- CASAPICCOLA, D. (2005). Buenos Aires, 1960: Una Misión olvidada. En: *X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*. Rosario: Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario, Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral.
- COMPAGNON, O. (2003). *Jacques Maritain et l'Amérique du sud : le modèle malgré lui*. Villeneuve-d'Ascq: Presses universitaires du Septentrion.
- D'ALMEIDA, F., BERKOWITZ, P., Y CEPEDA, F. (1994). Discours chrétiens et discours socialistes : un double parcours. *Mots. Les langages du politique*, 38(1), 43-58. Recuperado de https://www.persee.fr/doc/mots_0243-6450_1994_num_38_1_1866
- DI STEFANO, R. (2011). El pacto laico argentino (1880-1920). *Boletín PolHis*, 8.
- ELLWOOD, R. (1994). *The Sixties Spiritual Awakening: American Religion Moving from Modern to Postmodern*. New Brunswick, N. J.: Rutgers University Press.
- ELLWOOD, R. (1997). *The Fifties Spiritual Marketplace: American Religion in a Decade of Conflict*. New Brunswick, N. J.: Rutgers University Press.
- ESPING-ANDERSEN, G. (1990). *The Three Worlds of Welfare Capitalism*. Cambridge: Cambridge Polity Press.
- FRIEDRICH, O. A. (1994). *La gran misión de Buenos Aires: aportes de las misiones populares a la nueva evangelización* (Tesis de Licenciatura en Teología Pastoral, Universidad Católica Argentina).
- HORN, G. R. (2015a) *The Spirit of Vatican II: Western European Progressive Catholicism in the Long Sixties*. Oxford: Oxford University Press.
- HORN, G. R. (2015b). *Western European Liberation Theology: The First Wave (1924-1959)*. Oxford: Oxford University Press.
- HORN, G. R., y TRANVOUEZ, Y. (2016). L'esprit de Vatican II : catholiques de gauche en Europe occidentale dans les années 68. Introduction. *Histoire@Politique*, 30, 1-6. Recuperado de <https://www.cairn.info/revue-histoire-politique-2016-3-page-1.htm>
- LAHITOU, L. A. (2009). *Cincuentenario de la Gran Misión de Buenos Aires y del Primer Congreso Mariano Internacional*. Buenos Aires: Departamento de Investigación Histórico-Eclesiástica. Arquidiócesis de Buenos Aires.
- LIDA, M. (2009). Los congresos eucarísticos en la Argentina del siglo XX. *Investigaciones y Ensayos*, (58), 285-324. Recuperado de <https://iye.anh.org.ar/index.php/iye/article/view/156>
- LIDA, M. (2015). *Historia del catolicismo en la Argentina entre el siglo XIX y el XX*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- LIDA, M. (2019). El enigma Franceschi. Su lento e irreversible *aggiornamento* en la década de 1940. En: M. LIDA y M. FABRIS (Eds.), *La revista Criterio y el siglo XX argentino. Religión, cultura y política*. Buenos Aires: Prohistoria Ediciones.
- LIDA, M. (2021). La europeización del catolicismo argentino y sus transformaciones desde 1880 hasta la década de 1960. En: J. R. RODRÍGUEZ LAGO y N. NÚÑEZ BARGUEÑO (Eds.). *Mas allá de los nacionalcatolicismos: redes transnacionales de los catolicismos hispánicos* (pp. 153-176). Madrid: Sílex.
- LÖWY, M. (1993). Marxism and Christianity in Latin America. *Latin American Perspectives* 20(4), 28-42.
- LÖWY, M. (1999). *Guerra de Dioses: Religión y Política en América Latina*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- LÖWY, M. (2009). El cristianismo de la liberación y la izquierda en Brasil. *Anuario IEHS*, 24, 456-476. Recuperado de <http://anuarioiehs.unicen.edu.ar/Files/2009/Michael%20L%C3%B6wy%20El%20Cristianismo%20de%20la%20Liberaci%C3%B3n%20y%20la%20Izquierda%20en%20Brasil.pdf>
- LÖWY, M. (2018). Les sources religieuses du Mouvement des travailleurs ruraux sans terre du Brésil. *Tumultes*, 50, 73-82.
- MARITAIN, J. (1952). *El hombre y el Estado*. Buenos Aires: Editorial Kraft.
- MCLEOD, H. (2010). *The religious crisis of the 1960s*. Oxford/Nueva York: Oxford University Press.
- MEINVIELLE, J. (1966). *La Iglesia y el Mundo Moderno: El progresismo en Congar y otros teólogos recientes*. Buenos Aires: Ediciones Theoría.
- MIGNONE, E. F. (1999). *Iglesia y dictadura*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- NICHOLS, A. (2000). Thomism and the nouvelle théologie. *The Thomist*, 64, 1-19.

- PELLETIER, D. (1990). Louis-Joseph Lebre, 'un tiersmondiste concret'. *Economie et Humanisme*, 315, 81-84.
- PELLETIER, D. (1992a). Comprendre pour agir : Louis-Joseph Lebre (1897-1966). *Economie et Humanisme*, 323, 16-19.
- PELLETIER, D. (1992b). De l'utopie communautaire au tiers-mondisme catholique : le Père Lebre et Economie et Humanisme (1941-1966). *Cahiers de Sociologie Économique et Culturelle*, 9(17), 133-148. Recuperado de <https://journals.openedition.org/ch/375>
- PIERSON, C., y LEIMGRUBER, M. (2010). Intellectual roots of the Welfare State. En: F. Castles, *The Oxford handbook of the welfare state*. Oxford: Oxford University Press.
- QUILES, I. (1956). *Mi visión de Europa*. Buenos Aires: FUS.
- RAISON DU CLEUZIQU, Y. (2017). La politisation sacerdotale comme iconoclasme religieux. *Histoire, monde et cultures religieuses*, 42, 103-126. Recuperado de <https://www.cairn.info/revue-histoire-monde-et-cultures-religieuses-2017-2-page-103.htm>
- SONEIRA, J. A. (2008). Trayectorias Creyentes/Trayectorias Sociales. En: *¿El reino de Dios es de este mundo?: el papel ambiguo de las religiones en la lucha contra la pobreza*. Bogotá: Siglo del Hombre-Clacso.
- ZANCA, J. (2012). La nación católica en perspectiva. El humanismo cristiano y la secularización interna del catolicismo argentino. En: M. CEVA y C. TOURIS (Eds.), *Los avatares de la «nación católica». Cambios y permanencias en el campo religioso en la Argentina contemporánea* (pp. 111-127). Buenos Aires: Biblos.
- ZANCA, J. (2013). *Cristianos antifascistas: conflictos en la cultura católica argentina, 1936-1959*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- ZANCA, J. (2014). Jacques Maritain en Buenos Aires: la cita envenenada. En: P. BRUNO (Ed.), *Visitas culturales. Argentina, 1890-1930*. Buenos Aires: Biblos.
- ZANCA, J. (2018). *Los humanistas universitarios: historia y memoria (1950-1966)*. Buenos Aires: Eudeba.

¿Cuándo comienzan los años cincuenta? La vida pública del *desarrollo económico*, 1948-1958

When do the fifties begin?
The public life of “economic development”, 1948-1958

Jimena Caravaca¹

Resumen

Este trabajo propone indagar en el nacimiento de la idea de desarrollo económico como horizonte conceptual que organizó buena parte del debate político de los años de 1950 en la Argentina. Para hacerlo, se propone estudiar quiénes, y por medio de qué mecanismos, gestaron la idea de desarrollo como forma de plantear una solución posible al problema nacional. Sostenemos que el desarrollo logró convertirse en un clima de ideas común a diversos espacios ideológicos por sobre el parteaguas del peronismo. Esto supone la relación de varios procesos entre sí, entre los que se pueden contar: el desarrollo del campo académico de la economía tanto a nivel local como regional; como también el impacto de crisis económicas y de la coyuntura de la segunda posguerra con los efectos políticos y geopolíticos que trajo con-

Abstract

This paper proposes an investigation on the origin of the economic development's idea as a conceptual horizon that organized the political debate of the 1950s decade in Argentina. To do so, we propose to study who, and through what mechanisms, created the idea of economic development as approach of proposing a possible solution to the national problems. It's argue that “Development” become an idea common to various ideological spaces above the watershed of Peronism. This supposes the relationship of several processes with each other, among which can be counted: the development of the economics' academic field both at a local and regional level; as well as the impact of economic crises and the second post-war conjuncture with the political and geopolitical effects that it brought with it. This paper argues that

¹ Centro de Investigaciones Sociales, Instituto de Desarrollo Económico y Social, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Conicet. jimenaacaravaca@gmail.com. Este trabajo forma parte de los resultados de investigación de los proyectos PICT 2016-0121 y PIP 11220200103013CO. Se agradecen los comentarios y sugerencias recibidos en las evaluaciones externas.

sigo. Partimos de la idea que las figuras técnicas en mandos medios burocráticos fungieron como espacio de generación y reproducción del discurso del desarrollo. Se propone una revisión crítica de fuentes secundarias para repensar las periodizaciones que tienden a organizar el trabajo académico sobre el período. Junto a esto, se toman fuentes primarias relacionadas con las políticas económicas del peronismo, entre ellas fundamentalmente los documentos relativos al Segundo Plan Quinquenal, y revistas especializadas en economía en el período bajo análisis.

Palabras clave: desarrollo económico, peronismo, economistas, Prebisch, Segundo Plan Quinquenal.

the technical figures in bureaucratic middle management level served as key actors for the generation and reproduction of the development discourse. A critical review of secondary sources is proposed to rethink the periodization that tend to organize academic work on the period. Along with this, primary sources related to the economic policies of Peronism are taken, among them fundamentally the official documents related to the Second Five-Year Peronist Plan, and economic specialized magazines and journals in in the period under analysis.

Keywords: economic development, Peronism, economists, Prebisch, Second Five-Year Peronist Economic Plan.

Introducción: ¿Cómo se genera un clima de ideas?

Así como con otros grandes momentos en los que se impuso cierta idea para comprender el universo de problemas nacionales o regionales de manera extendida y relativamente homogénea, la idea de desarrollo conjuga una serie de personajes y espacios que fungieron como instancias fundamentales en el proceso de legitimación de esa forma de comprender la problemática nacional y orientar el camino hacia una solución. Sin embargo, a diferencia de otras grandes explicaciones para desentrañar los obstáculos para el devenir armónico de la Argentina, como lo había sido el progreso décadas antes, el desarrollo tiene como característica que contiene un plan programático, una guía de pasos a seguir para su concreción. En este apartado nos proponemos identificar algunos personajes, instituciones y momentos que, sin ánimo de exhaustividad, permiten reconstruir el recorrido de una idea hasta su conversión en una suerte de mantra generacional. Se propone analizar el discurso sobre el desarrollo como un hecho histórico y social (Angenot, 2010, p. 23). Por eso el concepto de generación nos es útil, en tanto, siguiendo a Pascal Ory y Jean-François Sirinelli, se lo entiende como un proceso cultural en el que las solidaridades de origen, edad y formación, así como el sentimiento compartido frente a uno o varios acontecimientos desencadenantes, no tiene como resultados conjuntos homogéneos o de límites definidos (Petra, 2009). Es decir, no hay un límite definido para formar parte de la «generación desarrollo», sino que se advierte la construcción de un *ethos* compartido, aun con diferencias. Es justamente la construcción de ese *ethos* la que importa a esta investigación.

Este trabajo busca recuperar el camino que en un momento clave de la creación de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) en 1948 y a presentación del documento *El desarrollo económico en América Latina y algunos de sus principales problemas*, del economista argentino Raúl Prebisch (1901-1986) en la II Asamblea General el año siguiente, por un lado, y la denominación que hizo posible que en 1958 un gobierno nacional presente su plan económico como desarrollista y esa definición recibiera una aceptación generalizada. En palabras del economista Alberto Petrecolla, «todos éramos desarrollistas de alguna manera» (Altamirano, 1998, p. 79).

Si bien los actores² que se tomarán en este trabajo han sido ya objeto de numerosas investigaciones, muchos de ellos, como Alejandro E. Bunge (1880-1943) y el mencionado Raúl Prebisch, han sido estudiados de manera individual (solo por citar algunos ejemplos pueden consultarse Dosman, 2008; Lluch, 1985; González Bollo, 2012), o bien se trata de investigaciones sobre los grupos específicos de colaboradores y allegados conformados alrededor de ellos (Louro de Ortiz, 1992; Acha, 2009; González Bollo, 2007; Bellini, 2006). Cuando se marcaron las relaciones establecidas por estas figuras, los trabajos estuvieron guiados por la noción de influencia (Asiain, 2016; Bellini, 2006), con foco en la relación uno a uno que se establece entre ciertos actores y sus obras con otros.

Aquí se propone una mirada transversal sobre esos diez años, con la intención de identificar las continuidades que dieron por resultado la creación de un clima de ideas particular, bajo la hipótesis de que esas pervivencias deben buscarse en lugares específicos. Esta apuesta supone centrar la mirada en los mandos medios, en los equipos burocráticos y en los actores que los conformaron en tanto técnicos. Esto no implica desconocer su politicidad, sino que atiende a su *expertise* técnica. Este foco en la continuidad no asume la inmutabilidad de la idea de desarrollo económico durante la década

2 Se utiliza el masculino plural no como una generalización, sino porque no se identifican mujeres como actores centrales en el proceso que aquí se estudia. Esto no significa que no hubiera egresadas de la Facultad de Ciencias Económicas, que sí las había, aunque fueran pocas. Con la excepción de Rosa Cusminsky, docente, traductora y la única mujer activa en la propuesta de reforma del plan de estudios de 1957, aunque sin trayectoria en el espacio estatal, no encontramos economistas mujeres en la esfera pública en estos años. Sobre Cusminsky véase Arana (2015).

analizada. Antes bien, permite ver el tránsito entre diferentes espacios, los caminos que llevaron a un documento presentado en un organismo internacional a su conversión en Manifiesto y a ser la forma legítima de comprender los problemas de Argentina y de la región por varios años. Esto implica hacer paradas en diferentes estaciones: la académica y de formación, por un lado, y la política, como forma de trazar el proceso de gestación de una idea hasta su conversión en dominante. La atención en la política no supone trasladar su marco temporal al análisis propuesto. Por el contrario, este trabajo parte de la idea de que ciertas nociones tienen una temporalidad propia, no predeterminada por el *tempo* político. De allí que sostengamos que, aun con el parteaguas que el peronismo significó en la historia nacional argentina, tanto por su irrupción como por su puesta en suspenso en 1955 a partir del golpe de Estado, la vida pública del «desarrollo económico» como noción explicativa para la solución del problema nacional debe rastrearse más allá de la determinación de ese marco temporal.

La idea de vida pública alude al proceso por el cual una noción, que en este caso surge del espacio intelectual-académico, trasciende ese origen para dominar en otros, haya sido o no esto una intención de sus autores. Es decir, aun cuando la economía sea un saber con la particularidad de contener una agenda programática, ese diálogo con otros espacios no siempre ocurre. En el caso del desarrollo, el tránsito no se dio solo hacia el ámbito decisorio de la política económica, sino que logró convertirse en un clima de ideas generalizado. Sostenemos que la riqueza de la vida pública no está dada por ir ocupando espacio por fuera de su ámbito original, sino que en ese devenir la idea misma va reconfigurándose, redefiniéndose y ganando precisión. En este sentido, no partimos de sostener que el tránsito entre lugares (académicos, políticos) sea lo determinante, sino, justamente, llamamos la atención sobre la importancia de mirar ese «entre-espacio», sin asumir, por otro lado, que el mundo académico es el único donde se generan conocimientos. En vínculo con el concepto de generación, la vida pública de una idea —leída a partir del *entre-espacio* por donde esta circula— permite dar cuenta de todos los mundos de sentido que se cruzan en ella, en tanto punto de intersección. Sin embargo, es posible que solo se comparta ese punto en común, en este caso el desarrollo como idea rectora para la organización de la vida económica nacional, pero que existan distancias en muchos otros aspectos. De allí que valga la pena remarcar que aun cuando exista una identificación común alrededor de la idea de desarrollo entre distintos actores de la época, esto no signifique desconocer todas las distancias que se abrieron entre ellos al mismo tiempo; por caso aquella que hace foco sobre qué actor económico y social debe pagar el costo del desarrollo, lo que supone tanto una ideología como una moralidad que generó distanciamientos a pesar del punto de partida común sobre la noción.

Un manifiesto para América Latina

Si por un lado están aquellos documentos que se presentan a sí mismos como manifiestos, por reunir una serie de posicionamientos políticos que actúan como carta de presentación (entre los que el Manifiesto Liminar de la reforma universitaria de 1918 es un ejemplo); por el otro, están aquellos que se ganan esa denominación a fuerza del impacto que logran. Este último es el caso del documento presentado por Prebisch a la CEPAL en 1949, denominado luego *Manifiesto latinoamericano* por Albert O. Hirschman (1971, p. 280).³ Podemos partir de la definición del documento como manifiesto para remarcar que, como tal, condensaba una serie de debates que ya estaban presentes en el espectro académico nacional y regional, incluso cuando el mismo Prebisch no tenía a la región como eje de análisis de su pensamiento y producción académica. Es interesante el efecto que produjo. A pesar

3 El texto que contiene la definición de *Manifiesto* para el documento de Prebisch de 1949 había sido publicado originalmente en 1961 como *Latin American Issues –Essays and Comments* (A. O. Hirschman, ed., Nueva York: Twentieth Century Fund, 1961, pp. 3-42).

de ser un documento que, justamente por la heterodoxia de sus contenidos, no fue presentado como institucional, sino como personal a nombre de Prebisch, como forma de deslindar al organismo de los contenidos allí presentados, la CEPAL quedó, desde entonces, asociada a esos postulados. Poco se sabe de la vida del organismo previa al manifiesto.

Al momento de ser convocado para la redacción del informe por parte del organismo internacional Prebisch tenía ya una nutrida trayectoria profesional en el ámbito argentino, a la que se sumaban unos pocos años de regionalización e internacionalización de su vida profesional a partir de 1943, cuando debió dejar el cargo de gerente general en el Banco Central de la Argentina, institución a la que en buena medida había dado forma en 1935 y en la que se desempeñaba desde entonces. Hasta 1948 continuó su labor docente en la Facultad de Ciencias Económicas (FCE) de la Universidad de Buenos Aires (UBA) (que había sido creada en 1913), en los últimos años a cargo de la materia Dinámica Económica. A inicios de los años cuarenta, comienza a delinear allí una serie de conceptos que luego serán clave en los años cincuenta: la diada centro-periferia, ciclo económico; desarrollo. Resulta interesante rastrear las mutaciones del contenido de sus clases: para mediados de los años 40, antes que en teoría extranjera, están planteadas desde el análisis y problematización del presupuesto nacional argentino. En palabras del economista Aldo Ferrer, quien fuera su alumno aquellos años: «(la economía neoclásica) no le servía para resolver los problemas que enfrentaba» (Rougier, 2014, p. 30). Pero surge aquí también una cuestión clave: la formación académica se complementa en la práctica. A partir de esa constatación surgirá luego el andamiaje conceptual del desarrollo económico latinoamericano. La referencia regional es importante porque en esos años el «desarrollo económico» es debatido en otros espacios periféricos-subdesarrollados. Es decir que Prebisch no planteaba una teoría económica sobre el desarrollo en general, sino una sobre el desarrollo latinoamericano en particular. Incluso el cambio de eje de Argentina hacia América Latina había quedado en evidencia ya en el devenir de aquellas clases:

De 1920 a 1944 sus análisis del ciclo se concentraron en el caso de Argentina. Atribuyó las fases del ciclo argentino a causas externas determinadas en gran parte por la política y el desempeño económico de los países desarrollados (en Reino Unido y los Estados Unidos). Durante este período y con especial fuerza después de la Segunda Guerra Mundial, Prebisch se convenció de que lejos de ser propio de un país determinado el ciclo era en realidad un fenómeno más general y global, que involucraba la interacción entre lo que denominó el «centro» y la «periferia». El centro cíclico se refería al país (o grupo de países) que, debido a su importancia, transmitía sus repercusiones económicas al resto del mundo. El grupo de países sujetos a la influencia de los impulsos del centro (la periferia) incluía, entre otros, a todos los países latinoamericanos (Pérez Caldentey, Vernengo y Torres, 2018, p. 8).

En suma, mientras revisaba la relación entre teoría y práctica, se hacen notorias las diferencias entre eso que Prebisch llamó centro y la periferia. Esto también repercutía en qué era considerado necesario para ser un economista que pudiera explicar y actuar sobre las economías periféricas. Prebisch discutió cómo debía formarse un economista: en 1948 fue convocado para dar su opinión sobre el plan de estudios del doctorado en economía de la FCE de la UBA y la posible creación de una licenciatura (Arana, 2016). De esa instancia se pueden remarcar al menos dos cuestiones: la reforma del plan de estudios la sugirió en función de una similar que Daniel Cosío Villegas había preparado para México; esto da cuenta de la red de comunicación que se había establecido entre ellos. Cosío Villegas, uno de los creadores de la casa editorial Fondo de Cultura Económica, uno de los promotores de la formación del Departamento de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México en 1929, y director del Departamento de Estudios Económicos del Banco de México en 1940, fue quien había convocado a Prebisch a México en 1946 a participar como experto en la Primera

reunión de Técnicos de la Banca Central. Antes, en 1944 apenas desvinculado del Banco Central argentino, fue Cosío Villegas quien lo invitó por primera vez a ese país. En ese viaje, Prebisch habría «descubierto» América Latina (Caravaca y Espeche, 2016).

Que Prebisch retomara lo sostenido por Cosío Villegas al momento de plantear la reforma de la currícula universitaria en economía da cuenta de la red construida entre ellos, que tendrá muchos otros puntos de encuentro, y también de la forma en la que el economista argentino comprendía que la región atravesaba cuestiones similares que impactaban de manera acompasada a todos sus países. No fue esa la única vez en la que Prebisch sostuvo la necesidad de repensar la formación en economía en los contextos periféricos. En aquel documento que trascenderá como el *Manifiesto latinoamericano*, se detuvo sobre la necesidad imperiosa de iniciar investigaciones en la región y la dificultad de llevarlas a cabo por falta de personal capacitado técnicamente:

[Existe un] número exiguo de economistas capaces de penetrar con criterio original en los fenómenos concretos latinoamericanos. Por una serie de razones, no se logra suplir su carencia con la formación metódica de un número adecuado de hombres jóvenes de alta calificación intelectual. El enviarlos a las grandes universidades de Europa y Estados Unidos representa ya un progreso considerable, pero no suficiente. Pues una de las fallas más conspicuas de que adolece la teoría económica general, contemplada desde la periferia, es su falso sentido de universalidad (Prebisch, 1949, p. 13).

La necesidad de capacitación que Prebisch estimaba central para los economistas en formación no se limitaba al espacio académico. La vida práctica de la economía, expresada a través la función pública de economista, a la vez que ponía en evidencia los límites de la teoría para el espacio local, actuaba como instancia de formación en la práctica. En cada oficina estatal que tuvo a su cargo Prebisch creó oficinas de investigaciones económicas y reclutó personal entre los mejores graduados de la Facultad.

La posguerra, pero antes también la crisis de 1930 y sus ecos locales a los que Prebisch había intentado apaciguar a partir de políticas a las que consideró a posteriori como keynesianas (Magariños, 1991, p. 94) cuando se desempeñaba como asesor conjunto de los ministros de Agricultura y Hacienda, Luis Duhau (1884-1963) y Federico Pinedo (1895-1971), respectivamente, habían puesto ya en tensión los contenidos teóricos con las condiciones materiales en las que se desenvolvía la toma de decisiones en la vida práctica de las políticas económicas. De allí que Prebisch fuera un promotor de la formación constante de graduados en economía en espacios o bien extrauniversitarios, como fueron las oficinas de investigaciones económicas del Banco de la Nación Argentina que dirigió entre 1927 y 1930, y del Banco Central de la República Argentina, como de formación de posgrado internacional. En este último caso, a través de un programa de becas establecido en el Banco Central, y luego a partir de la CEPAL y su programa de formación, investigación y debate.

En el mismo sentido, el documento que le dará fama internacional a Prebisch y a la CEPAL re-toma varias de las cuestiones que el economista había planteado poco tiempo antes en sus clases de Dinámica Económica en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires. Es posible de advertir, incluso, que sus ideas sobre el ciclo económico estaban ya presentes al momento de plantear el proyecto de creación del Banco Central Argentino en 1935, cuando sostuvo sobre la base de los hechos, que la reiteración de los ciclos económicos debía incorporarse al diseño institucional, de modo de aprovechar la fase ascendente para el acopio de efectivo excedente que evitara el efecto multiplicador de esa fase (Caravaca, 2012, pp. 80-81). Esto, por otro lado, no escapa a otro «momento» internacional, aquel posterior a la crisis de 1930: los planes de reactivación económica como el paquete de medidas económicas conocido como *New Deal* aplicado desde 1933 en los Estados Unidos a instancia del presidente F. D. Roosevelt.

No debería extrañar que un documento que se considere Manifiesto sea una exposición clara y bien articulada de ideas que ya estaban presentes en el espacio intelectual de la época. Antes que esto sea un desvalor, ubica a Prebisch en el ambiente académico regional como figura destacada, pero aun así inserto en una producción que es colectiva por definición. Además de la referencia ya mencionada hacia los colegas mexicanos, entre los que Cosío Villegas fue fundamental, pero no el único con quien estableció contacto, debe mencionarse la relación de Prebisch con el ingeniero argentino Alejandro E. Bunge y la *Revista de Economía Argentina* (REA) que Bunge creó en 1918 y dirigió hasta su muerte.

Prebisch estuvo en contacto con Bunge desde los inicios de su trayectoria profesional. Bunge ya era funcionario nacional al momento de llegada de Prebisch a Buenos Aires desde Tucumán, su provincia natal. Bunge, un dirigente católico con historia familiar vinculada al poder, estaba a cargo desde 1913 de la División Estadística del Departamento Nacional de Trabajo, «la agencia laboral encargada de cuantificar fenómenos, tales como la ocupación, las condiciones laborales, los ingresos y los consumos de las familias trabajadoras, que debían estar en la mesa de negociación entre los intereses del capital y del trabajo» (González Bollo, 2012, p. 38). Conjugó ese cargo con la docencia universitaria, ámbito donde conoció a Prebisch, quien llegó a ser jefe de trabajos prácticos en su seminario «Costo de la vida y poder adquisitivo de la moneda (1919-1920)», dictado en la FCE de la UBA a la que Prebisch había ingresado en 1918 y que sería rápidamente atravesada por la reforma universitaria de ese año.

Aun sin adentrarnos en profundidad en las posiciones teórico-ideológicas de Bunge, resulta en este punto necesario remarcar algunas cuestiones centrales del nacionalismo económico que promulgó, producto de su cercanía con los escritos del alemán Friedrich List, con los que estuvo en contacto durante su estadía de estudios en Alemania. El modelo económico sugerido por Bunge tenía como componentes esenciales la protección a la industria y al trabajo nacional. Otro eje central era el papel asignado a los Estados Unidos como potenciador del cambio interno que quería lograr. En otras palabras, para Bunge las políticas locales debían acompañarse de un cambio en el comercio exterior de modo de abandonar gradualmente la dependencia del mercado británico, a la que le achacaba el hecho de «desnivelar los precios». Esta idea de Bunge, que luego sería vital para el pensamiento económico latinoamericano, se basaba en la constatación de que los precios de los artículos que la Argentina importaba crecían mucho más de lo que lo hacían los productos que la Argentina vendía al mercado internacional. En su lógica, la apertura comercial hacia los Estados Unidos permitiría, aun a costa de cierto déficit inicial inevitable, un proceso industrializador ligado a los capitales modernos de aquel país. Es decir que combinaba en un solo planteo el nacionalismo económico con la apertura al ingreso de nuevos capitales internacionales que a largo plazo permitirían la independencia económica, al menos la independencia del capital británico.⁴ Hay otra cuestión central en la propuesta bungeana: la que alude a conveniencia de desarrollo de una unión aduanera del sud, heredera también de la conceptualización de List acerca de la experiencia del *zollverein*.⁵ Bunge reconoce la potencia-

4 Al respecto pueden verse las noticias que daban cuenta de las giras de Bunge en los Estados Unidos, en las que insistía en declarar que la Argentina estaba abierta y era hospitalaria a la inversión de capitales internacionales sin ataduras de ningún tipo respecto de Inglaterra. Ver, entre otros, «Visita los Estados Unidos un economista argentino», *La Nación*, 4 de abril de 1928, «La economía argentina. Capital y Producción-Tomo II», *La Nación*, 9 de abril de 1928, y «La Argentina y los Estados Unidos», *La Nación*, 20 de abril de 1928.

5 List analiza la unión aduanera entre Estados prusianos y deriva de ella las conclusiones sobre los beneficios de tal política. La unión se había organizado como forma de defender el avance productivo que esos estados, ligados históricamente al libre comercio, había logrado a partir del bloqueo continental napoleónico, un evento «que marcó una era en la historia tanto de Alemania como de Francia, a pesar de que J.-B. Say, el pupilo más famoso de Smith, lo haya definido como una calamidad. Más allá de lo que digan los teóricos, especialmente los ingleses, contra la medida, hay una abundante evidencia de que, como resultado del bloqueo, la manufactura alemana tuvo

lidad de la unión aduanera de los países del sud desde los años de 1920. Entre 1940 y 1943 la conceptualización alcanzará mayor consistencia,⁶ lo que permite ver la sintonía de la política de integración regional conocida como ABC que planteará el presidente Perón pocos años después.

Ya hacia fines de los años de 1940, la REA publicó por partes el texto de Prebisch *El desarrollo económico en América Latina y algunos de sus principales problemas* durante tres números consecutivos entre agosto de 1949 y febrero de 1950 en la sección Documentos que inauguró con esa publicación (Coviello y Graña, 2020, p. 39). No era la primera vez que figuraba como autor allí: desde 1920 y hasta la publicación de este trabajo, Prebisch había publicado en catorce ocasiones en las páginas de la REA. A la publicación por etapas del manifiesto le sumó desde 1950 los informes que la CEPAL producía por temas y países (agricultura, energía, etc.). La apuesta de la REA por la CEPAL debe entenderse en medio de un clima de posguerra donde las reuniones, conferencias y organismos internacionales estaban en constante ebullición (Caravaca y Espeche, 2021). La afinidad por el nuevo organismo y su producción, al menos desde que Prebisch le dio notoriedad, parece indicar allí cierta consonancia con las líneas editoriales de la revista. Como sostienen Ramiro Coviello y Juan Graña, «la REA celebraba que, por primera vez, un organismo constituido y dirigido por latinoamericanos tuviera ocasión de estudiar los países de la región, desde un punto de vista propio, amplio e independiente» (Coviello y Graña, 2020, p. 39). Luego se celebrará la coincidencia entre los objetivos y posiciones del nuevo organismo y aquellas sostenidas por Bunge desde hacía ya algún tiempo «¿Cuántas veces hemos oído y leído en Alejandro E. Bunge estos conceptos!» (Llorens citado en Coviello y Graña, 2020, p. 40), haciendo referencia al uso racional de divisas, al desarrollo de las economías regionales y a la prédica por la industrialización que Prebisch sostenía desde la CEPAL. En los mismos años de 1949 y 1950, el escrito de Prebisch y los documentos de la CEPAL compartían números de la REA con publicaciones oficiales de la Argentina. Por ejemplo, estaba el informe de la Labor del Ministerio de Economía de la Nación en 1949, incluido en la edición correspondiente a marzo-abril de 1950; o también encontramos informes de organismos internacionales (*Anuario Demográfico de las Naciones Unidas 1948*, en el número del mes de mayo de 1950) y de otros países sobre la economía argentina, como el elaborado por el Departamento de Comercio de los Estados Unidos titulado *Análisis Económico de la Argentina en 1949* (incluido en el volumen correspondiente a junio de 1950).

La vida pública del documento de Prebisch presentado a la CEPAL no se detuvo en la REA. Fue publicado también en el ámbito internacional, como en la revista mexicana *El Trimestre Económico* (ETE), que había sido creada en 1936 por Daniel Cosío Villegas y Eduardo Villaseñor, donde el documento fue acompañado por una carta de Gustavo Martínez Cabañas, por entonces Secretario Ejecutivo de la recientemente creada CEPAL.⁷ Desde entonces, Prebisch tuvo presencia habitual en ETE. En el ámbito local argentino, el documento de Prebisch se reprodujo en revistas universitarias de ciencias económicas, como la *Revista de Ciencias Económicas* de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, aunque allí Prebisch no tuvo otras apariciones ni menciones en los años posteriores (Arana, 2020).⁸

por primera vez en su historia un gran avance» (List, 1841, p. 1749). La idea de unión aduanera también estará presente en la escuela de la economía social, que tendrá desarrollo en las primeras décadas del siglo xx.

6 Sobre esta cuestión pueden consultarse Solveira (2001) y Asiain (2021).

7 Prebisch lo reemplazaría en ese cargo poco tiempo después, justamente, como efecto de las repercusiones positivas que generó el documento.

8 Este trabajo no está tomando la circulación del desarrollo económico como idea en el espacio universitario. Se conoce la tesis de Aldo Ferrer, alumno de Prebisch y figura central en la política económica hacia fines de 1950 y principios de 1960, titulada «El Estado y el desarrollo económico», presentada a la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires en 1954. Allí se combina la referencia al trabajo fundacional de

Con la muerte de Alejandro Bunge en 1943, la REA había perdido a su mayor articulista (Bacolla, 2020), pero mantuvo hasta su último número publicado en septiembre 1952 el interés en la demografía, la estadística y el sostén ideológico por la industrialización como vía para resolver lo que consideraba el atraso nacional y lograr la independencia económica promovida por Bunge. Esa línea editorial se mantuvo a partir del trabajo de quienes fueran sus discípulos, quienes mantuvieron también abierta la línea de diálogo con el poder político y corporativo que Bunge había cultivado ya durante las primeras presidencias radicales de Hipólito Yrigoyen (1916-1922) y de Marcelo Torcuato de Alvear (1922-1928). Los estudios sobre el grupo Bunge para los años de 1940 incluyen entre sus allegados más directos a Emilio Llorens,⁹ quien fuera convocado como asesor de la Dirección General de la Industria en 1943 y poco tiempo después fue designado «titular de la Dirección de Economía y Política Industrial. A esta agencia gubernamental se sumaron otros bungistas como el abogado José Enrique Miguens, los ingenieros José Astelarra y José Llorens Pastor; los economistas Carlos Correa Ávila, Cesar Belaunde, Carlos Moyano Llerena y Jorge Vicien, entre otros» (Bellini, 2006, p. 33). Miembro de una «primera generación» de economistas estatales (Caravaca y Plotkin, 2007), Bunge se rodeó de expertos en economía no necesariamente economistas de profesión, sino en muchos casos ingenieros como él. Esto debe entenderse como parte de un momento en el que la profesión de economista estaba aún transitando el trayecto de la legitimación tanto interna como externa (Fourcade, 2006).

Pasarán algunos años más para que el ser economista sea condición suficiente para el ingreso a los círculos de poder y toma de decisiones. Mientras tanto, ese acceso se agilizaba a partir de la posesión de capital social, de contactos familiares y personales que abrían puertas al Estado. El peronismo representará sin dudas un quiebre en esa relación entre economistas profesionales y función pública. Y el grupo Bunge, al menos en principio, será fundamental en la provisión de esos saberes al nuevo régimen.

Segundo plan quinquenal

Este apartado está dedicado al estudio del Segundo Plan Quinquenal lanzando por Perón en diciembre de 1952 luego de ser tratado en comisiones donde fue debatido con los sectores productivos.¹⁰ Sostenemos que el clima de debate alrededor de la idea de desarrollo económico parece haber sorteado el parteaguas del peronismo. Ese dominio no fue, claro, uniforme ni unidireccional. Como se intentó reponer, desde la aparición del documento *El desarrollo económico en América Latina y algunos de sus principales problemas* en 1949, una serie de procesos hicieron, por un lado, a la conversión de ese escrito en guía para la acción. Por otro, y más allá de los preceptos allí presentados, la vida pública de la idea de desarrollo económico transitó su propio camino. Uno de ellos se entrecruza con el del peronismo en el Segundo Plan Quinquenal. Mientras que la idea misma de plan alude a la planifi-

Prebisch con la cita a otras obras de la economía del desarrollo como el estonio Ragnar Nurkse. Es importante tener presente que, al momento de redacción de su trabajo de tesis, Ferrer ya había viajado a la Estados Unidos, luego de haber sido seleccionado por un concurso de Naciones Unidas en 1949. Es decir, su formación local se complementó con una estancia donde «fue testigo de la formación de las nuevas ideas del desarrollo y de la organización de la economía mundial, lideradas por economistas eminentes como el polaco Michael Kalecki, director, en ese entonces, del Departamento Económico de la ONU. En la misma época retomó contacto con su antiguo profesor, Raúl Prebisch, quien viajaba con frecuencia a la sede en su carácter de Secretario Ejecutivo de la CEPAL» (Rougier, 2014, p. 18). Es decir, no es posible sostener que ese sistema de referencias sobre la teoría del desarrollo económico fuera el extendido entonces a nivel local, sino que respondía también a su experiencia internacional. Sobre Ferrer también puede consultarse (Rougier y Odisio, 2017).

9 Con 35 artículos publicados en la REA entre 1939 y 1952.

10 Los planes quinquenales han sido analizados por Gómez (2020).

cación como forma central de la política económica peronista (Berrotarán, 2003; Jáuregui, 2005), el análisis de este Plan permite dar cuenta de que las ideas de planificación y desarrollo antes que en tensión, podían acompañarse.

Aníbal Jáuregui (2005) presenta las formas en las que la planificación encarnó tanto en el modelo soviético como en el mundo capitalista. Al momento de lanzamiento del Primer Plan Quinquenal, el mecanismo no era en absoluto una novedad, ni siquiera en el plano local, donde ya desde los treinta se habían puesto en marcha, o intentado hacerlo, planes económicos como el Plan de Reactivación económica presentado a instancias de Prebisch en 1933, o el fallido Plan Pinedo de 1940. Entre el primer y el segundo plan quinquenal peronista es posible advertir algunas precisiones: el primero adolecía de información estadística para orientar fehacientemente la toma de decisiones, una falencia que ya había advertido Bunge en los años diez y que llevará décadas de intentos de modernización estadística, por lo que parte de sus objetivos quedaron como una declaración de intenciones antes que como metas realizables. El segundo plan, mientras que se apoyaba en información más elaborada, se proponía también como una intervención en un espectro de actividades mucho más amplio que lo estrictamente económico: «La vida cultural, educativa, deportiva, de salud pública, emergía destacada en los cinco gruesos volúmenes en los que quedó impreso. [...] Aunque los medios a través de los que se buscaba obtener lo propuesto fueran por demás vagos, el control estatal se expandía notablemente» (Jáuregui, 2005, p. 30). El plan compartía con la teorización sobre el desarrollo una moralidad (Caravaca, 2018) que guiaba la intervención estatal mucho más allá del crecimiento económico stricto sensu.

El extenso documento en el que se presenta la propuesta peronista exhibe dos registros discursivos. En primer término, están las palabras del mismo general Perón en la Cámara de Diputados de la Nación, que anteceden al proyecto en sí y que acompañaron la presentación del mismo en el recinto. Se trata de un claro discurso político, que incluye la verba peronista clásica, visible en pasajes tales como:

La Doctrina Justicialista trae al mundo su propia solución. Fundada en la filosofía propia de la acción del Gobierno, que no es de abstención total como en el individualismo ni de intervención total como en el colectivismo, sino de conducción de las actividades sociales, económicas y políticas del Pueblo (...) Ese es el contenido del 2.º Plan Quinquenal: una doctrina, una teoría y las formas de ejecución de las tareas que emergen, en lo material y en lo espiritual, de esa doctrina y de esa teoría del Estado [...] En la conducción de un país, el conductor es el Gobierno, sus cuadros auxiliares son el Estado y la masa organizada es el Pueblo. Según la Doctrina Peronista, estos elementos de la conducción general del país se ordenan así: Gobierno centralizado, Estado descentralizado, Pueblo libre, y todos juntos, Gobierno, Estado y Pueblo, integran la comunidad organizada [...] El 2.º Plan Quinquenal tiene como objetivo fundamental consolidar la Independencia Económica, para asegurar la Justicia Social y mantener la Soberanía Política. La doctrina del 2.º Plan Quinquenal no puede ser otra que la doctrina aceptada por el Pueblo, para ser gobernado según ella. Es la Doctrina Peronista, cuyos principios conforman el alma del 2.º Plan y que tiene como finalidad suprema alcanzar la felicidad del Pueblo y la grandeza de la Nación, mediante la justicia Social, la Independencia Económica y la Soberanía Política, armonizando los valores materiales con los valores espirituales, y los derechos del individuo con los derechos de la sociedad (Presidencia de la Nación. Subsecretaría de Informaciones, 1953, pp. 13-15).

El volumen editado por Presidencia de la Nación en 1953 que incluye el Segundo Plan y el discurso de Perón sobre este contiene también la transcripción de las acotaciones del ministro de Asuntos Técnicos de la Nación al momento de la presentación del proyecto en la Cámara baja. Raúl

Mende¹¹ (1918-1963) fue un médico muy allegado al general Perón y a Evita. Ocupó cargos políticos en Santa Fe, su provincia natal, y luego lideró el ministerio de Asuntos Técnicos, una invención peronista en el organigrama de carteras ministeriales. El ministerio tenía como tarea, justamente, la coordinación de los planes quinquenales, de allí la presencia de Mende al momento de elevar el segundo plan al Congreso. El discurso de ministro es, también, uno claramente político. Es decir, a los asuntos técnicos de la presidencia Mende los asumía bajo los preceptos de la doctrina justicialista a la que veneraba. Vale recordar su cercanía personal con Evita, de quien llegó a ser confidente, y su adhesión a los postulados justicialistas, de los que fue promotor a partir de la publicación de una serie de escritos como *Tercera Posición. Justicialismo*, editado en 1948; y *El justicialismo: doctrina y realidad peronista*, con primera edición en 1950 que incluía prólogo del general Perón. Este texto tuvo sucesivas reediciones e incluso una versión traducida al inglés publicada en 1952. Del mismo modo, participaba asiduamente en la publicación periódica *Mundo Peronista*, a la que dirigía en la práctica, donde instaba a las unidades básicas del partido Justicialista a «hacer algo para que las ideas de Perón se conozcan en toda la zona de su influencia» (Barry, 2007, p. 14). Más aun, Patricia Berrotarán sostiene que la tarea de Mende se hizo extensiva a todo el funcionariado público, con el objetivo de poner un Estado a disposición de un gobierno, o la técnica a disposición de la política. Se trató de una «ruptura que apuntaba a quebrar la aspiración de «neutralidad» de la primera etapa (remite a la primera etapa de la Secretaría Técnica, previo a su conversión en ministerio, cuando estuvo a cargo de José Figuerola) y la lógica más rutinizada de la burocracia para formar cuadros comprometidos con las políticas peronistas». Esto se llevó a cabo a través de cursos de adoctrinamiento y luego en la Escuela Superior Peronista creada en 1951 (Berrotarán, 2012, p. 141). Sostenemos aquí que los mandos medios del área económica con formación técnica específica no hicieron de la identidad peronista la única determinante al momento de la toma de decisiones. En tanto miembros de una generación compartían con otros un *ethos* mayor, al que adherían, aun con diferencias.

Mende era un exégeta de la doctrina justicialista, por lo que es de esperarse que la presentación reprodujera el lenguaje de Perón y manifestara su adhesión completa. Allí sostuvo:

Durante dos años hemos estado trabajando todas las semanas, permanentemente, los días viernes, al lado del señor Presidente, consultando su pensamiento, sus ideas; su doctrina, a fin de adaptar todos los objetivos a sus ideas, porque a nosotros no se nos escapa que si hoy podemos hablar de una Nueva Argentina se lo debemos a Perón, porque no tenemos ningún derecho a poner ninguna idea nuestra en este Plan, sino que, si queremos seguir adelante en el desarrollo de esta Nueva Argentina y llegar a cumplir todos los sueños y esperanzas de Perón, tenemos que acudir directamente a él. Y esa ha sido nuestra misión. Por eso, yo quiero aclarar también, con absoluta sinceridad, y en relación con lo que ha dicho el Excelentísimo señor Presidente, que si este Plan tiene un alma es la Doctrina Peronista, y que la Doctrina Peronista —yo lo puedo afirmar con pleno conocimiento de causa— es el alma de Perón y es el alma de Eva Perón configurados. En conclusión, señoras y señores senadores y diputados el mérito que este Plan pudiera tener es, exclusivamente, obra de Perón; los errores que muy probablemente hayamos cometido son los nuestros, repito, malos intérpretes de un pensamiento demasiado grande para nuestro tiempo y demasiado grande para nuestra propia capacidad de interpretación» (Presidencia de la Nación. Subsecretaría de Informaciones, 1953, p. 22).

Sobre este punto, interesa particularmente el uso de un «nosotros» que de acuerdo a la enunciación es un otro colectivo distinto de Perón, entre los que se cuenta Mende, a los que se presenta como intérpretes de la doctrina justicialista. Se sabe que el ministro fue el encargado de la redacción de las

11 En algunas publicaciones oficiales su apellido aparece escrito con tilde en la letra *e* final. Se sostiene que fue nombrado por Eva Perón, para evitar así las confusiones con Armando Méndez, ministro de Educación.

partes del Plan relativas a salud, su área de especialidad primaria y que hizo lo propio con lo referido a ciencia y técnica, otro espacio en el que se desarrolló ya que quedó bajo la órbita del Ministerio de Asuntos Técnicos (Comastri, 2015). Sin embargo, a lo largo del extenso documento que acompaña a la escueta ley del Segundo Plan Quinquenal, es posible advertir algunas voces que escapan a las estrictamente doctrinarias y políticas. Solo por citar un ejemplo, en el capítulo III del Plan, referido a Comercio y Finanzas, en la sección referida a Política Crediticia se sostiene que «La política y acción crediticia, como instrumento de bienestar social, debe concurrir a la moderación de los ciclos económicos procurando eliminar la repercusión de fluctuaciones originadas en el exterior» (Presidencia de la Nación. Subsecretaría de Informaciones, 1953, p. 340). El interés convergente con la problemática de los ciclos económicos que Prebisch venía planteando desde el BCRA y luego desde sus clases universitarias, y que se plasmó en el apartado *Bases para la discusión de una política anticíclica en la América Latina* del documento presentado a la Asamblea de la CEPAL, permite sostener que, por encima de las diferencias políticas, o por fuera de ellas, había en los primeros años de la década del cincuenta ciertos acuerdos transversales a nivel técnico. Como sostiene Claudio Bellini (2018),

Varios documentos presentados por el gobierno de Perón en reuniones internacionales retomaban las tesis cepalinas a favor de la industrialización y la denuncia del deterioro de los términos del intercambio como manifestación de la capacidad de los países industrializados para retener los frutos del progreso tecnológico y del proteccionismo agrario (p. 598).

Dos cuestiones merecen atención: una es la aparente utilización de un discurso legitimado técnicamente en el espacio internacional como forma de presentar los posicionamientos que, de otro modo, podrían ser objetados por su politicidad. Por otro lado, el hecho llama a detenernos de nuevo en las voces que hicieron las veces de nexo entre aquellas teorías cepalinas y el movimiento peronista. En este sentido, proponemos que resulta más apropiado pensar en la presencia de un discurso técnico común, que no alcanzaba necesariamente los espacios políticos de máxima visibilidad, antes que pensar «lo cepalino» y «lo peronista» como compartimentos estancos incomunicados entre sí.

¿Quiénes dan forma a esa transversalidad técnica?

Este apartado propone dirigir la atención hacia las redes y conexiones establecidas entre economistas y técnicos que ocuparon espacios decisivos durante el peronismo. Como se sostuvo hasta aquí, la apuesta analítica por una temporalidad que escapa a la de las gestiones de gobierno y quiebres institucionales propone centrar la mirada en una cuestión que es disciplinaria, pero también política y geopolítica.

Los estudios sobre los mandos medios del peronismo sostienen a grandes rasgos que se trató de figuras «indispensables» (Rein y Penella, 2017) en lo que consideran el éxito del modelo, sobre todo en tanto fueron las figuras que fungieron como nexo entre los líderes, Perón y Eva, y el pueblo. En el caso de los economistas, podemos afirmar que la mediación que ofrecían los mandos técnicos no era tanto en la relación líderes-pueblo, sino en otros dos sentidos: en primer término, fueron figuras que, al manejar ciertas herramientas técnicas propias ya de la disciplina económica, podían mediar entre el lego, Perón, y un contexto económico nacional, regional e internacional cuya complejidad lo diferenciaba de coyunturas críticas anteriores. Por otro lado, aunque íntimamente relacionado con lo anterior, la comprensión de ese escenario local y regional, y de los condicionantes que el espacio internacional imponía sobre los mismos, mostraba la centralidad e importancia del manejo de una jerga profesional que comenzaba su tránsito hacia la conversión en *lingua franca* internacional (Markoff y Montecinos, 1994), que estaba en proceso de separación del lenguaje político que había sido, hasta poco tiempo antes, el suficiente para afrontar las cuestiones económicas (Halperín Donghi, 2004, p. 134).

Nuevamente sin ánimo de exhaustividad, proponemos aquí un repaso por algunos de los actores del mundo económico peronista, con la intención de mostrar como lo técnico convivía con lo peronista. Al contrario de lo sostenido en períodos anteriores, en los que las preferencias políticas personales habían sido ocultadas en pos de mostrar una aparente neutralidad científica,¹² durante los dos primeros mandatos peronistas los economistas movilizaron públicamente sus adhesiones políticas al régimen en detrimento de las credenciales académicas y técnicas que, sostenemos, cumplieron un rol fundamental para su función. Es decir, más allá del llamado de Perón por «derribar «el falso concepto de que el funcionario o empleado es un órgano del Estado y en consecuencia es neutro en su acción y función» (Luna, citado en González Bollo y Pereyra, 2020, p. 32), el manejo profesional de la economía era ya un requisito para la toma de decisiones, lo que terminará en más de una ocasión mostrando «la creciente soledad en la que transitaban los decisores tecnocráticos del Estado-partido» (González Bollo y Pereyra, 2020, p. 24). Esa soledad no es explicable, sino a partir de la puesta en juego de un repertorio de conceptos y propuestas que eran más propios de la profesión que de la pertenencia partidaria. A partir de esto, proponemos en este apartado recuperar las redes de formación e intercambio entre economistas, sosteniendo que estas operaron más allá del peronismo. Más bien, fueron preexistentes y lo sobrevivirán.

En este primer acercamiento al tema, que amerita un estudio específico y de más largo alcance, proponemos una lectura atenta a las continuidades que pueden identificarse en el plano de las ideas por sobre las diferencias políticas e ideológicas de la época. Sostenemos, por último, que el *tempo* de la producción de conocimiento no se acompasa necesariamente al político.

Si bien no es posible imputar la autoría de los capítulos económicos del Segundo Plan Quinquenal de manera cierta, podemos suponer que las figuras a cargo de los ministerios del área económica tuvieron incidencia en el desarrollo de esas ideas. Como ha sido trabajado por Marcelo Rougier y Martín Stawski (2014) y por Rougier y Juan Carlos Odisio (2017), el área de economía de la gestión peronista tuvo una serie de modificaciones de organigrama en sucesivas reformas administrativas. En 1952, por ejemplo, el Ministerio de Economía fue sustituido por el de Comercio Exterior, en el que quedó a cargo Antonio Cafiero (1922-2014). Cafiero era contador y doctor en ciencias económicas por la UBA. Primera generación de universitarios, era hijo de inmigrantes italianos. Ya antes de ser nombrado el ministro más joven hasta ese momento (tenía 31 años cuando asumió), había sido director del Departamento Socioeconómico de la Cancillería y, antes de eso, consejero financiero en la Embajada Argentina en Washington (Sowter y Rougier, 2021, p. 4). Cafiero comparte con Bunge un pasado de militancia católica, un dato que resulta de importancia tanto por la red de sociabilidad de la militancia religiosa como por la identificación, no sin tensiones, de valores entre el peronismo y el catolicismo.¹³ Sin embargo, como sostiene Acha

Los economistas católicos continuaron proveyendo al gobierno de capacidad técnica de estudio y planificación, aunque otros graduados de la Facultad de Ciencias Económicas fueron los verdaderos gestores de decisiones gubernamentales: Ramón Cereijo, Antonio Cafiero (de militancia católica, pero de sólido compromiso peronista hasta 1954) y Alfredo Gómez Morales (Acha, 2009, p. 9).

En 1952 Gómez Morales quedó a cargo del nuevo Ministerio de Asuntos Económicos, que «fue el lugar donde se tomaron las medidas económicas más trascendentales» (Rougier y Stawski, 2014).

12 Vale la pena, en este punto, recordar aquella expresión de Prebisch al ser increpado por Augusto Bunge, hermano de Alejandro y con quien compartía simpatías por el socialismo, por su participación en el gobierno de Justo: «Yo no soy un político. Soy un tecnócrata y creo en la tecnocracia y los técnicos son neutrales en la política» (Dosman, 2010, p. 125).

13 Al respecto véase Caimari (1994).

Gómez Morales (1908-1990) también era hijo de inmigrantes. Su trayectoria puede considerarse un paso fundamental en la

transición hacia la creación de una burocracia técnica estatal generada por la crisis de 1930 y, al mismo tiempo, serán los miembros de esta generación los primeros egresados de la Facultad de Ciencias Económicas en ocupar cargos políticos de importancia de nivel ministerial (Caravaca y Plotkin, 2007, p. 425).

Pareciera que, para fin de la década del cuarenta y primeros años de los cincuenta, antes que la identificación por creencias religiosas, o al margen de estas, la posesión de ciertos conocimientos (acreditados formalmente por un diploma universitario, pero obtenidos no solo en las casas de altos estudios) era ya considerada clave para el manejo de la política económica. Esos saberes y técnicas son los que convertían en «imprescindibles» (Rein y Penella, 2017) a estos funcionarios. Gómez Morales, quien fuera considerado el «principal conductor» de la economía peronista (Rougier y Odisio, 2017, p. 186), había sido reclutado en el Estado en los años treinta por Ernesto Mallacorto, quien fuera parte del círculo de trabajo de Prebisch conocido como el «trust de los cerebros» (Louro de Ortiz, 1992). Por otro lado, sus expresiones a principios de los cincuenta lo acercaban notablemente tanto a los enunciados bungeanos sobre la evolución productiva en etapas, desde la pastoril-agrícola hasta la industrial-comercial —vinculada, por otro lado, a las propuestas de List—, como a los posicionamientos de la CEPAL, cuando marcaba las «dificultades del comercio internacional y la tendencia al deterioro de los términos de intercambio para los productos agropecuarios, lo que impedía una mayor disponibilidad de importaciones esenciales» (Rougier y Odisio, 2017, p. 187).

Podemos postular, entonces, la existencia de una matriz conceptual común a los profesionales del área económica en los años cincuenta, heredera de discusiones previas y alimentada en una red de contactos estrecha, que fue en parte posible por tratarse de un campo intelectual aún pequeño. Esa trama cruzó circuitos formales como la Universidad, pero también en otros informales como los grupos de investigación y trabajo nucleados alrededor de Bunge y Prebisch a una generación de economistas que compartía un diagnóstico general sobre la economía local y, en buena medida, sobre las soluciones posibles. Recordemos, por ejemplo, que lo que denominamos grupo Bunge nucleado alrededor de la REA se expresaba también en el Instituto de investigaciones económicas Alejandro Bunge, creado en 1943 a instancias de sus discípulos tras la muerte del maestro. Esto da a la disciplina un lugar central como articuladora más allá de las posiciones personales particulares. De allí que, por ejemplo, Cafiero pudiera estar «en línea con las ideas del estructuralismo latinoamericano de la época» (Sowter y Rougier, 2021, p. 6) o que el Segundo Plan Quinquenal sostuviera, en su exposición técnica, que era interés permanente de la Nación «estimular el ingreso de capitales productivos que deseen cooperar en el desarrollo económico del país» (Presidencia de la Nación. Subsecretaría de Informaciones, 1953, p. 323); o, en el apartado específico sobre Comercio Exterior del mismo documento se presentara que era objetivo de la política de ventas a cargo del Estado «orientar las exportaciones hacia los países que puedan suministrar bienes esenciales para el desarrollo económico de la Nación y hacia las áreas monetarias de mayor aceptación internacional» y «procurar la exportación de las materias primas nacionales con el mayor grado de industrialización, a fin de concurrir a la plena ocupación y posibilitar el mayor ingreso de divisas» (Presidencia de la Nación. Subsecretaría de Informaciones, 1953, p. 324). Es decir, se trata no solo de la utilización de la noción de desarrollo económico, sino de la adopción de los preceptos de la economía del desarrollo, ampliamente difundidos, como vimos, desde la publicación del manifiesto, aunque con orígenes previo a este. Por ejemplo, ya en 1921 Bunge advertía acerca de la importancia de una producción industrial como forma de lograr la independencia económica nacional al sostener

Nosotros estamos en la situación de un país de segundo orden, económicamente tributario de otras potencias y no hay absolutamente ningún motivo orgánico para que continuemos en esas condiciones. Me propongo demostrar hoy que ha llegado el momento de orientar el esfuerzo nacional hacia el perfeccionamiento de su producción, multiplicando sus cultivos, explotando las minas y ensanchando y creando manufacturas (Bunge, 1921).

En su perspectiva, la industrialización necesaria para terminar con el estancamiento económico dependía de un Estado activo en búsqueda de lo que llamó *sano nacionalismo económico*.

Lo que sucede entre los postulados de Bunge y la presentación del Segundo Plan Quinquenal es que aquellas posiciones de los años veinte, heterodoxas entonces en el espacio académico, se convierten en una idea decible entre economistas, un *pathos* dominante (Angenot, 2010) que, como tal, atraviesa otras identidades, y «tiene eficacia social y públicos cautivos» (Angenot, 2010, p. 22). Hacia los cincuenta, las ideas sobre el desarrollo continuarán siendo heterodoxas respecto de cierta teoría económica, aunque dominantes en el plano regional como discurso e, incluso, en la práctica. Ese reinado será puesto a prueba en la década siguiente por el dependentismo, cuya conformación en clima de ideas dominante también debería analizarse.

La identificación de los antecedentes de la discusión sobre el desarrollo, que incluso no se agota en Bunge, no tiene por objeto disipar la importancia de Prebisch y su producción al respecto, sino en todo caso, ubicarlo como parte central de un debate que fue colectivo, como todo proceso de ideas. La conversión del documento *El desarrollo económico en América Latina y alguno de sus principales problemas* en un Manifiesto puede explicarse por varias razones. En primer término, sin duda, por la «elegancia expositiva y el vuelo teórico» (Hodara, 1987, p. 72) de los que Prebisch hacía gala ya en la elaboración de las memorias anuales del Banco Central argentino. Si bien este primer factor es fundamental, por otro lado, el documento tenía ya un público potencial: había en la Argentina y en la región instituciones universitarias que formaban economistas desde hacía décadas, y el lugar de estos profesionales en el Estado estaba ya mucho más legitimado como quienes poseían un saber específico. Las sucesivas crisis económicas y el contexto de posguerra habían contribuido a ese fenómeno, en tanto habían dejado en evidencia las crecientes complejidades del mundo económico y la necesidad de operar sobre ellas con herramientas técnicas específicas. Junto a los expertos, había un extendido clima de interés general en las cuestiones económicas, alimentado muchas veces al calor de las crisis económicas. Esto se expresa, por ejemplo, en el profuso mundo de publicaciones periódicas que hicieron de la economía un tema a tratar antes del período peronista y que se sostuvieron durante este (Rougier y Mason, 2020).

El contexto geopolítico de la posguerra y la primera Guerra Fría, por otro lado, operará en el ámbito internacional en un sentido claro. Que las Naciones Unidas crearan una comisión para pensar la economía latinoamericana no escapa a la disputa geopolítica de entonces.

Palabras de cierre

Para que durante los cincuenta se discutiera en la región la idea de desarrollo y el desarrollismo haya sido en la Argentina la propuesta económica más invocada para la solución de los problemas nacionales, tuvieron que darse antes una serie de cambios en la formación profesional, pero también en la concepción que ubicaba a la Argentina dentro de un colectivo regional al que el documento de Prebisch le dio una identidad común: los países subdesarrollados.

Estos cambios se dieron en el cruce de, por un lado, una coyuntura internacional tan particular como la segunda posguerra y el fin de una era en materia económica. Junto a esto, tomó forma la concepción de que la región compartía características particulares, que es un fenómeno independiente

de esa coyuntura. Pero también, es un momento particular del campo de los saberes económicos: la FCE de la UBA tenía ya unas cuantas camadas de egresados, algunos de los cuales habían accedido ya a espacios centrales de la toma de decisión económica. A la institucionalización local de los saberes económicos se le sumaba un debate internacional, que era a la vez una disputa técnica y una política. Técnica, porque una nueva profesión reclamaba para sí el monopolio sobre ciertos temas. Pero también política, porque justamente la crisis de 1930 había dejado en evidencia las limitaciones de esas herramientas para el quehacer económico. A su vez, la *latinoamericanización* del pensamiento económico que el pensamiento sobre el desarrollo supuso tendrá como efecto en el corto plazo una respuesta geopolítica: el desembarco de los programas de universidades y fundaciones norteamericanas de formación e investigación en ciencias sociales en la región como forma de contrarrestar aquella nueva tendencia regional.

Para finalizar, este trabajo deja planteadas sin resolver dos cuestiones que marcan una agenda de trabajo a futuro. Por un lado, el proceso de conversión en manifiesto del texto de Raúl Prebisch *El desarrollo económico en América Latina y algunos de sus principales problemas* no es natural. Sin embargo, desde los estudios sobre el desarrollo hemos tomado la canónica definición de Hirschman y se asumió su condición de Manifiesto como tal, sin historizar el proceso de entronización. Al analizar el entramado detrás de ese texto es posible advertir que no fue celebrado contemporáneamente como manifiesto, sino que se trata de una definición a posteriori. Antes bien, parece que venía a condensar y exponer de manera magistral una serie de ideas que estaban ya presentes en aquella generación de expertos en economía, en parte por otros trabajos y experiencias profesionales del mismo Prebisch, pero no únicamente.

Esta misma idea de generación nos lleva a plantear la segunda pregunta que queda abierta. Se trata de identificar si la ruptura entre Prebisch y el peronismo existió durante el peronismo, o fue producto de la participación posterior del economista argentino devenido secretario general de la CEPAL como asesor económico del gobierno que depondrá a Perón en 1955. No se lee en los documentos del período distancias insalvables. Cuando Prebisch manifiesta sus diferencias con el régimen, lo hace fundamentalmente en lo relativo a la forma en la que se expresó la política peronista, a la que consideró como una dictadura. Pero las diferencias en el plano económico no son tan marcadas. Queda, entonces, por responder si no hicimos desde el análisis extensiva la distancia que queda en evidencia a partir de 1955 a un período anterior, tanto como asumimos que el manifiesto había nacido como tal.

Referencias

- ACHA, O. (2009). Los profesionales católicos en la realidad política argentina: el caso de los economistas durante el siglo XX. *XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia* (pp. 1-17). Bariloche.
- ALTAMIRANO, C. (1998). Desarrollo y desarrollistas. *Prismas* (2), 75-94. Recuperado de https://prismas.unq.edu.ar/OJS/index.php/Prismas/article/download/Altamirano_prismas2/837&hl=en&sa=T&oi=gsb-gg&ct=res&cd=o&d=4004750416097935063&ei=WIFKYoupDIvEmgHWoY6ADA&scisig=AAGBfmoNoF6pTYTtZHoTAGKFJijVVwpiWA
- ANGENOT, M. (2010). *El discurso social. Los límites de lo pensable y lo decible*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- ARANA, M. (2016). Raúl Prebisch y el Plan para los estudios de Economía de la Universidad de Buenos Aires en 1948. *Ciclos en la Historia, la Economía y la Sociedad*, (46), 1-18. Recuperado de <http://ojs.econ.uba.ar/index.php/revistaCICLOS/article/view/1261>
- ARANA, M. (2015). *En el núcleo de la edad dorada del Desarrollo: la Revista de Ciencias Económicas, UBA (1958-1963)*. (Tesis de Maestría y Especialización en Economía Política con mención en Economía Argentina. Buenos Aires, Flacso Argentina).

- ARANA, M. (2020). *Revista de Ciencias Económicas (1945-1955) y Revista de la Facultad de Ciencias Económicas (1948-1953)*. En: M. ROUGIER y C. MASON, *A las palabras se las lleva el viento, lo escrito queda. revista y economía durante el peronismo (1945-1955)* (pp. 367-388). Buenos Aires: Eudeba.
- ASIAIN, A. (2016). *El pensamiento económico de Alejandro Bunge (1880-1943). Su influencia sobre el primer plan quinquenal peronista y el «manifiesto latinoamericano»* (Tesis de doctorado, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires).
- ASIAIN, A. (2021). *El pensamiento económico de Alejandro Bunge*. Buenos Aires: Editorial Manuel Belgrano del Ministerio de Economía. Recuperado de <https://www.economia.gob.ar/sello-manuel-belgrano/bunge-final-digital.pdf>
- BACOLLA, N. (2020). Una economía política para la «república verdadera». *La Revista de Economía Argentina* en los años 1920. *Estudios Sociales*, (58), 31-60. <http://hdl.handle.net/11336/145037>
- BARRY, C. (2007). El consumo como doctrina en el Partido Peronista Femenino (1952-1955). En: *Primeras Jornadas de Estudio sobre Compromiso Militante y Participación Política* (pp. 1-22). Olavarría. Recuperado de https://www.soc.unicen.edu.ar/newsletter/nro8/capacitaciones/jcm_barry.pdf
- BELLINI, C. (2006). El grupo Bunge y la política económica del primer peronismo, 1943-1952. *Latin American Research Review*, 41(1), 27-50.
- BELLINI, C. (2018). El Plan Prebisch de 1955, los dilemas del desarrollo argentino y las controversias en torno a los legados económicos del peronismo». *Revista de Indias*, LXXVIII(273), 593-629. <https://doi.org/10.3989/revindias.2018.018>
- BERROTARÁN, P. (2003). *Del Plan a la planificación. El Estado durante la época peronista*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- BERROTARÁN, P. M. (2012). Guiso de liebre sin liebre: Estado, burocracias y peronismo. En: M. B. Plotkin y E. Zimmermann, *Las prácticas del Estado. Política, sociedad y élites estatales en la Argentina del siglo XX*. (pp. 131-155). Buenos Aires: Edhasa.
- BUNGE, A. (1921). Nueva orientación de la política económica argentina. Introducción al estudio de la industria nacional. *Revista de Economía Argentina*, 3(36), 452-453.
- CAIMARI, L. (1994). *Perón y la Iglesia Católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*. Buenos Aires: Ariel.
- CARAVACA, J. (2012). La Argentina keynesiana. Estado, político y expertos económicos en la década de 1930. En: M. B. PLOTKIN y E. ZIMMERMANN, *Las prácticas del Estado. Política, sociedad y elites estatales en la Argetina del siglo XX* (pp. 67-91). Buenos Aires: Edhasa.
- CARAVACA, J. (2018). Prebisch como prisma: el desarrollo económico como problema. En: C. ALTAMIRANO y A. GORELIK, *La Argentina como problema. Temas, visiones y pasiones del siglo XX* (pp. 189-206). Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- CARAVACA, J., y ESPECHE, X. (2016). América Latina como problema y como solución: Robert Triffin, Daniel Cosío Villegas, Víctor Urquidí y Raúl Prebisch antes del Manifiesto Latinoamericano (1944-1946). *Desarrollo Económico*, 55(217), 411-435. Recuperado de <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/44358>
- CARAVACA, J., y ESPECHE, X. (2021). La CEPAL en perspectiva: economía, posguerra y región en reuniones latinoamericanas (1942-1949). *Iberoamericana. Nordic Journal of Latin American and Caribbean Studies*, 1(50), 53-62. doi: <http://doi.org/10.16993/iberoamericana.517>
- CARAVACA, J., y PLOTKIN, M. (2007). Crisis, ciencias sociales y elites estatales: La constitución del campo de los economistas estatales en la Argentina, 1910-1935. *Desarrollo Económico*, 47(187), 401-428.
- COMASTRI, H. (2015). *La política científica en el primer peronismo. Discursos e imaginarios sociales (1946-1955)*. (Tesis de Doctorado de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en Historia). Recuperado de http://repositorio.filo.uba.ar/bitstream/handle/filodigital/4654/uba_ffyl_t_2015_906824.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- COVIELLO, R., y GRAÑA, J. M. (2020). *Revista de Economía Argentina*. En: M. ROUGIER y C. MASON, *A las palabras se las lleva el viento, lo escrito queda. Revistas y economía durante el peronismo (1945-1955)* (pp. 33-66). Buenos Aires: Eudeba.
- DOSMAN, E. J. (2008). *The Life and Times of Raúl Prebisch, 1901-1986*. Quebec: McGill-Queen's University Press.
- DOSMAN, E. J. (2010). *La vida y la época de Raúl Prebisch, 1901-1986*. Madrid: Marcial Pons.
- FOURCADE, M. (2006). The Construction of a Global Profession: The Transnationalization of Economics. *American Journal of Sociology*, 112(1), 145-194.

- GÓMEZ, T. (2020). *Los planes quinquenales del peronismo*. Buenos Aires: Lenguaje Claro Editora.
- GONZÁLEZ BOLLO, H. (2007). *La estadística pública y la expansión del Estado argentino: una historia social y política de una burocracia especializada, 1869-1947* (Tesis de doctorado, Universidad Torcuato Di Tella, Buenos Aires).
- GONZÁLEZ BOLLO, H. (2012). *La teodicea estadística de Alejandro E. Bunge (1880-1943)*. Buenos Aires: Imago Mundi-Fundación Universidad Católica Argentina.
- GONZÁLEZ BOLLO, H., y PEREYRA, D. (2020). *Estado y planificación en el lejano sur. Agencias y funcionarios de la Argentina peronista*. Bernal: UNQ.
- HALPERÍN DONGHI, T. (2004). *La República imposible (1930-1945)*. Buenos Aires: Ariel.
- HIRSCHMAN, A. O. (1971). *A Bias for Hope. Essays on Development and Latin America*. New Haven: Yale University Press.
- HODARA, J. (1987). *Prebisch y la CEPAL. Sustancia, trayectoria y contexto institucional*. Ciudad de México: El Colegio de México.
- JÁUREGUI, A. (2005). La planificación económica en el peronismo (1945-1955). *Prohistoria*, 9, 15-40. Recuperado de <https://www.redalyc.org/pdf/3801/380135835002.pdf>
- LIST, F. (1841). *The national system of political economy*. S. c. [Kindle edition].
- LLACH, J. J. (1985). *La Argentina que no fue. Tomo I. Las fragilidades de la Argentina agroexportadora (1918-1930)*. Buenos Aires: Libros del IDES.
- LOURO DE ORTIZ, A. (1992). *El grupo Pinedo- Prebisch y el neo-conservadorismo renovador*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- MAGARIÑOS, M. (1991). *Diálogos con Raúl Prebisch*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- MARKOFF, J., y MONTECINOS, V. (1994). El irresistible ascenso de los economistas. *Desarrollo Económico*, 34(133), 3-29.
- PÉREZ CALDENTEY, E., VERNENGO, M., y TORRES, M. (2018). Introducción a «Manuscritos de las clases dictadas por Raúl Prebisch en Buenos Aires sobre la Dinámica Económica (6 de agosto a 22 de octubre de 1948)». *Revista de la CEPAL*. Suplemento especial (125), 1-25. Recuperado de <https://www.cepal.org/es/publicaciones/43988-manuscritos-clases-dictadas-raul-prebisch-buenos-aires-la-dinamica-economica-6>
- PETRA, A. (2009). Pascal Ory y Jean-François Sirinelli, Los intelectuales en Francia. Del caso Dreyfus a nuestros días. *Prismas*, 13(13), 323-326. Recuperado de http://www.scielo.org.ar/scielo.php?pid=S1852-04992009000100012&script=sci_arttext&tlng=en
- PREBISCH, R. (1949). *El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas*. Recuperado de https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/40010/4/prebisch_desarrollo_problemas.pdf
- PRESIDENCIA DE LA NACIÓN. SUBSECRETARÍA DE INFORMACIONES (1953). *2.º Plan Quinquenal. Con acotaciones del ministro de Asuntos Técnicos*. Buenos Aires: Presidencia de la Nación.
- REIN, R., y PENELLA, C. (2017). *Los indispensables: Dirigentes de la segunda línea peronista*. San Martín: UNSAM Edita.
- ROUGIER, M. (2014). *Aldo Ferrer y sus días. Ideas, trayectoria y recuerdos de un economista*. Carapachay: Lenguaje Claro.
- ROUGIER, M., y MASON, C. (2020). *A las palabras se las lleva el viento, lo escrito queda. Revistas y economía durante el peronismo (1945-1955)*. Buenos Aires: Eudeba.
- ROUGIER, M., y ODISIO, J. (2017). *Argentina será industrial o no cumplirá sus destinos. las ideas sobre el desarrollo nacional (1914-1980)*. Buenos Aires: Ediciones Imago Mundi.
- SOWTER, L., y ROUGIER, M. (2021). Antonio Cafiero, de la militancia universitaria a la burocracia peronista (1946-1973). *5.º Congreso de Historia Intelectual de América Latina (CHIAL)*. Montevideo.
- ROUGIER, M., y Stawski, M. (2014). Un programa que 'no puede conformar a todos: economía y burocracia en los años finales del primer peronismo. *América Latina en la Historia Económica*, 21(1), 174-199. Recuperado de <http://alhe.mora.edu.mx/index.php/ALHE/article/view/563>
- SOLVEIRA, B. R. (2001). Algo más sobre el ABC: antecedente del lejano proceso de integración regional en el Cono Sur de América. *Espacio y Desarrollo*, (13), 62-85. Recuperado de <https://revistas.pucp.edu.pe/index.php/espaciodesarrollo/article/view/8101>

Los años cincuenta en el registro de la arquitectura en Argentina: una década partida

The 1950's in the architectural archive in Argentina:
a decade cut in two

Anahí Ballent¹

Resumen

El artículo analiza acciones y debates del campo arquitectónico argentino para tratar de caracterizar la década desde ese registro. En tal sentido, se basa en la imagen acuñada por actores del momento, como una década partida en dos por la política, esto es, el peronismo y su derrocamiento por el golpe militar de la Revolución Libertadora en 1955. Se adopta ese año como punto de partida para analizar discursos y propuestas renovadoras, confrontándolos con las líneas de continuidad que mantenían con las propuestas previas del peronismo, continuidades que en el momento no eran problematizadas o eran ignoradas. El trabajo afirma que esa renovación de la segunda mitad de la década fue producto tanto del nuevo clima político-cultural instaurando después del golpe militar como de las continuidades con las propuestas estatales del peronismo. Para desarrollar esa idea se eligen tres temas de la década que se consideran adecuados para evaluar continui-

Abstract

This article analyzes actions and debates in the Argentine architectural field in order to characterize the decade on the basis of that record. In this sense, the article considers an image proposed by contemporaries, as a decade cut in two by politics, that is Peronism and the new order following its overthrow by the military coup of the Revolución Libertadora in 1955. That year is adopted as a starting point to analyze discourses and proposals aimed at renovation, comparing them to the lines of continuity maintained with the previous proposals of Peronism, continuities that at the time were not problematized, or simply ignored. The paper argues that this renewal of the second part of the decade was a product of both the new political-cultural climate established after the military coup and the continuities with the state proposals of Peronism. In order to develop this idea, three themes of the decade are chosen to evaluate continuities and ruptures: the models of profes-

¹ Universidad Nacional de Quilmes, Argentina. anahi.ballent@gmail.com

dades y rupturas: las formas de ejercicio profesional, los campos de la vivienda masiva y la planificación y los debates referidos a estética, política y cultura en arquitectura.

Palabras clave: arquitectura moderna argentina, peronismo y arquitectura, cultura, cincuenta

sional practice, the fields of mass housing and planning, and the debates related to aesthetics, politics and culture in architecture.

Keywords: Argentine Modern Architecture, Peronism and Architecture, Culture, 1950s

Introducción: 1955, el año del Nunca Más

Estas reflexiones se proponen abordar los desarrollos de la arquitectura argentina de los años cincuenta entendiéndolos como registros capaces de informar sobre temas y problemas de la cultura del período. Nos preguntamos qué imagen de la década nos devuelve el examen del campo que nos ocupa. Una representación que circulaba intensamente en el debate arquitectónico de la segunda mitad del período contiene una respuesta: la década que transcurría era percibida como partida en dos por el año 1955. El momento de partición era definido por un hecho político local: el derrocamiento del gobierno peronista (1946-1955) por el golpe militar del 16 de setiembre autodenominado Revolución Libertadora, que implicó el acceso al poder de sectores políticos antiperonistas en un nuevo gobierno provisional (1955-1958). Las fuerzas en el poder iniciaron entonces intensas campañas de deslegitimación del peronismo, difundiendo críticas que desestimaban los logros del gobierno depuesto. Siguiendo referencias de mecanismos creados a partir la caída del nazismo y del fascismo en Europa, trataron de anular el arraigo social y estatal del peronismo, a través de políticas de «desperonización» (Spinelli, 2005).

Como en otros ámbitos de la cultura, en el caso del campo arquitectónico, en los discursos públicos circulaban imágenes antiperonistas. Sin embargo, más allá de compartir un fondo de sentido extendido en el momento, las inflexiones que esas imágenes presentaban y las formas en que se usaban resultan relevantes para entender la posición y el pensamiento de sus distintos actores. A continuación presentaremos voces colectivas reconocidas dentro del campo de los arquitectos, contenidas en los editoriales que tres publicaciones dedicaron al golpe militar de 1955. Ellas informan sobre los sentidos asignados al acontecimiento, entre ellos el carácter refundador que reconocía en él un campo técnico-cultural. Nos referimos a una revista tradicional de difusión de la arquitectura moderna en el medio local (*Nuestra Arquitectura*, 1929-1986), a la publicación de la principal asociación corporativa (*Boletín de la Sociedad Central de Arquitectos*, 1955-1967) y a un producto de la vanguardia arquitectónica y visual (*Nueva Visión. Revista de cultura visual. Artes, arquitectura, diseño industrial, tipografía*, 1951-1957).

Nuestra Arquitectura encabezaba su editorial con la contundente expresión «Nunca más», justificando la infrecuente reflexión sobre un evento político en una revista de arquitectura:

Por el propio carácter especializado de *Nuestra Arquitectura*, la política, concebida como el juego de partidos con programas de acción y de gobierno, queda fuera de su campo focal. Pero como publicación argentina, que refleja los latidos de una de las actividades nacionales, no puede permanecer insensible y callada frente a las grandes conmociones que sacuden hasta los cimientos de la nacionalidad (Hylton Scott, 1955, p. 225)

Al mismo tiempo, la Sociedad Central de Arquitectos (SCA), principal organización corporativa del campo, también apoyaba el derrocamiento y su boletín n° 1 recibía al nuevo gobierno con un editorial titulado «La Revolución Libertadora»:²

El cambio del régimen argentino de gobierno, por acción brillante de la mayoría de las instituciones militares [...] y de la colaboración civil, ha sido y es un acontecimiento de tan felices y extraordinarios alcances que la Nación, conmovida, siente y muestra su liberación (Sociedad Central de Arquitectos, 1955a, p. 1)

2 La SCA es la principal asociación corporativa de incorporación voluntaria. Fundada en 1886, nucleaba a la élite de la profesión. Era una instancia de propaganda y defensa de la profesión, también un ámbito de sociabilidad, debate y legitimación. Sobre la SCA, véanse Gutiérrez (1993); Cirvini (2004); Durán (2020).

Más refinado en su argumentación, el editorial de *Nueva Visión* focalizaba sus críticas no solo en el peronismo, sino en actores tradicionales de la cultura argentina, a la vez que ponía el acento en las resonancias de las expresiones que el momento reiteraba: libertad y democracia.

La nueva etapa que la libertad inaugura entre nosotros exige superar, además de los modos exteriores de la dictadura, los resortes íntimos que le dieron nacimiento y la sostuvieron tanto tiempo y que subsisten tras la caída del régimen. No debemos olvidar que el peronismo capitalizó en su favor la inoperancia y vacuidad de las formas culturales existentes [...] No podemos, en consecuencia, contentarnos ahora con la restauración de las circunstancias imperantes antes de la dictadura ni propiciar el retorno de los hombres y las organizaciones que las cimentaban. [...] En el terreno de la enseñanza, libre de presiones políticas o confesionales [...] deben sentarse las bases para una profunda reforma institucional. [...] El diálogo ha de constituir [...] un factor de fundamental influencia en el desarrollo de la nueva cultura (*Nueva Visión*, 1955, p. 1).

Con inflexiones y expectativas diversas —críticas al pasado inmediato, legitimación del nuevo gobierno, exhortación a la construcción de una nueva cultura—, distintos actores de dicho ámbito reclamaban la instauración de una nueva era político-cultural. Podemos pensar que estos discursos se limitaban a afirmar lo esperable de la comunicación pública en el contexto de un drástico y crispado cambio político. Sin embargo, eran mucho más que eso. Por una parte, estaban condensando conflictos previos, mantenidos con el peronismo cuando se encontraba en el poder. En efecto, los discursos eran expresivos de las conflictivas relaciones que el campo de los arquitectos había mantenido con el gobierno militar de la revolución del 4 de junio de 1943 (1943-1946) y el gobierno del peronismo (1946-1955). Tales conflictos fueron producto de la articulación de elecciones políticas de dichos actores públicos con las reacciones suscitadas por las políticas del peronismo en aspectos específicos de las competencias de los arquitectos.³

Cabe destacar, en tal sentido, la estrecha interdependencia que la arquitectura, sus ideas y sus productos guardan con el aparato estatal y con políticas públicas referidas a obra pública, legislación urbana, construcción, planes de vivienda u ordenamiento urbano y territorial. Frente a otras áreas de la cultura, entonces, la arquitectura magnifica las repercusiones de los cambios estatales y políticos e reverbera de forma inevitable a su compás. Más aún en el caso del gobierno peronista, que promovió un estado particularmente activo en materia de obras públicas y de nuevas políticas habitacionales y urbanísticas. Esas acciones transformaron la agenda estatal y ampliaron el aparato burocrático de manera perdurable. En su elaboración no siempre fueron consultadas las posiciones institucionales de los arquitectos, que, siguiendo una larga tradición defensora del ejercicio profesional liberal de la disciplina, preferían vincularse a los encargos estatales como profesionales independientes y no como empleados públicos.

En esta presentación del tema nos interesa también relacionar los discursos de 1955 con ciertos procesos posteriores al golpe, para reforzar la afirmación de que ellos no se limitaban a expresiones de circunstancia o a meras intervenciones de conveniencia. En efecto, propuestas posteriores de los actores del campo muestran un estallido de cambios concatenados y de nuevas iniciativas articuladas entre sí, que abarcaban, entre otros aspectos, los vínculos entre la profesión y el estado, la reforma de la universidad y la renovación y crecimiento del mundo editorial local. Esa enorme energía colectiva que se liberaba al iniciar lo que se consideraba una nueva etapa, indica que las expresiones que citamos condensaban posiciones y expectativas de un amplio número de profesionales, que consideraban reprimidas durante el período de gobierno peronista.

3 Sobre las relaciones de los arquitectos con el peronismo, véanse Ballent (1994); Healey (2012). Para un marco más amplio de la relación entre el peronismo y los intelectuales, Fiorucci (2011).

Registremos un ejemplo sintomático. A partir de 1955 accedió al primer plano de las acciones y el debate disciplinario un nuevo grupo de profesionales que siguiendo la terminología de la historia del arte podemos denominar representantes del alto modernismo o modernismo de posguerra. Nos referimos a un nutrido grupo que se destacó en los universos de la planificación, la arquitectura, el diseño, del mundo editorial y el ámbito universitario; sus miembros fueron también activos socios y dirigentes de la SCA.⁴ En su mayor parte se graduaron en los centros de enseñanza de la arquitectura durante el peronismo, sobre todo en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo (FAU) de la Universidad de Buenos Aires (UBA) en la primera mitad de los años cincuenta. Para ellos, 1955 significó la oportunidad de ocupar lugares centrales en la vida institucional, en el debate y en la enseñanza de la arquitectura. Como ha planteado Jorge F. Liernur, tal colectivo «tal vez por primera vez en la historia de la Argentina, lograba constituirse verdaderamente como generación, (habiendo) conseguido incluso construir el mito de una imagen triunfante —la del profesional solo frente al mundo—» (Liernur, 1982, pp. 12 y 13)

Siguiendo la afirmación de Jorge Francisco Liernur, nuestra reflexión argumenta que la consolidación de ese colectivo renovador de la disciplina relativamente homogéneo en términos culturales, que elaboró propuestas diferenciadas por campos, pero en muchos sentidos convergentes y capaces de sostener tal mito, fue producto del estallido cultural y la renovación estatal e institucional registrados a la caída del peronismo, pero también de las transformaciones sociales y estatales que tal fuerza política había introducido. Lejos del «profesional solo frente al mundo» que Liernur identifica como centro de la autoimagen de esa élite generacional, esos arquitectos fueron producto de su integración al mundo que los rodeaba y de la forma en que la interacción con él les permitió construirse y pensarse (antes, durante y después de 1955).

En términos más amplios, estas reflexiones se proponen retomar la imagen de la *década partida* con el objeto de examinar lo que informa explícitamente a la vez que indagar en aquello que la representación ignora o silencia. En otras palabras, vamos a registrar las voces de los actores que proclamaban su percepción de una suerte de quiebre epocal, pero, al mismo tiempo, las confrontaremos con datos históricos capaces de ponerlas en discusión reponiendo los hilos de continuidad que se registran por debajo de la sonora enunciación de la partición. Nuestra hipótesis consiste en que ese vínculo —como veremos, conflictivo— entre continuidad de procesos y cambio de representaciones permitirá reflexionar sobre la unidad de esa década que tantos actores imaginaron rota.

El argumento se desplegará a través del análisis de ciertos tópicos centrales del debate del momento, tomando tres temas particularmente relevantes. Nos referimos a las formas de ejercicio profesional y las autoimágenes de los arquitectos; la vivienda masiva y la planificación como programas estatales político-técnicos y, por último, las relaciones entre estética, cultura y política en el campo de la arquitectura.

Grandes esperanzas: profesión y autoimágenes disciplinarias

4 Nos referimos a un conjunto amplio de figuras, entre las cuales enumeramos como ejemplos a Horacio Baliero (1927-2004, graduado en 1953); Juan Manuel Borthagaray (1928-2016, graduado en la FAU en 1951); Francisco Bullrich (1929-2011; graduado en 1952); Gerardo Clusellas (Santa Fe, 1929- 1973, Santa Fe, 1952); Carmen Córdova (1929-2011); Francisco García Vazquez (1921-1990, 1948); Jorge Goldemberg (1928-2001, 1962); Jorge Enrique Hardoy (1926-1993, 1951); Luis Miguel Morea (1921-2003, 1945); Carlos Méndez Mosquera (1929-2009, 1953); Eduardo J. Sarrailh (s/d- 1990); Odilia Suárez (1923-2006, 1950); Clorindo Testa (1923-2013, 1948); Marcos Winograd (1928-1983, 1953).

El 8 de noviembre de 1955, Día del Urbanismo, la SCA retomaba las tradicionales cenas anuales de camaradería interrumpidas en 1943. Lo que parece un detalle banal era un símbolo político encarnado en una práctica societaria: la política, desde la revolución de 1943, había atravesado el cuerpo societal creando un clima poco hospitalario para la camaradería, en un organismo que en su historia previa no contaba con experiencias de enfrentamientos sostenidos originados en cuestiones políticas.

Sin embargo, más allá de la contundencia de las afirmaciones de 1955, los hechos históricos muestran matices en el tiempo.⁵ Los conflictos habían empezado en 1943, cuando el gobierno militar generaba reacciones encontradas entre los integrantes de la SCA al separar profesionales de cargos públicos y cátedras universitarias. A partir de la elección presidencial que consagró a Juan D. Perón como presidente, la situación fue más matizada. En efecto, entre 1946 y 1950, el Estado conducido por la nueva fuerza política, activo en promoción de obras y políticas públicas, no dejó de atraer a figuras de la disciplina que veían allí un inmenso campo de acción. Hubo arquitectos que adhirieron al peronismo en términos políticos y otros que, sin hacerlo, trataron de eludir identificaciones públicas para obtener o mantener espacios, cargos o encargos estatales. Entre quienes sentían afinidades ideológicas, un grupo identificado como *arquitectos católicos* se vinculaba a sectores del nacionalismo que animaban la nueva fuerza política, mientras que algunos arquitectos modernistas se fascinaban frente un líder y un gobierno *fuertes*, capaces de llevar adelante propuestas radicales con celeridad y energía. La falta de unidad ideológica del peronismo admitía identificaciones de distinto signo con la política dominante, que podían ser más o menos intensas según los casos. Sin embargo, en los años cincuenta, a medida que la conducción política nacional se volvía más centralizada, personalista y poco tolerante frente a las disidencias, menos arquitectos mantuvieron el optimismo frente al nuevo Estado. La forzada incorporación de la SCA a la Confederación Nacional de Profesionales (CNP), solo tolerada para evitar que una nueva formación oficialista tomara su lugar como representante de los arquitectos, fue un símbolo del estado de la relación en la segunda mitad del período peronista.⁶

Desde el punto de vista de quienes se habían opuesto al peronismo, todos esos conflictos desaparecían en la nueva etapa abierta en 1955. En la SCA, una amnistía para socios alejados de la asociación en el período previo tenía como fin cerrar una experiencia de enfrentamientos (Sociedad Central de Arquitectos, 1956). Al mismo tiempo, la asociación recibía y asignaba un rol relevante a las nuevas generaciones de profesionales formados en las facultades o escuelas de arquitectura durante el período peronista, que, como indicábamos en la introducción, tendrían especial importancia en las acciones colectivas de la nueva etapa. Retomaba también la relación entre la asociación y las facultades de arquitectura, sobre todo la perteneciente a la UBA y su centro de estudiantes, reconstruyendo vínculos tradicionales debilitados o rotos durante el peronismo.

Al mismo tiempo, bajo la dinámica dirección de Federico Ugarte (1955-1959), la asociación se movía rápidamente para petitionar ante el nuevo gobierno la ubicación de arquitectos dentro del Estado.⁷ La demanda se refería sobre todo a cargos directivos, de decisión o planificación en temas

5 Sobre este tema véanse Ballent (1994) y Healey (2012).

6 La CNP fue una organización oficialista que intentó nuclear a los gremios o asociaciones de profesionales independientes, un sector poco permeable a las ideas del peronismo. Véase Adamovsky (2006).

7 Federico Ugarte (París, 1910-1997, graduado en la Escuela de Arquitectura, UBA en 1935) fue una figura clave para las acciones corporativas del período al frente de la SCA entre 1955 y 1959. De perfil profesionalista, desarrolló una sólida obra en el estudio Onetto, Ugarte y Ballvé. También integró planteles estatales y fue docente universitario durante el peronismo. De mayor edad que los jóvenes renovadores de fines de la década del cincuenta, era una figura respetada, que, por su actuación desde mediados de la década del treinta, puede considerarse como uno de las tantas figuras puente generacionales que los jóvenes reconocían. Véanse su perfil profesional y su testimonio del momento en Martín (1993).

de su incumbencia disciplinaria (bancos y organismos estatales, ministerios, municipalidades, entre otros). La apelación tuvo un éxito notable, evidencia de que el interés era mutuo: el gobierno de la Revolución Libertadora buscaba apoyarse y legitimarse en asociaciones de la sociedad civil para proyectar una imagen de fuerza refundadora. Los arquitectos, entonces, interpelaban a un Estado extraordinariamente predisposto para la negociación con los técnicos; el Centro Argentino de Ingenieros obtendría éxitos similares.

Un capítulo particular lo constituyen los cambios dentro de las facultades de arquitectura, renovando los planes de estudios y los elencos de profesores a través de la apertura de concursos docentes. Ante todo, recordemos que el ámbito universitario estuvo condicionado por aspectos institucionales específicos que superan el campo arquitectónico. En efecto, como es sabido, en 1955 se inició la llamada *época de oro* de las universidades argentinas —autónomas y de orientación científicista— que finalizó en 1966 con la intervención de la dictadura de Juan Carlos Onganía. En el caso específico que nos ocupa, el ejemplo que mejor simboliza esta refundación posperonista lo constituye la creación de la Escuela de Arquitectura de Rosario en 1956, dependiente de la Universidad Nacional del Litoral y organizada bajo la dirección de Jorge Ferrary Hardoy. Allí, un grupo de arquitectos porteños, formados durante el peronismo, instaló una nueva estructura y renovadores métodos de enseñanza inspirados en la Bauhaus.⁸ Entre las novedades introducidas se contaba la organización de talleres verticales (que vinculaban en trabajos conjuntos a estudiantes y profesores de todos los niveles de la carrera), y la incorporación de nuevas materias, como Urbanismo y Planificación (algunos de cuyos contenidos solían dictarse anteriormente, aunque con carácter no obligatorio), Visión (que implicaba una renovada manera de entender la forma en arquitectura) y Sociología Urbana (que anunciaba un vínculo con las ciencias sociales que se iría incrementando en la década siguiente).

La acción en los establecimientos de enseñanza durante el peronismo era despreciada por la élite disciplinaria que se había formado en ellos, considerándolos cuerpos desactualizados en métodos e ideas y sometidos a la política. No faltaron evidencias en apoyo de tal imagen —ausencia de autonomía, proscripciones por razones políticas, programas poco actualizados, etc.—, pero al mismo tiempo se registran otros datos que podrían matizarla. Podemos notar, por ejemplo, que ese colectivo renovador que intensificaba su actuación pública a partir de 1955, no valoraba adecuadamente que se había formado en ese ámbito, en muchos casos en cátedras libres como la de Adolfo Casares, decano electo en 1957, pero también con otros profesores modernistas.⁹ Fue el peronismo quien en 1948 creó la FAU de la UBA sobre la base de la anterior Escuela de Arquitectura dependiente de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales. El primer decano, Francisco N. Montagna (1949-1952), además de pensar un cambio curricular que no llegó a desarrollarse, generó numerosas iniciativas modernizadoras, como la edición de la revista *Canon* (1951-1953) o la invitación de prestigiosos invitados de renombre internacional, como Marcel Breuer, Bruno Zevi o Pier Luigi Nervi (Adagio, 2017). Fuera de la UBA, cabe destacar el desarrollo de experiencias renovadoras en el mismo sentido, como el Instituto de

8 Jorge Ferrari Hardoy (1914-1976, graduado en la Escuela de la UBA en 1937). Junto con Antonio Bonet y Juan Kurchan fue uno de los creadores del grupo Austral, colectivo de vanguardia modernista (1937-1941), cuya obra ha sido considerada un hito en la producción modernista. Fue director del Estudio para el Plan de Buenos Aires (EPBA) entre 1948 y 1950. En 1955 fue nombrado organizador de la Escuela de Arquitectura y Planeamiento de la UNL (Lienur, 2004a). Dentro de nuestra argumentación, Ferrari también puede considerarse una figura-puente entre generaciones.

9 Alfredo Casares (1918-2015, graduado en la Escuela de Arquitectura de la UBA en 1940), ingresó al cuerpo docente de la Escuela en 1943 como ayudante y fue ascendiendo en categorías docentes hasta ser nombrado profesor titular en 1956. Fue electo decano de la FAU en 1957. Es otra de las figuras puente entre dos momentos de la institución. Véase su cv en Casares, s. f..

Arquitectura y Urbanismo de Tucumán, creado en 1946, o los cambios en los planes de estudio de la Facultad de Arquitectura de Córdoba.¹⁰ Encontramos, entonces, numerosos rasgos modernizadores y propuestas de actualización de contenidos, aunque una mirada de conjunto podía no dar esa impresión. Como totalidad, el campo de la enseñanza universitaria resultaba una especie de híbrido entre permanencia y cambios de distinto sentido; aun así estaba lejos de encontrarse dominada por el modelo *Beaux-Arts* decimonónico, cuya supuesta permanencia durante el peronismo muchas veces se invoca. En síntesis, es necesario introducir matices en cuanto a los efectos de las políticas del peronismo en los mecanismos y contenidos de la enseñanza en las facultades de arquitectura.

Retomemos la cuestión más amplia de la relación entre arquitectos y Estado. Tradicionalmente, desde su fundación a fines del siglo XIX, la SCA defendía el ejercicio liberal de la profesión, proyectando la figura del arquitecto como un profesional independiente que seleccionaba los encargos que recibía su estudio u oficina. A lo largo del siglo XX, en consonancia con la ampliación del aparato estatal, esa situación fue cambiando, ya que muchos profesionales se dedicaron a la función pública, integraron planteles estatales o combinaron tales funciones con el ejercicio liberal de la profesión. El peronismo aceleró este proceso, dado que amplió la estructura estatal incrementando de manera notable las reparticiones estatales dedicadas a la obra pública, a las políticas de vivienda masiva y a la planificación. Por otra parte, desde los veinte, un creciente número de profesionales elegían dedicarse a esos temas que el modernismo arquitectónico ponía en primer plano como motores para la transformación disciplinaria, por lo que debió apelar, entonces, al vínculo con el Estado.

El impulso peronista a la obra pública puede ser considerado, entonces, una coincidencia entre técnica y política. En efecto, benefició al campo de acción de los arquitectos y legitimó sus aspiraciones, aunque al mismo tiempo introdujo tensiones en las imágenes que los arquitectos forjaban de sí mismos. Tales tensiones motivaron debates colectivos, como los que impulsaron el inicio de las Jornadas de Arquitectos en 1953 (Sociedad Central de Arquitectos, 1954a). No resulta azaroso que este encuentro de colegas de todo el país se iniciara en un contexto como el creado por el peronismo, de ampliación estatal e incremento de la construcción privada mediante el estímulo público. Allí apareció, entre muchas otras preocupaciones compartidas, el malestar frente a lo que la elite disciplinaria denominaba un proletariado de la profesión: arquitectos que se desempeñaban como empleados en oficinas estatales recibiendo remuneraciones salariales que no se correspondían con el status social que las autoimágenes asignaban a los profesionales independientes.

La inserción en el Estado era un problema, pero también lo era otra cuestión de larga data: la escasa relevancia cuantitativa de los arquitectos en las obras privadas. El evento recogía estadísticas más que preocupantes, de difícil modificación y verdaderos golpes a la autoestima profesional: según el análisis de una muestra de permisos de construcción de un municipio del Gran Buenos Aires, solo el 0,6 % estaba presentado por un arquitecto, mientras que el 99,4 % llevaba la firma de técnicos constructores (88 %), maestros mayores de obras (8,6 %) o ingenieros civiles (2,7 %) (Sociedad Central de Arquitectos, 1954b, p. 23). Las cifras eran consideradas una demostración de la «falta de valorización y exacta ubicación de la función social del arquitecto y de reglamentación que le permita ejercer con exclusividad su profesión» (Sociedad Central de Arquitectos, 1954a, 22). La relación de los arquitectos con la sociedad, entonces, no era alentadora y frente a ella solo cabía intentar modificar el panorama profesional apelando al Estado, en sus roles de promotor, empleador y legislador.

En la etapa abierta por 1955, la SCA promovió enérgicas gestiones ante el nuevo gobierno con su tradicional propuesta de articulación entre la recepción de encargos públicos y el ejercicio liberal de

10 Sobre enseñanza véanse Schmidt, Silvestri y Rojas (2004); Adagio (2017); Molina y Vedia, Méndez Mosquera y Batlle (2018).

la profesión. El mandato de esas nuevas gestiones referidas al Estado como promotor, pero también como empleador, se resumía en los siguientes puntos:

- 1.º) Adjudicación de la totalidad de los proyectos y dirección de las obras públicas por concurso público.
- 2.º) Reducción de las oficinas técnicas oficiales a un plantel básico que tendrá funciones de planificación, programación y contralor (Sociedad Central de Arquitectos, 1955b, p. 4).

Si bien ninguna de estas dos demandas obtuvo respuestas favorables en su totalidad, fue notable la ampliación registrada por el sistema de concursos y la cantidad de obras de envergadura que fueron asignadas a través de la competencia por encargos. Pese a que gran parte de las obras concursadas no llegaban a construirse, el rol legitimador del sistema permitió, sobre todo en la década siguiente, que jóvenes equipos lograran rápido reconocimiento en el campo disciplinario.

Esto contrastaba con el sistema de fortalecimiento de los planteles del aparato estatal que había promovido el peronismo: frente a la imagen del arquitecto como empleado público, el sistema de concursos sostenía la imagen del profesional independiente. Sin embargo, la condición de posibilidad de la expansión del sistema se encontraba en la ampliación de la agenda estatal promovida por el peronismo.

El sistema de concursos fue mucho más que un distribuidor de encargos: fue un motor del debate dentro de la disciplina, un fuerte condicionante de las características de la producción de la época e introdujo cambios en el perfil profesional deseable de los jóvenes que integraban la élite disciplinaria o que aspiraban a hacerlo. Como planteaba un actor del momento, Carlos Méndez Mosquera, «la labor desarrollada por (los jóvenes) opera más en la difusión de ideas, en conferencias o en enseñanza universitaria y en la realización de concursos que en la erección de edificios» (Méndez Mosquera, 1961, p. 323). Este observador agudo registraba tempranamente un cambio en la imagen disciplinaria positiva que se consolidaría de allí en más, con consecuencias en el debate y en la producción arquitectónica: el experimentador o innovador de la forma relegaba al técnico de la edificación y la construcción.

Un ejemplo particularmente cargado de sentido para protagonistas técnicos y promotores políticos lo constituyó el concurso para la Biblioteca Nacional, uno de los máximos reservorios culturales del país, en el predio ocupado antes por la residencia presidencial, que había sido también el lugar de fallecimiento de Eva Perón tras su enfermedad. La residencia había sido demolida en 1956, aduciendo la inadecuación del edificio a sus funciones, pero no escapaba a ningún observador que se derribaba un símbolo político. Mientras tanto, frente al mismo predio, se detenía la construcción del colosal Monumento al Descamisado, a la vez sepulcro de Eva. En 1958, en el inicio del gobierno desarrollista presidido por Arturo Frondizi se dispuso emplazar allí la nueva Biblioteca Nacional y en 1960 se llamó a concurso para su proyecto. En esta operación, el espacio urbano dominado por lugares de memoria de la *dictadura* peronista debía ser transformado a través de la erección de un monumento a la cultura nacional. Símbolo de la superación de una etapa y de la apertura de nuevas perspectivas culturales, la competencia fue también tal vez el más resonante de los concursos de la etapa inicial de expansión del sistema. Como es sabido, los autores del renovador proyecto ganador fueron Clorindo Testa, Francisco Bullrich y Alicia Cazzaniga, en una competencia en la cual abundaron las imágenes potentes como la que ellos crearon. El edificio fue finalmente terminado muy tardíamente, en la década del noventa.

Figura 1.
Biblioteca Nacional, proyectada en 1960. Estado actual



Fuente: https://es.m.wikipedia.org/wiki/Archivo:Biblioteca_Nacional_de_la_República_Argentina,_Buenos_Aires,_Argentina-21Feb2011.jpg

Distante entonces del contexto que le había dado origen, la profunda carga propagandística y simbólica, tanto política como técnica que había animado el edificio, quedó sumida en el olvido (Liernur, Ballent, Mele, Aliata, 1982). Sin embargo, en su concepción original, por numerosos motivos que hemos indagado, el edificio operaba como símbolo de la *década partida*.

Temas «peronistas» revisitados en clave antiperonista y posperonista

Vivienda masiva y planificación fueron dos ejes que hegemonizaron el debate de los arquitectos y dos áreas fundamentales de su interacción con el Estado y las instituciones de enseñanza. No eran tópicos nuevos para la disciplina —que, como ya hemos afirmado, los discutía y abordaba desde los años veinte— ni para el Estado, porque habían sido plenamente instalados por el peronismo. El discurso de los arquitectos presentaba la incorporación de estos temas como resultados de las batallas culturales de los técnicos, casi como una imposición exitosa de una lógica disciplinaria capaz de interpretar de forma adecuada las necesidades sociales. Aunque la prédica técnica tuvo cierta eficacia, la consolidación de estos campos en la agenda estatal fue producto de los objetivos sociales y económicos del peronismo tanto como una consecuencia de la vocación planificadora que mostró en otros ámbitos de la vida nacional. Acompañando un movimiento extendido a nivel internacional de dirigismo en economía y de ampliación de políticas de bienestar masivo, el arraigo político adquirido por estos temas y el amplio consenso generado alrededor de ellos, hicieron que el nuevo gobierno de 1955 no los eliminara de la agenda estatal. Más aún, en muchos casos amplió sus alcances, que se mantuvieron más tarde en las políticas desarrollistas —usando la expresión en sentido amplio— hasta el inicio del gobierno militar de 1976.

Veamos la cuestión de la vivienda. Aunque no resulta exacto afirmar que las políticas de vivienda masiva se iniciaron con el peronismo —la historia de la intervención pública en la materia se remonta a las últimas décadas del siglo XIX—, la construcción y financiamiento de unidades por parte del Estado en acciones sistemáticas, planificadas y relevantes en términos cuantitativos, fueron promociones de tal gobierno. El Banco Hipotecario Nacional como principal entidad financiera de la vivienda masiva fue una creación del peronismo, que en 1948 modificó los estatutos de la entidad estatal creada en 1886. Aunque la «revolución libertadora» cambió el origen de sus fondos, no modificó su rol rector de las políticas de vivienda.¹¹

Pese a esta continuidad, en 1955 el nuevo gobierno trazó un objetivo de difícil cumplimiento: utilizar un campo en el cual las políticas del peronismo habían sido exitosas como núcleo crítico de tales gestiones. Por una parte, los discursos políticos —en coincidencia con los técnicos— afirmaban que el problema de la vivienda masiva debía ser encarado «libre de influencias demagógicas y políticas», reiterada alusión al gobierno depuesto (Sociedad Central de Arquitectos, 1955c, p. 1). Por otra parte, las críticas al peronismo ponían el acento en un problema que no había atendido con la sistematicidad que había dedicado a otros destinatarios de sus políticas: el problema de los asentamientos informales denominados las villas miseria o villas de emergencia. Para modificar esa orientación, se creó en 1956 un nuevo organismo, la Comisión Nacional de la Vivienda, que se abocó a la organización del primer censo de villas y a la elaboración del Plan de Emergencia, que proponía llevar adelante un amplio plan de erradicación.¹² Un tema «peronista», entonces, revisitado en clave antiperonista.

Aunque tenían cierta base de sustento, las críticas a la desatención de los asentamientos por parte del peronismo eran insuficientes para desestimar los logros estatales notables registrados en el campo de la vivienda.¹³ En las grandes ciudades argentinas, las villas eran un problema relativamente nuevo, acentuado por migraciones internas recientes. Los asentamientos informales tenían una incidencia mucho menor que la que registraban otros países de América Latina que intentaban abordar el problema de manera decidida, como Perú, Brasil o Chile. Al mismo tiempo, la centralidad que se le comenzaba a asignar y su consideración como problema común a todos los países de la región se relacionaban con la circulación internacional de nuevas referencias e instrumentos técnicos para su abordaje. Como ha planteado Adrián Gorelik (2008), el cruce entre la oposición a las políticas del peronismo y la relevancia que comenzó a tomar el tema en el plano regional latinoamericano —tema sobre el cual volveremos—, constituyeron las coordenadas que permitieron visibilizar el problema de los asentamientos informales en la Argentina posterior a 1955.

Con respecto a los desarrollos de la planificación, el peronismo había consolidado la idea de que el crecimiento y las características del territorio debían ser reguladas, en sintonía con el discurso económico y social antiliberal que guiaba sus políticas. El Segundo Plan Quinquenal, por ejemplo, dispuso la obligatoriedad de que las ciudades contaran con planes reguladores, exigencia que aunque no llegó a implementarse por completo en la práctica, da una idea de la extensión que estas cuestiones asumían en la agenda estatal del peronismo.¹⁴

11 Sobre las políticas de vivienda del peronismo, véanse Yujnovsky (1984); Gaggero y Garro (1996); Ballent (2005).

12 Sobre las acciones del momento en villas, véanse, sobre todo, Gorelik (2008); González Duarte (2015); Massidda (2021).

13 En tal sentido, las críticas simplificaban el análisis, porque las políticas habitacionales del peronismo se habían dirigido sobre todo a los trabajadores asalariados y a la clase media y media-baja, sectores muy numerosos y que requerían apoyo público para acceder a la vivienda.

14 Sobre urbanismo y planificación en Argentina véanse Rigotti (2005); Monti (2015); Gorelik (2022).

Un caso particularmente relevante para observar los conflictos, pero también los vínculos que las acciones gubernamentales posteriores a 1955 mantuvieron con las políticas del peronismo, fue el Plan Regulador de Buenos Aires. Su elaboración había sido confiada en 1948 a una nueva repartición dentro de la Municipalidad, el Estudio para el Plan de Buenos Aires (EPBA). Dirigido por Jorge Ferrary Hardoy, su conformación incluía figuras de la vanguardia arquitectónica que habían trabajado en el tema junto a Le Corbusier en París en 1938 (Liernur y Pscheipurca, 2008). Sin embargo, los conflictos internos dentro de la fuerza gobernante —que llevaron al reemplazo de la conducción municipal en 1949—, tuvieron como consecuencia la disolución del EPBA y la paralización de los proyectos que tenía en desarrollo. En 1954, el arquitecto Jorge Sabaté, intendente entre 1952-1954, que como presidente de la SCA trataba de impulsar las iniciativas de la disciplina, rearmó el equipo dentro de la Dirección de Urbanismo, bajo la dirección de Juan Kurchan.¹⁵ Aceptando una jerarquía institucional más baja y con escasa visibilidad pública, oculto en la maraña burocrática, el equipo, resignando a su primer director, siguió trabajando.

En 1955 y 1956, la SCA difundió los diagnósticos elaborados por el Plan dedicando a él sendos números de su *Revista de Arquitectura*, mostrando que el equipo buscaba volver con sus propuestas a un primer plano del debate público. Ese momento llegó en 1956 cuando la Municipalidad creó un organismo independiente, el Plan Regulador de la Ciudad de Buenos Aires. Bajo la dirección de Francisco García Vázquez, el equipo se basaba en gran medida en los profesionales que habían trabajado antes en el EPBA. Este programa, que guardaba fuerte continuidad con emprendimientos del peronismo, sentó desarrollos de larga duración, que marcarían el debate técnico sobre Buenos Aires por décadas. Podríamos decir, entonces, que los emprendimientos iniciales del peronismo crearon un elenco estable de actores dentro del campo de la planificación.

Cabe destacar que en los años cuarenta los términos planificación o planeamiento habían comenzado a sustituir al más tradicional de urbanismo, en un desplazamiento altamente significativo. Por un lado, los primeros no se restringían a las ciudades, sino que se proponían avanzar sobre el territorio, pensando, por ejemplo, en la definición y el control de regiones. Por otro lado, la planificación abrevaba de una tradición diferente a la del urbanismo, que no solo consideraba la perspectiva de técnicos especializados en la forma espacial, sino que la articulaba con miradas de otro tipo de expertos —por ejemplo, en economía o ciencias sociales—, proponiendo la conformación de estudios y equipos multidisciplinarios. Finalmente, significaba también un cambio de procedencias de las referencias, que pasaban del urbanismo de raíces europeas al *planning* estadounidense. Estas dos tradiciones coexistían y se articulaban en los cuarenta, aunque sus diversos referentes y orígenes eran reconocibles (Rigotti, 2005).

Avanzando los años 1950, en un nuevo momento de internalización sobre cuyas características nos detendremos más adelante, las perspectivas de la planificación se impusieron definitivamente. Según sus cultores, la nueva etapa de la planificación se diferenciaría de la ensayada por el peronismo porque no tendría que someterse a la coacción de la política a la vez que adoptaría una relación más abierta, consensuada o no impositiva con la sociedad. En ideas difundidas en el contexto del fin de la

15 Jorge Sabaté (1897-1991, graduado en la Escuela de la UBA en 1921). Profesional de orientación modernista en sus obras de fines de los treinta, en adelante, combinó una obra privada de calidad con la participación en oficinas estatales. Apreciado por sus colegas y atraído por los debates públicos, fue un activo presidente de la SCA de arquitectos entre 1938 y 1941. En 1943 trabajó para el gobierno de la revolución del 4 de junio. Posteriormente se vinculó al peronismo, para quien llevó adelante numerosos proyectos y obras. Fue asesor de la Fundación Eva Perón e intendente de Buenos Aires (1952-1954), gestión que no terminó en buenas relaciones con el gobierno nacional. Como intendente, contrató a algunos de sus colegas modernistas de la SCA para hacer importantes encargos (Ballent, 2004).

Segunda Guerra Mundial y prolongadas por la Guerra Fría, avanzaba la propuesta de la denominada planificación democrática, opuesta a la ejercida por las dictaduras (nazismo, fascismo, stalinismo y creaciones de políticas locales consideradas dictatoriales como el peronismo).

En la posguerra, entonces, se abría un nuevo momento político-cultural, que en América Latina estaba liderado por las políticas de Estados Unidos, potencia que en el contexto de la Guerra Fría buscaba sostener su hegemonía en la región. La creación de nuevos organismos internacionales de distinta composición y alcances (ONU, OEA, Unesco, CEPAL, etc.), que solían contar con divisiones técnicas de vivienda y planeamiento, construyeron, como ha planteado Gorelik (2022), la dimensión latinoamericana de los problemas del hábitat. Numerosos eventos de intercambio, viajes de asesoramiento de expertos, de formación, de sociabilidad desde y hacia Estados Unidos crearon una nueva trama técnica y consolidaron un conjunto de referencias e instrumentos de acción, de las cuales participaron profesionales argentinos. Esto configuró una circunstancia en gran medida nueva para los desarrollos disciplinarios locales, así como para las formas de plantear los ya clásicos temas de la vivienda masiva y la planificación. Podemos hablar entonces de inflexiones posperonistas de temas «peronistas», en tanto, sin abandonar capacidades estatales introducidas por el peronismo, articuladas con nuevas formas de construir y abordar los problemas de sus incumbencias.

Cabe destacar que el campo de la arquitectura fue siempre un medio abierto y particularmente sensible a los debates y referencias internacionales, en principio europeos, pero en los treinta, también estadounidenses, sobre todo en la medida en que las relaciones con Europa se veían dificultadas por eventos bélicos. Los vínculos internacionales se recrearon en la posguerra. En efecto, desde Europa llegaban, entre otras, las apelaciones de los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna (CIAM), de la Unión Internacional de Arquitectos (UIA), o de la trama de publicaciones de la francesa *L'Architecture d'Aujourd'hui*. Algunos de ellos resistían el clima político-cultural dominante en Occidente durante la Guerra Fría. Por ejemplo, la UIA organizó su Congreso Mundial de 1957 en Moscú; contó con la asistencia de una apreciable delegación argentina.

Sin embargo, por distintas razones, las tramas más sólidas fueron las panamericanas. Para 1955, esas instituciones multinacionales que enfatizaban los problemas considerados comunes a Latinoamérica estaban iniciando su accionar o llevaban unos pocos años de existencia. El boletín de la SCA daba cuentas de las formaciones, actividades o eventos de esta nueva trama que contaban con participación local. Por ejemplo, el Centro Interamericano de La Vivienda (CINVA, formado en 1951), la Primera Reunión Técnica de Vivienda y Planeamiento en Bogotá (1956), la Conferencia Económica Panamericana (1957); la Sociedad Interamericana de Planificación (1956) y la organización local destinada a vincularse a esta última, la Asociación Argentina de Planeamiento (1958). La incorporación argentina a estas fue motorizada por técnicos y contó con apoyo estatal y financiamiento internacional, hechos que le proporcionaron organicidad y sistematicidad, tanto como posibilidades de sostenerse en el tiempo, impensables en períodos anteriores o dentro de los vínculos con entidades europeas. No se trataba, entonces, solo de la reconocida vocación internacionalista de los técnicos, sino de una política continental que se articulaba con políticas públicas nacionales y con nuevas tramas de técnicos expertos. Esta activa trama técnico-política panamericana como contexto para pensar los problemas del hábitat, constituye una diferencia con las referencias e instrumentos aplicados durante el peronismo, en general, forjados antes de la Segunda Guerra y anclados en soluciones nacionales.

Como caso sintomático en cuanto a articulación de los temas tratados en este punto podemos examinar el proyecto de viviendas colectivas (no construido) para la Isla Maciel, diseñado en 1960

por Wladimiro Costa y un equipo de alumnos del taller que dirigía en la FAU desde 1956.¹⁶ Ubicado en un partido del Gran Buenos Aires —Avellaneda—, el proyecto se desarrollaba dentro de la nueva inflexión del debate sobre los asentamientos informales inaugurado después de 1955, ya que se dirigía a habitantes de una villa organizados como cooperativa, aunque la propuesta arquitectónica era notablemente más sofisticada que las rudimentarias soluciones proporcionadas por el Plan de Emergencia de la Comisión Nacional de la Vivienda (por ejemplo, proponía viviendas colectivas y no unidades individuales). También eran complejos e innovadores los mecanismos de gestión: el programa formaba parte de una iniciativa de la Secretaría de Extensión Universitaria de la UBA sobre una urbanización popular, que incluía trabajo de campo de distinto tipo, entre ellos un estudio sociológico dirigido por Gino Germani desde el Instituto de Sociología de la UBA. El trabajo de Germani fue ampliado luego con el patrocinio de organismos internacionales, Unesco y CEPAL, para ser presentado en Santiago de Chile en 1959 en el Seminario sobre problemas de urbanización en América Latina. La operación, como conjunto, informa sobre distintos aspectos: la propuesta de un nuevo vínculo entre universidad y sociedad, el rol asignado a la arquitectura en él, la búsqueda de miradas alternativas en el campo de los problemas del hábitat y la vivienda masiva y la nueva trama de proyectistas y analistas sociales de dimensión latinoamericana (Gorelik, 2008) En síntesis, un nuevo marco de acción y renovadas formas de pensar los problemas: inflexiones en los temas que el peronismo había introducido en el Estado quince años atrás.

Estética, cultura y política

Las relaciones entre estética, cultura y política en arquitectura constituyen otro tema relevante para examinar la imagen del corte de 1955 en relación con las continuidades capaces de complejizarla. En tal sentido, los discursos posteriores al golpe militar discutieron la presencia o el sentido de la arquitectura moderna en la producción del peronismo, a la vez que construyeron relatos sobre los desarrollos de tal arquitectura que se volvieron canónicos, manteniendo su vigencia por décadas. Fueron la base de una historiografía de la arquitectura moderna en Argentina.

Como ha afirmado Liernur, «la primera narración de la “historia de la Arquitectura Moderna en la Argentina”, pertenece a Carlos Méndez Mosquera»¹⁷ (Liernur 2004c, p. 156). Se refiere al ensayo «Arquitectura y Urbanismo», publicado en 1961 en el volumen colectivo *Argentina 1930-1960* de la editorial Sur, que conmemoraba el sesquicentenario de la Revolución de Mayo. Méndez Mosquera escribía en primera persona como miembro de lo que llamaba la «segunda generación de la arquitectura moderna» o «la generación joven» (Méndez Mosquera, 1961, p. 323). Historizaba el desarrollo del modernismo arquitectónico estableciendo tres etapas o décadas no limitadas por estrictos términos cronológicos, sino definidas por cambios históricos y económicos: «la década del treinta», 1930-1943; «la década del cuarenta», 1943-1955 y, finalmente, «los últimos años», 1955-1960. Las grandes divisiones de los desarrollos arquitectónicos, entonces, respondían a hechos políticos: el golpe militar del 4 de junio, «la dictadura de Perón» y la «finalización de la dictadura» (Méndez Mosquera, 1961, pp. 320 y

16 Wladimiro Acosta (Odessa, 1900-Buenos Aires, 1967). Este arquitecto inmigrante constituyó una referencia central del modernismo en los treinta, teórico y activo propagandista de la arquitectura moderna. Se integró a la docencia universitaria después de 1955. Fue otra de las figuras puente valoradas por los protagonistas de la renovación posterior a tal fecha (Liernur, 2004b).

17 Carlos Méndez Mosquera (1929-2009, graduado en la FAU, UBA en 1953). Arquitecto y diseñador de fundamental importancia en la historia del diseño gráfico en Argentina. En 1954, fundó, junto a otras figuras, la relevante editorial Infinito y Cícero Publicidad, empresa que mantuvo toda su vida. En 1963 creó *Summa*, la revista de arquitectura argentina más importante hasta los noventa (Crispiani y Silvestri, 2004).

323). Registramos aquí, en la voz de uno de sus protagonistas destacados, la imagen de los cincuenta presentada como década partida.

Los desarrollos de la arquitectura moderna, afirmaba esta lectura, se habían iniciado en los treinta, momento protagonizado por la «primera generación de arquitectos modernos». Sobre tal afirmación existía un amplio consenso y no proporcionaba novedades. La década siguiente era presentada por el autor de manera más compleja:

... las condiciones cambian radicalmente; influye la guerra de 1939 y las circunstancias óptimas del período anterior van desapareciendo hasta llegar a 1943, momento en el cual se suma a las dificultades económicas y trabas de toda índole para la construcción, la revolución y el comienzo de la dictadura que demoraría notablemente la evolución de nuestra arquitectura. Por otras razones, sin embargo, en esa década (a pesar del peronismo) se afianza la arquitectura moderna argentina y el urbanismo comienza a cobrar importancia (Méndez Mosquera 1961, p. 321).

Según esta narración, destacamos, el peronismo había demorado lo que consideraba la evolución de la arquitectura y el modernismo se había desarrollado en los cuarenta a pesar de las políticas de tal fuerza. De la amplia producción estatal del período, Méndez Mosquera solo incluía dos episodios: la creación de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Tucumán y la constitución del EPBA en Buenos Aires, haciendo hincapié en las formas en que el mismo poder que inicialmente los había estimulado, terminaba jaqueándolos. Estos eran ejemplos de cómo resistía, en tal década, una segunda generación de arquitectos modernos, que pasaría a primer plano a partir de 1955. El peronismo aparecía en este caso como límite, nunca como oportunidad, cuando, en realidad, para el campo de la arquitectura había operado en ambos sentidos.¹⁸

¿Era esta realmente la primera narración sobre la arquitectura moderna local? Lo era en términos estrictos, pero, como ha notado Liernur, la primera presentación de la arquitectura moderna en la Argentina se había publicado en el n.º 1 de la revista *Canon*, editada por la FAU, en diciembre de 1950 (Liernur, 2004c; Canon, 1950). No era una narración en términos discursivos convencionales, ya que consistía en una selección ordenada de unas cuarenta obras titulada «La arquitectura moderna». Un discurso constituido por imágenes; la presentación visual estaba antecedida por un texto del arquitecto e historiador Mario J. Buschiazzo, «La evolución de nuestra arquitectura», que completaba el tema general del número, «Un panorama de arquitectura argentina».¹⁹

Buschiazzo, un experto en el período colonial al mismo tiempo que un defensor de la arquitectura moderna, se remontaba a la historia local para esbozar finalmente un futuro que no debiera hacer lugar a «falsos anacronismos», es decir, a formas arquitectónicas que implicaran un retorno al pasado, a la historia o a la tradición. El futuro, instaba el autor, se desarrollaría en el sentido señalado por esa arquitectura moderna del presente que la revista recopilaba. Cerraba su recorrido transcribiendo una declaración suscripta por tres instituciones que constituían altas referencias en la defensa del

18 Esta representación negativa del peronismo se mantuvo por décadas en la historiografía de la arquitectura local, hasta fines de la década del setenta. Recién trabajos como los de Alberto Petrina y María Isabel de Larrañaga en 1977, desde una perspectiva de defensa política del peronismo, reivindicaron los logros del «nacionalismo popular (1943-1955)» (Cavallo, Hilger, Larrañaga y Petrina, 1977). Tal perspectiva fue continuada por Pedro Sonderegger, enfatizando la modernidad de la producción del peronismo (1986). Cabe aclarar que estas miradas de reivindicación no abordaron la heterogeneidad estética de la producción del peronismo, tema que plantea otros problemas.

19 Mario J. Buschiazzo (1902-1970, graduado en la Escuela de la UBA en 1925). Arquitecto, restaurador e historiador, especializado en el período colonial. Fue docente de la Escuela desde 1933, actividad que desarrolló de manera ininterrumpida. Miembro de la Comisión Nacional de Monumentos. En 1946 fundó el Instituto de Arte Americano de la UBA (Schavelzon, 2004). Fue también un propagandista de la arquitectura moderna y mantuvo activos vínculos dentro de tramas panamericanas. Sobre este tema, véase Zimmerman (2017).

arte moderno en Estados Unidos.²⁰ El texto del historiador, entonces, concluía reivindicando el arte abstracto a través de una proclama del modernismo internacional. Es una declaración programática que no acostumbramos a asociar con la universidad del período peronista ni con las posiciones de las políticas artísticas oficiales.²¹ En los años de decanato de Montagna en la FAU (1949-1952), el modernismo, sin atronar, era una voz decidida y potente.

La selección presentada por *Canon* incluía obras ya consagradas de los treinta, a las que sumaban otras más recientes de indudable calidad modernista.²² En menor medida la selección incorporaba obras de la producción estatal de los años cuarenta. Algunas de ellas se orientaban con claridad hacia el modernismo, pero otras, como el aeropuerto de Ezeiza (en la potente volumetría simétrica del edificio de la aeroestación) o los barrios de viviendas individuales tipo chalet del Ministerio de Obras Públicas (con sus alusiones a la tradición colonial, detalles de madera y cubiertas de teja), respondían a estéticas modernizadoras no radicales y altamente convencionales. Sin embargo, el conjunto presentado era poderoso y la publicación sorprendía con un programa modernista, considerando que era la propuesta de un centro de estudios que más tarde quedaría fijado en la historia de la arquitectura local como retardatario o desactualizado.

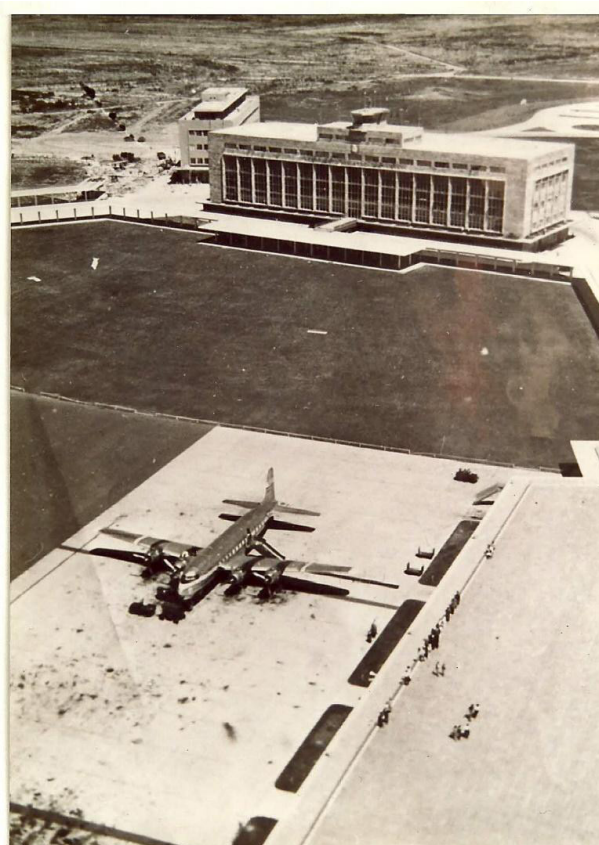
Figura 2.

Aeropuerto Ministro Pistarini en Ezeiza, Ministerio de Obras Públicas

20 Las instituciones autoras de la declaración eran el Instituto de Arte Contemporáneo de Boston, el Museo de Arte Moderno y el Museo Whitney de Nueva York. «Creemos en el valor humanista del arte abstracto, aunque no se ajuste al humanismo académico, en cuanto a la insistencia de este en la consideración humana como elemento artístico central. El arte explora planos recién descubiertos de la conciencia, nuevos conceptos científicos y métodos técnicos nuevos, está contribuyendo al humanismo en su sentido más hondo, el de ayudar a la humanidad a aceptar las condiciones del mundo de hoy, no retrayéndose de él, sino haciéndole frente y dominándolo. Reconocemos el valor humanista del arte abstracto como expresión del pensamiento, de la emoción y de las aspiraciones fundamentales del hombre a la libertad y al orden. En tal sentido, el arte moderno está contribuyendo a la dignidad humana» (Buschiazzo, 1950, p. 24)

21 Sobre los derroteros del arte en sus relaciones con el Estado durante el peronismo, véase Giunta (1999).

22 Los arquitectos presentados eran figuras reconocidas como Alberto Prebisch, Antonio Vilar, Amancio Williams, Jorge Ferrary Hardoy y Juan Kurchan, Mario Roberto Alvarez o SEPRA, entre otros.



Procedencia: Archivo General de la Nación, Documentos gráficos.

Figura 3.
Barrio de viviendas tipo chalet, Ministerio de Obras Públicas



Procedencia: Archivo General de la Nación, Documentos gráficos.

Esta construcción que insertaba la producción estatal del peronismo en un linaje modernista era ignorada por la aproximación de Méndez Mosquera al tema en 1961. En cambio, rescataba la obra de algunas figuras, que, pese al peronismo, habían hecho avanzar la arquitectura moderna. En la década del cuarenta, como ya hemos señalado, se había formado una

segunda generación de arquitectos modernos», una «generación joven», «cuya obra, sumada a la de la primera generación, ha hecho que la arquitectura moderna en Argentina [...] fuera ya una realidad indiscutible: en una palabra, actualmente ya no es posible hablar de arquitectura «de estilos» o «de revivals»,

sino de arquitectura moderna» (Méndez Mosquera 1961, p. 323).

Esta última afirmación es central para entender la posición del autor, extendida en el debate arquitectónico de fines de los cincuenta. Recordemos, en tal sentido, que términos como *revivals* o *estilos* hacían referencia a lenguajes arquitectónicos que mantenían fuertes relaciones con imágenes del pasado, que incorporaban rasgos historicistas o tradicionalistas; en otras palabras, aquellas estéticas que la arquitectura moderna, desde décadas atrás, consideraba sus grandes enemigos. La mención a la arquitectura «de estilos» que ya no tendría espacio a fines de la década del cincuenta, constituía una alusión a la arquitectura promovida por el peronismo —que no escapaba a un lector de la época—. Sin hacerlo explícito, la imagen, que circulaba desde los años 1930, pero que se consolidaba en el contexto del fin de la Segunda Guerra y la instauración de la Guerra Fría, articulaba de manera directa estética y política, igualando arquitectura moderna con democracia y arquitectura clasicista, historicista o monumental con dictadura.

Desde el presente consideramos que esa imagen, altamente reductiva, ignoraba la fuerte presencia de la arquitectura moderna en gobiernos totalitarios (como en el caso del fascismo italiano) o desconocía la arquitectura clasicista como protagonista de obras de gobiernos democráticos (por ejemplo, en los Estados Unidos de los treinta). Sin embargo, a fines de los años cincuenta, las estéticas de la arquitectura del peronismo eran miradas a través de esa lente política configurada por las coordenadas culturales del momento. En efecto, aunque la producción estatal peronista había sido en su mayor parte modernista, algunas obras aisladas más vinculadas a los máximos líderes políticos que al Estado, por su alta carga simbólica, habilitaban lecturas críticas que hacían hincapié en una arquitectura clasicista o tradicionalista como caracterizadora del peronismo.

Figura 4.

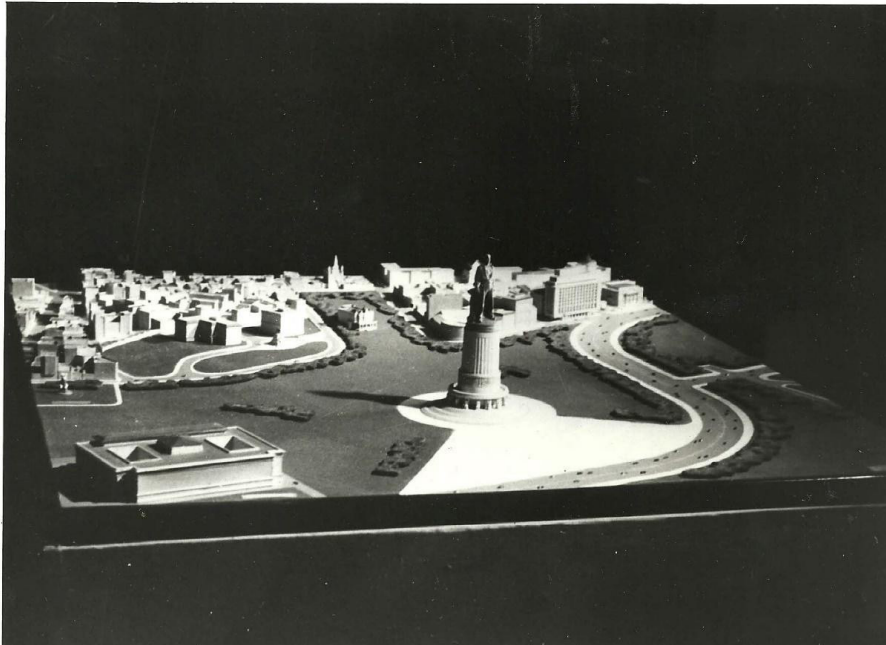
Barrio de bloques modernistas, Municipalidad de Buenos Aires



Procedencia: Archivo General de la Nación, Documentos gráficos.

Nos referimos a obras como la neoclásica sede de la Fundación Eva Perón (1950, actual Facultad de Ingeniería de la UBA) o el proyecto para el colosal Monumento al Descamisado-Sepulcro de Eva Perón (1952), elegidas por la política para representarse como un poder omnímodo e intemporal, sobre todo entre los años 1950 y 1955.

Figura 5. Monumento a Eva Perón, proyecto



Procedencia: Archivo General de la Nación, Documentos gráficos.

Por sus imágenes altamente convencionales y evocativas de la tradición, la estética rústica de otras obras, como los conjuntos de vivienda o los hogares-escuela de la Fundación Eva Perón, era vista también como una afrenta a las estéticas modernistas. La heterogeneidad estética y su amplitud se explican, como sabemos, en la coexistencia de distintos equipos técnicos y grupos políticos dentro del aparato estatal peronista, que elaboraba un conjunto de representaciones de la política o del Estado más o menos mediadas por las concepciones del campo técnico (Ballent, 2018).

La narración de Méndez Mosquera no enfrentaba de manera directa la extrema heterogeneidad de la producción del peronismo como un rasgo que la caracterizara, porque su preocupación se centraba en la presencia o ausencia de la arquitectura moderna en tal conjunto. Sin embargo, hacía afirmaciones en las cuales podemos leer un registro indirecto de la consideración de la heterogeneidad como problema. Según el autor, la desaparición de la arquitectura *de estilos* se registraba en el presente —que debemos entender como los *últimos años*, de 1955 en adelante—, obra de la acción de la segunda generación de arquitectos modernos que, en un contexto político-estatal favorable, lograba la ansiada hegemonía de la arquitectura moderna. Las polémicas que le eran contemporáneas, decía, «... solo se (limitan) al cómo debe ser la arquitectura moderna, pero ello deja tácitamente supuesto el hecho de que hoy solo pueden construirse edificios dentro de las características visuales, técnicas y formales de esa arquitectura» (Méndez Mosquera, 1961, p. 323).

El fin de la heterogeneidad estética abierto por los cambios políticos de 1955 era la condición del triunfo definitivo de la arquitectura moderna. También era la base para pensar una nueva cultura visual, que, como hemos visto en la introducción, era un proyecto de los productores culturales

renovadores del período. Como planteaba Eduardo J. Sarrailh en un editorial del boletín de la SCA titulado «Nuestra época y nuestra expresión»: ²³

Es necesario ya, entre nosotros, procurar el logro de una expresión artística en todos los órdenes. Consideramos a la expresión artística la consecuencia formal de hechos que conforman una cultura. El problema de la expresión está, por lo tanto, directamente vinculado a la cultura de la que emana. Nuestra época no representa la suma de culturas aisladas, sino que va desarrollando una cultura común que pertenece a toda la humanidad... (Sarrailh, 1958, p. 1).

El fin del Estado peronista permitía dejar de poner el acento en el vínculo entre estética y política, para priorizar la relación entre estética y cultura. Admitía así poner en primer plano un debate nuevo, centrado en la arquitectura y el arte moderno, el diseño de objetos en la misma dirección y la planificación de ciudades y territorio, buscando imágenes capaces de unificar una cultura visual y del habitar que resaltara su modernidad, cuestión que será tema de debate en la década siguiente.

Sintetizando, en este plano del debate llegamos a conclusiones convergentes con las que elaboramos en puntos anteriores. El peronismo no proscribió ni inhibió los desarrollos de la arquitectura moderna, por el contrario, en muchos casos los promovió. Sin embargo, la coexistencia del modernismo con otras estéticas en la producción del peronismo, impedía pensarlo como la base de una nueva cultura visual, que fue el proyecto que pudo pensarse de manera integral a partir de 1955.

Conclusiones

Pensando en la forma en que los protagonistas locales experimentaron la década, hemos aceptado una imagen generada por quienes pasaron a primer plano en la segunda mitad del período: la de una *década partida* en dos por la política, esto es, el peronismo y su derrocamiento. Nos hemos ubicado en 1955 para atender, a través de publicaciones del campo, a los discursos y propuestas que el debate de la arquitectura consideraba renovadores, analizando asimismo las líneas de continuidad que mantenía con las propuestas del peronismo, continuidades que no eran problematizadas y en muchos casos eran ignoradas. Afirmamos que esa renovación de la segunda mitad de la época fue producto tanto de un nuevo clima político-cultural como de las continuidades con las propuestas estatales del peronismo. Para ello, elegimos tres temas de la década que consideramos adecuando para ver continuidades y rupturas: las formas de ejercicio profesional, los campos de la vivienda masiva y la planificación y los debates referidos a estética, política y cultura en arquitectura.

Creemos que el conflicto entre continuidades y rupturas alrededor de los procesos desencadenados por el peronismo y las respuestas a ellos registradas a partir del derrocamiento de tal gobierno, nos permite repensar la década partida en términos de su unidad. Si ponemos la mira en tales procesos, esta década se presenta como un período dotado de una personalidad poderosa. En efecto, a partir de los conflictos del momento se sentaron nuevas bases para el debate arquitectónico y su inserción en la cultura, se produjeron inflexiones relevantes en los perfiles ideológicos y profesionales de los protagonistas tanto como en la orientación y acciones de las instituciones del campo, transformaciones que se mantuvieron, al menos, hasta la primera mitad de los setenta.

23 Eduardo Sarrailh (s/d-1990), fue arquitecto y urbanista, figura destacada en el período de gestación y consolidación del urbanismo y la planificación en Argentina. Entre otras actuaciones, fue director ejecutivo de la Organización del Plan Regulador de Buenos Aires entre 1958 y 1965. Asociado a Odilia Suárez intervino en numerosos concursos. Fue docente de Urbanismo y director el Curso Superior de Planificación Urbana y Regional de la FAU, UBA (Liernur y Aliata, 2004)

Referencias

- ADAGIO, N. (2017). Una vez más la FAU UBA. La renovación curricular del decano Montagna (1949-1952). En: *VII Encuentro Arquitectura Investiga*. Rosario: FAPYD, UNR. <http://hdl.handle.net/2133/6902>
- ADAMOVSKY, E. (2006). El régimen peronista y la Confederación Nacional de Profesionales: Orígenes intelectuales e itinerario de un proyecto frustrado (1953-1955). *Desarrollo Económico*, (182), 245-265.
- BALLENT, A. (1994). *Los arquitectos y el peronismo. Relaciones entre técnica y política, 1943-55*. Buenos Aires: Seminario de Crítica del Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas «Mario J. Buschiazzo». Recuperado de <http://www.iaa.fadu.uba.ar/publicaciones/critica/0041.pdf>
- BALLENT, A. (2004). Sabaté, Jorge. En: J. F. LIERNUR (Dir. gral.) y F. ALIATA (Dir. ejec.), *Diccionario de Arquitectura en la Argentina, estilos, obras, biografías, instituciones, ciudades* (Tomo S-Z, pp. 9-10) Buenos Aires: AGEA.
- BALLENT, A. (2005). *Las huellas de la política. Vivienda, ciudad, peronismo en Buenos Aires, 1943-1955*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes-Prometeo 3010.
- BALLENT, A. (2018) Faces of Modernity in the Architecture of the Peronist State, 1943-1955. *Fascism. Journal of Comparative Fascist Studies*, (7), 80-108. <https://doi.org/10.1163/22116257-00701005>
- BUSCCHIAZZO, M. (1950). La evolución. *Canon*, (1), 20-24.
- CANON (1950). La arquitectura moderna. *Canon*, (1), 25-84.
- CASARES, A. (s. f.). *Curriculum Vitae*. Recuperado de https://issuu.com/cedodal/docs/arqsi-accti-alfredo_casares-cv_we
- CAVALLO, J., HILGER, C., LARRAÑAGA, M. I., y PETRINA, A. (1977). Nacionalismo popular (1943, 1955). Análisis crítico del diseño arquitectónico en el período. *Summa*, (109), 69-72.
- CIRVINI, S. (2004). *Nosotros los arquitectos: campo disciplinar y profesión en Argentina*. Mendoza: Zeta.
- CRISPIANI, A., y SILVESTRI, G. (2004). Méndez Mosquera, Carlos. En: J. F. LIERNUR (Dir. gral.) y F. ALIATA (Dir. ejec.), *Diccionario de Arquitectura en la Argentina, estilos, obras, biografías, instituciones, ciudades* (Tomo I-N, pp. 120-121). Buenos Aires: AGEA.
- DEVALLE, V. E. (2010). Nueva Visión (nv) una revista de arte en los años '50, una revista de diseño en la actualidad. *Iris* (8), 1-11.
- DURAN, C. (2020). *Arquitectura como arte público. Estado, arquitectura y cultura en la Revista de Arquitectura. Argentina 1925-1943*. Rosario: Prohistoria.
- FIORUCCI, F. (2011). *Intelectuales y peronismo 1945-1955*. Buenos Aires: Biblos.
- GAGGERO, H., y GARRO, A. (1996). *Del trabajo a la casa. La política de vivienda del gobierno peronista 1946-1955*. Buenos Aires: Biblos-Fundación Simón Rodríguez.
- GIUNTA, A. (1999). Las batallas de la vanguardia entre el peronismo y desarrollismo. En: J. M. BURUCÚA (Dir. de tomo), *Nueva Historia Argentina. Arte, política y Sociedad* (Vol. 2, pp. 57-118). Buenos Aires: Sudamericana.
- GONZÁLEZ DUARTE, D. (2015). *Villas miseria: la construcción del estigma en discursos y representaciones (1956-1957)*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes. Recuperado de <http://unidaddepublicaciones.web.unq.edu.ar/wp-content/uploads/sites/46/2016/04/Villas-miseria-e-book.pdf>
- GORELIK, A. (2008). La aldea en la ciudad. Ecos urbanos de un debate antropológico. *Revista del Museo de Antropología*, (1). <https://doi.org/10.31048/1852.4826.v1.no.5398>
- GORELIK, A. (2022). *La ciudad latinoamericana. Una figura de la imaginación social del siglo XX*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- GUTIÉRREZ, R. (Dir.) (1993). *Sociedad Central de Arquitectos. 100 años de compromiso con el país. 1886/1986*. Buenos Aires: SCA.
- HEALEY, M. (2012). *El peronismo entre las ruinas, El terremoto y la reconstrucción de San Juan*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- HYLTON SCOTT, W. (1955). Nunca más. *Nuestra Arquitectura*, (313), 225-226.
- LIERNUR, J. F. (1982). Presentación. En: J. F. LIERNUR, A. BALLENT, J. MELE y F. ALIATA, El concurso de la Biblioteca Nacional. *Materiales*, (1), 12-80.
- LIERNUR, J. F. (2004a). Ferrari Hardoy, Jorge. En: J. F. LIERNUR (Dir. gral.) y F. ALIATA (Dir. ejec.), *Diccionario de Arquitectura en la Argentina, estilos, obras, biografías, instituciones, ciudades* (Tomo E-H, pp. 73-75). Buenos Aires: AGEA.

- LIERNUR, J. F. (2004b). Acosta, Wladimiro. En: J. F. LIERNUR (Dir. gral.) y F. ALIATA (Dir. ejec.), *Diccionario de Arquitectura en la Argentina, estilos, obras, biografías, instituciones, ciudades* (Tomo A-B, pp. 16-21). Buenos Aires: AGEA.
- LIERNUR, J. F. (2004c). Arquitectura moderna. En: J. F. LIERNUR (Dir. gral.) y F. ALIATA (Dir. ejec.), *Diccionario de Arquitectura en la Argentina, estilos, obras, biografías, instituciones, ciudades* (Tomo I-N, pp. 141-157). Buenos Aires: AGEA.
- LIERNUR, J. F., y Aliata, F. (2004). Sarrailh, Eduardo. En: J. F. LIERNUR (Dir. gral.) y F. ALIATA (Dir. ejec.), *Diccionario de Arquitectura en la Argentina, estilos, obras, biografías, instituciones, ciudades* (Tomo S-Z, p. 39). Buenos Aires: AGEA.
- LIERNUR, J. F., BALLENT A., MELE, J., y ALIATA F. (1982). El concurso de la Biblioteca Nacional. *Materiales*, (1), 12-80.
- LIERNUR, J. F., y PSCHÉPIURCA, P. (2008) *La red austral. Obras y proyectos de Le Corbusier y sus discípulos en Argentina*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- MARTIN, M. (1993). Federico Ugarte. En: R. GUTIÉRREZ (Dir.), *Sociedad Central de Arquitectos. 100 años de compromiso con el país. 1886/1986* (pp. 240-241). Buenos Aires: SCA.
- MASSIDA, A. (2021). Shantytowns, housing and state order: The Plan de Emergencia in the 1950's Argentina. *Planning Perspectives*, 36(2), 215-236.
- MÉNDEZ MOSQUERA, C. (1961). Arquitectura y Urbanismo. En: J. A. PAITA (Comp.), *Argentina 1930-1960* (pp. 315-328). Buenos Aires: Sur.
- MOLINA Y VEDIA, J., MÉNDEZ MOSQUERA, S., y BATLLE, S. (Comps.). (2018). *De alumnos y arquitectos. Una historia de la enseñanza de la arquitectura a través de sus protagonistas 1930-2000*. Buenos Aires: DAR, FADU, UBA.
- MONTI, A. I. (2015). *Jorge Enrique Hardoy. Promotor académico 1950-1976*. Rosario: UNR Editora. Recuperado de https://www.fapyd.unr.edu.ar/wp-content/uploads/2015/11/tesis_monti.pdf
- NUEVA VISIÓN (1955). Editorial sin título. *Nueva Visión*, (7), 1-2.
- RIGOTTI, A. M. (2005). *Las invenciones del Urbanismo en Argentina (1900-1960). Inestabilidad de sus representaciones científicas y dificultades para su profesionalización* (Tesis de Doctorado Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad Nacional de Rosario). <http://hdl.handle.net/2133/3567>
- SARRAILH, E. J. (1958). Nuestra época y nuestra expresión. *Boletín de la SCA*, (26), 1-2.
- SCHAVELZON, D. (2004). Buschiazzo, Mario J. En: J. F. LIERNUR (Dir. gral.) y F. ALIATA (Dir. ejec.), *Diccionario de Arquitectura en la Argentina, estilos, obras, biografías, instituciones, ciudades* (Tomo A-B, p. 217). Buenos Aires: AGEA.
- Shmidt, C., Silvestri, G., y Rojas, M. (2004). Enseñanza de la arquitectura. En: J. F. LIERNUR (Dir. gral.) y F. ALIATA (Dir. ejec.), *Diccionario de Arquitectura en la Argentina, estilos, obras, biografías, instituciones, ciudades* (Tomo E-H, pp. 32-44). Buenos Aires: AGEA.
- SOCIEDAD CENTRAL DE ARQUITECTOS (1954a). Con mucho éxito de realizaron en Córdoba las Primeras Jornadas de Arquitectos. *Revista de Arquitectura*, (374), 22.
- SOCIEDAD CENTRAL DE ARQUITECTOS (1954b). Reactivación del ejercicio profesional. *Revista de Arquitectura*, (374), 23.
- SOCIEDAD CENTRAL DE ARQUITECTOS (1955a). La Revolución Libertadora. *Boletín de la SCA*, (1), 1-2.
- SOCIEDAD CENTRAL DE ARQUITECTOS (1955b). Gestiones para mejor retribución de los arquitectos que prestan servicio al Estado. *Boletín de la SCA*, (1), 4.
- SOCIEDAD CENTRAL DE ARQUITECTOS (1955c) El Banquete anual de los arquitectos, *Boletín de la SCA*, (2), 1- 2.
- SOCIEDAD CENTRAL DE ARQUITECTOS (1956). La asamblea de la SCA. Reincorporación de socios. *Boletín de la SCA*, (3) 1956, 1-2.
- SONDEREGUER, P. (1986). *Arquitectura y Modernidad en Argentina*. Buenos Aires: CESCA.
- SPINELLI, M. E. (2005). *Los vencedores vencidos. El antiperonismo y la «revolución libertadora»*. Buenos Aires: Biblos.
- YUJNOVSKY, O. (1984) *Claves del problema habitacional argentino 1955-1981*. Buenos Aires: CEAL.
- ZIMMERMAN, J. N. (2017). *Mario Buschiazzo y la «arquitectura americana contemporánea» (1955-1970)*. Buenos Aires: Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas Mario J. Buschiazzo.

El fútbol argentino en los años cincuenta: tensiones entre tradición y modernidad en la prensa deportiva

Argentine football in the fifties: Tensions between tradition and modernity in sport journalism

Daniel Szabón¹

Resumen

Durante los años cincuenta del siglo XX, la renovada participación de la selección argentina de fútbol en competencias internacionales — luego de una ausencia relativa de varios años— reactivó una serie de debates que, desbordando el campo deportivo, referían a temas de mayor amplitud, como la antigua pregunta acerca de la «identidad nacional». En este trabajo nuestra atención se concentrará en el cruce entre estas construcciones acerca de los rasgos propios del fútbol «argentino» elaboradas por la prensa deportiva y el lugar que ocupa en estas discusiones la preocupación por la incompleta «modernización» del país (en términos sociales, institucionales, culturales y deportivos), dada la ubicuidad y extensión de esta noción en los discursos del período, especialmente tras el golpe de 1955.

Palabras clave: historia argentina, historia del deporte, fútbol, modernización, prensa

Abstract

In the 1950's the return of the Argentine national football team to international competitions – after a relative absence of several years – re-

tivated some debates which exceeded the sport field and included broader subjects, such as the classical question about the “national identity”. In this article I will focus in the crossing between these constructions about the traits of an “argentinian” football elaborated by the sport press and the place held in these discussions by the concerns about the inadequate “modernization” of the country (in social, institutional, cultural and sporting terms), due to the ubiquity and scope of this notion in discourses that extended through those years, especially after the military coup of 1955.

Keywords: Argentine history, sports history, football, modernization, press

¹ Universidad de Buenos Aires-Universidad Nacional de La Plata-Universidad Nacional Arturo Jauretche. dsazbon@gmail.com. El autor agradece las observaciones y sugerencias de quienes hicieron el referato del texto.

Introducción

Pretender hablar del deporte argentino *tout court* en los años cincuenta supondría abarcar un panorama demasiado amplio para comprenderlo en una sola mirada. A las diferencias debidas a la evolución distinta de sus diferentes disciplinas se les deben agregar las que corresponden a las propias de un campo tan heterogéneo como el del deporte, donde conviven actividades de competencia con prácticas recreativas, formativas, sociales, artísticas, etc., de muy desigual relación con la esfera de las políticas gubernamentales (educativas, sanitarias, recreativas, o simplemente deportivas). A esta complejidad se le agrega que dicha década incluye el insoslayable partaguas del golpe de 1955, con lo que implica en lo que a relaciones entre Estado, sociedad y deporte se refiere. Los contrastes entre lo ocurrido antes y después del derrocamiento de Perón son tan marcados que tornaría muy precaria toda construcción que intente mantener la unidad cronológica del decenio como recorte temporal.

En cambio, si reducimos el análisis al universo del fútbol argentino profesional, y dentro de este, al de los discursos periodísticos que lo tienen como objeto, la escisión que supone el golpe de 1955 es más tenue, dado que su evolución, sin ser del todo ajena a la fractura fundamental de la década en términos político-institucionales, responde a una lógica más intrínseca, gracias al mayor grado de autonomía que había alcanzado el fútbol en relación con las políticas estatales, así como a la dinámica propia del periodismo deportivo. Asumiendo esta posibilidad, en estas páginas nos interesaremos por el discurso de la prensa futbolística en la Argentina de la década del cincuenta en función de dos vectores de diferente densidad y consolidación: por un lado, el vinculado al tradicional problema de la *identidad nacional*, aquí condensado en la existencia de manifestaciones socioculturales (formas de juego, estilos) presentadas como expresivas de una esencia nacional; por otro lado, la preocupación (también de antigua data, pero con especificidades propias del período) por la *modernización* de formas y estructuras de vida, ya para deplorar su inexistencia y señalar el consiguiente arcaísmo de nuestras costumbres, ya por el contrario para lamentar sus efectos y recuperar nostálgicamente elementos propios de la tradición perdida.

Si bien estas dos dimensiones tienen un alcance que supera en mucho al objeto aquí analizado, señalemos en primer lugar que el tema de la identidad en la arena deportiva tendrá particular presencia en la prensa especializada del período gracias a la importancia que adquirirá la participación de equipos argentinos en competencias internacionales, tras una etapa de menor intensidad de este tipo de encuentros. El nacionalismo deportivo, de sólida implantación en nuestra prensa desde por lo menos los años veinte (con hitos como el combate Firpo-Dempsey o la gira europea de Boca Juniors), encontrará en estos episodios el ámbito propicio para desplegar varios de sus motivos típicos (Alabarces, 2007, p. 77). Por otro lado, en lo que hace a la «modernización» —vocablo ubicuo en los discursos que atravesaban la arena cultural del período, con particular (pero de ningún modo exclusiva) presencia tras el golpe de 1955—² su alcance en la prensa deportiva de los años cincuenta será extendido e impreciso y puede referir sea a la necesidad de incorporar tácticas novedosas a los dispositivos desplegados por los directores técnicos, a las formas de entrenamiento «científicas» con las que los clubes buscaban mejorar el rendimiento físico de sus jugadores, a las novedades en los medios de comunicación que difundían las noticias deportivas o a los medios de viaje empleados por los equipos para llevar adelante sus giras, entre muchos otros etcéteras.³

2 La bibliografía al respecto es extensa; forzados por la brevedad, remitimos a O'Donnell (1972) y Terán (1991)

3 Por ejemplo, en 1959 *El Gráfico* (EG) hablaba de «punteros modernos», «goalkeeper moderno», «periodismo moderno», etc., y *El Mundo* (EM) se presentaba a sus lectores como «diario moderno, cómodo y sintético». Sobre deporte y modernidad en Argentina, véase Szabón y Frydenberg (2018) y Di Giano (1998).

En este trabajo nuestra atención se concentrará en las construcciones elaboradas por la prensa deportiva acerca de los rasgos propios del fútbol «argentino» en ocasión de los encuentros jugados contra rivales extranjeros, tanto a nivel de seleccionados nacionales como (en menor medida) clubes de fútbol. El hecho de que en la segunda mitad de los años cincuenta se haya incrementado el número de estas instancias, así como el contraste entre la expectativa con la que se los esperaba y los resultados alcanzados, hacen de ellos un espacio particularmente apto para la aparición de discursos vinculados al nacionalismo deportivo como los que aquí analizaremos.

El supuesto aislamiento durante el peronismo y el «regreso» a las competencias internacionales

Aunque las características del fútbol profesional, como señalamos más arriba, lo hacen menos permeable que otros deportes a los cambios producidos en la dimensión político-institucional, se impone aquí un comentario inicial, dada la solidez que ha alcanzado en cierta bibliografía especializada la convicción acerca de los vínculos entre las decisiones gubernamentales y el escaso nivel de competencia internacional de nuestro fútbol hasta 1955. Tal punto de vista se asienta fundamentalmente en la ausencia del equipo representativo de la Asociación del Fútbol Argentino (AFA) en los campeonatos mundiales de 1950 y 1954, y en su regreso a dicha competencia en Suecia 1958. En esta línea, dicha ausencia remitiría a las proyecciones de la figura de Perón sobre la arena deportiva, deseoso de evitar cualquier participación en eventos que pusieran en duda la imagen de fortaleza deportiva que habrían querido construir las autoridades a través de certámenes organizados en el territorio nacional, sobre los cuales su intervención habría podido tener algún grado de peso en el resultado alcanzado.⁴

En nuestra opinión esta imagen estereotipada de las relaciones entre peronismo y deporte no resulta una descripción demasiado fiel a lo ocurrido durante el decenio 1945-1955, alimentándose más bien de la mitología antiperonista (con su tendencia a magnificar la voluntad y capacidad de intervención del «régimen» en distintas esferas de la vida civil), así como de la profusión de propaganda desplegada por el peronismo en materia deportiva (Rein, 2015). No solo no tenemos evidencias de vínculos directos entre las esferas estatales y las decisiones tomadas por la AFA, sino que varios ejemplos parecerían indicar que, por el contrario, la capacidad efectiva del gobierno para alcanzar objetivos mucho menos hipotéticos estuvo bastante acotada (como ocurrió en el conflicto gremial entre jugadores y dirigentes de 1948) (Frydenberg y Szabón, 2015). En nuestra opinión, es más sencillo asumir que la ausencia del seleccionado de los eventos mundialistas luego de 1934 responde a una lógica propia de las instituciones deportivas que asumir una indemostrada y a nuestro juicio improbable injerencia gubernamental.⁵

4 Se suele citar como prueba de esta hipótesis una supuesta declaración del entonces presidente de AFA, Valentín Suárez, de fuente nunca explicitada. La lista de menciones a esta tesis abarca desde publicaciones académicas a sitios alojados en la web, pasando por textos periodísticos o de divulgación; citemos a modo de ejemplo a Alabarces (2007).

5 La ausencia del fútbol argentino en los mundiales data de 1938, producto de la tensa relación de la AFA con la Federación Internacional del Fútbol Asociado (FIFA) por su negativa a organizar el certamen en Buenos Aires; este antecedente, sumado al enfrentamiento con la Confederação Brasileira de Futebol desde 1946, puede haber tenido más incidencia en su decisión de no participar en las copas de 1950 y 1954 que cualquier voluntad presidencial; *Memorias y balances* de AFA de 1937, 1938, 1949 y 1950. Por otro lado, no hemos hallado menciones a la responsabilidad gubernamental en medios marcadamente antiperonistas; por ejemplo, *La Nación* en 1958, muy crítica de la ausencia argentina en los mundiales anteriores, no culpa a Perón, sino a la dirigencia deportiva; «Un repaso al campeonato mundial de fútbol», *La Nación* (LN), 6/6/58.

Por otro lado, la imagen de «insularidad» del fútbol argentino durante el peronismo, si bien tiene su asidero —el número de partidos internacionales jugados por nuestro seleccionado en la primera mitad de los años cincuenta es muy menor a la cifra alcanzada por equipos similares, como Uruguay o Brasil (apenas 15, contra 36 y 34 respectivamente)—, debe tomarse con algunos recaudos. El combinado nacional, aún sin participar de los mundiales disputados en Brasil y Suiza en 1950 y 1954, sí lo hizo en dos Campeonatos Sudamericanos del período, y obtuvo además sendos títulos en Ecuador 1947 y Chile 1955. Estos torneos fueron seguidos con mucho interés por periodistas y espectadores, y como veremos más adelante, sirvieron en buena medida de espacio de validación para la pregunta que atravesará este artículo, de recurrente presencia en nuestro medio, acerca de la *identidad* del fútbol argentino.

Además, si bien no fueron torneos oficiales, los partidos que jugó nuestra selección en este período contra rivales europeos —tanto en gira como en el país— ftuvieron la atención de la prensa y del público por la prensa y por el público. Particular atención se les brindó a los encuentros con Inglaterra jugados en Wembley en 1951 y luego en River Plate en 1953, por la envergadura del rival y por tratarse de los primeros partidos jugados contra los considerados maestros del fútbol. Los buenos resultados alcanzados, con Inglaterra (ajustada derrota 1 a 2 en Londres y victoria en Buenos Aires, con el famoso «gol imposible» de Ernesto Grillo)⁶ y otros equipos europeos, contribuyeron a prolongar la ya consolidada imagen de poderío del fútbol local, la que, como veremos, entrará en crisis en la segunda mitad de esta década. Agreguemos las numerosas giras al exterior protagonizadas por clubes de primera división de Argentina, tanto a países del continente americano como a Europa, continuando una tradición inaugurada por el célebre viaje de Boca Juniors en 1925, vista retrospectivamente como un hito en la construcción del imaginario acerca de la fortaleza del fútbol «argentino» (Archetti, 1995).⁷

Más allá de las motivaciones que llevaron en su momento a la decisión de no comparecer en las justas mundialistas, lo cierto es que en 1958, tras 24 años, se volvió a participar de un campeonato del mundo, lo cual, sumado al regreso a la presencia regular en Campeonatos Sudamericanos marca un incremento notorio en la cantidad de competencias internacionales del fútbol argentino en la segunda mitad de la década. Pero mientras que el regreso a los Sudamericanos estuvo acompañado del éxito (campeones en 1955 y 1957), la excursión mundialista de 1958 terminó en el recordado «desastre de Suecia»: tras ser eliminados en primera ronda en la humillante derrota ante Checoslovaquia por 6-1, los jugadores, en medio de denuncias periodísticas por supuestos actos de indisciplina, fueron recibidos en el aeropuerto internacional de Ezeiza, próximo a la ciudad de Buenos Aires, por diez mil personas que los agredieron con monedas, huevos, tomates y gritos hostiles, en medio de un impresionante operativo de seguridad.⁸ El frente de la AFA fue apedreado y adornado con carteles insultantes, mientras algunos dirigentes declaraban que si los jugadores estaban más preocupados por cobrar que por «el honor de vestir la camiseta argentina» la selección debía conformarse con futbo-

6 Los rivales europeos en amistosos del período fueron, además de Inglaterra: Irlanda (1951, victoria en Dublin), España (1952 y 1953, victorias en Madrid y Buenos Aires), Italia (1954, derrota en Roma), Portugal (1954, victoria en Lisboa) y Checoslovaquia (1956, victoria en Buenos Aires).

7 Aunque su huella fue menor a la excursión de San Lorenzo por España y Portugal entre fines de 1946 y principios de 1947, también tuvieron importancia las giras europeas protagonizadas por River Plate (1951-1952), Independiente (1953-1954), Boca Jrs. (1953-1954), Racing Club (1954) y San Lorenzo de Almagro (1955-1956).

8 «Hostil recepción a los futbolistas», *LN*, 23/6/58; «Los jugadores fueron custodiados por 250 agentes», *Clarín*, 23/6/58. En general, (Sibaja 2020).

listas *amateurs*.⁹ El escándalo llegó al gobierno nacional, que declaró su interés por averiguar «quiénes son los responsables de estos hechos que desprestigian a la Argentina en el campo deportivo».¹⁰

Tras la catástrofe, la selección nacional intentó emprender una renovación reemplazando tanto a su director técnico (el veterano Guillermo Stábile, al frente del equipo desde 1939)¹¹ como a los jugadores convocados para participar en las siguientes competencias. La obtención de un nuevo Campeonato Sudamericano (en Buenos Aires 1959) fue vista por algunos como el inicio de una recuperación del prestigio internacional, pero una nueva derrota humillante en otro Sudamericano jugado a fines de ese mismo año reactivó los fantasmas del mundial de Suecia. La década del cincuenta se cerraba así con una percepción muy distinta de la fortaleza del fútbol argentino a la que había existido a su inicio. Los años sesenta verán la profundización de estas dudas, con una nueva eliminación temprana en el mundial de Chile 1962, al tiempo que se tornaban más ásperos los debates acerca de los rasgos estilísticos específicos de la forma propiamente «nuestra» de jugar al fútbol, demostrando que la «psicosis colectiva»¹² generada por el episodio de Suecia había afectado a las raíces más profundas de las representaciones míticas de nuestra identidad (Alabarces, 2007).

La construcción identitaria del fútbol argentino

En efecto, la existencia de un «estilo» propio de jugar al fútbol que expresaría las peculiaridades de nuestra nacionalidad era un supuesto que por entonces ya contaba con varias décadas de antigüedad. Su presencia es ya notoria en discursos periodísticos de principios del siglo XX, y aún con mayor frecuencia desde los años diez, en relación con las giras de equipos extranjeros, que solían ir acompañadas por reflexiones no demasiado rigurosas acerca de las características del fútbol argentino, uruguayo o (en menor medida) chileno o brasileño, en contraste con el británico. Junto con otros episodios similares de nacionalismo deportivo —como el combate Firpo-Dempsey de 1923— estas lecturas identitarias se incrementarán en los años veinte, acompañando el simultáneo crecimiento de la popularidad del fútbol y de su presencia de este deporte en las páginas de la prensa popular, la cual al mismo tiempo vio fuertemente incrementada su difusión, en particular en los principales centros urbanos del país (Archetti, 1995 y 1998).

Tales lecturas adquirieron una forma característica en torno a la tensión que oponía a las cualidades atribuidas al fútbol extranjero, particularmente británico, las que se querían ver en el local, expresión de una idiosincrasia intransferible, nacida de características que mezclaban lo telúrico (el aire, la pampa, la carne) con lo espiritual (las «maneras de sentir, de pensar, de obrar») en una combinación tan única como potente.¹³ Esta se traduciría en una noción de cultura amplia, que equiparaba el «cómo vivimos» al «cómo jugamos», y cuya canonización, como ha mostrado Eduardo Archetti, se dio en las páginas de una de las publicaciones de mayor impacto periodístico en el período: *El Gráfico*, que desde 1919 combinaba la cobertura gráfica de diversos eventos (no restringidos originalmente al deporte) con la presencia de un elenco de periodistas de excelente prosa, muchos vinculados al mundo de la literatura, por entonces en pleno apogeo. Las ya sedimentadas preocupaciones por la definición de lo propiamente nacional motivadas por el impacto de la inmigración masiva en los grandes centros urbanos, reactivadas en la coyuntura de la celebración del primer centenario (Terán,

9 Panzeri «El corazón es mal agente de los negocios», *EG*, 11/7/58.

10 «El gobierno y lo acontecido al team en Suecia», *LN*, 24/6/58.

11 Volvería brevemente al cargo en 1960.

12 Dante Panzeri, «Apuntes para la psicosis del orgullo y del enojo», *El Gráfico*, 4/7/58.

13 Cfr. *infra*, n. 29.

2008) se combinaron con los intereses propios de la profesionalización de la escritura, en la cual en el periodismo masivo jugaba un papel crucial (Altamirano y Sarlo, 1980). En este espacio tendrán fuerte presencia discursos vinculados con la delimitación de los rasgos identitarios propios de la comunidad de pertenencia —en los que se amalgamaban motivos nacionalistas, criollistas y modernistas—, muchos de los cuales encontrarán en el fútbol un espacio propicio para la explicitación de tales atributos nacionales.

Será así que hacia finales de los veinte se cristalizará en *El Gráfico* uno de los estereotipos que mejor logró condensar una imagen mítica del fútbol «argentino», que refería a la vez a la forma de practicarlo, al tipo físico (y moral) de jugador y al espacio del cual habría surgido: el *pibe criollo*, contracara del jugador «científico», «metódico» o «racional», personificación del medio físico del que había surgido, el *potrero*, dotado de habilidad, picardía y genio, aunque carente de estudio, disciplina o fortaleza corporal. Así, el «fútbol de potrero» típicamente argentino se constituiría en el reverso del «fútbol de pizarrón», efectivo, «industrial» y «mecánico» propio del practicado en Inglaterra, constituyéndose de ese modo en el punto culminante de la apropiación local del deporte, a la vez su *nacionalización* y su *popularización*. Estos estereotipos circulaban en las páginas de la prensa deportiva acompañados de otros, que enfatizaban valores en algunos casos contradictorios y en otros complementarios del encarnado por el «pibe criollo». Así, en algunos medios como *Crítica* se hablaba de la «raza», la «guapeza» y el «temple» del jugador argentino, refiriendo de este modo a su arrojío, fuerza, y capacidad de sobreponerse a la adversidad, identificados como rasgos idiosincráticos en el mismo sentido que planteaba la construcción forjada por Borocotó (Archetti, 1995; Frydenberg, 2011).

Esta tipificación se prolongó a través de diferentes soportes que atravesaban el universo de representaciones del mundo del fútbol hasta bien entrada la década del cincuenta. Tal continuidad, lejos de suponer la inexistencia de discusiones acerca del juego practicado por nuestros futbolistas, las alimentaba, en la medida en que dichos debates adquirían la forma de la evocación nostálgica de un tiempo pretérito cuyos valores se contrastaban con el practicado en los tiempos modernos. Estas construcciones decadentistas poblaban los diagnósticos de diferentes actores del mundo del fútbol (periodistas, jugadores y sobre todo ex-jugadores) y servían para mantener la vigencia de un estilo de juego cuyos contornos debían buscarse en el pasado mítico y jamás en algún futuro a construir (Archetti, 2001).

El fútbol criollo de Wembley a Lima: gauchos y churrascos, yuyos y compadritos

A comienzos de los años cincuenta las referencias al fútbol europeo ocupaban un lugar bastante reducido en la prensa deportiva argentina; por ejemplo, en mayo de 1951 *El Gráfico* presentaba, bajo el título «Fútbol extranjero», una brevísima columna de media página en la que en solo tres imágenes y poco más de cien palabras se informaban únicamente dos resultados, de la Copa de Inglaterra y del campeonato español. Por el contrario, en ese mismo número una nota acompañada de muchas fotos informaba de la partida del combinado argentino hacia Gran Bretaña para jugar los dos partidos amistosos contra Inglaterra e Irlanda; se hablaba del «optimismo» con el que los jugadores emprendían tal gira, en la que sería la primera ocasión en la que seleccionado argentino enfrentaría al equipo británico.¹⁴

14 «Fútbol extranjero» y «Optimismo en la partida», *EG*, 11/5/51.

El partido jugado contra Inglaterra generó gran satisfacción en la prensa deportiva, que destacó la actuación del arquero Miguel Rugilo.¹⁵ Si bien Argentina cayó derrotada, lo ajustado del *score* (1 a 2), el hecho de que el equipo se encontraba debilitado por la lesión de dos de sus integrantes y el prolongado invicto de los dueños de casa en su cancha, servían para darle un aura épica a la derrota. La lectura generalizada era que la selección se había desempeñado correctamente («cayó con todos los honores») y si «se perdió en buena ley» fue en buena medida debido al «agotamiento» de los jugadores argentinos por el asedio constante de los locales, que recién en los minutos finales pudieron vencer la resistencia del «León de Wembley».¹⁶

A esta «honrosa derrota» se le sumó pocos días después el triunfo obtenido frente al combinado irlandés, destacado como muestra cabal del «auténtico fútbol argentino, con su modalidad característica».¹⁷ Las crónicas destacan la «velocidad y habilidad» de nuestros delanteros, y el juego «dinámico y brillante» de un equipo que pudo desplegar «una fisonomía acorde con la que corresponde al fútbol de nuestro país».¹⁸ La satisfacción de la prensa se replicó en el beneplácito de los hinchas, que recibieron con entusiasmo al seleccionado a su llegada al aeropuerto de Ezeiza.¹⁹

El cotejo con los equipos británicos le brindó a Borocotó la ocasión para insistir en *El Gráfico* en su convicción acerca de la irreductibilidad de los estilos de juego identitarios, rechazando de plano toda comparación entre ambos, dado que «la diferencia de campos, de ambientes, de juegos ajustados cada uno a la idiosincrasia de quienes los cultivan y también a los *fields* es de gravitación decisiva».²⁰ Desde este punto de vista, pretender que los «criollos» jueguen como los ingleses era tan absurdo como la alternativa contraria:

Ni ellos pueden jugar como nosotros ni nosotros como ellos [...] Hay una manera de pensar, de sentir, de ejecutar y que está en la sangre, en el ambiente, en el paisaje, en el churrasco y el mate o en la avena con leche y el jamón con huevo [...] cada uno expresa su idiosincrasia, y ello es lo que acuerda fisonomía definida al fútbol de cada lugar [...] Es una manera de sentir, de pensar, de obrar...²¹

Si la derrota en Wembley permitió que se resaltaran las virtudes del estilo «argentino» de juego, aún más celebración merecería en 1953 el triunfo ante el mismo rival, ahora de visita (también por primera vez) en nuestro país. *El Gráfico* celebrará que haya brillado «... el juego criollo, a cuyo cargo estuvo la espectacularidad del *match*» y destaca que aún los periodistas ingleses expresaron su admiración por sus «sutilezas». Esto le permite a Borocotó reafirmar nuevamente la incomparabilidad de ambos estilos, ahora en una prosa costumbrista dotada de aires camperos:

Cada tipo de fútbol es producto de su medio [...] porque el hombre es hijo de su suelo. Somos diferentes [...] por la sangre, por el aire que respiramos, por la tierra en la que hemos nacido, por el churrasco, el mate y hasta el tango [...] Allá ellos y aquí nosotros [...] Como dijo el gaucho: «Ansina 'e nació y ansinita 'e de seguir hasta que muera».²²

La medalla dorada obtenida por el fútbol argentino en los Panamericanos de México 1955 le brinda a *El Gráfico* una nueva oportunidad para afirmarse en su visión esencialista del juego criollo,

15 «Rugilo en Wembley», *EG*, 18/5/51.

16 Félix Frascara, «Limpia justa deportiva», *EG*, 18/5/51.

17 *EG*, 18/5/51.

18 «Significativo triunfo en Irlanda», *EG*, 18/5/51.

19 «Volvieron los cracks», *EG*, 25/5/51.

20 Borocotó, «Diferencias substanciales impiden el cotejo de tipos de fútbol», *EG*, 25/5/1951.

21 Borocotó, «Cada uno juega como siente el fútbol», *EG*, 18/5/1951.

22 Borocotó, «Los ingleses están allá y nosotros estamos aquí», *EG*, 22/5/53)

en esta ocasión a través de ojos ajenos. La revista consigna la opinión del diario mexicano *Esto*, que, al destacar el brillo del «fútbol argentino» y el «prestigio mundial de sus famosos equipos», se arriesga a asegurar que aún si los equipos participantes lo hubiesen hecho «en forma incógnita» no hubieran tenido dificultades para identificar al argentino «porque su personalidad es tal que lo mismo en los hombres que en los jóvenes [...] no solamente se ve un fútbol cortado bajo un mismo patrón, sino hasta el mismo tango».²³

Ese mismo año el periodismo local tendría otra ocasión para mantener firme su confianza en la existencia (y superioridad) de un fútbol «argentino» con características distintivas, al producirse el mencionado regreso a los Campeonatos Sudamericanos de Fútbol. Argentina será la ganadora del certamen celebrado en Chile, lo que le permitirá a Félix Frascara exclamar jubilosamente «¡Ese es el fútbol argentino!».²⁴ Pero el entusiasmo del cronista (y de la prensa deportiva en general) será mucho mayor ante el triunfo alcanzado en el siguiente Sudamericano, jugado en Lima en 1957, donde se hablará de un equipo «casi perfecto», que no solo es «expresión fiel del fútbol argentino en la actualidad»,²⁵ sino que además había logrado «revolucionar» al planteo futbolístico, a través de su «fórmula» de utilizar una delantera compuesta por jóvenes valores.²⁶ Así, la selección argentina habría jugado en 1957 «para la historia».²⁷

La brillante delantera del equipo nacional (los denominados «ángeles con la cara sucia» o más abreviado, «carasucias»: Antonio Angelillo, Humberto Maschio, Enrique Omar Sívori, Oreste Corbatta y Osvaldo Cruz), su juventud e irreverencia y, fundamentalmente, su exitosa performance, permitieron que la prensa especializada los presente como nueva encarnación del prototipo del jugador argentino, el *pibe*. Es el caso, por ejemplo, de Sívori, portador de los valores y rasgos idiosincráticos del «clásico jugador criollo», cuya visión evoca en el cronista:

... el recuerdo de nuestros mejores jugadores de potrero. Yuyo argentino, yuyo de baldío transido por la zapatilla de la purretada [...] Sívori fue la flor en la oreja del compadrito equipo argentino. El pucho colgando con un dejo de sobrada suficiencia. De quien tiene el secreto. De quien lo sabe todo...²⁸

Aún sin compartir estos desbordes de entusiasmo, la severa pluma de Dante Panzeri concedía que el nivel del fútbol argentino en 1957 era satisfactorio, aun cuando no podía dejar de lamentar que el espectáculo ha perdido «calidad y belleza». Pero no por ello su tono era nostálgico: si el fútbol se había «afeado», era «dentro de su propia evolución» ya que, en el pasado, aun cuando era «sin duda más bonito», también era «técnicamente menos sapiente». Con todo lo que había tenido de «genial o de romántico, de sutil o de pícaro, de heroico y también de ingenuo», no cabía dudas acerca de que hoy:

... nos encontramos con un saldo ampliamente favorable al presente respecto del pasado en cuanto al mayor saber que hoy técnicamente existe del fútbol [...] el fútbol argentino [...] está lejos de mostrar decadencia; se sabe, indiscutiblemente, más de fútbol, se ha progresado [...] la evolución ha sido generosa, exuberante.²⁹

23 «El fútbol argentino... visto en México», *EG*, 8/4/55.

24 Frascara, «¡Ese es el fútbol argentino!», *EG*, 8/4/55.

25 Frascara, «¿Será tan bueno este equipo?», *EG*, 29/3/57.

26 *Noticias Gráficas* (en adelante: *NG*), 21/3/57.

27 «Argentina jugó para la historia», *NG*, 21/3/57.

28 «Sívori, clásico jugador criollo», *NG*, 22/3/57.

29 Panzeri, «Era el puesto de los crudos», *EG*, 19/4/57.

Tras la avalancha europea: «hemos vivido en el pasado»

Esta sólida confianza en las virtudes del juego (y el jugador) argentino estallaría al año siguiente en Suecia, en ocasión del reencuentro de nuestro fútbol con los campeonatos mundiales después de la larga ausencia arriba mencionada. Ya en los meses previos el periodismo presentaba ciertas prevenciones respecto a la suerte del seleccionado: a la ausencia del plantel de los «carasucias» de Lima (por haber sido vendidos al fútbol europeo) se sumaron los magros resultados alcanzados en los partidos preparatorios y el desconcierto por la convocatoria de último momento al veterano Ángel Labruna, que debió viajar de apuro por la lesión de un compañero en la gira previa.³⁰ También se llamaba la atención sobre supuestos problemas de disciplina que existirían en el plantel, referidos tanto a peleas entre jugadores como a situaciones de inconducta motivadas por la presencia de «señoritas» cerca de la concentración.

Sin embargo, más allá de estos comentarios el tono general de la cobertura era de moderado optimismo. En los análisis previos se presentaba a nuestro equipo como «uno de los firmes candidatos en su grupo», lectura que se presentaba como compartida por los analistas extranjeros. De este modo se afirmaba que los checos nos consideraban «su adversario más peligroso», y que incluso los cronistas del vigente campeón mundial, Alemania Occidental, temían el *dribbling* de nuestro equipo, del que pronosticaban que obtendría el primer puesto en la clasificación. También el estado físico de los jugadores, así como su alimentación, aparecían en la prensa como «excelentes», y la moral del equipo era «alta».³¹

Esta confianza tuvo una temprana sacudida en el debut con derrota frente a Alemania (1-3), presentada como triunfo del «fútbol con movimiento» sobre la «ineficacia» demostrada por nuestros jugadores, lo que dio pie a los primeros signos de quebrantamiento de la fe del periodismo en nuestro juego. En la misma tónica que se generalizaría tras la debacle contra los checos, algunas voces sacaban como conclusión que la antigua «hegemonía del fútbol rioplatense» estaba siendo barrida por «métodos y concepciones modernas», que el fútbol europeo se había «metodizado» para combatir nuestra antigua superioridad, mientras que el nuestro seguía «viviendo del orgullo» de glorias pasadas. Frente a este panorama, el camino para la «revitaminización de nuestro fútbol» pasaba por un cambio táctico y dirigencial:

... que el fútbol lo dirija gente joven que vive la vida actual y no los ancianos que viven aferrados a los sillones de la AFA, perdiendo el tiempo con el recuerdo del fútbol viejo [...] hombres que no han visto el cambio del mundo [...] Ya nadie cree en esa superioridad estratégica del fútbol argentino [...] El lenguaje que ahora conoce el hincha es de disciplina, de orden y de método [...] Es preferible un conjunto sin estrellas a aquel que posea un par de ellas. Esta es la enseñanza del mundial de Suecia, y ojalá que la aprovechemos debidamente.³²

También Borocotó, histórico portavoz del discurso tradicionalista, daba la voz de alerta desde *El Gráfico* en cuanto al estado físico de nuestros jugadores, insuficiente para enfrentar rivales que, como los alemanes, eran «menos dominadores de la pelota, menos malabaristas, menos coreográficos», pero dotados de «estado físico, velocidad, sobriedad, vigor y sentido de la responsabilidad». Si bien se mantenía la certeza sobre la superioridad técnica del fútbol criollo («los argentinos son más brillantes»), esta aparecía ahora con un *caveat* de peso: «pero... cuando los dejan». La reflexión de Borocotó —bastante alejada de la incontrastabilidad que sostenía pocos años antes— era descorazonadora:

30 Se trataba del delantero Roberto Zárate.

31 «Se ha puesto a punto el equipo argentino y su moral es alta», *NG*, 6/6/58.

32 Mauro Galli, *NG*, 10/6/58.

muchos jugadores (particularmente en Europa) podían jugar mejor que otros aún sin ser «jugadores en el concepto criollo», y de ahí que «quienes nacieron futbolistas pierden, porque los que no lo son se lo han propuesto ser». Ante esta situación, no había alternativa: «si se pretende ganar un mundial, y en Europa, hay que cambiar».³³

Pero a pesar de estas evidencias de la conmoción que significó la derrota ante el campeón del mundo, las convicciones periodísticas sobre las virtudes del fútbol argentino eran lo suficientemente robustas como para que varias voces consideren «falsa» la actuación del equipo nacional,³⁴ producto más de errores cometidos por «la presión del debut virtual en mundiales» que de limitaciones debidas a rasgos propios de su juego.³⁵ Esta certeza sobre la calidad del estilo criollo quedó en evidencia tras la victoria argentina ante Irlanda del Norte, presentada como el triunfo del «fútbol típicamente nuestro» ante un equipo que, si bien estaba «mejor preparado físicamente», no fue obstáculo para la superioridad técnica y calidad individual de nuestros futbolistas.³⁶ Si bien se reconoce el defecto de la «falta de velocidad» frente a los europeos, esta vez sí habría aparecido «la tradicional garra y “rabia” de nuestros muchachos», lo que permitió que venciera «la táctica del fútbol “bonito”» sobre la del «fútbol práctico».³⁷ Así se llegó al decisivo encuentro ante Checoslovaquia, envueltos en una «atmósfera de optimismo», tanto por el mejor estado anímico del plantel tras la victoria como por la seguridad de que su rival practicaba «un fútbol abierto» que le permitiría al equipo exhibir «toda la gama de recursos que se les conoce».³⁸ Incluso se afirmaba que, a pesar del paso en falso del debut, la superioridad técnica de nuestros jugadores los hacía firmes candidatos a llegar, junto a Brasil, a las instancias finales.³⁹

Pero luego de la catastrófica derrota por 6 a 1 todas las antiguas convicciones cayeron derrumbadas: la velocidad «vertiginosa» y el superior estado físico exhibido por Checoslovaquia habría evidenciado la inmovilidad y quietismo de nuestro fútbol. Es cierto que aún en este desencantado escenario algunas voces intentaron salvar el honor de nuestro estilo, afirmando que los «técnicos europeos» coincidían en que «la habilidad de los argentinos no tiene parangón», siendo el problema únicamente de «estado atlético». En esta interpretación tranquilizadora, el problema no sería la «calidad del fútbol argentino», sino haber sido representado en el certamen por «un equipo mal preparado, mal elegido y mal dirigido».⁴⁰

No obstante, más allá de la módica compensación que podía suponer la seguridad de que en nuestro fútbol «prevalece la destreza sobre la fuerza», la tónica general de la prensa fue la de estar viviendo un desengaño. La confianza en nuestra superioridad técnica, vigente hasta la víspera, era ahora denunciada como producto de «haber vivido de espaldas a la realidad», tras «diez años encerrados en nuestro narcisismo de creernos los mejores del mundo sin establecer el cotejo»,⁴¹ en directa alusión a la ausencia de las competencias internacionales, lo que produjo un «retardo» frente a «la

33 Borocotó, «No podía ser y no fue», *EG*, 10/6/58; cursivas en el original.

34 Erwin Hieger, «No puede considerarse normal la actuación cumplida por los argentinos», *NG*, 8/6/58.

35 Aníbal Vigil, «90 minutos detrás del arco», *EG* 10/6/58.

36 «Fútbol típicamente nuestro en Suecia», *LN*, 13/6/58.

37 Borocotó, «Aclaró el cielo contra Irlanda», *EG*, 10/6/58.

38 Lucero, «Atmósfera optimista se respira en Ramlosa», *Clarín*, 15/6/58.

39 «Argentina y Brasil pueden llegar a las finales», *El Mundo* (en adelante, *EM*), 14/6/58.

40 «Esta tarde arribará a Ezeiza el equipo que actuó en Suecia», *EM*, 22/6/58.

41 Galli, *NG*, 17/6/58.

evolución que el fútbol ha experimentado en el mundo». ⁴² Es así que Panzeri invertía su diagnóstico de pocos meses atrás, dictaminando que «el fútbol argentino está atrasado, estancado y equivocado en la mecánica del juego moderno...», ⁴³ mientras que Diego Lucero veía en la gambeta, otrora jugada prototípica de nuestro juego, la evidencia de su anquilosamiento:

El fútbol argentino se ha quedado atrás en el tiempo. Está en su prehistoria: en la «Edad de la gambeta», equivalente a la Edad de piedra; en el período terciario del juego lento [...] Nos hemos quedado estancados en el tiempo romántico de la patilla, la polaina, la sombrilla y el minué [...] Nuestro bello fútbol rocó ha muerto. Lo mató su propia debilidad, en la hora de la dinámica nuclear y la supervitamina... ⁴⁴

42 «¿Por qué faltó estado atlético?», *Clarín*, 2/7/58 (entrevista al preparador físico de la selección, Jorge Borau).

43 Panzeri, «No le haga caso a mi número», *EG*, 1/8/58.

44 Lucero: «El fútbol argentino se quedó atrás en el tiempo, vive en la prehistoria», *Clarín*, 17/6/58.

Las caras de la modernidad: velocidad, disciplina, ciencia, profesionalismo...

La catastrófica derrota frente a Checoslovaquia (y la consecuente eliminación temprana del mundial de Suecia) desencadenó una profundísima discusión en el universo del periodismo deportivo —la «histeria sueca»—, que adoptó fundamentalmente dos modalidades, las más de las veces combinadas: la denunciante, que, en nombre de «la opinión pública», buscaba identificar a «los culpables de la debacle», exigiendo su desplazamiento de los lugares de decisión, y la programática, más propositiva, por la que se intentaba señalar la dirección por la que debía circular la «profunda renovación» que debía llevarse adelante para «recuperar a nuestro fútbol». ⁴⁵ Tal renovación orbitaba, con variaciones, alrededor de la idea-fuerza de «modernizar», término ubicuo que era modulado en función de un conjunto diverso de valores de los que habría estado dotado el «fútbol europeo» —lo que virtualmente equivalía a decir «fútbol moderno»—, y cuya carencia explicaría nuestra desastrosa participación en la competencia.

Uno de los tópicos más recurridos en este sentido era el del estado físico de los jugadores, resultado de una preparación deficiente por su falta de «profesionalismo» (así como la de los encargados de implementarla). Para *La Nación*, nuestros problemas resultaban de que «nuestro adiestramiento es una mezcla de lo amateur con lo profesional», frente a lo cual reclamaba «una labor de años» para «dotar de velocidad pura a nuestros hombres» y así permitir que puedan competir contra el «fútbol recio», o «vigoroso» (es decir, europeo), del cual se pronosticaba que sería en el futuro más exitoso que «el juego de mayor precisión artística» propio de Argentina». Pero para ello hacían falta «entrenamientos de hierro», algo imposible si no se contaba con «un severo concepto profesional, formando jugadores aptos para estas luchas». ⁴⁶ Y *Noticias Gráficas*, en su llamado a «revisar métodos y vivir la realidad actual», sumaba a la crítica contra la «desidia de los dirigentes» la actitud de los jugadores, también ellos «factores de atraso» con sus «desplantes dentro y fuera del field». ⁴⁷

El reclamo por el estado atlético de los jugadores solía ir acompañado por los de otros atributos propios de la reclamada «modernización»: la necesaria *disciplina* que debían tener los jugadores, el *profesionalismo* que debían exhibir en su conducta, la *metodización* de las formas de trabajo de los distintos actores del deporte, y las necesarias innovaciones en el modo de jugar, desarrollando la *fuerza* y la *velocidad*. El primero de los aspectos, la disciplina, alimentó buena parte de las notas denunciante, en las que se exigía conocer quiénes fueron los «responsables» del desastre, presentado a los lectores como afrenta al honor nacional: «flaquezas e indisciplina de los jugadores ... actos de desinterés y de lesa patriotismo que desembocaron en la catástrofe...». Mientras que las victorias de los europeos eran mostradas como «una severa lección sobre lo que puede la disciplina» («el fútbol moderno, práctico, europeo... es muy rápido, serio, hecho sobre la base de una disciplina férrea...») nuestras derrotas eran atribuidas a «costumbres imperantes en nuestro medio» que debían erradicarse: si pretendíamos salir del marasmo, había que «renunciar al tango y al boliche» para «hacer training cuatro días por semana». ⁴⁸

45 Panzeri, «La esperanza no marcha», *EG*, 19/3/59.

46 «Checos: 'Un gran fútbol de equipo'. Argentina: 'Juego de poca clase'», y «Precisaríamos muchas cosas más para ganar», *LN*, 17/6/58

47 Galli, *NG*, 17/6/58.

48 Lucero, «Algunas lecciones aprendidas a costa de goles», *Clarín*, 9/7/58.

La exigencia de una mayor disciplina iba acompañada por el reclamo por jugadores «verdaderamente profesionales», que «solo vivan para el fútbol». Para ello era necesaria también una profesionalización de las formas de entrenar, aplicándoles los modernos sistemas «científicos»:

Para recuperar el terreno será indispensable revolucionar [...] los sistemas de entrenamiento, sustituyendo los empíricos por los científicos. El entrenador de un equipo de fútbol [...] no puede ser ya el muchacho de barrio, Tito, el de la esquina, tiene que ser un hombre de ciencia asesorado a su vez por otros hombres de ciencia que aporten sus conocimientos para preparar al atleta para el gran esfuerzo.⁴⁹

Esta equivalencia entre «modernidad», «disciplina», «entrenamiento» y «ciencia» aparecía también en otras voces de denuncia contra la «crisis total de nuestro fútbol», que cargaban las tintas contra su «faz organizativa», empezando por el director técnico nacional:

... también el fútbol admite una modernización —sería negar el progreso—, que significa aplicar métodos algo más que intuitivos, científicos, para extraer el máximo de una fuerza organizada [...] el señor Stábile ya está fuera de órbita, por carencia de ritmo apropiado para estos tiempos [...] No hay [...] sentido técnico, científico, de lo que debe ser la preparación física.⁵⁰

Este «profesionalismo» se exigía no solo a jugadores y entrenadores físicos, sino también a la dirigencia de los clubes: aquejada de «improvisación» e «hinchismo», se hacían necesarios «hombres que sepan dirigir y administrar». Significativamente, este mismo diagnóstico de defectuoso profesionalismo iba acompañado de otro que revelaba la persistencia contradictoria de estereotipos tradicionales del «juego criollo», al señalarse que el descenso del nivel técnico de nuestros jugadores se debe a que «no surgen cracks como antes», por haber desaparecido «las canchas y baldíos que no hace mucho [...] hacían aflorar astros de primera magnitud».⁵¹

En cuanto a los valores de la modernidad asociados a la forma de juego, como la velocidad, la fuerza y el dinamismo, solían ir acompañados de diagnósticos pesimistas que, al tiempo que reconocían la inevitabilidad de estos cambios, deploraban su necesidad. Es el caso, de nuevo, de Borocotó en *El Gráfico*, que reconocía que, aun cuando nuestro fútbol era más «brillante» y que la velocidad inevitablemente «restó belleza al juego», no había más remedio que adoptarla «si queremos ganar certámenes fuera de América del Sur».⁵² Menos ambigüedades presentaba la opinión del diario *Clarín*, donde Lucero consideraba «indispensable ir al fútbol-fuerza», así como dotar al futbolista argentino de la necesaria «flexibilidad» para adaptarse a las diferentes funciones que requiera el equipo de acuerdo a las alternativas del encuentro, tal como ocurre con los equipos europeos, viendo en la «obsesión» por la velocidad «el único secreto del fútbol moderno», como lo demostraban las innovaciones técnicas de la hora:

... si el hombre ya vuela más rápido que el sonido, si rueda por las carreteras a velocidades normales de 200 kilómetros por hora, ¿cómo es posible que el fútbol se juegue como en el tiempo cuando el medio más rápido [...] era el galope del caballo? En esta hora de la gran revolución científica, política y social que vive el mundo, el fútbol también se revoluciona...⁵³

49 Lucero, «El fútbol argentino se quedó atrás en el tiempo, vive en la prehistoria», *Clarín*, 17/6/58.

50 Galli, *NG*, 17/6/58.

51 «Con organización y capacidad puede salvarse nuestro fútbol», *Clarín*, 17/6/58.

52 Borocotó, «Velocidad: corriente moderna», *EG*, 10/6/58.

53 Lucero, «El fútbol argentino se quedó atrás...», cit.

La hora de la realidad: Argentina en el espejo de los otros

Así, la conclusión generalizada en el universo del fútbol era que había terminado una era, y que resultaba imperioso adaptarse a las condiciones de una realidad a la que hasta ese momento se había querido desconocer, dejándonos «en retraso». Algunas voces trazaban un paralelo explícito entre la suerte de nuestro deporte y la situación político-económica durante los gobiernos peronistas, presentados desde la prensa opositora como imperio de la falsedad y la impostura. También el fútbol, según esta comparación, debía asumir que había vivido de engaños, y ajustarse a la cruel verdad:⁵⁴

... al fútbol argentino le ha pasado lo que al país. Ha estado viviendo de ficciones, de deliciosos engaños [...] La hora de la realidad ha llegado. Para el país, la realidad fueron las arcas vacías; para el fútbol, la bolsa llena de goles. Es hora de ajustar las cuentas.⁵⁵

Tal ajuste suponía, evidentemente, adoptar las características propias del fútbol «moderno», cuya superioridad sobre el rioplatense había quedado evidenciada en la dura derrota en Suecia. Esta preocupación por incorporarnos a la «corriente moderna» se reflejó en la búsqueda por parte de buena parte del periodismo deportivo de ejemplos concretos para emular a partir de diferentes equipos internacionales de éxito, presentados como espejos en los que debía mirarse el balompié argentino. Al mismo tiempo, tal cotejo permitió que los defensores del antiguo modelo de juego «criollo», aún debilitados por la catástrofe mundialista, siguieran manifestando su adhesión a las virtudes que identificaban como propias de ese estilo, aun cuando no pudieran evitar reconocer la necesidad de adaptarlo a las condiciones imperantes en los tiempos «modernos».

Un primer ejemplo de interés en este sentido lo ofrece el equipo revelación del certamen de 1958, Brasil, que podía ser presentado al mismo tiempo como encarnación de la antigua tradición de toque, elegancia y creatividad propia del «fútbol sudamericano» que hasta entonces venía siendo representado por Argentina (y Uruguay), y como emblema de modernidad por haber incorporado en su juego las virtudes que se asociaban al fútbol «europeo»: velocidad, disciplina, «seriedad», profesionalismo, etc. Algunas lecturas, como las de Lucero, veían en el Brasil de Didí, Vavá, Garrincha y Pelé «una fuerza colectiva sin individualismo», que gracias a su «entrenamiento excepcional» pudieron resistir «la rudeza del juego europeo». *El Mundo*, por su parte, lo presentaba como «un espejo en el que nos debemos mirar», ya que habiendo atravesado en el pasado «nuestros mismos problemas», sus dirigentes habrían hecho lo que no hicieron los nuestros: «ver lo que pasaba fuera de casa, ir a Europa»; es por eso que ya en los cuartos de final representaba «la esperanza del fútbol sudamericano», en un campeonato que había quedado reducido a: «... la batalla del sistema europeo, rígido y frío, contra el estilo sudamericano de juego de lujo, adornado, sutil y elegante [...] Brasil parece haber heredado las elegantes virtudes que otrora fueran patrimonio de los rioplatenses».⁵⁶

Esta contradictoria defensa de la superioridad estética del estilo sudamericano junto con la necesidad de adoptar rasgos propios del europeo aparecía también en *El Gráfico*, donde Panzeri aseguraba que, aunque nuestra región seguía contando con «la mejor técnica del fútbol mundial, la que impuso Brasil», era necesario dotarla de «atributos que emanan de una vida seria», tal como

54 Las alusiones a la etapa peronista en relación con el deporte también aparecieron como crítica a la preocupación evidenciada por el gobierno de Frondizi ante lo ocurrido en Suecia, que manifestó que «seguiría de cerca y con sumo interés la investigación» que desarrollaba la AFA. Esto llevó a que distintas voces alertaran sobre el peligro de «intromisión» estatal, tal como había ocurrido en épocas del «burdamente sublimado mecanismo del Deporte-Estado», que había «avasallado» al deporte; «Suecia quedó atrás», *LN*, 25/6/58; también Panzeri sostenía una línea similar: cf. «El corazón es mal agente de los negocios», *EG*, 11/7/58.

55 Lucero, «El fútbol argentino ha estado viviendo de ficciones y de engaños», *Clarín*, 27/6/58.

56 «¿Sistemas europeos o fútbol de espectáculo?», *El Mundo*, 19/6/58.

había hecho la selección *verdeamerelba*. También Borocotó destacaba el trabajo llevado a cabo por los dirigentes brasileños para seleccionar a los jugadores, la «completísima» revisión médica que atravesaron (incluyendo «psicoanalistas, odontólogos, oculistas... radiografías, análisis»), su cuidado por la alimentación y, por supuesto, el riguroso plan de preparación física y la fuerte disciplina exigida. Así, el «trabajo serio y organizado» de Brasil es presentado como «ejemplo para los argentinos» al haber sido «el sudamericano que entró en la corriente moderna», es decir, «en la de la preparación física» y «el entrenamiento»:

Si no se entra en lo que con anticipación al éxito denominamos «corriente moderna» es muy difícil un buen desempeño. Al arte innato de jugar es absolutamente necesario agregarle ese otro aspecto. Hay que ser criollo para moverla [...] y unirle a ello todo lo demás esencialmente europeo. Brasil fue sudamericano en un aspecto, europeo en el otro. Así hay que prepararse.⁵⁷

Otra ocasión para postular un modelo extranjero en el que debía espejarse nuestro fútbol la proporcionó la visita en agosto de 1958 del multicampeón europeo Real Madrid, que contaba en sus filas con algunas de las más importantes figuras del fútbol mundial, como Puskas, Gento y Di Stéfano. Sus victorias en Buenos Aires contra River Plate (1-0) y San Lorenzo de Almagro (3-2) llevaron a que el periodismo deportivo nuevamente señalara las virtudes del fútbol europeo (es decir, «moderno») en relación con las características del jugado en el país, acompañado ahora de un contraste entre el desempeño de sus estrellas argentinas (Di Stéfano y Rial) con su labor anterior, cuando jugaban en equipos locales. La tónica general de estos análisis tendió a reeditar el esquema ya visto en ocasión del mundial de Suecia: si por un lado se calificaba al juego del equipo madrileño como «práctico» y carente de belleza, y se tomaba nota de cómo sus jugadores argentinos habían ganado en sacrificio y «mecanización», por el otro se reconocía las virtudes de disciplina, dinámica y rigor táctico del «fútbol moderno», aceptando con cierta resignación que era el camino que debía seguirse.

De este modo, *El Mundo* ponía el acento en la superioridad técnica, elasticidad táctica y estado físico del equipo español, apuntando que mientras aquí «nuestros astros creen saberlo todo y no aceptan indicaciones de los técnicos», llevando a que «el equipo se sacrifique a la estrella», el ejemplo de Di Stéfano mostraba como en Europa «la estrella se sacrifica al equipo».⁵⁸ El mismo diagnóstico hacía Panzeri, destacando que el juego de la «Saeta Rubia» en el Real Madrid estaba «mecanizado», gracias a que este aceptaba «cualquier renunciamiento personal» en beneficio del interés de su equipo». En este sentido el Real era para Panzeri la «cabal expresión de fútbol mecanizado, moderno», carente del «toque de pelota, el dominio de balón, la habilidad, la inventiva creadora del individualismo sudamericano», que era «impermeable a las ‘disciplinas obreras’ que el fútbol moderno tiene como necesidad». Pero a pesar de estas críticas, su «fútbol económico» nos mostraba «lo mucho que el fútbol argentino tiene que modernizarse».⁵⁹ Un diagnóstico similar era el del cronista de *La Nación*, para quien el Real Madrid resumía «la clásica fórmula del fútbol europeo: frío, calculador, exento de belleza, como si estuviese construido sobre la base de un teorema estudiado», y que al ponerse en ventaja no intentaba aumentarla, sino preservarla, evidenciando «esa labor conservadora tan cultivada en Europa... en beneficio del equipo y en desmedro del espectador».⁶⁰

57 Borocotó, «Las virtudes de Brasil», *EG*, 11/7/58.

58 «Mejor ataque que defensa mostró el vencedor», *EM*, 22/8/58.

59 Panzeri, «Fútbol “económico” por “obreros del fútbol” y “45 minutos de fútbol Real”», *EG* 22 y 29/8/58 respectivamente.

60 «Por debajo del nivel de su bondad presunta», *LN*, 16/8/58

El énfasis de la prensa en la disciplina de los jugadores de los clubes extranjeros —tanto en lo que hace a su predisposición al entrenamiento como en lo referido al respeto a las disposiciones tácticas— aparecía también en las varias entrevistas que se les hicieron en ocasión de sus visitas al país, en particular a los argentinos que formaban parte de las filas de los equipos visitantes, cuyas voces aparecían como referencia autorizada para contrastar entre los estilos de juego y de preparación física. De este modo, las voces de Di Stéfano —que destacaba que en Europa había que estar «mejor entrenado», con «piernas más fuertes», porque «se te obliga a correr, a poner el máximo»— o de Rial —que recién allí había entendido lo que significaban «solidaridad y fútbol asociado»—⁶¹ se sumaban a las de otros visitantes, como Ernesto Grillo y Ernesto Cucchiaroni (por entonces en el A. C, Milán), que declaraban que en Italia habían sentido «el fuerte cambio para el físico» por «la exigente profesión europea». Estos testimonios le permiten concluir al periodismo que estos cambios podían (y debían) ser incorporados a nuestro fútbol, concluyendo con amargura que si esto hubiera ocurrido antes del mundial de Suecia los jugadores argentinos «se hubieran sentido con la misma confianza física».⁶²

Por último, destaquemos la presencia de otras voces requeridas para dictaminar acerca del nivel de nuestro fútbol: los periodistas extranjeros, cuyas opiniones son citadas con creciente interés como voces autorizadas en las páginas de la prensa deportiva argentina, ya desde los partidos de la gira previa al campeonato mundial de 1958, y con mucha mayor ansiedad luego de su catastrófico desenlace. Ejemplo de esta atención es la reproducción que hace *Clarín* de la opinión crítica del enviado de *Le Figaro* a Suecia, que sentenciaba que el problema de nuestros jugadores había sido su negativa a someterse a las necesidades del fútbol actual: «velocidad, largo aliento y desmarcación instantánea», indicando que su «resistencia al sacrificio de un entrenamiento intenso» y su «indisciplina», que había dejado a los observadores extranjeros «escandalizados», se debían a que nuestras estrellas se habían transformado en «vedettes», a diferencia de lo ocurrido con los jugadores paraguayos y sobre todo brasileños, quienes «comprendieron que debían adquirir resistencia» y por lo tanto se habían entrenado sin que nadie rehuyera «las duras secciones de cultura física».⁶³

Similar juicio aparecería al año siguiente en *El Gráfico*, ahora en boca de un periodista alemán, Friedebert Becker, quien «juzgaba» al fútbol sudamericano comparándolo con el europeo. Para él también Brasil se constituía en la «expresión máxima del arte futbolístico», debido a que en su «*teamwork*» («juego de conjunto») empleaba las tácticas más modernas», es decir, «una táctica casi europea». Y al señalar sus críticas al fútbol sudamericano, afirmaba que a pesar de su «maestría admirable con el esférico», carecía de todo interés por el juego táctico, es decir, «sin la pelota». En una notable inversión del mito del *pibe de potrero* que la misma revista había contribuido a entronizar como prototipo del jugador «criollo», aquí Becker postula la existencia de su contrafigura, que en lugar de aprender el *dribbling* y la gambeta habría adquirido en el mismo mítico terreno las cualidades propias del fútbol «europeo»:

Lo que todo pibe europeo aprende en los partidos de potrero, o sea, adaptarse al adversario, liberarse de la marcación, todo eso le interesa muy poco al jugador sudamericano. Aún los jugadores europeos de mediocre calidad dominan mucho mejor el cambio de posiciones y la liberación de marcación que la élite de los jugadores sudamericanos.⁶⁴

61 «Héctor Rial y Alfredo di Stéfano en la cúspide», *EG*, 8/8/58.

62 Carlos Fontanarrosa, «Los dos Ernestos por calles de Buenos Aires», *EG*, 18/7/58 (resaltado en el original).

63 «Una opinión francesa sobre el fútbol argentino», *Clarín*, 2/7/58.

64 «Un alemán nos juzga y compara», *EG*, 9/4/59.

Conclusión: entre convicciones y necesidad

La nota de Becker había aparecido en *El Gráfico* a partir de la estadía del periodista alemán en nuestro país en 1959, en ocasión de un nuevo Campeonato Sudamericano de fútbol. Este certamen había sido ganado otra vez por la selección argentina (profundamente renovada en relación con la que había participado del mundial), cerrando un tricampeonato iniciado, como vimos, en 1955, esta vez con el importante agregado de haberse podido imponer sobre Brasil, el vigente campeón mundial. Pero a diferencia de lo ocurrido en Santiago de Chile en 1955 y sobre todo en Lima 1957, el entusiasmo de la prensa fue mucho más prudente. Tras el golpe sufrido en el mundial de Suecia, los triunfos no aparecían ahora como evidencia de las cualidades intrínsecas al juego argentino, sino como expedientes para superar el «complejo» que había provocado el «desastre de Helsingborg». ⁶⁵ Se trataba de ver hasta qué punto nuestro fútbol avanzaba hacia su anhelada «modernización»; tal era la expectativa con la que se inició el certamen en Santiago, con la esperanza en que el equipo nacional:

... resulte efectivamente la expresión moderna del fútbol moderno que debe practicarse en el país para recuperar [...] la jerarquía, la prestancia, el señorío mundial que llegó a tener [...] Es la esperanza de que sea realmente esta la hora en que el fútbol argentino parta hacia una remodelación de sus recursos, sin abandonar por ello sus virtudes genuinas, siempre fundamentales, aun en la escuela moderna. Es la esperanza de que al fundamento de nuestra escuela autóctona se acoplen de aquí en más los que hacen a la modernización del juego en su organización técnica, táctica, intelectual y espectacular. ⁶⁶

Las ambigüedades que revela esta intención de mantener las «virtudes autóctonas» al tiempo que se reclamaba su necesaria «modernización técnica y táctica» se mantendrán a lo largo del campeonato, a medida que el combinado nacional lograba avanzar en resultados aún sin convencer en su juego. La contradicción entre el tradicionalismo de los criterios estéticos con los que se juzgaba la supervivencia de tales virtudes y el pragmatismo de los positivos resultados obtenidos aparecerá reiteradamente en la prensa. Será una vez más Panzeri quien con mayor amargura objete el fútbol practicado por la selección argentina, mostrando hasta qué punto la incorporación de la tan exigida «modernización» reactivaba discursos nostálgicos de cuño esencialista y ánimo decadentista. Así, al tiempo que se lamentaba porque nuestro fútbol «padece de antigüedad», deploraba que las modificaciones producidas resultaban de la «*histeria sueca*», dando como resultado un equipo construido «pensando en entrenamiento y disciplina, educación y conducta, pero olvidando calidad»; de este modo, nuestra selección «responde a una decadencia», un clima en el que «las convicciones les han cedido terreno a las necesidades». ⁶⁷ Y mientras veía en el ejemplo brasileño «un pasado no lejano del fútbol argentino, que falló en conducta y preparación física, pero sigue siendo “verdad”», ⁶⁸ se quejaba porque nuestro equipo contaba con jugadores cuya única virtud era el vigor y la velocidad:

... ese tipo de juego es el fútbol de los que no saben, de los que nacieron sin calidad o juegan donde ella no se difunde [...] ese no puede ser el fútbol de este medio, donde aún en la calle, el potrero y las almohadas de los sueños infantiles «hablan fútbol», fútbol de toque, de paredes, de pelota rasante [...] eso no es fútbol que se juegue donde se sabe. Y aquí se sabe. Aquí se jugó. ⁶⁹

65 Panzeri, «Contra el “complejo 1-6” un debut 6-1», *EG*, 12/3/59 (la Argentina había debutado venciendo 6-1 a Chile).

66 *EG*, 5/3/59.

67 Panzeri, «Se ha plasmado una fuerza física y moral», *EG*, 26/3/59

68 Panzeri, «Al fútbol se juega así, como lo hace este ballet», *EG*, 19/3/59.

69 Panzeri, «La esperanza no marcha», *EG*, 19/3/59.

Panzeri reproducía así el clásico estereotipo del «pibe criollo» que había cuajado en las notas de Borocotó de potrerros, toques, paredes y sueños infantiles, al mismo tiempo que se reclamaba por una «modernización» que no podía más que dejarlo en el pasado. La misma remisión al pasado como sede de nuestra tradición futbolística aparecía también en esa revista en una selección de fotografías de planteles históricos que habían brillado en anteriores campeonatos sudamericanos, a través de la cual se manifestaba la imposibilidad de «olvidar el pasado», aun cuando no se le negaran sus «imperfecciones». Si la presión por la necesaria «recuperación del fútbol argentino» obligaba a «no añorar al pasado», la certeza de que allí radicaba la esencia del estilo de juego propiamente «nuestro» llevaba a *El Gráfico* a concluir que era imposible «olvidar el pasado ante este presente de fotografías». ⁷⁰ Así, en medio de los reclamos por la «modernización» del fútbol argentino —y en parte, como reacción contradictoria a tales requerimientos—, el pasado parecía seguir operando como centro gravitatorio de los discursos identitarios que atravesaban al periodismo especializado.

La moderada satisfacción por el éxito alcanzado en el Sudamericano de 1959 no tuvo un efecto duradero en la valoración de la prensa deportiva. Pocos meses después, una nueva caída estrepitosa (la derrota por 5-0 contra Uruguay en otro Sudamericano, esta vez en Ecuador) volvía a motivar sus alarmas: se habló una vez más de «desastre», de una «segunda Suecia», y de un equipo sin capacidad ni ideas para superar a rivales de menor brillo. ⁷¹ Al cierre de los años cincuenta la recurrente denuncia de falta de «modernización» seguía apareciendo en el periodismo como recurso por excelencia para explicar nuestras frustraciones futbolísticas. Y mientras la sociología de la década abundaba en explicaciones de nuestros rasgos político-culturales en términos de incompleto (pero progresivo) despliegue de los valores propios de una sociedad «moderna», en los discursos circulantes en el periodismo deportivo parecían hallarse más certezas en las virtudes pasadas del estilo «argentino» de juego que seguridades acerca de las posibilidades de su reclamada transformación y adaptación (Germani, 1962). ⁷²

70 «Olvidar el pasado»... ¿Cómo se hace viendo esto?, *EG*, 5/3/59.

71 Panzeri, «El molde frustrado», *EG*, 23/12/59.

72 Cf. los artículos reunidos en Germani 1962.

Referencias

- ALABARCES, P. (2007). *Fútbol y patria. La crisis de la representación de lo nacional en el fútbol argentino*. Buenos Aires: Prometeo.
- ALTAMIRANO, C., y SARLO, B. (1980). La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos. *Hispanérica*, 9(25-26), 33-59.
- ARCHETTI, E. (1995). Estilo y virtudes masculinas en *El Gráfico*: la creación del imaginario del fútbol argentino. *Desarrollo Económico*, 35(139), 419-442.
- ARCHETTI, E. (1998). El potrero y el pibe. Territorio y pertenencia en el imaginario del fútbol argentino. *Nueva Sociedad* 154, 101-119.
- DI GIANO, R. (1998). Avatares de la modernización en el fútbol argentino. En: P. ALABARCES, R. DI GIANO y J. FRYDENBERG (Comps.), *Deporte y sociedad*. Buenos Aires: Eudeba.
- FRYDENBERG, J. (2011). *Historia social del fútbol: del amateurismo a la profesionalización*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- FRYDENBERG, J., y SAZBÓN, D. (2015). La huelga de jugadores de 1948. En R. Rein, (Comp.), *La cancha peronista: fútbol y política 1946-1955*. Buenos Aires: UNSAM.
- GERMANI, G. (1962). *Política y sociedad en una época en transición*. Buenos Aires: Paidós.
- O'DONNELL, G. (1972). *Modernización y autoritarismo*. Buenos Aires: Paidós.
- REIN, R. (Comp.) (2015). *La cancha peronista: fútbol y política 1946-1955*. Buenos Aires: UNSAM.
- SAZBÓN, D., y FRYDENBERG, J. (2018). Deporte y modernidad en Argentina: problemas conceptuales y propuesta de abordaje. *Cuestiones de Sociología*, 18. Recuperado de <https://www.cuestionessociologia.fahce.unlp.edu.ar/article/view/CSe050>
- SIBAJA, R. (2020) Anxiety in the Sports Pages: The 'Crises' Narratives of 1950s Argentine Fútbol. *The International Journal of the History of Sport*. <https://doi.org/10.1080/09523367.2020.17541981>.
- TERÁN, O. (1991). *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina. 1956-1966*. Buenos Aires: El cielo por asalto.
- TERÁN, O. (2008). *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales 1810-1980*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

«Para hombres de acción y de carácter»: Masculinidad de consumo y publicidad gráfica en la prensa periódica del «Uruguay Feliz» (1950-1954)

“For men of action and character”:
Consumption masculinity and graphic advertisement in
the daily press of the “Uruguay Feliz” (1950-1954)

Maximiliano Zito Iglesias^{1,2}

Resumen

A partir de las contribuciones de la historia de género y la metodología de análisis del discurso, el artículo examina las representaciones de la masculinidad de consumo en la publicidad de la prensa periódica del «Uruguay feliz». A través del análisis textual y figurativo de las fuentes primarias, se demuestra que los anuncios publicitarios visibilizaban una crisis de la masculinidad hegemónica en el nuevo mundo de posguerra. Aspectos como la reafirmación de la presencia masculina en el espacio laboral, el liderazgo, la adquisición de electrodomésticos como responsabilidad de los varones y el ejercicio de una paternidad afectiva formaron parte de una transformación estrechamente vinculada a la reorientación de los países desarrollados, importada e incorporada en Uruguay.

Palabras clave: género; masculinidades; publicidad; Uruguay.

Abstract

Taking the contributions of gender history and the methodology of discourse analysis, this article examines the representations of consumption masculinity in the periodic press publicity during the “Uruguay feliz”. Through textual and figurative analysis of the primary sources, it is proven that publicity advertisement made visible a crisis of hegemonic masculinity in the new post-war context. Aspects such as the re-affirmation of masculine presence in the work environment, leadership, the acquisition of domestic appliances as a male responsibility and affective fathering were part of a change closely linked to the reorientation of developed countries, imported and incorporated in Uruguay.

Keywords: gender; masculinities; publicity; Uruguay.

¹ Facultad de Humanidades y Educación, Universidad de Montevideo. maximiliano.zito@gmail.com

² El artículo parte de la tesis *Hombres de acción y de carácter: un análisis de las masculinidades en el “Uruguay feliz” a través de la publicidad en la prensa gráfica (1950-1954)*. Véase Zito Iglesias (s. f.).

Introducción

La presente investigación propone un estudio analítico de la categoría género enfocado en la masculinidad de consumo de posguerra y su representación en la publicidad de la prensa periódica durante el *Uruguay Feliz* (1950-1954). El trabajo inicia con la convicción de que un análisis desde la historia de género permite una compleja reconstrucción del período, que arroje luz acerca de sus actores y sus interacciones, así como también de sus anhelos, sus formas de ver el mundo, sus presiones cotidianas, su comportamiento, etc., que pueden encontrarse determinados por construcciones sobre *ser varón* o *ser mujer* en un espacio-tiempo concreto. Según Joan Scott, el género es un «elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos» y «una forma primaria de relaciones significantes de poder» (1996, p. 289), dinámico y evidenciable en las prácticas sociales.

En el caso de las masculinidades, su análisis niega la existencia de un modelo universal y estático de *hombre* —hombre-especie y hombre-varón, coaligados en la misma experiencia histórica—, para concebir una serie de construcciones culturales, vinculadas a coyunturas específicas, que operan sobre el comportamiento de los individuos e influyen en la generación de normas, prácticas y valores (Jociles Rubio, 2001). El concepto de *masculinidad* delimita la expresión social de lo masculino, que no es unívoca y puede ser contradictoria. Desde esta perspectiva, investigaciones locales han incurrido en las masculinidades del período como objeto de análisis, vinculándolas a la vida cotidiana y al estudio de las dinámicas familiares, pero sin centrarse en ellas.³

Dado que los anuncios publicitarios son vehículos discursivos y articulan palabra e imagen (Grandi, 1995), ofrecen una experiencia narrativa, que no solo transmite lo que explícitamente busca comunicar, sino que carga con un sistema de connotaciones simbólicas, asociadas a relaciones de poder naturalizadas.

La metodología aplicada es cualitativa, y desde el análisis del discurso publicitario con perspectiva de género estudia una serie de anuncios de la prensa diaria en el período 1950-1954 que refieren a los varones de manera figurativa o textual. Los diarios seleccionados fueron *El Día*, *El País*, *Acción* y *La Mañana*. Eran diarios montevideanos de gran alcance nacional, con amplia tirada y un objetivo demográfico *clasesmediero*; en general sus filiaciones político-partidarias explícitas eran con partidos de derecha.⁴ Durante la Guerra Fría, los cuatro compartían una postura «filoestadounidense» en lo que respecta a las relaciones internacionales (Adrover Orellano, 2021), y dedicaban amplio espacio a la publicidad gráfica, tanto de productos y servicios nacionales como importados. Muchos de sus anunciantes eran compartidos y solían promocionarse en varios periódicos en simultáneo.⁵

El período se inscribe en un momento de creciente injerencia estadounidense en la región, que se hizo notar a través de la presencia de instituciones culturales, publicaciones, películas, afiches publicitarios, etc. Es menester recordar que los Estados Unidos se encontraban en plena expansión del *American way of life*, como un proyecto de propaganda gubernamental que se había profundizado durante la Segunda Guerra Mundial para evitar un giro fascista en América Latina, y que continuó

3 Véanse Markarian (1998) y Trochón (2011).

4 Esto no significa que las derechas constituyeran un bloque monolítico, conjugante de los mismos aspectos ideológicos, sino que cada partido tenía sus propios postulados y sus propias complejidades internas, reflejadas en la prensa. Específicamente, *El País* tenía vínculo con el Partido Nacional Independiente, escindido del Partido Nacional desde 1931. Respecto al Partido Colorado, *La Mañana* las tenía con el riverismo, sector conservador del partido, *Acción* con el neobatllismo (quincista) y *El Día* con el batllismo catorcista.

5 Quedó excluido del relevamiento *El Debate*, asociado históricamente al Partido Nacional, que en los cincuenta se vinculaba con el ruralismo, así como la prensa obrera y la prensa católica. Estos apelaban a otros objetivos demográficos y sus representaciones delineaban otras masculinidades que excedían a esta investigación.

en la primera Guerra Fría con la finalidad de generar alianzas en el continente y operar sobre la opinión pública, a modo de evitar la penetración comunista (Calandra, 2011; Cumplido, 2013; Glik, 2015; Romano, 2016).

La delimitación del período 1950-1954 y su rotulación como *Uruguay feliz* es deliberadamente controversial. La «felicidad» uruguaya en los comienzos de la década del cincuenta ha sido cuestionada por numerosas investigaciones (Arias, 2018; Chagas, 2013; D'Elía, 1986). Para empezar, se trató de un proceso macrocefálico, pues la capital del país tenía un papel protagónico en las políticas llevadas a cabo por el gobierno, como lo había tenido desde los orígenes del Estado. Asimismo, esta aparente prosperidad parecía opacar los signos del agotamiento agrícola desde 1951, junto a un aumento de la conflictividad sindical. Sin embargo, las políticas intervencionistas del gobierno, que habilitaron el aumento de las clases medias y el acceso al consumo, junto al triunfo en el Mundial de Fútbol de 1950, fueron motivos por los cuales los uruguayos (sobre todo, los montevideanos) sintieron, como decía el refrán, que *como el Uruguay, no hay*. Esto se hizo visible en la prensa de la época, y los anuncios publicitarios se encontraban muchas veces teñidos con ese sentir de apariencia popular y célebre. Sumado a esta coyuntura, no debe excluirse el proceso de construcción discursiva impulsado por el neobatllismo.⁶ El movimiento apeló a un imaginario que consideraba a Uruguay un «país de excepción», inexpugnablemente próspero y democrático, que aunaba la tradición batllista con el ser excepcional del país. De esa forma, el tránsito a la modernidad implicaba asegurar la continuidad de esa tradición y, por ende, del Uruguay feliz.

La realineación posbélica y los inicios de la Guerra Fría trajeron consigo una reestructuración de la masculinidad hegemónica.⁷ A lo largo del siglo XIX se construyó una narrativa idealizante del alejamiento de los varones del hogar, que perduraba aún entrado el siglo XX. Figuras como el *frontiersman* estadounidense o el soldado personificaban un mandato: los varones debían alejarse en pos del beneficio familiar y nacional (Kimmel, 2018). Esto acarrea el poco involucramiento afectivo con sus hijos, para quienes la figura del padre constituía muchas veces un recuerdo (Jablonka, 2020). El retorno a la paz implicó una crisis, que expresó una doble necesidad: primero, reforzar el dominio de los varones en el mundo público, y, segundo, visibilizar la figura de padres presentes en sus hogares y la vida de sus hijos. El mundo desarrollado, y en particular los Estados Unidos, impulsaron en el resto de Occidente estos discursos a través de los medios de comunicación. El orden de género de posguerra implicó la reafirmación discursiva de los varones como dueños del mundo laboral y una resignificación del rol de padres y proveedores.

Esta época acercó a los varones al consumismo, que dejó de ser anatemizado como actividad femenina, legitimando así una nueva «masculinidad de consumo». El concepto es estructurante a este trabajo: consiste en la apropiación de características de la masculinidad hegemónica por creadores publicitarios, con la finalidad de promocionar un determinado producto o servicio, generando

6 El neobatllismo se trató de un movimiento policlasista que «expresó una alianza tácita entre la burguesía industrial, la pequeña burguesía y la clase obrera, sin que existiera una integración orgánica de esta» (D'Elía, 1983, p. 38). Partió de una figura clave, la de Luis Batlle Berres (1897-1964), de la Lista 15 del Partido Colorado. Batlle Berres era sobrino del presidente José Batlle y Ordóñez (1903-1907 y 1911-1915), identificado como el factótum de la modernización uruguaya. Se han señalado como características fundamentales del neobatllismo la búsqueda de la modernidad a través de un proceso industrializador liderado por el Estado, árbitro de los conflictos sociales y capaz de lograr la «revolución en el orden».

7 Se toma el concepto de Raewyn Connell (1997), para definir a aquella masculinidad que opera como respuesta legitimadora del patriarcado y garantiza la dominación masculina en la sociedad.

una vinculación positiva entre dichas características y el consumo.⁸ De esa forma, aspectos como la conquista sexual, la presencia activa en el trabajo, el ejercicio de la paternidad y el liderazgo se convirtieron en bienes de consumo, legitimando la dominación masculina en la sociedad y reforzando, en simultáneo, los nuevos discursos acerca de qué significa «ser hombre». La expresión «hombres de acción y de carácter», de una fuente de la época, sintetiza esta masculinidad.

Mundo público, jurisdicción masculina

Históricamente, las masculinidades se han delimitado en un ámbito de tensión entre la esfera pública y la privada (Connell, 2005). A finales del siglo XIX, imperaba una narrativa basada en el alejamiento de los varones en pos del triunfo familiar, que se convirtió en articuladora de la identidad masculina en Estados Unidos (Kimmel, 2018) y, durante su expansión cultural, en Occidente. La llegada al Pacífico, la industrialización y la burocratización acarrearán cambios que hacían necesario el reforzamiento de la presencia masculina en los hogares para reafirmar su dominio. Las guerras mundiales interrumpieron este proceso y realinearon las fuerzas productivas, pero tras 1945 hubo importantes transformaciones en las dinámicas laborales y familiares que pusieron en crisis a esta masculinidad (Gilbert, 2005). Esto no debe confundirse con una liberación respecto a los mandatos tradicionales y las relaciones de dominación, sino como el ingreso a nuevas formas de poder, que reconfiguraron la masculinidad hegemónica.

Las representaciones masculinas en la publicidad del período ubican a la esfera pública como un espacio de jurisdicción y despliegue masculino. El protagonista de estas publicidades es el trabajador. Obreros industriales, comerciantes, mecánicos, repartidores, fueron los personajes centrales de gran parte de los anuncios relevados. Brindan una actitud de seguridad y experiencia, y ofrecen sus consejos al receptor de la imagen. Son, según el texto de un anuncio de la zapatería La Uruguayaya, «hombres de acción y de carácter».⁹

La figura del trabajador era para estas publicidades un sinónimo de seguridad y de confianza, y se usaba para garantizar una inversión exitosa. Esto va unido a una coyuntura política nacional que estimulaba la industrialización, por un lado, y a la reorganización del mundo de posguerra, por el otro. Sobre el primer término, Rodrigo Arnábal, Magdalena Bertino y Sebastián Fleitas (2011) sitúan en 107.434 el número de empleados de la industria manufacturera en 1947 y en 166.033 en 1954. De todos los sectores, la industria textil evolucionó de forma casi exponencial, pasando de 12.232 trabajadores a 25.144 en el mismo período, seguida por la vestimenta y el calzado, cuyos empleados incrementaron de 4.939 a 13.485 (p. 34). Las facilidades que el neobatllismo brindó a estos sectores con la finalidad de impulsar una industria nacional fue el principal motivo de esta evolución. En simultáneo, estaba teniendo lugar la transición de la economía bélica a la economía de paz en Estados Unidos y los países europeos. En estos países, el crecimiento de una clase media industrial y su consecuente acceso

8 Se trata de una apropiación de la *Marketplace manliness* de Bret Carroll (2003), sumada a los aportes de investigaciones que vinculan masculinidades, publicidad y mercado (Featherstone, 1991 y Ricciardelli, 2011). Carroll ubica sus orígenes durante la primera industrialización en Estados Unidos, para delimitar un cambio en los roles masculinos: de patriarca orientador de su comunidad, a proveedor de su familia orientado por el mercado (Carroll, 2003, p. 283). Este modelo requería la articulación de una masculinidad menos dependiente de las contingencias del mercado y cimentada en el liderazgo personal y la capacidad de dominar el *arte de vender* (*salesmanship*). Los medios de comunicación se apropiaron de esta *Marketplace manliness*, convirtiéndola en masculinidad de consumo.

9 «Para hombres de acción y de carácter». *El País*, 12 de diciembre de 1952, p. 13. https://drive.google.com/file/d/iHu4rtQgwIzmH_nKSPLYDjxCtn_QC65E/view

a nuevas formas de consumo significó la creación de un nuevo nicho demográfico que las agencias publicitarias no demoraron en llenar.

Las clases medias ocuparon un lugar importante en la estrategia de consolidación de los Estados Unidos en el continente latinoamericano durante la Guerra Fría. Como observa Isabella Cosse (2014), «con el aceleramiento de las dinámicas transnacionales, la hegemonía estadounidense imaginó una homogeneización de clase media comunicada por consumos, prácticas y valores» (p. 16), que se asentó en el imaginario colectivo a través de los medios de comunicación, llegando incluso a imbricarse con la identidad ciudadana, creando narrativas de *países clasemedios*. Así, proliferaron anuncios que daban a conocer los nuevos productos nacionales o importados, que usaban a los varones de clase media como vehículo de identificación con los consumidores.

Un ejemplo fue la Fábrica Uruguaya de Alpargatas, una empresa angloargentina que, si bien existía desde 1890, se encontraba en expansión desde principios de la década del cuarenta, cuando instaló su propia hilandería de algodón, para continuar diversificándose (Bertino, 2009, p. 12). En sus publicidades, se observan diferentes trabajadores y se los asocia con la sabiduría de su oficio. «[.] Póngale la firma! [.] Que lo diga el trabajador» sostiene un anuncio, que representa a un obrero cargando una pesada bolsa y mostrando lo «resistente y aguantador» que es su uniforme.¹⁰ En otra publicidad, muy frecuente en la época, hay un mecánico con un torno y es acompañado por el mensaje «Que lo diga el mecánico».¹¹ Estos anuncios representan trabajadores cuyas experiencias cotidianas los ponen en un rol de especialistas tácitos. Lo mismo ocurre con la campaña de las pinturas Inca de 1952. En ellos, se recomienda al lector: «siga el consejo de los que conocen el “oficio”. Dice el pintor: “[.] Con pinturas Inca se pinta mejor!”».¹²

Algunos anuncios seguían una línea similar, pero ponían su énfasis en cómo la calidad del producto podía facilitar la jornada del trabajador. Una marca de Alpargatas, los tejidos Sanforizado, colocaba como protagonistas a hombres de trabajo. Una de sus publicidades muestra a un trabajador usando un taladro industrial, y dice: «el Brin Sanforizado es resistente y no encoge, asegurando comodidad permanente a través de los lavados».¹³ Los trabajadores de la construcción también tenían su espacio en este rubro, quienes «deben arriesgar su vida en variadas tareas, necesitan estar cómodos, sin ver sus movimientos por la ropa apretada o encogida».¹⁴ En la misma sintonía, alpargatas Rueda pedía al trabajador que «proteja la salud de sus pies», y representa a un pintor con un cartel que dice «¡para trabajar cómodo!».¹⁵

10 «¡Póngale la firma!». *El País*, 1.º de junio de 1950, p. 2.

11 «Póngale el sello: que lo diga el mecánico». *El País*, 18 de enero de 1950, p. 2.

12 «El pintor tiene la palabra». *El País*, 13 de mayo de 1952, p. 7.

13 «Dé libertad a sus movimientos». *El País*, 22 de agosto de 1951, p. 4.

14 «[.] 50 metros de altura». *Acción*, 26 de noviembre de 1953, p. 2.

15 «¡Para trabajar cómodo!». *El País*, 24 de abril de 1952, p. 12.

Figura 1.
«Póngale el sello: que lo diga el mecánico»



Fuente: *El País*, 18 de enero de 1950, p. 2.

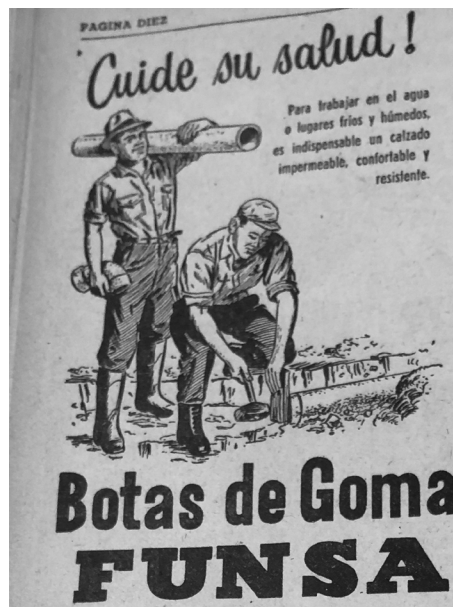
Figura 2.
«Diga, Don...»



Fuente: *El Día*, 19 de julio de 1950, p. 14.

Estos discursos, afincados en el ámbito urbano, tenían alcance en el Interior. Los trabajadores rurales también fueron representados en las publicidades. Se mostraban en actividad y eran el objetivo de anuncios pertenecientes a las empresas de la nueva industria, que debían mostrar al público cómo sus productos podían adaptarse a diversas necesidades. Sin embargo, se trataba de una tipología de representación unificada, sin distinciones a la de sus pares urbanos. La construcción de subjetividades masculinas en tanto patrones de consumo iba imbricada con el discurso modernizador en boga, pero partía de una concepción urbanocéntrica y macrocefálica, que intentaba pensar *el campo* desde *la ciudad*.

Figura 3.
«[i]Cuide su salud!»



Fuente: *El País*, 13 de julio de 1954, p. 10.

Entretanto, las mujeres fueron las grandes excluidas de las publicidades que representan el mundo laboral, a pesar de que —durante la Segunda Guerra Mundial y en los años siguientes—, vivieron un nuevo momento de apertura y salieron a conquistar espacios relegados a los varones. La guerra realineó la división sexual del trabajo, lo que amenazaba con socavar el orden patriarcal. Una vez terminado el conflicto, las mujeres no volvieron a sus hogares, sino que siguieron desempeñando otras funciones. En Uruguay, su oferta laboral se diversificó y, además del incremento en la cantidad de trabajadoras —unido con la avidez de mano de obra y de nuevos funcionarios públicos que el proyecto industrializador necesitaba (Trochón, 2011, p. 158), se pusieron sobre la mesa los derechos laborales de este colectivo que se estaba integrando a la fuerza de trabajo.

La equiparación de los salarios sin distinción de sexos fue uno de estos derechos. El decreto del 14 de diciembre de 1945 separó las tareas consideradas femeninas, cuya remuneración debería contemplar la valoración y jerarquía del puesto, y las que podían cumplir tanto varones como mujeres.¹⁶

16 Uruguay. Registro Nacional de Leyes y Decretos. Consejo de Salarios. *Se fijan normas para la remuneración del trabajo femenino*. Ministerio de Industria y Trabajo, Montevideo, 14 de diciembre de 1945, citado por Maubrigades

En el caso de estas últimas, sus salarios podían ser hasta un 20 % menor que los de los varones, con el argumento de que, si el monto salarial era el mismo, se podría desestimular la contratación de mujeres (Notaro y Fernández Caetano, 2012, p. 19). Asimismo, existían instituciones como el Hogar de la Empleada, que enseñaban a las mujeres habilidades para progresar en el mundo laboral, con materias como taquigrafía, corte y confección, peluquería, idiomas, bordado, cocina, decoración, contabilidad, etcétera (Trochón, 2011, p. 161).

Del relevamiento se desprende, sin embargo, que las publicidades no acompañaron esta salida laboral. Muy pocos anuncios ubicaban a las mujeres en el trabajo. Cuando eso ocurría, estas mujeres aparecían desde un lugar secundario, para enfatizar la figura del trabajador varón, o se perdían en una multitud. En un anuncio de Dril Alpargatas, una enfermera está muy sorprendida por «cuánto le dura la túnica al doctor», mientras la muestra alegremente.¹⁷ En una publicidad de la Asociación de Industrias Textiles del Uruguay (uno de los rubros en los que trabajaban más mujeres), los obreros de una fábrica miran indignados un cartel que informa que «a partir de mañana la fábrica se ve obligada a reducir su jornada de trabajo», mientras el anuncio pide «apoyar la industria textil uruguaya, artículos fabricados en el país».¹⁸ En esta multitud, se ve a una mujer de espaldas en el lado derecho y dos en el extremo izquierdo de la imagen, dibujadas con menor detalle dada la distancia con el foco de interés.

Figura 4.

«Cuánto le dura la túnica al doctor»



Fuente: *El País*, 02 de febrero de 1950, p. 2.

(2002, p. 65).

17 «Cuánto le dura la túnica al doctor». *El País*, 2 de febrero de 1950, p. 2.

18 «Esto no debe ocurrir». *El País*, 10 de marzo de 1954, p. 9.

Figura 5.
«Esto no debe ocurrir»



Fuente: *El País*, 10 de marzo de 1954, p. 9.

Una explicación de estas ausencias se vincula con el reordenamiento del mundo laboral tras el fin de la guerra en los países involucrados en el conflicto. En Estados Unidos, la necesidad de reubicar a los combatientes en el mercado de trabajo llevó al intento de replegar a las mujeres de clase media a la domesticidad como forma de crear una sociedad estable. Fue el *boom* de manuales de psicología que les recomendaban dedicarse al hogar y a los hijos como forma de alcanzar una vida mentalmente sana (Rutherford, 2017). Se publicaron diversidad de materiales —revistas, libros e incluso recetarios— que opinaban que el lugar de las mujeres era la esfera doméstica (Neuhaus, 1999). Es posible que la ausencia se vinculara a estos principios, así como a un imaginario colectivo, cimentado tiempo atrás, que no las concebía dentro de las fuerzas laborales. Según William Young y Nancy Young (2004),

poco importaba que las mujeres eligiesen el trabajo y una carrera por sobre el hogar; la imagen perpetuada a lo largo de los cincuenta sobre el rol de la mujer era de inequidad: consistía en hacer feliz a su familia sirviéndola, brindándole los mejores bienes de consumo y siendo feliz con la dicha de los suyos (p. 10).

Este discurso se infiltró en la región a través de la creciente influencia norteamericana en los primeros años de la Guerra Fría, y se asimiló junto a cánones estéticos del *American way of life* (Glik, 2013), aunando la normalización del trabajo de los varones con la tan ansiada modernidad.

Cuerpos viriles

Las publicidades reforzaban, además, la virilidad como un atributo validable según la mirada de las mujeres, que destacaban en los varones un aspecto «digno» y «civilizado». Al decir de Michael Kimmel (1997), «la definición hegemónica de la virilidad es un hombre en el poder, un hombre con

poder, y un hombre de poder. Igualamos la masculinidad con ser fuerte, exitoso, capaz, confiable, y ostentando control» (p. 51). Uno de los dispositivos simbólicos de la virilidad es el cuerpo de los varones.

En los años cincuenta, ser «viril» implicaba cumplir con determinados estándares de belleza que iban más allá de una musculatura portentosa. El «hombre viril» era blanco, delgado, de pelo corto y sonriente. Tenía rasgos europeos y estadounidenses, modelos de modernidad (Gómez Arango, 2017), y demostraba una actitud proactiva, en general en movimiento o llevando a cabo alguna tarea. Cuando no, estaba tomándose una pausa de su labor. Las publicidades representaban a estos varones, sin importar rubro u ocupación de los personajes. Asimismo, muchos de los anuncios eran importados y traducidos de los países desarrollados. Las películas del cine hollywoodense, cuyos afiches ocupaban las páginas de la cartelera, también aportaron a la construcción y promoción de estos rasgos viriles, que las empresas nacionales adoptaron en sus publicidades. Estas características se observan enfatizadas en los anuncios de vestimenta de las grandes casas comerciales, como Casa Soler, Introzzi, entre otras. En ellas, es frecuente la mención a que la indumentaria también debía contribuir a hacerle la vida más fácil a estos varones ocupados, y se resalta la practicidad, liviandad y comodidad de la vestimenta.

Figura 6.
«Regalos prácticos»



Fuente: *El País*, 03 de enero 1950, p. 15.

Figura 7.
«¡Qué pinta!»



Fuente: *El País*, 03 de enero de 1950, p. 2.

Asimismo, en un contexto de reforzamiento del dominio masculino, la mirada de los otros se volvía una condición legitimadora. Si se parte de la tesis de Kimmel (1997), para quien la virilidad implica la apropiación de una serie de dispositivos simbólicos y culturales que pueden reforzar relaciones de poder asimétricas con otros varones y con las mujeres (p. 52), la prolijidad y la pulcritud pueden hacer la diferencia en el entorno laboral.

Por estos pantalones «a media asta» vivo martirizado todo el día. Me tiran por todos lados y la gente se ríe de mí», sostiene Roberto en un anuncio de Alpargatas, pero que, luego de seguir el consejo de su amigo y de conseguir los pantalones promocionados, «recuperó la comodidad y el «prestigio».¹⁹

Un anuncio de casimires Campomar recuerda al lector que «usted es un triunfador en potencia. Pero su éxito depende, en gran parte, de su apariencia personal. Bien vestido se sentirá optimista, dueño de sí mismo. La buena ropa le abrirá muchas puertas y el camino del éxito».²⁰

19 «Recuperó la comodidad y el «prestigio»». *El País*, 20 de marzo de 1950, p. 2.

20 «El hábito hace al monje...». *El Día*, 6 de octubre de 1950, p. 1. <https://drive.google.com/file/d/i15bohjlqYtiINDjYYv7HVIE3E6MF2iN/view>

Figura 8.
«Recuperé la comodidad y el “prestigio”»



Fuente: *El País*, 20 de marzo de 1950, p. 2.

La mirada femenina también fue un motivo de persuasión publicitaria, sobre todo en artículos de higiene y belleza. Las colonias Atkinsons tenían un anuncio muy difundido, en el que se mostraba a una mujer mirando a un varón acomodándose la flor de la solapa. «Ella piensa... cómo me atrae... es distinguido hasta en su perfume!».²¹

Triunfo, prestigio y distinción son tres conceptos resaltados por las publicidades de la época dirigidas a varones. La loción colonia Kroy mostraba en un anuncio a dos trabajadores, una mujer, de espaldas frente a una máquina de escribir y un varón, de frente, sonriendo. Corazones salen de la cabeza de la mujer: «frescura que atrae y conquista con loción colonia Kroy, aliada del éxito y del amor».²² En este tipo de anuncios, el «éxito» y la «conquista» de las mujeres se limita exclusivamente a las fragancias. Los personajes femeninos se sienten atraídos por el aroma, dejando de lado cualquier tipo de comportamientos o rasgos de personalidad que pudieran entrar en el juego de la seducción. Se retrata a las mujeres como receptoras pasivas de la virilidad masculina, pero cuya mirada es fundamental para su legitimación.

Los productos anteriores buscaron despertar el interés de los varones en su cuerpo, asociando pulcritud con virilidad. El cuerpo de un «hombre viril» no se definía por su musculatura o sus capacidades atléticas, sino por el vestir y su agradable olor (Gómez Arango, 2017, p. 96). La virilidad, como condición simbólica expresada corporalmente, convertía a los varones en amantes seductores, buenos vendedores y líderes carismáticos.

La domesticidad en crisis

Aunque la amplia mayoría de los anuncios mostraba a los varones en el ámbito laboral, la dimensión doméstica también era representada en las publicidades. Como ha sido ya dicho, en los cincuenta la domesticidad entró en crisis. La desmovilización de las tropas y la salida laboral de las mujeres de clase media repercutió en los vínculos entre los varones y la vida en el hogar. El nuevo orden trajo una fragmentación de la masculinidad en lo público y lo privado, que se tradujo en una doble carga: por un lado, continuar proveyendo a sus hogares y, por otro, ejercer la paternidad con involucramiento afectivo (Larsen, 2012). Esos dos aspectos son los ejes de este apartado.

21 «Ella piensa...». *El País*, 14 de enero de 1950, p. 7. <https://drive.google.com/file/d/10oahdTkW3sDJwuLDHOxaolNFGz1Pvjqu/view>

22 «Frescura que atrae y conquista». *El País*, 6 de abril de 1953, p. 19. <https://drive.google.com/file/d/141jguc3QoYaHfdssa7CkobwuDeL9Pn/view>

Figura 9.
«¡Vino papito!»



Fuente: *El País*, 15 de marzo de 1953 p. 2.

Los hombres consumidores

Los cincuenta marcaron una reorientación de la ética masculina del consumo que resignificó el rol proveedor. Ya no bastaba con llevar el pan a la mesa, sino que también correspondía a los varones comprar bienes que facilitasen la labor en el hogar. Larsen (2012) sostiene que este nuevo discurso implicaba reagrupar una estrategia publicitaria que asociase la idea de adquirir bienes de consumo con una connotación masculina, pues «el sentido de masculinidad del hombre americano necesitaba ser compatible con la economía cambiante» (p. 34). Surgió así un nuevo mandato masculino: proveer confort.

La popularidad del confort en la segunda posguerra se debía particularmente a los intentos de transición de una economía bélica a una economía de paz que los países involucrados tuvieron que atravesar, sumada a un desarrollo exponencial de la producción de plástico y a la avidez de la población por dejar atrás los años de penurias y restricciones. El deseo de una vida facilitada gracias a los nuevos utensilios eléctricos fue convertido en necesidad a través de los anuncios publicitarios, y caló hondo en las clases medias de los diferentes países latinoamericanos, en años en los que la bonanza económica les dio acceso a nuevas formas de consumo y en momentos en que algunas mujeres necesitaban optimizar sus tiempos porque ejercerían una doble tarea como trabajadoras y amas de casa. Uruguay no fue la excepción (Trochón, 2011). Teresa Porzecanski (1998) indica que, al ingresar al mundo publicitario, el confort se convirtió en una aspiración que comenzó a formar parte de los ideales de la clase media uruguaya, como ocurrió con «la educación gratuita y laica, las leyes de seguridad social y la tuición del Estado sobre sus ciudadanos» (p. 338). Mujeres sonrientes, agradecidas a sus esposos por el enorme favor que les estaban haciendo al regalarles un producto que facilitaría sus vidas, eran protagonistas de varios anuncios publicitarios, sobre todo en la época navideña.

Durante la segunda posguerra, hubo en Uruguay un boom de máquinas de coser. Junto a ellas, los fabricantes ofrecían cursos y diferentes instituciones enseñaban a las mujeres a utilizar dichos aparatos (Trochón, 2011). Estos anuncios no estaban dirigidos a la usuaria, sino a su marido. En uno de ellos, una complacida mujer agradece a su esposo: «Muchas gracias querido, Adler es la máquina

de coser que yo misma hubiera elegido». La publicidad cierra con el mensaje «regale Ud. también una Adler a su esposa».²³

Figura 10.

«Adler es la máquina de coser que yo misma hubiera elegido»



Fuente: *El País*, 6 de julio de 1952, p. 1.

La Compañía del Gas lanzó para la temporada festiva de 1950 un anuncio que incitaba a los padres de familia a regalar cocinas y calentadores, sosteniendo que «las señoras estarán encantadas con este modelo, tan práctico, limpio, económico y decorativo», que «será un regalo de categoría de esos que se disfrutan y agradecen por mucho tiempo». En la imagen, se ve al padre siendo abrazado por su esposa y su hija, mientras él mira con complicidad al espectador.²⁴ Serratos y Castells pedía al padre de familia que «piense en ella»:

Ahora que vienen las fiestas, recuerde a la que siempre se acuerda... a su madre, a su esposa, a la que se afana para que el hogar sea más agradable y más feliz... piense en la tarea penosa y sin fin que le representa el cuidado de la casa, esa tarea a la que Ud. no presta atención muchas veces. Facilítela con la ayuda de implementos eléctricos, que hagan de la cocina un lugar hermoso, del hogar un sitio placentero también para ella... que bien lo merece.²⁵

Una mujer extasiada se arrodilla frente a su marido, agradeciéndole su regalo de cumpleaños: una lavadora, «el regalo que justifica todos los afectos».²⁶

23 «Adler es la máquina de coser que yo misma hubiera elegido». *El País*, 6 de julio de 1952, p. 1.

24 «Regale comodidad». *El País*, 12 de enero de 1950, p. 2. <https://drive.google.com/file/d/18ihPRNXcKMFbZop9EQDvO2Fwbr6korpG/view>

25 «Piense en ella...». *El País*, 18 de diciembre de 1954, p. 10.

26 «[i]Qué oportuno». *El País*, 01 de julio de 1954, p. 9.

Figura 11.
«[i]Qué oportuno»



Fuente: *El País*, 1 de julio de 1954, p. 9.

El lugar de las mujeres en estas publicidades merece especial atención. Primero, a pesar de ser quien pasaba más horas en el hogar, y de conocer con idoneidad cuál era el producto necesitado, la decisión de adquirir un determinado bien no parecía corresponder al ama de casa, sino a su esposo, quien se encargaba de facilitárselo. Durante el relevamiento, se encontraron muy pocos anuncios que representaban a una mujer como compradora de un electrodoméstico, y aún así estaba presente un vendedor para orientarla.²⁷ Esta forma de representar a las mujeres no solo se correspondía con una visión determinada de los roles de género de la época, sino que hasta hacía poco encontraba una justificación legal. En 1946 se aprobó en Uruguay la Ley de Derechos Civiles de la Mujer, que en su artículo segundo concedía por primera vez a la mujer casada «la libre administración y disposición de sus bienes propios, de sus frutos, del producto de sus actividades y de los bienes que pueda adquirir».²⁸ Las publicidades de la época, de la misma forma que lo ocurrido con la apertura laboral, no contemplaron la situación.

Segundo, la idea detrás de todos estos regalos era la de facilitar a la ama de casa el trabajo que, irremediablemente, debía hacer. En este contexto aparece una palabra clave, que es el confort. «Ella espera su regalo... (...) [i]Y ahora es el momento de regalar confort!», sostiene un anuncio de Manuel Güelfy y Cía., S. A.²⁹ En la misma línea se encuentra una publicidad de Suney S. A., que interpela al lector preguntándole: «[¿]Es usted un buen marido? [...] Confort es lo que ella quiere».³⁰ El concepto, de la mano con el desarrollo de nuevos y mejores electrodomésticos, invadió el lenguaje publicitario, generando un imaginario de la cultura de consumo que presentaba un mundo de

27 «[i]Si usted compra Hoover, será su mejor vendedora». *El País*, 27 de julio de 1954, p. 7.

28 Ley n.º 10.783, Diario Oficial de la República Oriental del Uruguay, 2 de octubre de 1946.

29 «Ella espera su regalo...». *El País*, 24 de diciembre de 1954, p. 2.

30 «[¿]Es usted un buen marido?». *El País*, 29 de diciembre de 1952, p. 6.

facilidad y comodidad, antaño el privilegio de una élite, que ahora parecía estar al alcance de todos (Featherstone, 1991, p. 176) y que convertía a los varones en sus facilitadores.

La nueva paternidad

La extensión de las responsabilidades masculinas en la esfera doméstica incluyó el ejercicio de la paternidad. En su estudio sobre las figuras familiares y sus funciones tras la Revolución Francesa, Michelle Perrot (2017) establece que los poderes del patriarca familiar eran dobles: así como dominaba el espacio público, ostentaba el poderío doméstico. Pensar que el hogar se encontraba confiado a las mujeres, sostiene la autora, es un error: «aunque sea generoso, el padre ejerce, por tanto, control y poder» (p. 105), y agrega: «el padre, que es un patriarca, reina como un dios en el tabernáculo de su casa» (p. 108).

En un anuncio del lustramuebles Shell, un varón enojado dice a su esposa y su hija que «[i]estos muebles están indecentes! [i]En esta casa nadie limpia!». Ellas discuten cómo contentarlo, cuando un enano aparece y les dice que deben usar el producto, «que limpia, lustra y protege». Al regresar, el padre está sorprendido, y le dice a su familia «¡esto es admirable! ¿Cómo lo han hecho? ¡Si parecen otros muebles!».³¹ El anuncio deja implícita la función de las dos mujeres del hogar y cómo su omisión puede detonar en el padre una reprimenda, pues tiene el derecho legítimo de reclamar el buen funcionamiento de su casa.

Esta representación servil de las mujeres se vinculaba con la idea, muy popular en la época y extendida en el tiempo, de que, luego de una ardua jornada laboral, los varones tenían su descanso merecido. A pesar de que en el período era frecuente que ambos padres trabajasen (Trochón, 2011, p. 158), las responsabilidades de limpiar y cocinar eran representadas como propias y exclusivas de las mujeres. En casa, los varones no podían ser molestados, y los anuncios remarcaban su descanso ganado luego de trabajar. Los demás integrantes, en particular su esposa y su hija, deben contribuir a que ese descanso fuera eficiente.

En ese sentido, abundan las publicidades que representan al varón en un momento de distensión, y siguen con frecuencia una misma tipología: sentado en un sillón, leyendo o sosteniendo el diario, y a veces con su mujer sobre el posabrazos. Un anuncio frecuente de Coca-Cola lo muestra así, y sugiere que «para disfrutar plenamente de su momento de descanso, tenga siempre a mano la deliciosa y refrescante Coca-Cola». Su esposa, sonriente, le acerca una picada.³² Este descanso no debe ser contaminado con problemas. Una publicidad del banco La Caja Obrera, siguiendo la misma tipología, dice: «cuando se ha ganado el descanso, evite las preocupaciones que supone la administración de sus propiedades, títulos, valores, etc. Confíela a la seguridad y técnica de nuestra Institución».³³

El ejercicio de la paternidad incluía el involucramiento con los hijos, incluso desde los momentos más tempranos de sus vidas. El Banco Mercantil del Río de la Plata muestra en uno de sus anuncios a un varón sentado en su escritorio, pensativo. En un globo aparece su esposa sosteniendo un bebé, lo que evidencia que el motivo de sus desvelos es su hipotética paternidad. El texto apoya a la imagen diciendo: «¿Y si surgieran gastos imprevistos?», y continúa:

Es la pregunta que una y otra vez se formula su mente. Solo dos soluciones tiene su problema y en ambas está de nuestra parte ayudarlo. Mantenga su cuenta de ahorro en nuestra Institución. Abonamos los más altos intereses legales y al depositar o retirar invertirá

31 «[i]Estos muebles están indecentes! [i]En esta casa nadie limpia!» *El País*, 4 de setiembre de 1952, p. 8. <https://drive.google.com/file/d/1lrwG7-figSwlvjFJh5H7BcK-e353uFSK/view>

32 «[i]Calidad que inspira confianza!» *La Mañana*, 26 de noviembre de 1952, p. 7.

33 «Cuando se ha ganado el descanso...». *El País*, 22 de julio de 1951, p. 9.

contados minutos. Ahorrando sistemáticamente, contará con los fondos necesarios para cualquier eventualidad.³⁴

Una atribución de los padres consistía en la instrucción. Los anuncios solían representar al padre compartiendo lo que lee o ayudándolos a hacer las tareas. En la imagen que acompaña a la publicidad del *Diccionario Enciclopédico Uteha*, puede apreciarse cómo el padre lee lo que encontró en la publicación.³⁵

El padre es, además, el encargado de velar por el futuro de su progenie, y los anuncios resaltan esta característica al publicitar las ofertas educativas. Las Academias Pitman lanzaron una serie de anuncios en marzo de 1954, en los que el padre está sentado en el sillón, leyendo el diario, y sus hijos lo saludan. El texto dice:

Sus hijos merecen triunfar, entrégueles usted las armas necesarias. Academias PITMAN se han especializado en la enseñanza de la juventud preparando dos generaciones de triunfadores con sus consagrados cursos comerciales. (...) Aproveche usted de esa experiencia y permítanos preparar los triunfos de sus hijos en el Comercio, la Banca y la Industria Nacional.³⁶

Otro anuncio representa a un padre hablando con su hijo, «un joven de ambiciones», diciéndole: «un curso Pitman será la base de tu porvenir».³⁷ Ambos anuncios, si bien refieren a un servicio ofrecido a jóvenes, están dirigidos al padre, quien, en definitiva, toma las decisiones correspondientes a la educación de sus hijos.

Figura 12.
«Sus hijos merecen triunfar»



Fuente: *El País*, 05 de marzo de 1954, p. 2.

34 «¿Y si surgieran gastos imprevistos?» *El País*, 9 de febrero de 1953, p. 6.

35 «Diccionario enciclopédico Uteha». *El País*, 8 de setiembre de 1952, p. 18.

36 «Sus hijos merecen triunfar». *El País*, 5 de marzo de 1954, p. 2.

37 «Un curso Pitman será la base de tu porvenir». *El País*, 29 de marzo de 1954, p. 2.

El involucramiento en la educación de los hijos no se limita a seleccionar instituciones, sino que se extiende a otros rubros. Por ejemplo, la aseguradora *The Standard Life* ofrecía «un cupón para el padre que piensa en el porvenir de su hijo». El anuncio muestra a un padre, con las manos en los bolsillos, parado junto al carrito en el que está su hijo. El texto enfatiza:

Sin duda Ud. ha proyectado un brillante futuro para su hijo. A más de la educación y la palabra en la tierna edad, Ud. piensa en dotarlo de recursos económicos que le ayudarán para abrirse camino en el mundo. Es para padres como Ud. que se ha creado el plan Dote Juvenil que le ayudará a cumplir su legítimo anhelo. Mediante un pequeño depósito, el Dote Juvenil realizará para su hijo una suma importante de dinero que le ayudará a proseguir sus estudios, hacer uno o más viajes de estudios o instalarse en su propio negocio. El Dote Juvenil puede obtenerse para todo «botija» que aún no haya cumplido los once años de edad. Envíe hoy mismo el cupón.³⁸

Incluso fabricantes de maquinaria agrícola, como la *International Harvester Company of Uruguay S. A.*, tomaron la paternidad para promocionar sus productos. En uno de sus anuncios un padre enseña a su hijo la tierra labrada, y dice: «El surco que tú abras en la tierra devolverá con creces el esfuerzo de tus brazos. El amor con que trabajes la herencia de tus padres, te será devuelto en la espiga dorada o en el grano fecundo. A esta tierra debemos lo que somos, cuidala y trabájala con cariño, que de ella extraerás un futuro sonriente».³⁹

Figura 13.

«Un cupón para el padre que piensa en el porvenir de su hijo»



Fuente: *El País*, 30 de agosto de 1954, p. II.

38 «Un cupón para el padre que piensa en el porvenir de su hijo». *El País*, 30 de agosto de 1954, p. II.

39 «El surco que tú abras en la tierra». *Acción*, 11 de noviembre de 1953, p. 5. <https://drive.google.com/file/d/1BYulkklO3aK9rNa7ZYMd9kUXqNKoH7lw/view>

Una primera observación apoyaría la hipótesis de que, en un hogar de tipo patriarcal, como el representado en las publicidades, el padre se limitaría a mantener el orden, procurar el ahorro y facilitar recursos para la crianza y la educación de sus hijos, con voz y voto a la hora de tomar decisiones educativas que impliquen su porvenir, relegando el involucramiento afectivo a la madre (Perrot, 2017). Sin embargo, otros anuncios colocan al padre en otro lugar, mucho más presente, lo que permite una resignificación.

En primer lugar, en algunos anuncios el padre participa en el cuidado de sus hijos, aún en las etapas más tempranas de su desarrollo. Si bien la imagen de los varones cargando al bebé es mínimamente representada en comparación con la de las mujeres haciéndolo, debe reconocerse su existencia. Un ejemplo es un anuncio de las toallas higiénicas Damex, en el que una enfermera aconseja a una madre, que «piense desde ahora un poquito en sí misma [...] usted necesita un máximo de bienestar para acelerar su restablecimiento».40 Detrás de la escena, para ilustrar la condición de madre de la protagonista, su marido carga a su hijo.

Figura 14.

«[i]Señora! Y usted...»



Fuente: *El País*, 3 de abril de 1954, p. 6.

El juego también forma una parte importante de la relación entre un padre y sus hijos, y no son pocos los anuncios en los que aparece el varón jugando con ellos.41 Las franelas Sanforizado representan al padre y su hijo, que «[i]se ríen del frío!».42 La ilustración muestra al padre gateando, con uno de sus hijos sobre su espalda. Asimismo, en una publicidad del calzado de goma FUNSA, dirigido a padres de familia, se observa al varón sentado en el sillón, elemento de la tipología de representación

40 «[i]Señora! Y usted...» *El País*, 3 de abril de 1954, p. 6.

41 «Goce de una vida activa... [i]sin achaques!» *El Día*, 30 de enero de 1950, p. 10.

42 «[i]Se ríen del frío!» *El País*, 7 de mayo de 1953, p. 5.

del varón en el hogar, pero en esta ocasión juega con sus dos hijos, mientras su esposa mira desde la puerta. «[j]Salud en los niños, felicidad en el hogar!», dice el texto.⁴³

Figura 15.

«Goce de una vida activa... [j]sin achaques!»



Fuente: *El Día*, 30 de enero de 1950, p. 10.

Figura 16.

«Salud en los niños»



Fuente: *El País*, 27 de mayo de 1952, p. 2.

El involucramiento afectivo de los padres con sus hijos constituye una ruptura con los mandatos tradicionales, y se enmarca en un proceso de modernización de la paternidad, que iba de la mano con aportes de la psicología y la psiquiatría. Publicaciones de interés general utilizaban dichos aportes para reivindicar una presencia activa de los padres en la vida de sus hijos, como una forma de criar

43 «Salud en los niños». *El País*, 27 de mayo de 1952, p. 2.

niños sanos, felices y, en el caso de los varones, despojados de afeminamiento. Las contribuciones de Talcott Parsons en sociología, y su consecuente difusión, jugaron un papel clave.⁴⁴ Asimismo, una paternidad presente podría prevenir la formación de una personalidad que deviniera en ciudadanos sumisos a un régimen totalitario.⁴⁵ En el caso puntual de los Estados Unidos, las ansiedades de la primera Guerra Fría despertaron una defensa de la domesticidad patriarcal como la base de la sociedad norteamericana (Carroll, 2003, p. 120).

Se generó así una transformación que cuestionó la idea, asociada al modelo tradicional, de que, cuando están en el hogar, los padres solo toman decisiones y dejan la crianza a sus esposas, para mostrar, al menos desde la teoría y la representación, padres presentes aún en las etapas iniciales del desarrollo de sus hijos, que juegan con ellos y les brindan parte del preciado tiempo de descanso. Esta presencia se marca principalmente desde lo lúdico, con actividades vinculadas al juego y la distensión, pero no a los cuidados. Esa continuaba siendo una atribución de las mujeres.

Aunque en las primeras etapas de la vida no se advierten diferencias según género, a medida que el niño es más grande comienzan a aparecer. Mientras las publicidades representaban a la hija como una aprendiz de la madre, que la ayudaba en labor doméstica, el niño recibe un trato diferente. Un ejemplo ilustrativo es el de una promoción particular que lanzó Siam en diciembre de 1954: en ella, gracias a un plan financiero de «pequeñas cuotas mensuales», la familia podría contar con un refrigerador Siam y una moto Lambretta, en pos de «el confort y la felicidad familiar». El anuncio de la promoción está dividido en dos sectores bien diferenciados: arriba, madre e hija presentan la heladera; abajo, padre e hijo pasean en la moto.⁴⁶

Figura 17.

«El confort y la felicidad familiar brindada por: Siam»



Fuente: *El País*, 29 de diciembre de 1954, p. 6.

44 Véase por ejemplo Parsons (1951).

45 Sobre la relación entre psicología, psiquiatría y paternidad, véanse Arvelo Arregui (2004), Kaiser (2003) y Larsen (2017).

46 «El confort y la felicidad familiar brindada por Siam». *El País*, 29 de diciembre de 1954, p. 6

Las publicidades enfatizan la relación padre-hijo y madre-hija. Este binomio resulta fundamental en la transmisión e incorporación de los roles de género, pues se asocian las aspiraciones de los niños con su modelo correspondiente. Un anuncio de la sastrería El Mago muestra a un niño sentado, con mirada seria, y a dos varones, su hermano mayor y su padre, parados detrás, sonriendo. El anuncio está dirigido a las madres, y dice:

Ser como el padre o como el hermano mayor, esa es la máxima aspiración de todo niño. En lo que al vestir se refiere, le está concedido. Y Ud. señora hará muy feliz a su hijo eligiendo sus prendas con el corte Patrón Medida El Mago, lo que le dará la personalidad que él sueña: parecerse o ser como el hermano más grande o como su papá.⁴⁷

Siguiendo la misma idea, en un anuncio de Coca-Cola puede verse al hijo alcanzándole al padre la bebida, mientras este repara el motor de su auto. «Saboreando una refrescante y deliciosa Coca-Cola disfrutará Ud. de la pausa que refresca».⁴⁸ Una publicidad del mismo refresco muestra a la niña llevando a los invitados la bandeja con el refresco, mientras la madre la mira sonriendo.⁴⁹

Figura 18.
«¡Bienvenida!»



Fuente: *El País*, 14 de abril de 1953, p. 9.

Figura 19.
«¡Bienvenida!»



Fuente: *El País*, 17 de mayo de 1953, p. 4.

Reflexiones finales

Los cincuenta significaron un quiebre respecto a las dinámicas laborales y familiares de las décadas anteriores. La masculinidad hegemónica, en respuesta a estos cambios, tuvo que adaptarse a la nueva coyuntura. En los países desarrollados, la economía de paz necesitaba nuevos consumidores, y el orden social debía reacomodarse para reafirmar el dominio masculino. La publicidad, difusora y constructora de discursos legitimadores, no demoró en representar a los varones del nuevo orden y exportarlos al mundo, delineando una masculinidad de consumo.

En Uruguay, este discurso fue importado gracias a la creciente presencia estadounidense en la región. Asimismo, pudo alinearse con un proyecto encrático aglutinante de modernidad, que hacía del crecimiento de las clases medias y el aparente bienestar económico una realidad excepcional e

47 «Ser como el padre». *El Día*, 20 de noviembre de 1950, p. 2. <https://drive.google.com/file/d/IshFPqIqkIMXd3MYeuoGLqWPThuifocwfM/view>

48 «¡Bienvenida!» *El País*, 14 de abril de 1953, p. 9.

49 «¡Bienvenida!» *El País*, 17 de mayo de 1953, p. 4.

incontestable. Las agencias de publicidad lanzaron campañas para atraer nuevos consumidores, adaptando las representaciones importadas a la realidad local. Aparecieron así los «hombres de acción y de carácter».

Los anuncios relevados acompañaban un discurso de reafirmación del mundo laboral como jurisdicción masculina. En una época de inseguridad de su poderío tras la desmovilización, las publicidades resaltaban la figura de los varones en el trabajo como un elemento fundamental para, se argumentaba, dotar de estabilidad a las economías desarrolladas. En Uruguay, donde los avances en la legislación y la apertura laboral demostraban cómo las mujeres clasemedieras se estaban abriendo paso junto a sus congéneres de Europa y Norteamérica, las publicidades continuaban relegándolas al ámbito doméstico.

El hogar también fue un espacio de crisis en el nuevo orden internacional. La transición de la economía de guerra a la economía de paz, que necesitaba la creación de consumidores para suplir la producción industrial, sumada a la promesa de modernidad esgrimida por los Estados Unidos en los países de la región, tuvo como consecuencia la aparición de un nuevo mandato masculino: proveer confort a sus hogares. Para los varones ya no bastaba con sustentar a sus familias, sino que debían adquirir los mejores electrodomésticos y hacer así a sus esposas más felices. Comprar la heladera y la aspiradora, signos de esta modernidad, se convirtió en una obligación, junto con traer el pan a la mesa.

La figura del padre de familia, patriarca del hogar y encargado de las decisiones más importantes, se encontraba también en un momento de resignificación. La presencia de los varones en la esfera doméstica se vio reforzada por una serie de discursos que atendían una paternidad afectiva y presente como condición para educar niños sanos. Los varones representados transmitían una imagen de padres de familia, que tomaban decisiones mayúsculas para el porvenir de sus hijos y se involucraban en su crianza. No era excepcional ver a los padres leyendo a los niños, jugando con ellos o pasando tiempo de calidad, a pesar de que las horas que pasaban en el hogar eran escasas, algo en que los anuncios hacían hincapié y que, sostenían, debían cuidarse.

Tras el «Uruguay Feliz», el período siguiente significó una discusión de estas representaciones. Esfumada la prosperidad económica, elementos como la radicalización política, la masificación de la juventud como actores sociales —y, en consecuencia, su afirmación como nicho publicitario— y el recrudescimiento de la injerencia estadounidense tras la Revolución Cubana hicieron de la resignificación de la masculinidad hegemónica una necesidad.

A modo de cierre, las publicidades analizadas permiten observar la ampliación de la virilidad como estrategia de mercado. La masculinidad de consumo en el «Uruguay Feliz», embebida de discursos y tipologías estadounidenses, mostraba una virilidad funcional a la reorientación de las economías desarrolladas para preservar el orden y la estabilidad del nuevo mundo. Dicha virilidad se convirtió al mismo tiempo en una estrategia persuasiva y en un bien de consumo, a la venta con el traje o la heladera. Los «hombres de acción y de carácter» eran esforzados trabajadores, caballeros galantes, atentos maridos, padres presentes y, ante todo, serviles consumidores.

Referencias

- ADROVER ORELLANO, F. (2021). Ecos de un peligro aún lejano: el anticomunismo en el Uruguay de la primera Guerra Fría (1947-1953). En: M. BROQUETAS (Coord.), *Historia visual del anticomunismo en Uruguay* (pp. 14-53). Montevideo: Universidad de la República.
- ARIAS, C. (2018). Gobiernos reformistas en Uruguay, 1947-1958: ¿profundización de la democracia en los inicios de la Guerra Fría? *Nuevo Mundo. Mundos Nuevos*. <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.72965>

- ARNÁBAL, R., BERTINO, M., y FLEITAS, S. (2011). *Evolución del desempeño de la industria en Uruguay entre 1930 y 1959*. Montevideo: Iecon, FCEA, Universidad de la República.
- ARVELO ARREGUI, L. (2004). Maternidad, paternidad y género. *Otras Miradas*, 4(2), 92-98. Recuperado de <https://www.redalyc.org/pdf/183/18340203.pdf>
- BERTINO, M. (2009). La industria textil uruguaya: concentración de capitales y articulación regional, 1900-1960. *América Latina en la Historia Económica*, (31), 99-126. Recuperado de <https://www.redalyc.org/pdf/2791/279122157004.pdf>
- CALANDRA, B. (2011). La Ford Foundation y la Guerra Fría cultural en América Latina. *Americanía*, (1), 8-25. Recuperado de <https://upo.es/revistas/index.php/americania/article/view/313>
- CARROLL, B. (Ed.) (2003). *American masculinities: a historical encyclopedia*. Nueva York: Sage.
- CHAGAS, J. (2013). *Una interpretación del denominado neobatllismo* (Tesis para la obtención del título de Licenciado en Ciencia Política). Montevideo: FCS, Universidad de la República. <https://hdl.handle.net/20.500.12008/4982>
- CONNELL, R. (1997). La organización social de la masculinidad. En: T. VALDES y J. OLAVARRÍA (Eds.), *Masculinidad/es: poder y crisis* (pp 31-48). Ediciones de las Mujeres, 24. Santiago de Chile: ISIS-Flacso.
- CONNELL, R. (2005). *Masculinities*. Los Ángeles: University of California Press.
- COSSE, I. (2014). Las clases medias en la historia reciente latinoamericana. *Contemporánea: Historia y problemas del siglo XX*, 5, 13-20. Recuperado de <http://www.geipar.udelar.edu.uy/index.php/2017/05/06/articulos-5/>
- CUMPLIDO, M. (2013). *American way of life: cambios de las masculinidades en Chile a partir de la influencia norteamericana, 1920-1935*. *Revista Punto Género*, (3), 9-25. Recuperado de <https://adnz.uchile.cl/index.php/RPG/article/view/30264>
- D'ELÍA, G. (1983). *El Uruguay neobatllista*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- FEATHERSTONE, M. (1991). The body in consumer culture. En: M. FEATHERSTONE, M. HEPWORTH y B. TURNER (Eds.), *The Body: social process and cultural theory*. Nueva York: Sage.
- GILBERT, J. (2005). *Men in the Middle: Searching for Masculinity in the 1950s*. Chicago: University of Chicago Press.
- GLIK, S. (2013). La promesa del *American Way* para América Latina: domesticidad, tecnología y consumo. Ponencia presentada en el 10.º *Seminario Internacional Fazendo Género*. Florianópolis: Universidade Federal de Santa Catarina. Recuperado de http://www.fg2013.wwc2017.eventos.dype.com.br/resources/anais/20/1386769998_ARQUIVO_SolGlik.pdf
- GLIK, S. (2015). *El hogar de la victoria: la promesa del American way of life para América Latina: Estados Unidos – Brasil – Argentina, 1940-1945* (Tesis para la obtención del título de Doctora en Historia). Florianópolis: Universidade Federal de Santa Catarina. <http://hdl.handle.net/10486/669725>.
- GÓMEZ ARANGO, M. (2017). *Hombre, masculinidad y crisis de la masculinidad en la revista Cromos, 1950-1970* (Tesis para la obtención del título de Magíster en Estudios Humanísticos). Bogotá: Universidad EAFIT. Recuperado de <https://repository.eafit.edu.co/handle/10784/12936>
- GRANDI, R. (1995). *Texto y contexto en los medios de comunicación*. Barcelona: Bosch.
- JABLONKA, I. (2020). *Hombres justos: del patriarcado a las nuevas masculinidades*. Barcelona: Anagrama.
- JOCILES RUBIO, M. (2001). El estudio de las masculinidades: panorámica general. *Gazeta de Antropología*, (15). <http://hdl.handle.net/10481/7487>
- KAISER, M. (2003). *Understanding the meaning and place of modern fatherhood through the lessons of 20th century scholars* (Tesis para la obtención del título de Magíster en Sociología). Montreal: Universidad de Concordia. Recuperado de <https://spectrum.library.concordia.ca/id/eprint/1951/>
- KIMMEL, M. (1997). Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina. En: T. VALDES y J. OLAVARRÍA (Eds.), *Masculinidad/es: poder y crisis* (pp 49-62). Ediciones de las Mujeres, 24. Santiago de Chile: ISIS-Flacso.
- KIMMEL, M. (2018). *Manhood in America: a cultural history*. Nueva York: Oxford University Press.
- LARSEN, F. (2012). *From Fatherhood to Bachelorhood: an analysis of masculinities in the 1950s U. S. through 'Forbidden Planet', 'Invasion of the Body Snatchers', and 'Playboy'* (Tesis para la obtención del título de Magíster en Letras). Oslo: Facultad de Humanidades, Universidad de Oslo. Recuperado de <https://www.duo.uio.no/bitstream/handle/10852/26227/Larsen-Master.pdf?sequence=1&isAllowed=y>

- MARKARIAN, V. (1998). Al ritmo del reloj: adolescentes uruguayos de los años cincuenta. En: J. P. BARRÁN, G. CAETANO y T. PORZECANSKI (Dir.). *Historias de la vida privada en el Uruguay*. Tomo 3: individuo y soledades, 1920-1990 (pp. 238-265). Montevideo: Taurus.
- MAUBRIGADES, S. (2002). *Mujeres en la industria: un enfoque de género en el mercado* (Tesis para la obtención del título de Magister en Historia Económica). Montevideo: FCS, Universidad de la República. Recuperado de https://www.colibri.udelar.edu.uy/jspui/bitstream/20.500.12008/7718/1/TMHE_MaubrigadesSilvana.pdf
- NEUHAUS, J. (1999). The Way to a Man's Heart: Gender Roles, Domestic Ideology, and Cookbooks in the 1950's. *Journal of Social History*, 32(3), 529- 555.
- NOTARO, J., y FERNÁNDEZ CAETANO, C. (Comps.) (2012). *Los Consejos de Salarios en Uruguay: origen y primeros resultados, 1940-1950*. Montevideo: Universidad de la República.
- PARSONS, T. (1951). *The social system*. Nueva York: Free Press of Glencoe.
- PERRON, M. (2017). Figuras y funciones. En PH. ARIÈS y G. DUBY (Dir.), *Historia de la vida privada: tomo 4: de la Revolución Francesa a la Primera Guerra Mundial* (pp. 102-158). Madrid: Taurus.
- PORZECANSKI, T. (1998). La nueva intimidad. En: J. P. BARRÁN, G. CAETANO y T. PORZECANSKI, T. (Dir.), *Historias de la vida privada en el Uruguay* Tomo 3: individuo y soledades, 1920-1990 (pp. 328-355). Montevideo: Taurus.
- RICCIARDELLI, M. (2011). Masculinity, consumerism, and appearance: a look at men's hair. *Canadian Review of Sociology*, 48(2), 181-201. <https://doi.org/10.1111/j.1755-618X.2011.01261.x>
- ROMANO, S. (2016): «Life»: geopolítica y guerra psicológica en América Latina. *Argumentos*, 29(80), 155-180. Recuperado de <https://www.redalyc.org/pdf/595/59551329008.pdf>
- RUTHERFORD, A. (2017). "Making better use of US women": psychology, sex roles, and womanpower in post-WWII America. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 53(3), 228-245. <https://doi.org/10.1002/jhbs.21861>
- SCOTT, J. (1996). El género: una categoría útil para el análisis histórico. En: M. LAMAS (Comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual* (pp. 265-302). Ciudad de México: PUEG.
- TROCHÓN, Y. (2011). *Escenas de la vida cotidiana: sombras sobre el país modelo, 1950-1973*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- YOUNG, N., y YOUNG, W. (2004). *The 1950s*. Connecticut: Greenwood Publishing Group.
- ZITO IGLESIAS, M. (s. f.). *Hombres de acción y de carácter: un análisis de las masculinidades en el «Uruguay Feliz» (1950-1954)* (Tesis para la obtención del título de Licenciado en Humanidades, opción Historia. Montevideo: FHUMYE, Universidad de Montevideo [inédito]).

Al final del túnel: la coyuntura político electoral de 1958 en la revista *Problemas de México*

At the end of the tunnel: the political-electoral
conjuncture of 1958 in *Problemas de México*

Jaime Ortega¹

Resumen

La coyuntura político-electoral de 1958 en México desató, después de casi 20 años de un fuerte consenso ideológico y político, una confrontación social significativa. La elección de aquel año estuvo marcada por movilizaciones sociales intensas, así como por visos de autonomía por parte de algunos sectores de la izquierda mexicana. El presente texto sigue algunos de los principales problemas y dilemas de este episodio a través de las páginas de *Problemas de México*, una publicación impulsada por Manuel Marcué Pardiñas, un reconocido editor asociado a organizaciones e ideas de la izquierda.

Palabras clave: Izquierda mexicana, autoritarismo, nueva izquierda, coyuntura.

Abstract

The political-electoral conjuncture of 1958 in Mexico unleashed, after almost 20 years of a strong ideological and political consensus, a significant social confrontation. The election of that year was marked by intense social mobilizations, as well as by the appearance of autonomy on the part of some sectors of the Mexican left. This text follows some of the main problems and dilemmas of this episode through the pages of *Problemas de México*, a publication promoted by Manuel Marcué Pardiñas, a renowned editor associated with leftist organizations and ideas.

Keywords: Mexican left, authoritarianism, new left, conjuncture.

¹ Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco. jaime_ortega83@hotmail.com

Introducción: un balance de la década

La década del cincuenta representa para México la del más alto nivel de desarrollo económico y crecimiento industrial. Se trata del proceso denominado «milagro mexicano» (Carmona, Aguilar, Carrión y Montaña 1970): un momento de industrialización acelerada y dependiente así como de también rápida urbanización. La intensa modernización capitalista modificó todos los planos de la vida social: en el político permitió la existencia de un Estado blindado frente a disrupciones sociales, generando una estabilidad importante; en el económico, las tasas de crecimiento fueron altas y sostenidas (Cárdenas, 2015); en el intelectual, marcó el lento inicio de una ruptura con muchas de las tendencias dominantes anteriores. Así, México entró en su primera fase modernizadora después de los conflictos globales de las décadas previas. Es, también, el período de mayor subordinación ideológica y política de la sociedad al proyecto de la clase política que, abanderada en el nombre de la Revolución Mexicana, sometió todo ánimo de disidencia.

Los años cincuenta es una de las épocas más complejas y difíciles para la izquierda mexicana, en cualquiera de sus diversas expresiones. Su horizonte se encontraba signado por los saldos de la década precedente, cuyo *leitmotiv* fue la consigna de la «Unidad a toda costa» (Spencer, 2007), que significó la obediencia ideológica al proyecto del Estado mexicano en aras de fortalecer su presencia «progresista» frente a la coyuntura mundial de la guerra. Este estatuto, de una «izquierda cercada» (Rousset, 2000) como lo llamó hace años un historiador, significó el predominio de una concepción al interior de esa corriente política: la que encabezó Vicente Lombardo Toledano (Bolívar Meza, 2007), debilitando al Partido Comunista Mexicano (PCM). A este cuadro general, debe agregarse el creciente anticomunismo, tanto en estratos de la sociedad como en funcionarios del gobierno y del Partido Revolucionario Institucional (PRI).

Desde nuestro punto de vista, esta década debe comprenderse como un verdadero *invierno social* que se impuso sobre las clases subalternas y la izquierda. Un proceso cuyo ambiente comenzó a gestarse en 1941, se acentuó en 1948 y terminó en el período 1958-1959. Le denominamos *invierno social* porque en él se congeló la capacidad de autoorganización de la sociedad, haciendo contraste con la breve, pero intensa *primavera del pueblo*, ocurrida durante los años de la presidencia de Lázaro Cárdenas, signada por el apoyo del gobierno a experiencias populares en el campo del trabajo industrial y el agro.

La coyuntura abierta por el cambio de gobierno en 1958 coincidió con una intensa movilización sociopolítica. Ese año expresa dos tendencias, por un lado, la reaparición de la protesta obrera y campesina en el escenario político, logrando sacudir puntos clave de la fortaleza del régimen; por el otro, la clase política «revolucionaria», afincada en el PRI, modificó sus reglas de operación y generó con ello una mayor unidad. La protesta obrera y campesina cimbró a la estructura, pero estuvo lejos de generar grietas en el grupo dominante, antes bien, este respondió articulándose. Sin embargo, la elección de 1958 y lo que se tejó alrededor de ella, es de importancia porque fue la última ocasión en que las izquierdas dudaron en apoyar una aparente opción que rectificaba la senda perdida de la Revolución Mexicana. Así, a partir de un objeto político-cultural como es una revista, analizaremos la tensión que se fraguó en este contexto.

El texto que presentamos a continuación es una mirada de la forma en la que un sector de la izquierda mexicana evaluó la coyuntura de 1958. Elegimos como material de referencia y objeto de análisis la revista *Problemas de México*, lanzada por el ingeniero agrónomo Manuel Marcué Pardiñas en ese mismo año. Con apenas siete números, *Problemas de México* es una fuente que nos permite registrar el álgido contexto y el giro en el análisis a propósito del régimen político, particularmente

en lo que concierne a los posicionamientos de las izquierdas. Si para el poder político aquel fue un período de establecimiento de ciertas reglas «no escritas», para la izquierda, lo sabemos hoy, comenzó el proceso de reorganización y salida de su crisis.

El triunfo en las elecciones de 1958 de Adolfo López Mateos devino en una terrible represión hacia el movimiento obrero más importante de la época, el ferrocarrilero. A la postre, ese gobierno será recordado como una administración reformista, con guiños en la política exterior hacia la izquierda y con cierta capacidad de negociación frente al tablero de la guerra fría (Zolov, 2020). Así, el conjunto de cambios que ocurren entre 1958 y 1959 es vertiginoso, en el terreno ideológico, con fecundidad para las izquierdas, que, aunque con cierto desconcierto, lograron avanzar en romper los lazos ideológicos a los que habían estado sometidas durante dos décadas. Si en el inicio de 1958 se encuentra distante el surgimiento de una *nueva izquierda* cosmopolita como la que estudia en su último trabajo Eric Zolov, en unos pocos meses esto existe como una posibilidad (Hurtado, 2010). La ruptura ideológica en el seno de las izquierdas es tan radical en esta coyuntura que veremos en unos pocos años la aparición de experiencias novedosas, inimaginables bajo el predominio de la «ideología de la revolución mexicana».

El proceso de modernización capitalista tenía ya sus frutos y pronto entroncó con la lógica mundial de la descolonización. En 1959 la revolución cubana incendió el océano y animó al ex-presidente Lázaro Cárdenas a reingresar plenamente a la vida política impulsando el «Bandung latinoamericano» (González Pedrero, 1961), como se conoció a la Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz llevada a cabo entre el 5 y 8 de marzo de 1961, y la posterior emergencia de Movimiento de Liberación Nacional ese mismo año (Servín, 2021).² Un poco después, se impulsa el nacimiento de la Central Campesina Independiente (De la Fuente, 2016), organización que desafió el corporativismo en el campo y reclamó una «reforma agraria radical», haciendo convergencia con las voces que señalaban el agotamiento del modelo de agricultura capitalista impuesto en las últimas dos décadas (Maldonado, 1962).

Hacia la segunda mitad de la década del sesenta, las clases medias, hijas de la modernización capitalista, se revelarían de manera sistemática, desbordando periódicamente las reglas del régimen político. Sin embargo, las directrices que explican los cambios en las concepciones de los actores sociopolíticos se fraguan hacia el final de la década del cincuenta y con mucha claridad en las ambigüedades que representa la elección de 1958, en donde un leve canto de cisne parece anunciar la emergencia de un candidato presidencial «progresista». Las izquierdas se dividen, en una tensión clara, entre quienes se adhieren a esa perspectiva, apoyando al candidato triunfador, y quienes se alejan, cerrando el ciclo de dependencia respecto a la «revolución mexicana». Con timidez, y en medio de mucha zozobra, ese año permitió a las izquierdas dar pequeños pasos en la conquista de su identidad ideológica, saliendo de la oscuridad del túnel al que una vertiginosa modernización capitalista las había incluido como espectadoras y no como actrices.

La década del cincuenta: cultura, política e izquierda fragmentada

Lo que hoy denominamos «cultura de masas» es un indicador aproximativo del desarrollo capitalista y sus principales problemas. Entre 1949 y 1950, por entonces en su «época de oro», el cine mexicano

² Convocada en enero de 1961 por Lázaro Cárdenas (México), Domingo Vellasco (Brasil) y Alberto T. Casella (Argentina), se definió en torno de la oposición al imperialismo, la importancia de la integración regional, y el lugar de América Latina como bastión para la Paz Mundial. El Movimiento de Liberación Nacional propugnó la unidad de la izquierda mexicana, sosteniendo varios de los presupuestos de la conferencia.

presenció la emergencia de obras que expresaban la contradicción del proceso de modernización. En 1949 apareció *Una familia de tantas*, cinta dirigida por Alejandro Galindo, en el que el espacio doméstico era atravesado por la nueva lógica del consumo a partir de los electrodomésticos. Se trata de una cinta que expone las nuevas vivencias de las clases medias, que incorporaron masivamente la técnica capitalista en los hogares a partir de la televisión, el refrigerador y los insumos para el lavado, con su consabida transformación en las relaciones sociales y representaciones en el interior de la unidad doméstica. Un año después, apareció la obra de Luis Buñuel, *Los olvidados*. Frente al optimismo clasemediero y su celebración mediática, Buñuel presentó la degradación de las clases populares, marcada por la exclusión y la violencia, en una ciudad en construcción, signo de un desarrollismo periférico. La película causó indignación en ciertos sectores y fue condenada reiteradamente en los años siguientes, aunque también fue defendida por insignes figuras de la cultura como Octavio Paz (Flores, 2021). Estas cintas son expresión de un mundo cambiante, que exponen las dos caras de la moneda desarrollista. Por un lado, la del consumo creciente y desbordante de las nuevas familias de clase medias instaladas en los departamentos de los «multifamiliares», por el otro la exclusión a la que se enfrentaban sectores populares de las periferias sin nombre, cuya vida se encontraba atravesada por la degradación y la pobreza cotidiana.

En la literatura, la década inició con la polémica generada en torno a la obra de José Revueltas, *Los días terrenales*, a partir de la cual se discutió el papel del militante comunista, la forma estética y, en general, la crítica al *estalinismo*. Por otro lado, Octavio Paz partió plaza con el *Laberinto de la Soledad*, texto que generó gran ruido (Flores, 2021). Juan Rulfo irrumpió con *Pedro Páramo* en 1955, una obra clásica hasta nuestros días, Rosario Castellanos publicó su primera novela, *Balún Canán*, en 1957 y Carlos Fuentes inició su ascenso meteórico con *La región más transparente* en 1958. En el género del ensayo, destacó la aparición de *Los grandes momentos del indigenismo* de Luis Villoro (Escudero, 2009). La filosofía producida en México optó por arrojarse en la discusión sobre la identidad del «ser del mexicano» (Leyva, 2018), aunque pronto va abriendo espacio para discurrir otras figuras discursivas, como el marxismo, que en ese momento se encontraba centrado en la ciencia biológica y la física (Illades, 2018).

Estas producciones, dispares entre sí, son expresión de las tensiones y contradicciones de la época, signada por un tránsito traumático entre el esplendor modernizante y el adormecimiento del discurso público a través de un consenso que asfixiaba. A medio camino entre una generación que demanda apertura y reclama su condición cosmopolita y la urgencia de atender los temas nacionales, que son, generalmente abordados como saldos pendientes, fracasos e incumplidos por el gobierno de la «revolución mexicana». Lo rural y lo urbano emergen como espacios de operación del conflicto donde la modernización ha dejado saldos significativos.

La política, en cambio, mostró una cara menos productiva. Tras el fin del gobierno de Lázaro Cárdenas y el inicio del período de Manuel Ávila Camacho (1940-1946), las tendencias conservadoras comenzaron a ganar espacio. Sin embargo, ante la sombra de la guerra, la retórica pro-soviética continuó operando y a nadie sorprendió que el presidente y altos funcionarios rindieran un fastuoso *Homenaje al Pueblo Soviético* o que, en 1946, un personaje como Narciso Bassols García³ fuera designado embajador ante la Unión Soviética. Esta situación terminó en el período 1946-1948, cuando

3 Narciso Bassols García fue un político prosoviético. Ocupó diversos cargos públicos en las décadas del veinte y treinta, como el de Secretario de Gobernación o Secretario de Educación Pública, donde impulsó la educación campesina y la educación sexual, tema este último que generó su salida ante protestas de diversos sectores. Fue enviado a la Liga de las Naciones durante el gobierno de Lázaro Cárdenas. A su vuelta a México, en 1941 fundó el *Semanario Combate*, que rompió la «unidad a toda costa», criticó al gobierno de turno y planteó combatir al fascismo, pero también al imperialismo. En 1946 fue nombrado embajador en la Unión Soviética. Murió en 1959.

se echó atrás, definitivamente, cualquier resquicio de programa «socializante» en las organizaciones «oficiales» en las que estaban encuadrados los obreros y campesinos. Esto se tradujo en el proceso de desaparición del Partido de la Revolución Mexicana (PRM), que había nacido en 1938 con una fuerte carga de decisión de las corporaciones (Hernández, 2016) y un programa pro-socialista que fue borrado por completo (Bertaccini, 2009). El nacimiento del PRI, la candidatura de Miguel Alemán Valdés —apoyada por Lombardo Toledano y el PCM— y el inicio de un nuevo ciclo político marcado por la corrupción son la seña de identidad del giro conservador que marcó la década del cincuenta. Este panorama profundizó la crisis de las izquierdas. En tanto que el gobierno procedió a operar un proceso de subordinación autoritaria sobre la clase trabajadora, cuando en 1948 comenzaron las imposiciones de direcciones sindicales por la fuerza (Escobar Toledo, 2021). Uno a uno, los grandes sindicatos de industria fueron quedando en manos de personeros del PRI y las izquierdas fueron purgadas, para ser finalmente excluidas del gran aparato sindical que se venía construyendo desde una década atrás. Para el movimiento sindical no había más opción: o la subordinación violenta o la irrelevancia política. Aunque el crecimiento económico era constante, los salarios de la clase trabajadora se veían seriamente reprimidos, primero con el pretexto de la guerra y después de las nuevas condiciones internacionales. El descontento era persistente, pero subterráneo, ante la amenaza de la represión. La década del cincuenta fue, a decir de Trejo Delabre (1984), la de la «hegemonía del charrismo»,⁴ es decir, de un sindicalismo dócil ante el Estado y dependiente de la figura presidencial.

La crisis de la izquierda tenía numerosas aristas. Pasaremos brevemente por los elementos más significativos de lo que Rousset ha llamado la «izquierda cercada», para referir a la situación de dicha corriente política en esta década. Un primer motivo de la crisis del PCM durante los años del cuarenta y cincuenta se expresó en derivar su práctica política de la consideración de que existían, dentro del gobierno y del PRI, tendencias anti-imperialistas que debían ser apoyadas; un segundo y muy conocido son las clásicas purgas, que se acumularon durante la década del cuarenta y que llevarían a que varios de los expulsados formaron el Partido Obrero Campesino de México (POCM) (Alonso, 1990; Velasco, 2019).

Por su parte, Lombardo Toledano persistió con influencia en la Federación Sindical Mundial, en donde fue fiel aliado de los soviéticos y, en el nivel regional, a partir de la labor de la Central de Trabajadores de América Latina (Quintanilla, 1982). En el plano interno quedó en el estatuto de socio menor (Bernal, 1994) y convocó a la «mesa redonda de los marxistas mexicanos». Esta fue una reunión crucial para entender la postura de la época y la hegemonía de la estrategia conciliatoria lombardista. De aquella discusión, se fundó el Partido Popular (PP), una organización que en lo nacional apoyó al Estado mexicano, al que entendía como encarnación de la «ideología de la revolución mexicana». El PP se mantuvo siempre a la sombra del PRI, aunque en ámbitos locales, llegaron a competir en términos electorales.

Otro sector importante quedó al margen de estas organizaciones, es lo que se suele identificar como izquierda cardenista. Elisa Servín (2008) ha señalado que una parte de ella se asociaba al PRI, y otra estaba por fuera de ese partido. El momento de articulación de esta se dio entre 1951 y 1952 con la campaña del general Henríquez (Servín, 2001), como primer intento de encarar el problema electoral, aunque Cárdenas no acompañó del todo la experiencia. Una parte del cardenismo, la más intelectual, se vinculó al llamado Centro de Estudios Mexicanos (Beltrán, 2002). Por su parte, Narciso Bassols Batalla conformó uno de los pocos experimentos intelectuales de los años cincuenta en tanto fundó junto a Alonso Aguilar Monteverde, las revistas *Índice* y *Guión*, hasta ahora experien-

4 Se conoce como «charros» a los líderes sindicales entregados al gobierno o manipulados por las empresas.

cias descuidadas en la historiografía sobre las izquierdas mexicanas.⁵ Esas revistas son la expresión de una posición intelectual independiente del Estado, con fuerte atracción hacia la Unión Soviética y la revolución china y por fuera de los canales del PCM y el PP.

La década del cincuenta no es abundante en cuanto a publicaciones de las izquierdas. El PCM, sumido en su crisis, apenas pudo publicar su periódico *La voz de México*, de manera muy irregular y sus revistas partidarias fenecieron a principios de la década. La mayoría de éstas, como *Teoría*, tenía un contenido bastante limitado, contando con una reproducción de textos de otros partidos comunistas o ensayos de autores soviéticos, sin una producción local de importancia. Los comunistas también publicaron *Liberación*, durante 1957. Con apenas ocho números fue una revista interna del partido, en donde se dirimió el programa para la elección del año siguiente.

Ante este panorama, es legítimo preguntarse sobre el por qué elegir analizar *Problemas de México*. La primera razón tiene que ver con la importancia de su editor, Marcué Pardiñas. Se trata de una figura clave en las izquierdas, quién a lo largo de su vida ensayó varios estilos en las publicaciones que produjo. Por ejemplo, una de corte intelectual, pero de poca posibilidad de gran circulación como lo fue *Problemas Agrícolas e Industriales* (Guerrero, 2012), donde presentaba trabajos de largo aliento, con fuerte carga de estadísticas. También publicó a mediados de la década del cincuenta *Problemas de Latinoamérica*, que tuvo un fuerte sello de estudio sociológico y publicó cada número como un monográfico con temas alrededor de la iglesia, del petróleo, o de la situación de Guatemala. Esta publicación más que una revista operó como una pequeña editorial. La segunda razón es que *Problemas de México* fue el antecedente inmediato de la publicación empujada por Marcué Pardiñas que más impacto ha tenido: *Política*, que se editó entre 1960 y 1967. La tercera y última razón es que *Problemas de México* surgió en un contexto de ambigüedad, intento de salida de crisis y de grandes limitaciones, por lo cual permite captar mejor los debates de la época. Al no ser una revista partidaria, se expresan numerosos puntos de vista, de donde proviene su riqueza frente a otras publicaciones.

Así pues, el panorama de la década del cincuenta se encontró dispuesto por el predominio de una clase política que modernizó a la sociedad mexicana, al tiempo que congeló la capacidad de movilización de los principales actores sociales, condenando a cierta hibernación el reclamo democrático. Y si bien los sectores subalternos se movilaron fragmentaria y esporádicamente, lo cierto es que fue hacia 1958 cuando la batalla electoral permitió liberar las energías contenidas durante más de una década y media.

La revista *Problemas de México* atestigua una cierta lógica de la producción del discurso político, sus principales vectores y permite moldear una imagen del tablero de una década que fue crucial para la modernización. Muestra la ambigüedad de una izquierda que recibe duros golpes a nombre del anticomunismo, pero que todavía hace esfuerzos por buscar aliados dentro de la élite gobernante.

Problemas de México y la coyuntura de 1958

El año 1958 es significativo para la historia política mexicana. La elección federal que sustituyó al presidente Adolfo Ruiz Cortínez (1952-1958) abrió un espacio de discusión donde diversos actores participaron. Entre ellos, el futuro ganador y presidente, Adolfo López Mateos. El discurso de este se presentó como un intento de renovación de la práctica de la Revolución Mexicana. El proceso

5 Alonso Aguilar Monteverde fue un economista mexicano, cercano a las figuras de Narciso Bassols García y Lázaro Cárdenas. Fue clave en la fundación del Movimiento de Liberación Nacional en 1961. En 1967 fundó la editorial Nuestro Tiempo, que editó libros de marxismo en grandes cantidades y en 1974 la revista y grupo Estrategia, de corte «marxista-leninista», con inspiración pro-soviética y pro-cubana.

electoral tuvo algunas novedades frente a los dos inmediatos anteriores. La primera de ellas es que se dio en medio de importantes movilizaciones, en cuyo corazón se encontraron los movimientos ferrocarrilero, magisterial y petrolero. La segunda es que fue una elección en donde inició una tradición del régimen priísta, que consistió en la capacidad del presidente saliente de elegir al sucesor, lo que aseguraba el triunfo meses antes de la elección. La decisión del presidente aun en el poder, garantizaba que no habría fisuras en la élite política.

La sucesión presidencial de 1958 pareció ser un momento de apertura para las izquierdas dentro y fuera del gobierno. El candidato oficial y a la postre triunfador, de cuarenta y nueve años, se mostró dinámico. Su discurso era de renovación y parecía alentar un golpe de timón al gobierno, lo que le generó apoyos más allá del PRI. Además, fue la primera ocasión en la que las mujeres votaron en una elección federal. La elección en cuanto tal fue un trámite, pues como en otras ocasiones el PRI se impuso fácilmente, pero aumentó su adhesión. A diferencia de la elección anterior el partido en el Gobierno llegó al 90 % de la votación (un poco más de seis millones de votos), superando el 74 % previo.

Pero volvamos a lo que involucra a *Problemas de México*. En su aspecto más formal podemos señalar que la revista tuvo en sus siete números un mismo formato: tamaño de 19,5 × 14,5 cm, color hueso, con el título en un recuadro en la parte superior derecha, enmarcada en el color rosa característico del PP; bajo el nombre se lee: «Director: Manuel Marcué Pardiñas». Cada ejemplar tenía en la portada un titular que anunciaba el contenido, con nombres de autores o viñetas de los temas, así como el número correspondiente. Al interior se colocaba, en la parte superior izquierda, el directorio. El primer número tuvo a Jorge Carrión y Antonio Pérez Elías como integrantes del Comité Editor. A partir del número segundo apareció como jefe de redacción Guillermo Bonfil Batalla, que en ese momento tenía apenas veintitrés años. El primer número apareció ilustrado con una gran cantidad de dibujos del Taller de Gráfica Popular, organización que aglutinó a los artistas, pintores y grabadores de la izquierda mexicana.

El número 1 fue publicado en junio de 1958 bajo el título «Tesis sobre México. Programa del Partido Popular». El número 2, del 15 de junio, se tituló «Los partidos políticos. Reflexiones sobre sus plataformas y programas», siendo un estudio monográfico del abogado y militante del PRI Andrés Sierra Rojas. El número 3 se tituló «Cinco conferencias del Partido Popular sobre el Partido Acción Nacional» y apareció el 1.º de julio. El número 4, «La campaña electoral de 1957-1958. Documentos, programas, plataformas» con fecha del 15 de julio. El número 5, «La crisis política y social de México» del 1.º de agosto de 1958. El 6, correspondiente al 1.º de setiembre, no contó con un título genérico, aunque temáticamente se abocó a problemas internacionales. El ciclo se cerró con el último número, que se denominó «El movimiento del magisterio. Sus antecedentes, causas e implicaciones», del 1.º de octubre. En las siguientes páginas aprovecharemos para desarrollar tres temáticas significativas.

En primer lugar, las críticas que Lombardo y el PP hacen al PRI y al gobierno; en segundo lugar, los posicionamientos de las izquierdas —ya en tensión—, y, finalmente, la presencia de las movilizaciones populares. La revista ofrece otras muchas aristas, como lo es la evaluación del programa del derechista Partido Acción Nacional (PAN) o el análisis de la política internacional. Sin embargo, para los temas que convocan el proceder de los actores frente a la coyuntura, nos concentraremos en los ya señalados. Destacamos primero, la presencia velada y después abierta de críticas al gobierno. Desde el primer número, dedicado a exponer el programa del PP, estas se dejan ver, cuando se señala que el partido del gobierno (es decir, el PRI) es «el instrumento de la burguesía formada por elementos que pertenecieron al sector revolucionario».⁶ Esta línea de cuestionamiento se profundiza cuando el

6 «Tesis sobre México. Programa del Partido Popular», *Problemas de México*, n.º 1, 1.º de junio de 1958. p. 5.

PP sostenga críticas frente al despliegue de la reforma agraria, que se veía minimizada en su aspecto progresista y aparecían nuevamente grandes concentraciones de tierra. El tema político era el más claro en ser criticado. El programa hacía un llamado a establecer un sistema de representación proporcional, pues «la anarquía que prevalece en el sistema electoral [...] nulifica los derechos de los ciudadanos».⁷

Las críticas no se limitan a este primer número. Continúan en el que está dedicado a recoger los documentos de las plataformas electorales. En ella, por ejemplo, Lombardo Toledano escribe sobre la situación electoral: «México es un país sin democracia interior»,⁸ frase a partir del cual destaca la concentración del poder, la falta de soberanía de los estados, la ausencia de independencia de los poderes de la federación y la situación de no respeto al voto. Para Lombardo Toledano resulta deleznable que, ante esta situación, el PRI no haya presentado un programa concreto rumbo a la elección, a pesar de la popularidad del candidato López Mateos. Y, frente a su reciente elección, sin embargo, pretende salvarlo. Señala que este «se encuentra más adelante de su partido».⁹ No deja de insistir en que los errores de los gobiernos nacidos de la revolución se hacen más patentes cuando se analiza que: «En las últimas 2 décadas la corrupción se convirtió en método gubernativo, para controlar a las masas trabajadoras, privarlas de su libertad política y obligarlas a olvidar sus intereses y sus perspectivas de clase, y facilitó la formación de una burguesía burocrática».¹⁰ Y más adelante «El proletariado y las masas rurales están colocados dentro del PRI y la retaguardia de la burguesía...».¹¹

Una vez finalizadas las elecciones, *Problemas de México* da cabida a las protestas —desde la izquierda y también la derecha— por la forma en que estas se realizaron. En el número cinco, por ejemplo, se presentan una serie de documentos de diversa índole que dan muestra de la apertura de nuevos conflictos en el terreno electoral. Bajo el rubro el «Partido Popular frente a las elecciones», se muestran tensiones en la manera en que ese organismo político procesó la contienda electoral en la que formalmente apoyó al candidato del PRI. Por ejemplo, en uno de los documentos se expresa: «¿Se puede llamar a ese «cómputo de votos» una elección democrática? ¿O se trata de un fraude perpetrado para satisfacer el doble propósito de engañar a la opinión extranjera y confundir a la opinión pública nacional?».¹² Se habla de «El fraude realizado el 6 de julio, respecto a la elección de senadores y diputados...».¹³ También, de la coacción sindical y del cambio de resultados en las actas electorales donde no favorecían al PRI. Uno de los documentos, con fecha del 16 de julio, dice «El Partido Popular considera que continuar en un proceso electoral tan monstruosamente fraudulento, sería equivalente a hacerse cómplice de las falsificaciones de la voluntad popular».¹⁴ En resumen, es perceptible en este número un cambio en el tono: ya no son solo críticas veladas a aspectos genéricos, sino una denuncia clara de procedimientos ilegales. Se pasa a una crítica directa, sin cortapisas, desde izquierda y derecha. Incluso el PP, que soñaba con una alianza con el PRI antes de las elecciones, denunciaba prácticas fraudulentas. A ello debe sumarse el punto más candente de la declaración del PP,

7 Ibidem, p. 110.

8 «Carta de Vicente Lombardo Toledano», *Problemas de México*, n.º 4, 15 de julio de 1958, p. 5.

9 Ibidem, p. 7.

10 Ibidem, p. 8.

11 Ibidem, p. 13.

12 «El Partido Popular ante las elecciones federales de 1958», *Problemas de México*, n.º 5, 1.º de agosto de 1958, p. 80.

13 Ibidem, p. 81.

14 Ibidem, p. 97.

que tiene que ver con la detención de Jacinto López, figura clave de la Unión General de Obreros y Campesinos de México y un político de gran relevancia en el medio rural.¹⁵

Además de estas críticas, provenientes del «aliado» del PRI, es decir, el PP, *Problemas de México* permite una apertura significativa para conocer otras posiciones y las contradicciones que se labraban en el espacio social abierto por la coyuntura de 1958. El ya señalado número cuatro es muy rico en su contenido al permitir visualizar los problemas y dilemas de las izquierdas. El número incluye el «Programa del Movimiento Cívico Económico Nacional» y el denominado «Programa de los Cardenistas». Por ejemplo, el «Manifiesto a la nación del Movimiento Cívico Económico-Nacional» se encuentra firmado por numerosos «industriales», es decir, se trata de la posición de una cierta «burguesía nacional» que muestra su apoyo al proceso de industrialización, aplaudiendo el «clima de libertad de trabajo»,¹⁶ que, dicen, impera en el país. Sin embargo, el documento también llama a la «reforma de los sistemas políticos», para que la ciudadanía sea integrada a la comunidad nacional, aunque sin referir alguna crítica sobre un suceso particular. Más significativo es la carta-programa que un grupo de políticos, intelectuales y ex funcionarios públicos dirigió al Comité Ejecutivo del PRI. *Problemas de México* tituló a ese documento «programa de los cardenistas», por encontrarse como firmantes personalidades que laboraron con el general Cárdenas durante su presidencia o por colaboradores en las décadas posteriores. El documento contiene críticas importantes, como el llamado a reorganizar el PRI y convertirlo en una «escuela de democracia»,¹⁷ pero el punto clave está en la reforma del sistema electoral, pues se considera que el que estaba vigente no permitía el desarrollo de la participación ciudadana ni de los partidos políticos, así, destaca su llamado a «implantarse la representación proporcional».¹⁸ Respecto al movimiento obrero defiende la acción huelguística y señala que no debe ser interpretada esa actividad como una afrenta al Estado, sino como un «legítimo derecho del sector más débil de los factores de la producción».¹⁹ Se pronuncia el manifiesto en contra del uso político del «delito de disolución social», que servía para reprimir a las disidencias. Finalmente, remata: «De la revolución venimos, en sus principios nos forjamos y a ellos hemos de permanecer leales».²⁰

El número en cuestión cierra con los documentos del PCM. Con motivo del 38.º aniversario de su fundación, la organización celebró en aquella ocasión con un discurso del secretario general desde 1940, Dionisio Encina, en donde el dirigente partidario polemizó con el PP sobre la caracterización del grupo gobernante y el PRI: «declaramos que los elementos que detentan en lo fundamental el poder público son de carácter reaccionario».²¹ Sin embargo, matiza la apreciación: «lo cual no significa negar que en el seno del mismo gobierno y de las fuerzas que giran en torno suyo existan elementos importantes de la burguesía nacional y de la pequeña burguesía».²² Tras su balance general, señaló que pronunciarse por un candidato «único» era «ir a la cola de la burguesía en el poder».²³ Al igual que el «grupo cardenista» y el PP, el PCM apuesta por una reforma que «establezca la representación

15 Dirigente campesino de gran importancia en los años cincuenta y sesenta, con gran arraigo en el norte de México.

16 «Programa del Movimiento Cívico Económico Nacional», *Problemas de México*, n.º 4, 15 de julio de 1958, p. 144.

17 «Programa de los cardenistas», *Problemas de México*, n.º 4, 15 de julio de 1958, p. 159.

18 *Ibídem*, p. 158.

19 *Ibídem*, p. 166.

20 «Programa de los cardenistas», *Problemas de México*, n.º 4, 15 de julio de 1958, p. 176.

21 «Posición del Partido Comunista Mexicano frente a la sucesión presidencial», *Problemas de México*, n.º 4, 15 de julio de 1958, p. 274.

22 *Ídem*.

23 *Ibídem*, p. 280.

proporcional». ²⁴ En el número se añade la plataforma electoral de los comunistas, firmada en febrero de 1958, en donde se explica la razón de la candidatura de Miguel Mendoza López. Este era un abogado, ex combatiente zapatista y no integrante del PCM. En el documento se remarca que «El Partido Comunista Mexicano no solamente no apoya, sino que se enfrenta a la candidatura presidencial gubernamental y lucha contra lo que en ella hay de continuación de la política seguida por el régimen». ²⁵

Esta diversidad de posiciones muestra la ambigüedad con la que se leyó la coyuntura electoral. Por un lado, fuerzas políticas que se aferran al discurso de la revolución mexicana y que ven en la elección de López Mateos una posibilidad de influir; por el otro, organizaciones que comienzan a cuestionar el horizonte que se ha impuesto desde dos décadas atrás. El caso de los comunistas es muy significativo, pues sin contar con un registro electoral legal y por tanto tener una campaña testimonial, resultó revelador lanzar un candidato por cuenta propia, algo que no sucedía desde 1934. Los comunistas no tardarían mucho en romper sus últimos lazos ideológicos con el régimen que se decía deudor de una revolución. El denominado «programa de los cardenistas» expresa un momento en donde la izquierda del régimen político —asociada a Cárdenas, con grupos dentro y fuera del PRI— buscaron influir. Desde su perspectiva, el candidato López Mateos expresaba una oportunidad de corrección de algunos de los fallos de los últimos gobiernos. La presión que ese grupo intentó ejercer denota la esperanza que existía en las energías contenidas dentro del partido oficial, esperando que su intervención pública pudiera modificar la balanza. Es significativo el contraste entre las posiciones de Lombardo y el PP, el PCM y los cardenistas. El PP en la mano de Lombardo expresaba subordinación total, sin siquiera influir mínimamente en el programa; los cardenistas presionaban para que el candidato —seguro ganador— se inclinara a la izquierda. En ninguna de ellas dos, había aspiración de construir una fuerza independiente, más allá tanto del discurso oficial como del PRI. En cambio, los comunistas entendieron al final que el camino era el de luchar por la independencia e iniciaron la construcción de su propia vereda. En ese momento absolutamente intrascendente en el equilibrio de fuerzas, pero un primer paso que sería fundamental.

Los números cinco y siete de *Problemas de México* son relevantes porque muestran la coyuntura de movilización. Como ya señalamos, se hace presente la protesta y crítica frente al encarcelamiento del líder agrario Jacinto López, pero también se incluyen numerosos y breves documentos sobre el conflicto ferrocarrilero. Estos documentos son variados, van desde los llamados del Sindicato de ese gremio, declaraciones de organizaciones patronales, de partidos (como el PCM y el POCM) hasta de centrales *oficialistas*, es decir, ligadas al PRI, como la Confederación de Trabajadores de México. Todos los documentos son breves, pues se trata de posicionamientos o declaraciones y no de análisis. La irrupción del movimiento ferrocarrilero en 1958 fue un parteaguas en la historia moderna y expresó la primera acción independiente de la clase obrera desde 1948. Al ser un gremio con cierta centralidad en el proceso de modernización (Womack, 2007), sus demandas, aunque limitadas al aspecto económico-corporativo, tuvieron gran resonancia en la sociedad, pues colocaban la autonomía de las decisiones de los trabajadores. La inclusión de estos documentos refleja el tono de la época: una fuerte presencia de los ferrocarrileros, entonces con dos dirigentes de izquierda a la cabeza, como lo fueron Valentín Campa y Demetrio Vallejo. Ambos expulsados del PCM y entonces militantes del Partido Obrero Campesino. El movimiento ferrocarrilero, en ascenso en 1958, expresa una tendencia que se venía anidando en el sindicalismo y era la de la *depuración*, esto es, la eliminación de las prácticas autoritarias que sometían a los trabajadores a manos de personeros del régimen. La acción

²⁴ *Ibidem*, p. 283.

²⁵ «¡Una política y un candidato que responden a los intereses del pueblo! (Manifiesto del Partido Comunista Mexicano!), *Problemas de México*, n.º 4, 15 de julio de 1958, p. 295.

colectiva ferrocarrilera demostrará la potencia de esa demanda —con un triunfo parcial en 1958— y su límite en 1959, cuando el gobierno imponga una dura represión.

También es de destacar que hacia el final de la revista se incluye un balance breve, por parte del PP, sobre algunos conflictos estudiantiles, que en esa época ya comenzaban a hacerse más presentes. Como lo ha demostrado Jaime Pensado (2013), el movimiento ocurrido en el Instituto Politécnico Nacional (IPN) en 1956 representó un punto de inflexión en la historia de los conflictos estudiantiles, en la medida en que desató una dura campaña anticomunista, orquestada desde la prensa y el gobierno, al tiempo que el régimen buscó replicar la dominación sindical en el ámbito de los estudiantes técnicos, creando organizaciones de mediación sujetas al partido oficial.

El último número de la serie *Problemas de México* es del 1 de octubre de 1958. Con el título «El movimiento del magisterio: sus antecedentes, causas e implicaciones» se entregó un volumen amplio de documentos e intervenciones. Se trata de un verdadero *archivo* del movimiento magisterial entre 1956 y 1958. La revista presentó registros de todo tipo: desde las declaraciones y arengas del Movimiento Revolucionario del Magisterio (MRM) dirigido por Othón Salazar,²⁶ hasta la posición del sindicalismo oficial en la voz de su dirigente. En aquel momento, la demanda era doble, por un lado, un aumento salarial del 40 %, y por el otro, el reconocimiento de la dirigencia *democrática* de la sección IX del Sindicato, con sede en el Distrito Federal. De igual forma se presentaron los alegatos de la sección magisterial del PP como la defensa del PCM. Voces diversas, como las de las Asambleas de Padres de Familia —en favor del magisterio—, volantes de otros sindicatos, así como columnas intelectuales en contra o favor de los maestros. No puede pensarse en unilateralidad, la mayor parte de las voces de los actores están presentes. Desde las que piden depuración del comunismo dentro del sindicalismo, hasta la de los dirigentes magisteriales más comprometidos en aquellas movilizaciones. Resaltamos, solamente, como al calor de la jornada electoral en la que López Mateos es electo, el MRM respaldó su candidatura «de manera reflexiva».²⁷

Las tres temáticas aquí abordadas son apenas una muestra pequeña de lo que se desarrolló en la breve vida de la revista fundada por Marcué Pardiñas. Su importancia radica, entre otras cosas, en que nos permite seguir las variaciones discursivas y programáticas de los actores políticos. Se trata de la izquierda del régimen político —aglutinada en el PRI y en el PP—, la izquierda «independiente» que hizo un esfuerzo de lectura de una coyuntura que parecía abrirles mejores perspectivas de acción política. El énfasis que hemos colocado en ello, denota la erosión del viejo consenso ideológico y permite comprender que fueron las movilizaciones sociales, aunadas a los procesos de desgaste en el vínculo con el poder, las que llevaron a sectores significativos de las izquierdas a replantearse el horizonte en su conjunto.

De archivos, balances y una revista de época

Es difícil ubicar en una tipología cerrada la experiencia de *Problemas de México*. Los apenas siete números, en un lapso de unos pocos meses, parecen indicar una revista más bien efímera. Sostengo que el mérito de Marcué Pardiñas y de su publicación tiene dos ramificaciones importantes cuyo eje es el tipo de montaje. La revista es una composición variada, que se integra con intervenciones políticas,

26 Othón Salazar fue un líder del movimiento magisterial durante toda la segunda parte del siglo XX. Originario del sureño estado de Guerrero, fue un profesor normalista y líder del sindicalismo magisterial en la Ciudad de México. En la década del sesenta ingresó al PCM, y fue un cuadro importante y candidato a gobernador cuando dicha organización recuperó sus derechos políticos en 1980.

27 «El MRM y la sucesión presidencial», *Problemas de México*, n.º 7, 1 de octubre de 1958, p. 188.

balances sociológicos e involuntariamente opera como *archivo* del momento. Esta composición múltiple es la que la vuelve anómala frente al modelo clásico de revista, cuyo eje es la nota informativa o la opinión del columnista. No existe parangón —ni antes ni después—, de una revista que opere en tantos niveles. Quizá estas razones —su brevedad, la distancia con el modelo clásico— hayan pesado de tal modo que impidieron valorarla como corresponde. La mayor parte de las publicaciones periódicas de las izquierdas se convirtieron en voceras de determinadas posiciones, mostrando su cariz como espacio de intervención a partir de determinadas líneas de demarcación.

La variada composición de *Problemas de México* es inmediatamente perceptible. En el primer número, con el programa del Partido Popular Socialista, la publicación asemeja el tono partidario clásico; pero con la aparición del segundo, esa idea se rompe, pues lo que se presenta es un estudio de aspiración sociológica-jurídica, sobre los diversos programas y plataformas políticas partidarias. El número tres, parece retomar de nuevo la senda de ser publicación de partido, a través de los posicionamientos de militantes del PP sobre la derecha mexicana. El número cuatro es un primer intento de construcción del *archivo*, al presentar los programas y plataformas de todos los partidos que participaban en la campaña electoral. El número cinco es ya la composición entre balances de coyuntura, intervenciones políticas y documentación a propósito del movimiento ferrocarrilero. El número seis, en cambio, vuelve al tono de los principios de la «revolución mexicana», pero en el plano internacional. Finalmente, en el siete, conviven tanto los estudios sociológico-jurídicos con la documentación sobre la movilización magisterial.

En este tenor resulta importante señalar por qué *Problemas de México* pudo aparecer en esta coyuntura y en este formato específico. La hipótesis más importante es que se trató de un momento en el que comenzó una modificación de las fuerzas en el seno de las izquierdas, en dos sentidos encontrados. Por un lado, el decaimiento de la hegemonía de la ideología de Lombardo Toledano sobre el conjunto de la izquierda y por el otro, la lenta reactivación del PCM y sus periferias; todo ello, además, aderezado por la emergencia de movimientos sociales variados. La unilateralidad de otros tiempos, marcada por la «revolución mexicana» como horizonte de época, era ya insostenible. Una pluralidad de voces actuaban en un pequeño, pero intenso debate público, del que participaban sindicalistas, maestros, candidatos y periodistas.

La relación entre Lombardo Toledano, el PP y el PCM era complicada y tenía vaivenes desde dos décadas atrás. La historiografía reconoce la dependencia de la organización comunista, en gran medida mediada por las instrucciones y recomendaciones desde Moscú, a las iniciativas del líder sindical y dirigente del PP. Más allá de los datos específicos, es claro que la concepción de Lombardo fue la que articuló el discurso de las izquierdas durante las décadas del cuarenta y cincuenta: la Revolución Mexicana era un proceso que apuntalaba sectores progresistas dentro del gobierno y había que impulsarlos, la presencia del Estado mexicano en la arena mundial, además, favorecía la correlación de fuerzas que permitía la crítica del imperialismo y la defensa de la Unión Soviética. Esto tiene su clímax de quiebre en el momento en que la Mesa Redonda de los Marxistas, que reunió a los múltiples colectivos y grupos prosoviéticos, llevó adelante la consigna de creación de un nuevo partido: el de Lombardo, una organización pluriclasista y aliada del gobierno mexicano. La hegemonía lombardista llevó al PCM a secundar la campaña del naciente PP en 1952. Todo esto se puede resumir en la consigna de la época: «Al socialismo por la Revolución Mexicana».

Para 1958, sin embargo, las cosas comienzan a ser diferentes. Lombardo ha perdido los vínculos con el poder político que sostenían su posición privilegiada. Su partido, aunque en crecimiento y con arraigos locales, vivía atrapado entre la negociación con el poder y las insubordinaciones de quienes aspiraban a ir más allá del discurso oficial. Es ello lo que deja ver la revista *Problemas de México* en

torno a la negativa de López Mateos de ir en coalición con el PP. Lombardo lo apoyó decididamente, lo cual parece no tener importancia para el futuro presidente. Por su parte, 1958 es un año importante para el comunismo. La lucha interna que se desató después de 1956 determinará al final la caída del Secretario general del período *estalinista*, Dionisio Encina. Más allá de la vida interna del PCM, *Problemas de México* resulta significativa porque retrata la intervención en ese período, con su primera candidatura independiente desde 1934. Más de veinte años después, los comunistas volvían a plantear una candidatura propia y este hecho, como lo ha señalado Rodríguez Kuri «muestra la disposición de las izquierdas a imaginar candidaturas en el seno de coaliciones políticas amplias» (Rodríguez, 2021, p. 207) y, agregamos, autónomas del partido de Estado y su ideología, que en ese momento eran un imán sumamente poderoso. Aunque marginal, la campaña expresa esa inicial y lenta ruptura con el lente lombardista que aspiraba a un *socialismo a la mexicana* y que orillaba en la subordinación ideológica. El declive definitivo del vínculo con la *ideología de la revolución mexicana* se encontraría en estos acontecimientos. En este momento apenas hay un gesto, con el lanzamiento de la figura de Miguel Mendoza, en uno de los episodios menos estudiados de la historia del comunismo mexicano, al grado que podría considerarse un verdadero vacío historiográfico.

Finalmente, el *invierno social* terminó con las grandes insubordinaciones obreras y campesinas de este período. Coincidente con el recambio gubernamental, sin embargo, debe entenderse en la propia lógica de la vida de las clases subalternas. El movimiento campesino tenía una larga data de haber sido domesticado, entregando su independencia a cambio de cierta protección, como lo ha señalado Armando Bartra (2020, p. 98). *Problemas de México* solo retrata la punta del *iceberg* de ese proceso, en la figura de Jacinto López, quien era líder social y político del PP. La presencia de la movilización campesina nos recuerda lo significativo que es ese sector social, más allá de la retórica obrerista de las organizaciones de izquierda. El campesino era, en este período, el gran motivador de las intervenciones de masas.

El otro momento de ruptura importante es el que protagoniza la clase trabajadora. *Problemas de México* ofrece un generoso *archivo* de dos de los procesos más importantes de la segunda mitad de la década del cincuenta: el movimiento magisterial de 1956-1958 y el movimiento ferrocarrilero en su etapa victoriosa de 1958. Ambos son dos significativos momentos. El primero, porque es la acción de los profesores de educación básica de la capital de país, que colocan en jaque a la estructura sindical vertical, en la inicial acción política del magisterio; y el segundo porque es la gran acción de la clase obrera, hija de la modernización capitalista, que con demandas económicas y de vida interna independiente, llega al corazón del rompecabezas político: la democratización de las instituciones que funcionan como mediación entre el Estado y la sociedad. Hablando del período de movilización magisterial, Gerardo Peláez (1984) señala que se trata «de la primera sacudida del aparato burocrático de los sindicatos mexicanos; ese es su significado profundo» (p. 13). No deja de ser llamativa la ausencia en las páginas de la revista el conflicto en la industria telefónica, en particular en la naciente compañía Teléfonos de México, una empresa que contemplaba un sector dinámico de la economía, en donde el triunfo del movimiento democrático fue significativo en ese período (Lara Sánchez, 2021).

El destino de estos dos movimientos fue la derrota: por la vía de la violencia en el caso del ferrocarrilero en 1959, recién iniciado el gobierno de López Mateos, o por la persecución sistemática contra el magisterio a partir de 1960. Pero en 1958 ambos lograron abrir una pequeña grieta en la muralla construida con fuerza desde que el gobierno intervino desfavorablemente para el movimiento obrero en 1948, cuando conquistaron, por la fuerza, los aparatos sindicales más importantes, utilizando a las estructuras corporativas y todo el poder social que el PRI disponía.

Así, *Problemas de México* es una revista anómala en el espectro de las publicaciones de izquierda. Por cómo estaba compuesta, y lejos de la modernización que incluyó al marxismo como eje central de los debates, se encontraba atravesada por la aspiración de que los pavimentados caminos por la *revolución hecha gobierno* (como decía un lema de la época) se convirtieran en el lugar por el cual se transitaría al socialismo. Esto no ocurrió, y hacia finales de la década del cincuenta el desencanto fue cada vez mayor. Aunque también fueron persistentes los compromisos que mantenían vinculados a un sector de la izquierda con el régimen político. Algo comenzó a labrarse en esa época. La modernización capitalista que le transformó el rostro y el cuerpo a la nación tuvo sus efectos, las rebeliones obreras, la incomodidad de grupos de las clases medias que aspiran a una perspectiva democrática, la búsqueda por la independencia como horizonte frente a un Estado que aparecía como el organizador de toda la vida social, fueron la seña de identidad. Los primeros signos comenzaron a gestarse en esos años y, para 1958, *Problemas de México* condensó esas tensiones que habitaban a las izquierdas en relación con la revolución mexicana.

Referencias

- ALONSO, J. (1990). *En busca de la convergencia: el Partido Obrero Campesino*. Ciudad de México: CIESAS.
- BARTRA, A. (2020). *Los nuevos herederos de Zapata. Un siglo en la resistencia 1918-2018*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- BASSOLS, A. (1951). *Caravana de hombres libres*. Ciudad de México: Sin editorial.
- BELTRÁN, M. (2002). *El MLN: historia de un recorrido hacia la unidad (México: 1957-1967)* (Tesis de Doctorado en Estudios Latinoamericanos, UNAM).
- BERNAL, L. (1994). *Vicente Lombardo Toledano y Miguel Alemán: una bifurcación en la revolución mexicana*. Ciudad de México: UNAM.
- BERTACCINI, T. (2009). *El régimen priísta frente a las clases medias, 1943-1964*. Ciudad de México: Conaculta.
- BOLÍVAR MEZA, R. (2007). *Vicente Lombardo Toledano: vida, pensamiento y obra*. Ciudad de México: IPN.
- CÁRDENAS, E. (2015). *El largo curso de la economía mexicana: de 1780 a nuestros días*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- CARMONA, F., AGUILAR, A., CARRIÓN, J., y MONTAÑO, G. (1970). *El milagro mexicano*. Ciudad de México: Nuestro Tiempo.
- DE LA FUENTE, J. (2016). *Contra viento y marea: la pertinaz historia del movimiento campesino y la izquierda*. Texcoco: Universidad Autónoma Chapingo.
- ESCOBAR TOLEDO, S. (2021). *El camino obrero*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- ESCUADERO, R. (2009). *Un año en la vida de José Revueltas*. Ciudad de México: UAM.
- FLORES, M. (2021). *Estrella de dos puntas: Octavio Paz y Carlos Fuentes: crónica de una amistad*. Ciudad de México: Ariel.
- GONZÁLEZ PEDRERO, E. (1961). Hacia un Bandung en América Latina. *Política: Quince días en el Mundo, I*(19), 19-20.
- GUERRERO, B. (2012). La *Revista Problemas Agrícolas e Industriales de México*, un espacio de recepción de la intelectualidad. *Fuentes Humanísticas*, 24(44) 97-108. Recuperado de <http://fuenteshumanisticas.azc.uam.mx/index.php/rfh/article/view/143>
- HERNÁNDEZ, R. (2016). *Historia mínima del Partido Revolucionario Institucional*. Ciudad de México: El Colegio de México.
- HURTADO, G. (2010). Un antecedente de El Espectador: críticas a la Revolución mexicana en 1959. *Literatura Mexicana*, 21(2), 15-25. Recuperado de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_abstract&pid=S0188-25462010000200002&lng=es&nrm=iso
- ILLADES, C. (2018). *El marxismo en México*. Ciudad de México: Taurus.
- LARA SÁNCHEZ, M. (2021). *El movimiento restaurador de la Democracia Sindical. La lucha de los telefonistas por la democracia (1959-1962)*. Ciudad de México: Ítaca.
- LEYVA, G. (2018). *La filosofía en México en el siglo XX*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- MALDONADO, B. (1962). *Terror en el campo, fallas de la reforma agraria*. Ciudad de México: Laura.
- PELÁEZ, G. (1985). *Las luchas magisteriales de 1956-1960*. Ciudad de México: Ediciones de Cultura Popular.
- PENSADO, J. (2013). *Rebel Mexico. Student Unrest and Authoritarian Political Culture During the Long Sixties*, Stanford: Stanford University Pres.
- QUINTANILLA, L. (1982). *Lombardismo y sindicatos en América Latina*. Ciudad de México: Fontamara.
- RODRÍGUEZ, A. (2021). *Las izquierdas en México*. Ciudad de México: El Colegio de México.
- ROUSSET, A. (2000). *La izquierda cercada*. Ciudad de México: Instituto Mora.
- SERVÍN, E. (2001). *Ruptura y oposición. El movimiento henriquista: 1945-1954*. Ciudad de México: Cal y Arena.
- SERVÍN, E. (2008). Algunas ramas de un árbol frondoso: el cardenismo a mediados del siglo XX. *Historias. Revista de la Dirección de Estudios Históricos*, 68, 81-96.
- SERVÍN, E. (2021). El Movimiento de Liberación Nacional, a sesenta años. *Memoria*, 279(3), 91-95.
- SPENCER, D. (2007). *La unidad a toda costa: la Tercera Internacional en México durante la presidencia de Lázaro Cárdenas*. Ciudad de México: CIESAS.

- TREJO, R. (1984). Historia del movimiento obrero en México, 1860-1980. En: P. GONZÁLEZ (Coord.), *Historia del movimiento obrero latinoamericano* (pp. 11-87). Ciudad de México: Siglo Veintiuno Editores.
- VELASCO, M. (2019). *Autobiografía de un comunista*. Ciudad de México: Editorial Revolución.
- WOMACK, J. (2007). *Posición estratégica y fuerza obrera: Hacia una nueva historia de los movimientos obreros*, Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica-El Colegio de México.
- ZOLOV, E. (2020). *The Last Good Neighbor: Mexico in the Global Sixties*. Nueva York: Duke University Press.

Autonomía, contrainteligencia y política. Un estudio sobre el Grupo de Tareas 3.3 de la ESMA (1976-1978)

Autonomy, Counterintelligence and Policy. An Analysis on ESMA Task Force 3.3 (1976-1978)

Valentina Salvi^{1,2}

Resumen

Durante la última dictadura argentina, la Escuela de Mecánica de la Armada se convirtió en el epicentro de las tareas represivas de la fuerza de mar. En el caso de oficiales de la escuela naval funcionó un centro clandestino de detención por el que pasaron miles de personas secuestradas a manos del Grupo de Tareas 3.3. Este artículo analiza el funcionamiento de esta unidad operativa en el período de su mayor expansión represiva, entre julio de 1976 y diciembre de 1978, cuando se separó del Servicio de Inteligencia Naval y estuvo bajo el liderazgo de su jefe de inteligencia Jorge Acosta. A partir del cruce de fuentes testimoniales con documentos oficiales de la Armada, el presente trabajo analiza la progresiva autonomización de sus áreas de inteligencia, logística y operativa, la complejización de las acciones de inteligencia, el dispositivo de contrainteligencia al que fueron

tine detention centre, through which thousands of people were kidnapped under the responsibility of task force 3.3. This article focuses on how this task force operated in the period of its greatest repressive expansion, between July 1976 and December 1978, when it separated from the Naval Intelligence Service and was under the leadership of its intelligence chief, Jorge Acosta. Based on the crossing of testimonial sources with official documents of the Navy, this paper analyzes the progressive autonomization of its intelligence, logistics and operational areas, the complexity of intelligence actions, the counterintelligence device implemented to subdue the kidnapped, and the links with the political project of Admiral Emilio Massera as an articulated whole.

Keywords: ESMA, state terrorism, task forces, Intelligence

¹ CIS-Conicet/IDES/Untref.

² Este trabajo forma parte del proyecto de investigación PICT 0467-2016 «La ESMA, de Centro Clandestino de Detención a Sitio de Memoria: procesos históricos y memoriales entre 1976 y 2016», dirigido por la Dra. Marina Franco y financiado por la Agencia Nacional de Ciencia y Técnica.

sometidos los/as secuestrados/as, y los vínculos con el proyecto político del almirante Emilio Massera como un todo articulado.

Palabras clave: ESMA, terrorismo de Estado, grupos de tareas, Inteligencia

Abstract

During Argentina's last dictatorship, the Navy Mechanics School became the epicentre of the repressive actions of the sea force. In the officers' casino of the naval school there was a clandest-

La Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA) se convirtió, a partir de marzo de 1976, en el epicentro de las tareas represivas de la Armada Argentina en la zona norte del Área Metropolitana de Buenos Aires.³ Hacia finales de 1975, el Plan de Capacidades Internas de la Armada Argentina (Placintara/75) conformó la Agrupación Buenos Aires a cargo de la Fuerza de Tareas (FT) 3 en las zonas cercanas a la ribera del Río de la Plata.⁴ Dentro de esta FT funcionó el GT 3.3, que estableció su base de operaciones en el edificio del Casino de Oficiales, lugar de descanso y esparcimiento de los oficiales que prestaban servicio en dicha escuela naval. El GT 3.3 estaba dividido, a su vez, en dos unidades de tareas (UT). La UT 3.3.1 estaba a cargo de tareas cubiertas de orden defensivo y preventivo en zonas aledañas a la ESMA y la UT 3.3.2 de tareas «ofensivas y encubiertas» y era responsable del manejo del centro clandestino de detención (CCD)⁵ (Stalman, 2012, p. 6). Por último, las UT estaban conformadas por elementos de tareas (ET) que eran los «grupos de combate» creados *ad hoc* para la ejecución de los distintos operativos.

La envergadura que adquirió la ESMA en la estructuración y dinámica de las acciones represivas de la Armada durante los años de la dictadura se debió no solo a la cantidad de personas que allí fueron secuestradas y asesinadas,⁶ a la prolongada duración en funciones operativas (marzo de 1976 a diciembre de 1983), al número de oficiales y suboficiales involucrados, sino también a la fuente de poder que representó para los propios miembros del GT, para la Armada y para el proyecto político de su comandante en jefe, el almirante Emilio Massera. Jorge Acosta, jefe de inteligencia, señaló que «el GT 3.3 era el más importante en medios y personal al Norte de Puerto Belgrano».⁷

El objetivo de este artículo es dar cuenta de uno de los aspectos menos conocidos de la ESMA: el GT 3.3. Este análisis se centra en el momento de su mayor expansión entre mediados de 1976 a principios de 1979 cuando el comandante de hecho de la UT 3.3.2. era el capitán de corbeta Jorge Acosta (alias Tigre).⁸ Este recorte temporal permite hacer foco en la dinámica represiva que adquirió el GT 3.3 en el período en que se separó del Servicio de Inteligencia Naval (SIN) e implementó —de modo crecientemente independiente— actividades más complejas en el área de inteligencia, en el tratamiento de las personas secuestradas y en las acciones de contrainteligencia en el país y en el exterior.

Para adentrarnos en la dinámica de funcionamiento del GT 3.3, se hará foco —y a pesar de la opacidad del objeto de observación— en las prácticas e interacciones de sus miembros con las perso-

3 Ubicada en la Avenida Libertador en el barrio porteño de Núñez, la ESMA funcionó como escuela de formación de suboficiales de la Marina desde 1924 hasta 2004.

4 Su jurisdicción era el Área III-A, Subzona «Capital Federal» de la Zona I bajo la órbita operacional del Primer Cuerpo de Ejército.

5 La UT 3.3.1 estaba a cargo de tareas defensivas en el perímetro de Av. Congreso, Av. De los Constituyentes, Av. General Paz y el río de La Plata en la Capital Federal. La UT 3.3.2 no tenía una zona geográfica asignada y cuando operaba debía pedir autorización al Comando de la Zona I (Slatman, 2012, p. 6).

6 Si bien no se conoce el número exacto de víctimas, los organismos de derechos humanos calculan alrededor de cinco mil personas.

7 Juzgado de Instrucción Militar n.º 4, Jorge Acosta, Declaración Informativa, 21 de junio de 1986. Véase, Causa 761, 1987, incorporado en Causa 1238, 2006, Cuerpo 009, Foja 1967.

8 El accionar del GT 3.3 delineó desde sus comienzos (1976) hasta su desarticulación (1983) una trayectoria que puede ser periodizada en cuatro momentos. La primera etapa corresponde a la primera mitad de 1976 cuando el GT operaba subordinado al SIN y los comandantes de la UT 3.3.2. eran los capitanes de fragata Salvio Menéndez y Adolfo Arduino. En la segunda etapa hace foco este trabajo. La tercera etapa coincide con el reemplazo del comandante de la UT, el capitán de navío Jorge Vildoza y su jefe de inteligencia, Jorge Acosta por el capitán de fragata Horacio Estrada y el capitán de navío Luis D'Imperio y con la revinculación al SIN. Y la última, hacia 1980, con el declino de las actividades represivas, la desactivación del GT y la creación del Grupo de Operaciones Especiales de la Armada (GOEA).

nas secuestradas, con la institución armada y con el almirante Emilio Massera. Para ello, se entretrejen analíticamente tres dimensiones: el accionar represivo en el marco del plan operativo, su dinámica en relación con la estructura operativa de la Armada y la lógica de funcionamiento dada la discrecionalidad que adquirió la «lucha contra la subversión» (Ranaletti, 2018). La articulación de estas tres dimensiones en clave sociológica permite comprender el proceso de autonomización del GT 3.3 respecto de la estructura operativa de la Armada, la progresiva clandestinización de sus prácticas represivas y de inteligencia en relación con la comunidad de inteligencia, y la complejización y diversificación de acciones de contrainsurgencia en los planos militar y político. La principal hipótesis que sostiene este artículo es que la dinámica de funcionamiento del GT 3.3 le permitió alcanzar niveles de autonomía operativa, inteligencia y logística que redundó en la ampliación de actividades militares y políticas en articulación con el proyecto político del almirante Massera. El foco puesto en el funcionamiento interno, en el despliegue de sus dinámicas y las formas de interacción del GT en el marco de un CCD con características singulares como fue la ESMA permite problematizar ciertas miradas canonizadas sobre el proceso represivo que sobredimensionan la idea de una racionalidad de acción y preexistente al devenir del proceso represivo.⁹

Existe un consenso en el campo de historia reciente según el cual la «lucha contra la subversión» se llevó a cabo bajo en una planificación centralizada de las fuerzas armadas y una ejecución descentralizada en los grupos de tareas. A este acuerdo se llega desde diversas entradas analíticas: las prescripciones y lineamientos doctrinarios sobre el accionar de los escalones subordinados de las fuerzas armadas (Pontoriero, 2016), la diversidad de recursos, opciones y modalidades represivas que se dieron en el plano regional y local (Águila, 2013), la discrecionalidad operativa de los grupos de tareas en función del vértigo y de la oportunidad de las acciones represivas (Ranaletti, 2018) y las dinámicas de autonomización que fueron adquiriendo las fuerzas armadas y de seguridad al momento de actuar (Scatizza, 2017). En tal sentido, este trabajo busca aportar al estudio de la descentralización de las bases operativas a partir del proceso de autonomización que tuvo el GT 3.3 de la ESMA en el período estudiado.

La nomenclatura utilizada para nombrar las unidades que operaron en la ESMA requiere especial consideración pues su variación responde a distintas dinámicas. En primer lugar, la denominación operativa naval establece que la UT 3.3.2 es una unidad ofensiva subordinada al GT 3.3. En segundo lugar, los/as sobrevivientes desde los tempranos testimonios brindados ante la Comisión Argentina de Derechos Humanos (CADHU) en París en 1979 hasta las actuales audiencias orales de la llamada Megacausa ESMA fusionan ambas designaciones en una: GT 3.3.2. En tercer lugar, las declaraciones de los represores pendulan entre GT 3.3 y la UT 3.3.2. y resulta difícil identificar el sentido preciso de su uso. Y por último, en cuanto a la práctica clandestina concreta, diversas fuentes consultadas muestran que ni la UT 3.3.2 ni el GT 3.3 funcionaron tal y como fueron ideados, sino que lo hicieron solapadamente, operando con el mismo Estado Mayor y las mismas jefaturas de áreas (Argentina, Ministerio de Defensa, 2015, p. 351) al punto que en el devenir de los acontecimientos «los límites entre la UT y el GT se fueron diluyendo» (Slatman, 2012, p. 6). A pesar de la opacidad propia del objeto de observación, en este artículo se mantendrán ambas nominaciones con el propósito de precisar, en la medida de lo posible, algunas de sus incumbencias.

9 Si bien la idea sobre la sistematicidad del accionar represivo diseñado e implementado por las Fuerzas Armadas desde el aparato estatal es la característica más sobresaliente del terrorismo de Estado. Sin embargo, no ha ayudado a la hora de comprender el despliegue del proceso de represivo con sus marchas y contramarchas, sus particularidades locales, en el marco de las diversas fuerzas y como parte de entramado de relaciones que se produjo con el devenir de los acontecimientos.

El objeto de estudio abordado en este trabajo se recorta en función de las limitaciones y dificultades metodológicas que surgen del *corpus* de fuentes disponibles. Este artículo analiza, por una parte, algunos documentos producidos por la Armada Argentina como el Placintara/75 y también reglamentos, legajos de servicio, fojas de concepto, memorias anuales, resoluciones y expedientes de la justicia militar relevados por el Ministerio de Defensa (2015) y citados en el Alegato de la fiscalía de la causa ESMA III para identificar dimensiones organizativas del GT. Por otra parte, los testimonios brindados por un pequeño grupo de sobrevivientes tanto en sede judicial como en libros testimoniales resultaron un valioso aporte para la reconstrucción del funcionamiento del GT a pesar de la visión fragmentaria por su condición de secuestrados/as. Por su parte, las declaraciones de los marinos en la Megacausa ESMA y, en los ochenta, ante Juzgados Instrucción Militares y el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas (Consufa), más allá del secreto y la mentira que las rodea, se enmarcan en una guerra contrainsurgente y desde ese paradigma —que no es considerado en este trabajo solamente como un discurso encubridor o justificatorio, sino como una categoría organizadora de las prácticas y representaciones (Salvi y Garaño, 2014; Soprano, 2019)— proveen elementos para reconstruir su accionar. En este sentido, las declaraciones de los represores exigen particulares recaudos metodológicos, por ello, fueron sometidas a un cruce con otras fuentes orales o escritas.¹⁰

Otros trabajos previos a este abordaron diversos aspectos de accionar represivo del GT 3.3 de la ESMA. María Olivera Cézar (1988) identifica muy tempranamente la dinámica entre el GT y la UT con el SIN y el almirante Massera. Melisa Slatman (2012) indaga en la organización interna del GT 3.3 y las circunstancias que estimularon su autonomización. Dolores San Julián (2017) estudia la infiltración y secuestro del llamado Grupo Santa Cruz. Ivonne Barragán (2018) se adentra en la estructura y las lógicas de funcionamiento represivo de las fuerzas de tareas de la Armada para comprender las territorialidades y la circulación de secuestradas embarazadas. Facundo Fernández Barrio y Rodrigo González Tizón (2020) analizan las incursiones extraterritoriales del GT a través del Centro Piloto de París.¹¹ No obstante, estas ineludibles contribuciones no se adentran en las prácticas y dinámicas internas del GT, en la progresiva autonomización de sus áreas, en el complejización de las acciones de inteligencia ni en el dispositivo de contrainsurgencia al que fueron sometidos los y las secuestradas, como un todo articulado como se propone analizar este artículo.

La ESMA, por último, se convirtió en el lugar emblemática del terrorismo de Estado en Argentina. Muchos factores políticos, sociales y memoriales a lo largo de 45 años de historia argentina —que no serán desarrollados aquí— contribuyeron a que esto sea así (Feld y Salvi, 2021). Esta emblemización tiende a sobredimensionar la excepcional de la ESMA respecto de otros CCD. Esto resulta un obstáculo a la hora identificar los rasgos que definen su singularidad (su diferencia) y la dinámica particular que los posibilitó en el marco de un proceso represivo que por su propia lógica descentralizada propició la autonomización de los grupos operativos. De modo que el presente tra-

10 Otras limitaciones surgen de la heterogeneidad de lenguajes y puntos de vistas de voces tan disímiles como las de los/as sobrevivientes y los represores. Por una parte, los testimonios de los/as sobrevivientes tienen una fuerte carga traumática, de modo que sus dichos están atravesados por quebrantos, silencios y emociones que enmarcan aquello que nombran y describen. También retoman los eufemismos utilizados por los represores para referirse a situaciones de extrema complejidad y opacidad (Feld y Franco, 2019, p. 5). Y por otra parte, las declaraciones de los marinos muestran muy diversas *performances*. Estas pendulan entre relatos orgullosos y reivindicativos que apelan a los valores militares tradicionales y al carácter histórico de la tarea realizada, relatos con marcado contenido político que cuestionan la idoneidad de los testigos y niegan los hechos denunciando una conspiración y otros relatos técnicos centrados en saberes de la inteligencia y la *expertise* militar (Salvi, 2020).

11 Otros trabajos se ocupan de la base doctrinaria de la fuerza de mar como Barragán y Zapata (2015) y Pontoriero (2021).

bajo busca también dar elementos para someter a discusión los efectos de esa emblemización cuyas sombras oscurecen la comprensión del terrorismo de Estado.

La organización del Grupo de Tareas¹²

Como ocurrió en muchos otros casos, la ESMA fue al mismo tiempo escuela y centro clandestino de detención. El contralmirante Rubén Chamorro era el comandante del GT 3.3 y también cumplía funciones como Director. Esta doble pertenencia de la ESMA hizo que, como institución de formación naval, dependiera administrativamente de la Dirección de Instrucción Naval en la órbita de la Dirección General del Personal Naval, y como asiento del GT 3.3 estuviera bajo las órdenes del Comando de Operaciones Navales (COOP). De modo que, en la ESMA se articularon las dos estructuras orgánicas (Lettieri y Agostini, 2018, p. 3): La administrativa cuya máxima autoridad era el Estado Mayor General de la Armada y la operativa, creada *ad hoc* en casos de conflicto bélico o de situaciones especiales, subordinaba al COOP, máxima autoridad con injerencia en las acciones represivas (Slatman, 2012, p. 6). Por medio de la articulación de ambas estructuras, la Armada puso en funciones al GT, y lo dotó de recursos, hombres y tareas en el marco de la *lucha contra la subversión*.

La nómina del personal del GT 3.3 se compuso de oficiales y suboficiales quienes fueron mayormente destinados a distintos departamentos de la Escuela y algunos a Buques y Navíos. Una parte de estos marinos permanecieron por períodos de un año renovable y conformaron el personal permanente del GT¹³ y otra parte fue destinada «en comisión» de forma rotativa por períodos de tres o más meses.¹⁴ El personal permanente dio estabilidad y previsibilidad al GT pues ocupó puestos claves como comandancias, jefaturas y miembros de las distintas áreas. Por último, el GT recibió personal de inteligencia bajo modalidad «de enlace» proveniente de otras fuerzas armadas y de seguridad.

La plana mayor del GT 3.3 y de la UT 3.3.2, es decir, los comandantes y los jefes de las cuatro áreas (operativa, inteligencia, logística y personal), estaba conformada por oficiales superiores y jefes con grados de capitanes. Estos oficiales formaban parte, a su vez, del Estado Mayor que era la instancia operativa dedicada a idear las acciones represivas y ejecutar su cumplimiento. Desde finales de 1976, la plana mayor estuvo físicamente ubicada en un conjunto de oficinas de acceso restringido en el ala norte del Casino de Oficiales que recibió el nombre de *Jorges*, por el nombre de pila de la mayoría de oficiales de este grupo, Jorge Vildoza (comandante de la UT 3.3.2), Jorge Acosta (jefe de inteligencia), Jorge Perrén (jefe de operaciones) y Jorge Rádice (área de logística).¹⁵ La organización y la división de tareas del Estado Mayor permitió que las cuatro áreas trabajasen mancomunadamente con el comandante del GT 3.3, Chamorro, y los sucesivos comandantes de la UT 3.3.2 en la definición y puesta en funcionamiento de los planes militares. De modo de facilitar el funcionamiento represivo, esta articulación permitía agilizar la asignación de recursos, la determinación de directivas y órdenes, y la

12 La mayoría de las características organizacionales descritas en este apartado no son exclusivas del GT 3.3, sino que son compartidas por otros centros clandestinos de detención y circuitos represivos en diferentes lugares del país (Águila, 2018, Garaño, 2016; Scatizza, 2016).

13 El personal permanente quedó asociado a la Compañía de Vigilancia y Seguridad de la ESMA compuesta por dos compañías de infantería de Marina, la A y la B. Alegato de la fiscalía ESMA III, leído entre el 6 de julio y el 9 de diciembre de 2015, p. 31. (en adelante ALEGATO)

14 Las comisiones podían ser grupales (compañía o sección) o individuales (un oficial o suboficial) con destino en el Batallón de Seguridad del Comando en Jefe de la Armada (BISA) y el Batallón de Seguridad del COARA. Ídem, p. 32.

15 El jefe del área de logística era Carlos Pazo, pero Jorge Rádice fue el «contador del gt» ocupado de la administración de las finanzas. Ídem, p. 197.

circulación de la información, pero también la división de actividades, *expertises* y responsabilidades. Por su parte, la tropa de la UT, en especial de las áreas operativa e inteligencia, estuvo conformado por oficiales de rango medio y subalterno (tenientes y guardiamarinas) —aunque también hubo oficiales retirados—. Y, por último, el área de personal y los guardias del predio estuvo compuesta por una tropa de suboficiales y de cadetes de la Escuela.¹⁶

Como sucedió en otros circuitos represivos, el área operativa (conocida como *patota*) se encargaba de secuestrar personas en la vía pública, en sus casas o en sus lugares de trabajo con el propósito de ser trasladadas con vida a la ESMA.¹⁷ El grupo operativo planificaba el modo en que iba ser llevado a cabo el secuestro con el *grupo de asalto*, el *grupo de cobertura* se ocupaba de dar apoyo al primero y un «grupo de reserva» dispuesto a participar en caso de que fuera necesario.¹⁸ El número de efectivos comprometidos en cada *misión* podía variar entre 16 y 40 en vehículos rápidos y de apoyo (helicóptero, ambulancia, o camioneta SWAT), con armas cortas y largas, equipos de radiocomunicación y elementos de sanidad entre ellos un fármaco *anticianuro*. El área operativa contaba con una *brigada de guardia*. Las operaciones se consignaban en un formulario (personal, armas, coches, fecha, lugar, etc.) para conocimiento del Primer Cuerpo de Ejército de modo de coordinar la «zona libre». Luego de los secuestros, el *grupo de calle* se ocupaba de revisar el domicilio de la persona capturando los documentos personales para ser remitidos al área de inteligencia y bienes materiales de diverso tipo para el área de logística.

El área de inteligencia, por su parte, constituía el grupo estratégico pues se ocupaba de coleccionar información considerada relevante para las tareas de contrainsurgencia por medio de interrogatorios bajo tortura. Al igual que en otros centros clandestinos de detención, aplicada alternativamente por dos o tres oficiales de inteligencia sobre los y las secuestradas, la tortura era masiva (sobre todo el cuerpo), sistemática (a todas las personas secuestradas), metódica (con similares instrumentos y métodos) y rutinaria (en un tiempo y espacio similar).¹⁹ Los torturadores priorizaban la eficacia en los resultados: obtener, cuanto antes, datos de orden táctico para el sistema de inteligencia, es decir, información valiosa para decidir cursos de acción de manera inmediata contra miembros de las organizaciones armadas u otras personas sindicadas de subversivos. Hoy sabemos gracias al testimonio de las víctimas que, entre los represores del GT, los únicos autorizados para torturar eran los que dominaban la técnica. Entre ellos estaba el jefe de inteligencia, Jorge Acosta, quien participaba en la mayoría de las sesiones de tortura y otros conspicuos torturadores como Antonio Pernías, Héctor Febres y Francis Whamond.

Durante los tormentos, los marinos ejercían, al menos, una combinación de tres modalidades prácticas: 1) procedimientos rutinarios instruidos por la inteligencia militar que les permitía construir una suerte de distanciamiento deshumanizante hacia la víctima; 2) amenazas, gritos e insultos que buscaban culpabilizar a las víctimas por lo que estaban padeciendo, y 3) actos de seducción y promesas en el marco de un sistema perverso de sujeción que buscaba colonizar la voluntad de las y los

16 Laura Lettieri y Vanina Agostini (2018) demuestran la existencia de un «listado de separados de curso» de la esma que consignaba a aquellos alumnos separados por «razones operativas», «razones de servicio» o «razones de mejor servicio» y «sin prohibición de reingreso» quienes habían llevado a cabo tareas operativas en el gt.

17 Sin embargo, en muchos casos, eran llevados mal heridos o muertos al CCD.

18 Juzgado de Instrucción Militar n.º 4, Jorge Perrén, Declaración Informativa, 23 de junio de 1986. Causa 761, 1987, incorporado en Causa 1238, 2006, Cuerpo 009 y Tribunal Oral Federal n.º 5, Mario Ayala y Myriam Lewin, Declaraciones testimoniales, Causa 1270, 24 de noviembre y 15 de julio de 2010 respectivamente.

19 Véase Tribunal Oral Federal n.º 5, declaraciones testimoniales en la Causa 1270 de Nilda Actis, 7 de mayo de 2010, Alfredo Ayala, 24 de noviembre de 2010; Graciela Daleo, 29 de abril de 2010; Ricardo Coquet, 5 de agosto de 2010, entre otras.

cautivos. Cada una de estas modalidades tuvo consecuencias en el plano de la agencia de los marinos. La violencia extrema, rutinaria y relativamente aséptica para la obtención de información es probable que, como sostiene Pilar Calveiro (1998), produjera «un menor deterioro personal en los hombres que la aplican y les permit[er]a concebirse a sí mismos como simple personal técnico» (p. 70). Las dimensiones mesiánicas y fanáticas de la violencia pueden haber contribuido a mantener el espíritu de cuerpo y el convencimiento ideológico de los cuadros, diluyendo, por tanto, las inhibiciones morales para comprometerse con la tarea. La seducción, las promesas, el discurso paternalista, incluso, ciertos cuidados y consuelos de parte de los torturadores hacia las víctimas también tuvieron efectos sobre su propia subjetividad alentando sentimientos autoindulgentes y compasivos con ellos mismos o la ilusión de que no habrían degradado su condición humana.

El área encargada del control de las/os prisioneras/os recluidos en el tercer y cuarto piso era la de personal.²⁰ Se ocupaba del registro de las personas secuestradas (foto, datos personales y número), la vigilancia permanente en los lugares de reclusión y aislamiento, el control de esposas y grilletes, la provisión de alimentos y ropa, los traslados dentro del Casino de Oficiales y la rutina de baño y aseos. Por último, el área de logística se dedicaba a la provisión y administración de recursos materiales para el funcionamiento del CCD.²¹ Se trató de tareas tradicionalmente definidas como de *apoyo de combate* que administraban, controlaban y distribuían bienes materiales de variado orden como vestimenta, armas, vehículos, sanidad, oficina, y de su reparación, así como acondicionaban las instalaciones del Casino de Oficiales para los nuevos requerimientos y usos del GT.

El Grupo de Tareas gana autonomía

Las bases doctrinarias de la guerra contrasubversiva establecían que la metodología represiva requería de una conducción centralizada bajo la coordinación conjunta de las Fuerzas Armadas (Pontoriero, 2021). Las autoridades militares debían, por medio de directivas y planes, coordinar y conducir de forma articulada el esfuerzo militar en la «lucha contra la subversión». Pero la ejecución por parte de los escalones subordinados del aparato represivo debía hacerse de forma descentralizada para atender a criterios de eficacia y oportunidad (Ranalletti, 2018 Águila, 2013). Desde el punto de vista doctrinario, la discrecionalidad de los grupos operativos, dinámicos y flexibles, les permitiría actuar rápidamente, neutralizar la ubicuidad del enemigo y su «mimetización» en la población, manejar el factor sorpresa en el combate e incursionar en diversos ámbitos políticos, gremiales y educativos (Pontoriero, 2016). Como parte de esta dinámica general de las bases operativas, el GT de la ESMA adquirió considerables grados de libertad de acción²² en su funcionamiento operativo, en la determinación de las personas a secuestrar, en la ejecución de esos secuestros, en el tratamiento dispensado a los/as secuestrados/as, en el uso de los bienes materiales incautados, y sobre la vida y la muerte de las personas cautivas y el destino final de sus cuerpos (Ranaletti, s. f.). De modo que, entre 1976 y 1978, el GT contó con las condiciones para el crecimiento autónomo de las áreas operativa, inteligencia y logística respecto de la estructura operativa de la Armada y de la comunidad informativa. En este trabajo, la noción de autonomía refiere a la capacidad concreta que adquirió el GT para actuar bajo su propio criterio y decisión independientemente de sus instancias orgánicas superiores en términos de recursos, directivas, información y personal (García, 1995, pp. 352-355; Scatizza, 2017, p. 155).

20 Placintara/75, Anexo F, Apéndice 1, p. 1.

21 Juzgado de Instrucción Militar n.º 4, Carlos Pazo, Declaración Informativa, 24 de junio de 1986. Véase, Causa 761, 1987, incorporado en Causa 1238, 2006, Cuerpo 009.

22 «Libertad de acción» es una categoría presente en el Placintara para describir las misiones en escala regional (Barragán y Zapata, 2015, p. 5).

El GT 3.3 era la base territorial y la unidad operativa de una estructura represiva cuyos vasos comunicantes con la cúpula de la Armada funcionaban en dos direcciones. La primera era descendente. Como ya se dijo, el Placintara estableció los planes, las directivas y las órdenes generales bajo la forma de una planificación centralizada impuesta a las bases desde la estructura operativa de la fuerza. La segunda era ascendente. Ese documento también determinó una conducción centralizada del esfuerzo de inteligencia a través de la participación del SIN en la comunidad informativa.²³ Esta exigía que el área de inteligencia de la UT entregase la información recolectada bajo tortura al SIN. La organización interna del GT 3.3 y el funcionamiento articulado de las cuatro áreas de la UT 3.3.2 se ajustaron, entre marzo y junio de 1976, a esta planificación y conducción centralizada.

El SIN se ocupaba de hacer el seguimiento de los temas y casos a investigar y de producir los dossiers de inteligencia militar pues contaba con oficiales técnicamente preparados para la tarea. Por su parte, el accionar de la UT se limitaba en su mayoría a operaciones de calle e interrogatorios en sesiones de tortura. Según la declaración testimonial de Martín Gras, este *modus operandi* se apoyó en una división jerárquica y operativa entre los oficiales del GT y los oficiales de inteligencia del SIN. Los primeros cumplían las tareas ofensivas en la *lucha contra subversión* y mantenían el circuito represivo a través de la lógica secuestro-tortura-secuestro. Mientras que los segundos constituían la elite especializada en los quehaceres de la inteligencia militar, es decir, analizaban la información recolectada por el GT sobre las organizaciones armadas y grupos políticos y producían informes para decidir nuevos cursos de acción en contra de aquellas y de sus militantes.²⁴

El primer comandante de la UT 3.3.2 y subcomandante del GT 3.3, Salvio Menéndez, fue herido durante un operativo de secuestro en el barrio de Palermo en junio de 1976.²⁵ Luego de este hecho, Adolfo Arduino asumió ambos cargos de la Plana Mayor por un muy breve período de tiempo, hasta la llegada de Jorge Vildoza. Esos fueron meses decisivos en la reconfiguración del GT y de la UT. Durante el período en el que Menéndez fue subcomandante, los secuestros se planificaban como *operativos de combate* mayormente en los domicilios con riesgo de bajas entre los miembros de la *patota* puesto que podían suceder enfrentamientos.²⁶ Esto se debió a que las personas a ser secuestradas por el «grupo de calle» era definidas como «blanco objetivo» sin mayor información de inteligencia que permitiera conocer sus rutinas, lugar de trabajo y sitios de frecuentación y, de ese modo, crear una situación de simulación para su captura con bajo riesgo para los marinos.²⁷ Martín Gras relató también ante el tribunal de la megacausa que en junio de 1976 se produjo un conflicto de envergadura dentro del GT.

... una especie de rebelión: los oficiales que están operando en el Grupo de Tareas de la ESMA se niegan a pasar información y procesar información al SIN, supongo que funda-

23 El Comando General del Ejército coordinó los servicios de inteligencia de las tres fuerzas armadas, fuerzas de seguridad, policías y el Servicio de Inteligencia del Estado (SIDE) y se ocupó de la reunión y centralización de la información de inteligencia.

24 Martín Gras, Declaración Testimonial, Causa 1270, 18 de agosto de 2010.

25 Menéndez fue herido en un testículo durante un operativo de secuestro la madrugada del 12 al 13 julio de 1976. Salvio Menéndez, Declaración Testimonial, Causa 13/84, Diario de Juicio, n.º 1, año 1, p. 9.

26 Nuestras mayores bajas se produjeron en este período». Juzgado de Instrucción Militar n.º 4, Salvio Menéndez, Declaración Informativa, 19 de junio de 1986. Véase Causa 761, 1987, incorporado en Causa 1238, 2006, Cuerpo 009, p 122. Véase Tribunal Oral Federal n.º 5, Martín Gras, Declaración Testimonial, Causa 1270, 18 de agosto de 2010.

27 Juzgado de Instrucción Militar n.º 4, Jorge Acosta, Declaración Indagatoria, Causa 1270, 13 de abril de 2011 y Tribunal Oral Federal n.º 5, Martín Gras, Declaración Testimonial, Causa 1270, 18 de agosto de 2010.

mentalmente alegando que el flujo de informaciones es tan rápido que si eleva la información y se espera la evaluación, se pierde el efecto operativo.²⁸

Los oficiales de inteligencia se negaron a pasar información al SIN. Incluso Gras menciona que los represores de la UT consideran que ellos «están haciendo el trabajo sucio» y que los oficiales del SIN solo hacían «la parte más elegante» pues se ocupaban tan solo del «informe de inteligencia para el Consejo de Almirantes» sin «jugarse en el día a día».²⁹ La negativa de los represores de la ESMA de entregar información de inteligencia al SIN desencadenó transformaciones sustantivas en el funcionamiento de la UT hacia finales de 1976. El manejo y aprovechamiento de la información acrecentó los grados de autonomía del GT respecto de la estructura operativa de la Armada.

Ahora bien, ¿cómo se inclinó la balanza, en el marco de una estructura organizada de forma jerárquica como la fuerza de mar, para que la UT 3.3.2 se independizase efectivamente del SIN? Los niveles de autonomía que fue adquiriendo la UT a medida que avanzó el accionar represivo fueron capitalizados por el liderazgo creciente de Jorge Acosta quien comenzó a operar en la clandestinidad con mayor libertad de acción y se convirtió en el comandante *de facto* de la unidad.³⁰ Esto generó condiciones para la acumulación de poder por parte de los miembros del GT en función de la disponibilidad de recursos materiales e información militar. Por su parte, el manejo que el almirante Eduardo Massera ejerció en pos de avanzar en su proyecto político debe ser tenido en cuenta. El jefe de la Armada estuvo involucrado personalmente en el dinámica de funcionamiento del GT 3.3, pues visitaba con asiduidad el Casino de Oficiales y a su comandante, Rubén Chamorro (Feld y Franco, 2019). Además, Jorge Acosta respondía directamente a él, lo que vulneraba la cadena de mando. El GT intervino de forma clandestina en la interna política que Massera mantenía con el Ejército. Algunos ejemplos de esto fueron los asesinatos del embajador en Venezuela Héctor, de la diplomática Elena Holmberg y de los curas palotinos (Canelo, 2008, p. 81). El Almirante ambicionaba convertirse también en un «nuevo Perón» (Uriarte, 1992; Borrelli, 2008), y para dar curso a sus aspiraciones políticas se benefició de los recursos económicos, humanos y políticos-militares suministrados por las actividades clandestinas que se desarrollaban en la ESMA. Para ello, Massera construyó una nueva estructura partidaria que le permitiera llegar al poder por vía electoral tras el régimen dictatorial (Canelo, 2008; Feld y Franco, 2019). De hecho, algunas de las personas que estuvieron secuestradas fueron obligadas a trabajar en las oficinas del Partido por la Democracia Social en la calle Cerrito.³¹

Además de este factor, hacia fines de 1976 se produjo un hecho bisagra: el GT obtiene información de inteligencia que anticipó el inminente secuestro del sector de finanzas de Montoneros encargado de los fondos y bienes económicos de la organización (Slatman, 2012, p. 8). Se trató de un suceso decisivo que pudo haber acelerado el conflicto entre el SIN y el GT, provocando la consecuente resolución en favor del GT. En enero de 1977, fueron capturados varios militantes de esta sección³² y

28 Ídem.

29 Ídem.

30 Sobre la libertad de acción de Acosta y de su posición de comandante del GT ver Tribunal Oral Federal n.º 5, declaraciones testimoniales, Causa 1270 de: Juan Alberto Gaspari, 30 de setiembre de 2010; Marta Álvarez, 4 de agosto de 2010; Amalia Larralde, 15 de abril de 2010; entre otras.

31 En las oficinas de la calle Cerrito tenía sede el Partido por la Democracia Social. Numerosos testimonios relatan las visitas de Massera a la ESMA y la interacción con los miembros del GT y con algunos secuestrados. Tribunal Oral Federal n.º 5, declaraciones testimoniales, Causa 1270, Nilda Actis Goreta, 7 de mayo de 2010; Pilar Calveiro, 17 de junio de 2010; Andrés Castillo, 8 de julio de 2010 y Rosario Quiroga, 31 de julio. 2010.

32 Fueron capturados Pablo González Langarica, Conrado Higinio Gómez, Marcelo Camilo Hernández, Juan Gasparini, Horacio Palma, Victorio Cerutti y Omar Maserá Pincolini (Confino y Franco, 2021).

los represores se habrían apoderado de un cuantioso botín en dólares, lo que significó una fuente de recursos económicos para los marinos, el GT y el propio Massera (Confino y Franco, 2021).³³

Como consecuencia de separación del SIN, el GT se desvinculó de la conducción centralizada de la comunidad de inteligencia e, incluso, le habría pasado datos falsos (Olivera Cézár, 1988, p. 47). Esto posibilitó que el GT ganase aún más autonomía que la que ya tenía como unidad de combate en el marco de la ejecución descentralizada de las acciones represivas. Por su parte, el SIN armó su propio grupo operativo que retuvo a sus prisioneros y prisioneras en el altillo del Casino de Oficiales denominado Capuchita y en la llamada Residencia del Almirante en Panamericana y Thames, Villa Adelina. Luego de esta ruptura, las tareas de colección y procesamiento de información y de producción de inteligencia militar las va a asumir progresivamente el área de inteligencia del GT. Es decir, va a tomar a su cargo las actividades del circuito de inteligencia: búsqueda, registro, análisis, interpretación de información para la formulación de planes a partir de la identificación de las vulnerabilidades y fortalezas de las organizaciones armadas y, también, la diseminación de acción psicológica en varios niveles: al interior de las organizaciones armadas, entre las llamadas *fuerzas vivas*, en los medios de comunicación a nivel nacional e internacional. De modo que la comunidad de inteligencia habría perdido el control sobre lo que hacía y sabía la unidad operativa de mayor envergadura de la Armada en el país.

Hacia finales de 1976, tras la separación del SIN, se produce un crecimiento de las actividades de inteligencia efectuadas de manera autónoma por los represores. Bajo el liderazgo de Jorge Acosta, las distintas áreas de UT van a complejizar sus acciones contrainsurgentes intensificando tareas típicas de la *expertise* de inteligencia. En este sentido, el área de operaciones va a asumir nuevas funciones más allá de ser el «grupo de calle» del GT. Se va ocupar de tareas de vigilancia, seguimiento, enmascaramiento e infiltración para acrecentar la producción de inteligencia táctica. Este cambio representó para los marinos la posibilidad de evitar bajas o heridos como fueron la muerte del teniente de fragata Jorge Mayol y las heridas sufridas por el Capitán Salvio Menéndez. En el mundo militar, la inteligencia táctica se ocupa de la recolección de información en el nivel del territorio operacional de modo estrecho con el contexto de combate para el planeamiento y ejecución de las misiones. De este modo, los oficiales operativos comenzaron a hacer tareas previas de vigilancia por medio de escuchas telefónicas³⁴ y en domicilios particulares y lugares de trabajo. Todas estas acciones se llevaban a cabo de manera *enmascarada*, recreando un escenario de simulación para no despertar sospechas y evitar ser detectados en el momento del secuestro. Alfredo Ayala, sobreviviente de la ESMA, recordó haber visto —en el momento de su secuestro— una camioneta verde de ENTEL con dos operarios que simulaban que estaban arreglando un cable de teléfono.³⁵ Con las tareas de seguimiento buscaban tomar conocimiento de la persona a secuestrar (qué lugares frecuentaba, quién la acompañaba), a partir de la información que disponían sobre sus rutinas, rasgos personales, lugares de circulación, etc. El

33 Lisandro Cubas menciona que «un clima de euforia entre los oficiales de la Marina [...] Los marinos pasaban por la oficina contando detalles de la caída “de la mosca de la monta”» (citado en Confino y Franco, 2021).

34 Miriam Lewin relata que: «... en ese momento mi abuela estaba agonizando. Yo llamaba por teléfono todos los días para averiguar cómo se encontraba. Sabía que el teléfono de mis viejos podía estar pinchado, entonces hablaba siempre de uno diferente, pero en un área donde había diez teléfonos públicos. Descompusieron cinco, instalaron a cinco tipos en cada uno de los otros y me engancharon» (Actis, Aldini, Gardella y Lewin, 2001, p. 36).

35 Tribunal Oral Federal n.o 5, Alfredo Ayala, Declaración Testimonial, Causa 1270, 24 de noviembre de 2010. Graciela Daleo mencionó que, en ocasión de un *paseo* fuera de la ESMA, Astiz «... estaba vestido con una camisa de trabajador y había ido cerca del lugar donde había estacionado una renoleta donde estaba yo, había una pila de ladrillos como una obra en construcción y él hacía como que era un obrero de la construcción». Tribunal Oral Federal n.o 5, Graciela Daleo, Declaración testimonial, Causa 1270, 29 de abril de 2010.

sobreviviente Miguel Lauleta también contó que, en el momento de su secuestro, Francis Whamond —oficial retirado que operaba en el GT— lo identificó por su nombre de guerra, Caín, y que eso lo descolocó pues no esperaba que tan pronto supieran quién era.³⁶

También comenzaron a efectuar tareas de infiltración que implicó la presencia de marinos en distintos ámbitos sociales y políticos para informar sobre actividades de las organizaciones armadas y otras agrupaciones como fueron las acciones de incógnito de Alfredo Astiz en el grupo de familiares de desaparecidos que se reunían en la Iglesia Santa Cruz (San Julián, 2017) y por Miguel Cavallo en las asambleas de la facultad de Ciencias Exactas de la Universidad de Buenos Aires.³⁷ De modo que el área operativa complejizó sus actividades convirtiéndose en una fuente de producción de información para la UT al definir los «blancos» sobre los que operar y planificar los secuestros.

El área de inteligencia se convirtió en el comando de la UT y se creó una nueva organicidad interna *ad hoc* una vez que comenzó a procesar y analizar información valiosa de manera independiente. Con esto, la UT sobrepasó la secuencia secuestro-tortura-secuestro que tenía originalmente indicada por la conducción centralizada de la Armada. En este nuevo estado de cosas, las acciones realizadas y supervisadas por el área de inteligencia adquirieron un predominio sustantivo, en especial aquellas vinculadas al usufructo del trabajo y las capacidades de las personas secuestradas, como se verá en el apartado que sigue.

La experiencia de la ESMA

En el marco de la Causa ESMA, el ex detenido desaparecido Lisandro Cubas relató un hecho por demás inusual en la vida cotidiana del CCD. En julio de 1977, fue forzado a viajar por orden de Jorge Acosta a la ciudad de Bahía Blanca para que otros marinos conocieran la «experiencia» de la ESMA. Los represores del GT 3.3 querían mostrar el supuesto carácter exitoso de la operación de contrainteligencia que representó para ellos el llamado *proceso de recuperación*. Lisandro Cubas debía, por indicaciones de Acosta, «asesorar o enseñar la experiencia al personal naval de Puerto Belgrano».³⁸ Ahora bien, ¿en qué consistió tal «experiencia» de la ESMA? ¿Cómo se llevó a cabo esta supuesta operación de contrainteligencia valorada como exitosa y que los represores buscaban «enseñar» a otros GT de la Armada?

Dadas las nuevas tareas de producción y análisis de información que el GT comenzó a desarrollar de manera autónoma tras la separación del SIN, los represores necesitaban mano de obra capacitada.³⁹ A partir de finales de 1976, los marinos decidieron mantener con vida a un número reducido de secuestrados/as con este propósito. Marta Álvarez relató que tan pronto como Acosta se hizo cargo del GT «empezó a haber otro tipo de dinámica [...] nos hacían buscar información en los diarios, que iba a haber un proceso de recuperación para algunos».⁴⁰ En esos meses, comenzó también la construcción de las oficinas con el propósito de «armar un equipo de trabajo». Los represores están interesados en sacar provecho de las capacidades y habilidades políticas de las personas cautivas. El

36 Tribunal Oral Federal n.º 5, Miguel Lauletta, Declaración testimonial, Causa 1270, 5 de noviembre de 2010.

37 Tribunal Oral Federal n.º 5, Miguel Lauletta, Declaración testimonial, Causa 1270, 5 de noviembre de 2010.

38 Cubas explica que, una vez en Bahía Blanca: «... me vuelven a engrilletar, esposar y poner capucha y paso un mes en esas condiciones [...] Una vez vino un oficial a conversar conmigo, pero nunca se dio lo que me había dicho Acosta que era asesorar o a enseñar la experiencia al personal naval de esa dependencia.» Tribunal Oral Federal n.º 5, Lisandro Raúl Cubas, Declaración Testimonial, Causa 1270, 30 de julio de 2010.

39 Pablo Scatizza (2017) analiza el proceso de autonomización de la Policía Federal de Neuquén respecto del Ejército. En ese caso, el propio personal policial quien asume las tareas de inteligencia de manera independiente.

40 Tribunal Oral Federal n.º 5, Marta Álvarez, Declaración Testimonial, Causa 1270, 6 de agosto de 2010.

interés de los marinos era, según el relato de Marta Álvarez, comenzar a «hacer política», incluso, Francis Whamond le cuenta que «no se podía solo salir a secuestrar gente [...], que había que tener un proyecto político».⁴¹

Los marinos del GT, comandados por Jorge Acosta, comenzaron a organizar el sistema de trabajo conocido, gracias al testimonio de los sobrevivientes, como «proceso de recuperación» (Feld y Franco, 2019). Hacia finales de 1976, en el sótano algunos y algunas secuestradas comenzaron a dactilografiar documentos del GT, desgrabar conversaciones de pie telefónicas, seleccionar información sobre acontecimientos relacionados con la *lucha contra la subversión* en la prensa nacional e internacional, escribir las historias de sus vidas. También fueron obligados a hacer los llamados *lancheos* o *paseos*, que consistían salir por la ciudad en un auto para «marcar» a un/a compañero/a de militancia o sus casas.⁴²

En el sótano se crearon nuevos despachos para ampliar las tareas como un laboratorio fotográfico, un área de diagramación, una oficina de acción psicológica y más tarde un espacio audiovisual (y también sala de tortura) llamado Huevera. Disponer de recursos humanos calificados para el desempeño de tareas de impresión fotográfica y diagramación de documentos le permitió al GT ganar más autonomía pues podían confeccionar pasaportes, documentos de identidad, cédulas de automóviles, entre otras credenciales falsas como documentos internos de la Armada y facturas contables para sus acciones «encubiertas» sin necesidad de informar ni solicitar estas tareas específicas de «apoyo de combate» a otras dependencias operativas o administrativas de la fuerza.⁴³ Con esto, el GT 3.3 fue creando condiciones materiales para afianzar su autonomía logística.

En el área que recibió el nombre de Pecera, ubicada en el ala norte del tercer piso, se instalaron dos teletipos y una oficina de prensa dedicada a hacer análisis político de noticias nacionales y extranjeras para el seguimiento de la imagen de Argentina en el exterior. Lisandro Cubas cuenta que lo obligaron a trabajar en los teletipos que habían llevado de la oficina de prensa del Ministerio de Relaciones Exteriores hacia la ESMA «aduciendo que quienes las manejaban en el ministerio no eran competentes y que ellos podían hacer un seguimiento detallado de las denuncias de Europa contra la dictadura».⁴⁴ En Pecera, las y los secuestrados también comenzaron a desarrollar tareas típicas de propaganda y difusión, como producir notas que serían publicadas en medios impresos y radiales por la Secretaría de Prensa y Difusión del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de la Nación como parte de las acciones psicológicas del GT (Fernández Barrio y González Tizón, 2020). También se creó una biblioteca con el conjunto de libros y revistas de las organizaciones armadas secuestrados y con el archivo del Diario Noticias. Las tareas asignadas a cada una de las personas cautivas dependían de la formación educativa, de los saberes previos o de la experiencia en la militancia (Feld y Franco, 2019, p. 7). El efecto centrífugo de este sistema de trabajo intelectual desarrollado por las y los prisioneros en completa clandestinidad se extenderá hacia las acciones internacionales del GT. Desde fines de 1977 hasta el Mundial de Fútbol 1978, algunas de estas personas realizaron labores en oficinas del Centro Piloto de Paris, en los ministerios de Relaciones Exteriores y Culto y de Bienestar Social y en las oficinas del proyecto político del Almirante Emilio Massera (Fernández Barrio y González Tizón, 2020).

41 Tribunal Oral Federal n.º 5, Marta Álvarez, Declaración Testimonial, Causa 1270, 6 de agosto de 2010.

42 En paralelo a esto, los marinos permitieron que los/as secuestrados/as iniciaran contactos con sus familias a través de cartas, llamadas telefónicas o alguna visita bajo vigilancia y también las extorsionaron.

43 La confección de documentación apócrifa fue un asunto indagado en particular por el Juzgado de Instrucción Militar n.º 4 en 1986 y negado sistemáticamente por los represores.

44 Tribunal Oral Federal n.º 5, Lisandro Raúl Cubas, Declaración Testimonial, Causa 1270, 30 de julio de 2010.

Por último, el área de logística también creció en importancia relativa a medida que el GT se autonomizó de la estructura operacional de la Armada. El GT avanzó en la concreción de un conjunto de actividades de lucro económico: la rapiña de objetos y dinero de las casas, la apropiación de bienes muebles e inmuebles, la transferencia ilegal de empresas, el vaciamiento de cuentas bancarias en el exterior, el tráfico de armas y la creación de empresas espurias (Confinó y Franco, 2021). El área de logística y sobre todo el llamado *contador* del GT, Jorge Rádice, se encargaron de administrar y dar un viso de legalidad a estas actividades por medio de un conjunto de documentos falsos para garantizar el usufructo por parte de los represores y para el plan político de Massera.

En suma, el nivel de desarrollo y sofisticación que alcanzaron las tareas encaradas por el denominado *equipo de trabajo* le permitió al GT aumentar considerablemente sus niveles de autonomía respecto de la estructura operativa de la Armada. Estas labores técnicas e intelectuales fueron utilizadas por los represores para mejorar sus capacidades y habilidades en el análisis de información y en la producción de conocimiento y acciones en el área de inteligencia y contrainteligencia una vez separado del SIN. Junto con el aumento de las tareas de infiltración del área operativa, el GT comenzó a producir su propia inteligencia táctica, es decir, información necesaria para planificar y ejecutar nuevas operaciones de secuestro de personas identificadas como subversivas. Y además logró avanzar de manera autónoma en el desarrollo de inteligencia estratégica, esto es, producir información que permitía hacer una evaluación y estimación más amplia de las capacidades y vulnerabilidades de las organizaciones armadas y una prospectiva sobre probables acciones residuales de algunos de sus miembros en el país y en el exterior. Por último, la masa crítica de información producida le permitió al GT tomar la iniciativa y desarrollar acciones psicológicas y campañas de prensa a nivel nacional e internacional.

El viaje forzado del prisionero Lisandro Cubas a Bahía Blanca para enseñar a los marinos de Puerto Belgrano sobre la «experiencia» de la ESMA se efectuó en la más completa clandestinidad incluso dentro de la propia fuerza. Cubas relató que cuando subió al avión, Pantera —el represor que lo llevaba— le dijo: «tenés que hacer como si fueras un oficial porque en el avión viaja el contralmirante Anaya y esto tiene que pasar desapercibido»⁴⁵. Este episodio muestra a las claras el margen de maniobra que fue adquiriendo el GT al interior de la estructura operativa, pero también los grados crecientes de clandestinización de sus prácticas respecto de la propia fuerza de mar. La lógica represiva clandestina permitió que los represores acumularan diversas cuotas de poder a partir del aprovechamiento de las oportunidades que surgían en el vértigo de las acciones. Con certeza, la arbitrariedad en la toma de decisiones, la obtención de ventajas económicas por el robo o la rapiña y el sometimiento y aprovechamiento de las personas por medio de la tortura y el amedrentamiento generaron condiciones de hecho para la acumulación de poder e, incluso, de prestigio entre camaradas. Estas singularidades que adquirió el GT 3.3. nos permiten repensar y ampliar el concepto de acciones clandestinas pues se trata de un *modus operandi* doblemente secreto, hacia fuera (sociedad, otras fuerzas armadas y seguridad y comunidad de inteligencia) y hacia dentro de la Armada (SIN, COOP y EMGA). El desarrollo que tuvieron las acciones de inteligencia efectuadas al margen de la comunidad informativa encontró en la tarea de asesorar y proveer con recursos materiales y humanos al proyecto político liderado por el comandante en jefe, el almirante Emilio Massera, un vínculo al mismo tiempo directo (con la cúpula de la Armada) como paralelo (a la estructura operativa del COOP). En este marco, el rol de Jorge Acosta tuvo efectos sobre la cadena de mandos. A pesar de ser un subordinado de los comandantes Vildoza y Chamorro, el liderazgo de Acosta aumentó la inorganicidad entre los miembros del GT y estimuló un nuevo orden de lealtades y solidaridades internas que respondían a intereses personales y

45 Tribunal Oral Federal n.º 5, Lisandro Raúl Cubas, Declaración Testimonial, Causa 1270, 30 de julio de 2010.

grupales. Según los sobrevivientes de la ESMA, Acosta no rendía cuentas a nadie, hacía lo que quería y además tenía llegada directa a Massera.

Las actividades de inteligencia que fue desarrollando progresivamente el GT fueron concebidas como un entramado que respondía a dos lógicas complementarias: la militar y la política. Jorge Acosta declaró ante autoridades militares en 1986 que «no se podía triunfar en la guerra revolucionaria con solo dar solución al aspecto militar». ⁴⁶ El jefe de inteligencia del GT insistía que el componente político era tan importante como el componente militar. De modo que el GT se convirtió, en los años en que fue comandado por Acosta, en un servicio de inteligencia en sí mismo, pero también en un laboratorio de acción política.

En la perspectiva de los marinos, el *proceso de recuperación* al que fueron sometidas las personas cautivas en el CCD era un tipo de un procedimiento de contrainteligencia que, como tal, buscaba operar sobre el corazón del enemigo en varios sentidos. En el plano militar, buscaba obtener información valiosa para conocer las vulnerabilidades en el funcionamiento de las organizaciones armadas para anticipar sus acciones y dismantelar su funcionamiento. En el plano político, se propuso armar un equipo de análisis coyuntural para acciones de propaganda que fortaleciera el posicionamiento de la Armada y de su comandante en jefe en la Argentina y en el exterior y debilitara a las organizaciones armadas, de exiliados y de derechos humanos. En el plano ideológico, se dispuso convertir a las personas secuestradas para que adopten los valores, creencias y prácticas de sus captores. En plano moral, se concentró en quebrar la voluntad, el carácter y las convicciones del enemigo. Y en el plano personal, se buscó vulnerar la intimidad y la vida afectiva de los y las prisioneras, en especial de las mujeres secuestradas a través abusos sexuales e, incluso, del mantenimiento de relaciones aparentemente amorosas con sus verdugos. ⁴⁷

Ante un Juzgado de Instrucción Militar en 1986, Jorge Acosta usó la figura de «agente de inteligencia» para referirse a quienes fueron obligados a ser parte del «proceso de recuperación». Con esta denominación, los represores buscaron connotar el carácter supuestamente exitoso de una operación de contrainteligencia que buscaba maximizar el uso y aprovechamiento de las capacidades técnicas y recursos políticos del enemigo y, con ello, lograr una conversión moral para que al final devengan en tropa propia. Jorge Acosta estaba tan convenido del carácter exitoso de este dispositivo de conversión de mentalidades que, ante autoridades militares en 1986, sostuvo imperativamente: «dejo expresa constancia que nos especializamos en la utilización y creación de agentes de inteligencia provenientes de OPM Montoneros». ⁴⁸ Incluso, como ya se explicó, intentó enseñar la «experiencia de la ESMA» a otros GT. Lo que pone de manifiesto las solidaridades y complicidades que se establecieron entre los oficiales operativos al margen de la conducción naval. Los pretendidos logros de esta modalidad de sometimiento llamada *recuperación* son relatados por Marta Álvarez: los represores del GT los «mostraban» a oficiales de muy alto rango de la Armada como Massera y Vañek y de otras fuerzas que iban a Pecera. Estos oficiales visitantes solían hacerles preguntas personales para comprobar los resultados logrados sobre la subjetividad del enemigo: «si eran católicos», «que nombre les iban a poner a sus bebés», entre otras cuestiones. ⁴⁹

46 Juzgado de Instrucción Militar n.º 4, Jorge Acosta, Declaración Informativa, 21 de junio de 1986 y Tribunal Oral Federal n.º 5, Marta Álvarez, Declaración Testimonial, Causa 1270, 6 de agosto de 2010.

47 Acosta le dijo en una ocasión a Silvia Lavayrú, «... necesitamos que nos demuestres que estas recuperada, que nos des una prueba de que no te caemos mal, tenés que elegir a alguien, vos me entendés, yo me postularía, pero soy muy grande para vos, pero elegí vos a quién vas a querer» (Lewin y Wornat, 2014, p. 140).

48 Juzgado de Instrucción, Jorge Acosta, Declaración Indagatoria, Causa 1270, 13 de abril de 2011.

49 Tribunal Oral Federal n.º 5, Marta Álvarez, Declaración Testimonial, Causa 1270, 6 de agosto de 2010.

Para los represores de la ESMA ganar la guerra antisubversiva implicaba no solo aniquilar las organizaciones armadas, sino especialmente seducir y conquistar a ese enemigo para su propia causa. Los militares argentinos tenían la convicción de que estaban librando una guerra contrarevolucionaria. La contrarevolución no es tan solo una iniciativa de orden militar, sino política-ideológico, pues busca forjar mentalidades, actitudes, creencias y valores conquistando el territorio del adversario (Risler, 2018). En el Casino de Oficiales de la ESMA, el territorio a conquistar fue la subjetividad de los hombres y mujeres cautivas quienes —en condiciones sometimiento desquiciantes y enloquecedoras— encontraron el recurso de aparentar y simular signos de conversión ideológica, política y moral como estrategia —no siempre exitosa— de supervivencia.⁵⁰ La pretensión refundacional de la sociedad argentina que distinguió al Proceso de Reorganización Nacional de las dictaduras militares anteriores encontró en el llamado «proceso de recuperación» de la ESMA un cruel laboratorio contrainsurgente de experimentación de ese pretendido cambio de mentalidad.⁵¹ Los represores de GT estaban convencidos que llevaban adelante una guerra ideológica en la que obtener información bajo tortura, *diseminar* operaciones de inteligencia y *convencer* de su veracidad a las filas enemigas, así como *convertir* o *recuperar* a sus cuadros eran garantía para obtención de resultados tanto militares como políticos a largo plazo.

Hacia finales de 1978, el escenario represivo cambió y, con ello, las necesidades operativas. Con la desarticulación de las organizaciones armadas y la represión sobre sus simpatizantes durante los primeros años de la dictadura, disminuyeron las tareas de inteligencia táctica para la búsqueda y captura de nuevos militantes. El organigrama de la UT 3.3.2 acompañó estas transformaciones con la remoción de su Plana Mayor, así como la de algunos de sus oficiales. Jorge Vildoza fue reemplazado por un nuevo comandante, el capitán de navío Horacio Estrada y Jorge Acosta por un nuevo jefe de inteligencia, Luis D'Imperio (alias Abdala). Con el recambio, el área de inteligencia de la UT volvió a estar subordinado al SIN y los nuevos oficiales eran en su mayoría adscriptos al JEIN. El pase a retiro del Almirante Emilio Massera y su reemplazo por Armando Lambruschini en setiembre de 1978 representó un punto de inflexión en la economía de poder entre el GT y la Armada. Si bien Massera conservó sus influencias dentro de la fuerza para respaldar su proyecto político, el GT ya no contaba con los canales paralelos y directos al Estado Mayor General de la Armada. A comienzos de 1979, empezó una nueva etapa en el funcionamiento del GT 3.3.2 bajo el control de la estructura operativa de la Armada, así como el declino de su momento de mayor expansión represiva.

Conclusiones

En el proceso de autonomización del GT 3.3 de la ESMA respecto de la estructura operativa de la Armada contribuyeron un conjunto de factores generales y singulares. Sin duda, se trató en una posibilidad tempranamente inscripta en el marco doctrinario de las fuerzas armadas que estableció una metodología represiva que articulaba una conducción centralizada con una ejecución descentralizada en la base operativa (Pontoriero, 2016). La doctrina también estableció la centralidad de la *expertise* de inteligencia y la conducción centralizada de la comunidad informativa. En este sentido, el Placintara/75 definió los vínculos que cada FT (y sus unidades subordinadas) debían mantener con el COOP y en especial con el JEIN y el SIN como parte de la conducción coordinada del esfuerzo de inteligencia.

50 Los y las sobrevivientes relatan las diversas estrategias de «simulación» que adoptaron para atravesar el llamado «proceso de recuperación». Véanse Actis, Aldini, Gardella y Lewin (2001) y Lewin y Wornat (2014).

51 Los dos grandes objetivos del Proceso de Reorganización Nacional fueron la victoria militar contra la subversión y la refundación política de la sociedad argentina (Canelo, 2016, p. 44).

La creciente libertad de acción en la toma de decisiones y la planificación táctica en el territorio, si bien fue una característica del modelo de ejecución descentralizada establecida doctrinariamente para la lucha contra la subversión (Pontoriero, 2016; Barragán y Zapata, 2015), adquirió un particular impulso en el Casino de Oficiales de la ESMA con el cambio de jefatura de la UT, tras las heridas sufridas por el primer comandante, hacia mediados de 1976. El nuevo liderazgo del jefe de inteligencia, Jorge Acosta, transformó a la UT en una unidad de combate que aprovechó y maximizó sustantivamente la discrecionalidad operativa.

De este modo, esas condiciones generales se completan con otros factores singulares que tornaron posible el proceso de autonomización del GT. En primer lugar, la independización del área de inteligencia respecto de la conducción centralizada de la comunidad informativa fue un factor determinante en la transformación del GT en un polo de poder. Además de las tareas colección y procesamiento de información, producir inteligencia táctica y estratégica y diseminar acciones de propaganda implicó para el GT el manejo autónomo y secreto de un conjunto de datos valiosos para anticiparse, maximizar los beneficios y apropiarse del rédito de sus acciones a espaldas de la Armada y de otras fuerzas. En segundo lugar, el GT dispuso del sometimiento y la explotación de las personas cautivas con el propósito de usufructuar sus habilidades técnico-intelectuales y sus capacidades políticas por medio de un sistema de trabajo. Estas labores permitieron al GT no solo optimizar el procesamiento de información y su propagación como acción de inteligencia, sino también acrecentar su autonomía logística gracias a la confección de documentación apócrifa de diversa índole para sus acciones de contrainteligencia en el país y en exterior y para sus operaciones económicas. Y por último, el GT contó para uso discrecional de cuantiosos recursos económicos producto del robo sistemática, del desapoderamiento de bienes y de los desarrollos empresariales ligados a acciones represivas (Confino y Franco, 2021).

No obstante lo dicho, el GT al mando de Jorge Acosta aprovechó y maximizó tales condiciones de libertad operativas pues su accionar se cobijó en el proyecto político del comandante en jefe de la Armada. La dinámica que adquirió la ESMA como CCD estuvieron determinadas de forma directa por las ambiciones y manejos personales del Massera. Los objetivos militares del GT se articularon con los intereses políticos a corto y mediano plazo del proyecto del almirante y, de este modo, devino en un factor de poder capaz de incidir en sus pujas con el Ejército y al interior de la Junta Militar. Y si bien Massera se implicó directamente en el funcionamiento del GT 3.3, a diferencia de los *señores de la guerra* —los comandantes de cuerpo Menéndez, Galtieri y Vilas— insistía en público sobre los límites políticos que tenía la victoria militar, mientras estos sobrevaloraban su legitimidad (Canelo, 2008 y 2016). En suma, la descentralización operativa aportó las condiciones generales para la autonomización de los grupos de tareas en todo el país, pero la envergadura que adquirió la ESMA en la estructuración y dinámica de las acciones represivas durante los años de la dictadura es una consecuencia de la mancomunidad de intereses y lealtades entre el jefe de la Armada y los represores del Casino de Oficiales. Con esto, no se abona a la idea que el rol de Massera no fue determinante, sino un elemento particular y de peso en la dinámica del GT.

En fin, el análisis del proceso de autonomización del GT 3.3, del desarrollo de las actividades de inteligencia, y de la llamada *experiencia* de la ESMA —esto es, del dispositivo de pretendida conversión de mentalidades de las personas secuestradas—, así como el papel jugado por Massera muestra la importancia de articular los objetivos militares con los políticos a la hora de pensar el terrorismo de Estado. Efectivamente, porque lo sucedido en las catacumbas de la ESMA con el GT 3.3 y con su laboratorio político de contrainsurgencia es la materialización tan concreta como siniestra del propósito

fundamental del Proceso de Reorganización Nacional: convertir la victoria militar de la subversión en una experiencia refundacional para la sociedad argentina.

Referencias

- Actis, M., Aldini, C., Gardella, L., y Lewin, M. (2001). *Ese infierno. Conversaciones de cinco mujeres sobrevivientes de la ESMA*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Águila, G. (2013). La represión en la historia argentina reciente: fases, dispositivos y dinámicas regionales. En: G. Águila y L. Alonso (Comps.), *Procesos represivos y actitudes sociales: entre la España franquista y las dictaduras del Cono Sur*. Buenos Aires: Prometeo.
- Águila, G. (2018). *Territorio Ocupado. La historia del Comando del II Cuerpo de Ejército en Rosario (1960-1990)*. Rosario: Museo de la Memoria.
- * Alegato de la fiscalía, Tribunal Oral Federal n.º 4, casusa ESMA III, leído entre el 6 de julio y el 9 de diciembre de 2015.
- Argentina, Ministerio de Defensa (2015). *Relevamiento y análisis documental de los archivos de las Fuerzas Armadas (1976-1983)*. Buenos Aires: Ministerio de Defensa.
- Barragán, I. (2018). Circularidades y temporalidades de la represión clandestina. Una aproximación a la estructura represiva y funcional de la Fuerzas de Tareas 6 de la Armada Argentina a partir del caso de Cecilia Viñas (1976-1984). *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. Recuperado de <https://journals.openedition.org/nuevomundo/72166>.
- Barragán, I., y Zapata, B. (2015) Dictadura militar y represión a la clase trabajadora. La Armada Argentina, marco doctrinario y operaciones represivas en el perspectiva regional para los casos de Ensenada y Bahía Blanca. *Diacronie*, 24(4). Recuperado de <https://journals.openedition.org/diacronie/3612>
- Borrelli, M. (2008). El diario *Convicción*, entre Massera y la Marina. *Tram[p]as de la Comunicación y la Cultura*, 59, 64-68. Recuperado de <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/36480>
- Calveiro, P. (1998). *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires: Colihue.
- Canelo, P. (2008). *El proceso en su laberinto. La interna militar de Videla a Bignone*. Buenos Aires: Prometeo.
- Canelo, P. (2016). *La política secreta de la última dictadura argentina (1976-1983)*. Buenos Aires: Edhasa.
- Confino, H., y Franco, M. (2021). La dimensión económica de la «lucha antisubversiva» de la última dictadura argentina: el lucro en la ESMA. *Rúbrica Contemporánea*, 10(19). Recuperado de <https://revistes.uab.cat/rubrica/article/view/v10-n19-confino-franco>
- Feld, C., y Franco, F. (2019). Las tramas de la destrucción: prácticas, vínculos e interacciones en el cautiverio clandestino de la ESMA. *Quinto Sol*, 23(3). Recuperado de <https://cerac.unlpam.edu.ar/index.php/quintosol/article/view/3844>
- Feld, C., y Salvi, V. (2021). Memorias y lugares de desaparición: las declaraciones públicas de los perpetradores de la ESMA en Argentina. *Tempo e Argumento*, 13(33). Recuperado de <https://revistas.udesc.br/index.php/tempo/article/view/2175180313332021e0207>
- Fernández Barrio, F., y González Tizón, R. (2020). De la ESMA a Francia: hacia una reconstrucción histórica del Centro Piloto de París. *Folia histórica del Nordeste*, 38. Recuperado de <https://revistas.unne.edu.ar/index.php/fhn/article/view/4465>
- Garaño, S. (2016). Las formas de represión política en el «teatro de operaciones» del Operativo Independencia (Tucumán, 1975-1977). En: G. Águila, S. Garaño y P. Scatizza (Comps.), *Represión estatal y violencia paraestatal en la historia argentina reciente. Nuevos abordajes a 40 años del golpe de Estado*. p.124-150. La Plata: UNLP.
- García, P. (1995) *El drama de la autonomía militar*. Madrid: Alianza.
- * Juzgado de Instrucción Militar n.º 4, 1986, Causa 761, 1987, incorporado en Causa 1238, 2006, Cuerpo 009.
- Lettieri, L., y Agostini, V. (2018). La ESMA. Una mirada desde los documentos del Archivo General de la Armada. *Hilos Documentales*, 1(1). Recuperado de <https://revistas.unlp.edu.ar/HilosDocumentales/article/view/6101>
- Lewin, M., y Wornat, O. (2014). *Putas y guerrilleras*. Buenos Aires: Planeta.

- Montero, M. L. (2016). «El rol de la ‘comunidad informativa’ en la represión en Bahía Blanca (1975-1977): prácticas, acuerdos, disputas». En G. Águila, S. Garaño, y P. Scatizza (Comps.). *Represión estatal y violencia paraestatal en la historia argentina reciente. Nuevos abordajes a 40 años del golpe de Estado*. La Plata: UNLP.
- * Plan de Capacidades Internas de la Armada Argentina (Placintara/75), 1975.
- Olivera Cézar, M. (1988) *Un modelo contrarevolucionario en Argentina. El grupo de tareas de la Escuela de Mecánica de la Armada*. 1976-1978 [mimeo]
- Pontoriero, E. (2016). «Preparativos de guerra»: Ejército, doctrina antisubversiva y planes represivos en los orígenes del terror de Estado, 1973-1976. *Revista Universitaria de Historia Militar*, 40. Recuperado de <http://ruhm.es/index.php/RUHM/article/view/226>.
- Pontoriero, E. (2021). La Armada argentina y su enfoque para la «guerra contra la subversión» en los comienzos del terrorismo de Estado (1973-1976). *Revista Austral de Ciencias Sociales*, 5. Recuperado de <http://revistas.uach.cl/index.php/racs/article/view/6607>
- Ranalletti, M. (2018). Violencia extrema y delito en el marco de la campaña de represión clandestina en Argentina (1976-1983). *Amnis. Revue de civilisation contemporaine Europe/Amériques*, 17. Recuperado de <https://journals.openedition.org/amnis/3499>
- Ranalletti, M. (s. f.). Las formas y las lógicas de represión clandestina: planificación centralizada, autonomía operativa de los grupos de tareas y violencia extrema [mimeo].
- Risler, J. (2018). *La acción psicológica. Dictadura, inteligencia y gobierno de las emociones 1955-1981*. Buenos Aires: Tinta Limón Ediciones.
- Salvi, V. (2020). Trayectoria, capital e ideología. Las declaraciones de los perpetradores en los juicios por crímenes de lesa humanidad en Argentina. *Kamchatka*, 15. Recuperado de <https://ojs.uv.es/index.php/kamchatka/article/view/15701>
- Salvi, V., y Garaño, S. (2014). Las fotos y el helicóptero: memorias de oficiales retirados y ex soldados conscriptos que participaron del Operativo Independencia (Tucumán, 1975-1977). *Estudios Sociales*, 47(1), 163-192. Recuperado de <https://bibliotecavirtual.unl.edu.ar/publicaciones/index.php/EstudiosSociales/article/view/5092>
- San Julián, D. (2017). El plan represivo de la Marina argentina y la infiltración en el grupo fundador de Madres de Plaza de Mayo. *Avances del Cesor*, 14(6), 111-129. Recuperado de <http://web2.rosario-conicet.gov.ar/ojs/index.php/AvancesCesor/article/view/v14n16a05>
- Scatizza, P. (2016). ¿Para agarrar a este gil tanto despliegue? La represión dictatorial en el Comahue. Neuquén-Río Negro, 1973-1976. En: G. Águila, S. Garaño y P. Scatizza (Comps.), *Represión estatal y violencia paraestatal en la historia argentina reciente. Nuevos abordajes a 40 años del golpe de Estado*. La Plata: UNLP.
- Scatizza, P. (2017). Autonomía y sistematicidad del dispositivo represor. La Policía Federal de Nuequén. 1975-1978. *Páginas*, 9(21), 154-174. Recuperado de <https://revistapaginas.unr.edu.ar/index.php/RevPaginas/article/view/276>
- Slatman, M. (2012). Actividades extraterritoriales represivas de la Armada Argentina durante la última dictadura militar de Seguridad Nacional (1976-1983). *Aletheia*, 3(5). Recuperado de <https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/library?a=d&c=arti&cd=Jpr5451>
- Soprano, G. (2019). Violencia política y terrorismo de Estado en la Argentina de la década de 1970. Perspectivas y experiencias de los ‘combatientes’ desde una historia social y cultural de la guerra. *Autoctonía*, 3(1), 36-53. Recuperado de <http://www.autoctonia.cl/index.php/autoc/article/view/103>
- * Tribunal Oral Federal N° 5, Causas 1270, 1275, 1277, 1278, 1298 y 1299, Declaraciones testimoniales, 2010.
- Uriarte, C. (1992). *Almirante Cero. Biografía no autorizada de Emilio Eduardo Massera*. Buenos Aires: Planeta.

Bibliográficas

Claudio Lomnitz. *Nuestra América. Utopía y persistencia de una familia judía*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2018, 335 pp.

1. *Nuestra América* es una historia familiar hecha desde dentro; una historia que deriva su unidad de ese final provisorio ofrecido por el propio historiador, cuyas «condiciones de existencia» busca iluminar. Así, el libro remonta las alternativas individuales y familiares de un linaje judío a la vez compuesto y desgranado por la historia. La migración involuntaria y la búsqueda de nuevos horizontes, elementos recurrentes, definen su tema general y su estructura: cinco partes ritmadas por las condiciones de partida y los desplazamientos de cuatro generaciones, entre Europa, América e Israel.

Los abuelos maternos, Misha Adler y Noemí Milstein, ofrecen el eslabón más firme de esta historia. Su recorrido, complejo e inusual, ilumina la temprana montante antisemita en Rumania, la tormenta europea, la difícil —aunque a veces gozosa— implantación americana y el sueño a medias declinado de Israel. Expone, a la vez, la forja de un linaje intelectual que conduce a Larissa Adler, reconocida antropóloga y madre del autor, y a la infancia de Lomnitz, final de esta historia. Un «logro» respecto de las circunstancias vividas aquí o allá por abuelos o bisabuelos, pero también el disparador de una interrogación respecto del costo de esa felicidad: «Mis hermanos y yo crecimos con el Holocausto mucho más lejos de lo que en realidad nos quedaba» (p. 300), anota Lomnitz, condensando medio siglo de olvidos y silencios que esta historia en parte repara, como ofren-

da a los hijos y, quizá, como renovada pieza de memoria.

2. Construida a partir de estaciones y desplazamientos, esta historia reúne un sinfín de elementos significativos de difícil reseña. En todo caso, las variadas perspectivas que ofrece del judaísmo, el antisemitismo, el sionismo o las izquierdas, en diversos territorios y momentos y como contextos de experiencias migrantes concretas, están entre los elementos propiamente históricos del convite.

La introducción («La lengua del paraíso») sitúa la historia familiar en estrecha relación con las lenguas perdidas, las que hablaban sus antecesores y el historiador no heredó: unas asociadas a representaciones y proyectos comunitarios, como el hebreo o el *idish* (a los que se sumaba la apuesta universal del esperanto), otras que fueron lenguas de cultura de los viejos imperios que atravesaban el pueblo de origen, Nova Sulitza (el ruso o el alemán), o populares, como el rumano. Verdaderos espacios de comprensión histórica, estas persisten apenas como ecos en ese otro paraíso particular que fue la infancia del autor, por lo que volver sobre ellas es también parte de un trabajo de desencantamiento.

Lengua, política y experiencia migrante marcan la primera parte del libro («Ciudadanos del mundo»), que narra las alternativas de abuelos y bisabuelos entre Nova Sulitza y Lima, el primer destino americano. Ese pueblo que

estuvo atravesado por la frontera de los imperios austrohúngaro y ruso, luego integrado a Rumania, ilumina esa tardía elaboración nacional, su nacionalismo y temprano antisemitismo; el impacto de la revolución rusa; el problema de la ciudadanía, la condición apátrida y la peculiar integración judía que siguió a la constitución de 1923; elementos que inciden de diverso modo en los primeros desplazamientos a América de las ramas Adler y Milstein. Ya en Lima, donde los abuelos se conocen, su políglotía forzosa será central en la vinculación al círculo estrecho de José Carlos Mariátegui, para cuya *Amauta* traducen mientras publican *Repertorio hebreo*; es decir, un arma de integración acorde a la idea mariáteguiana del judío como primer «sujeto universal», también afín al socialismo que esos jóvenes habían cultivado —junto al sionismo y el escultismo— en la *Hashomer Hatzair*. En estos años, Misha se doctora en filosofía con una tesis sobre Marx y crece la reputación intelectual de Noemí, que todo el libro lleva a leer como desperdiciada.

«La debacle», segunda parte, se inicia con la breve estación parisina de los abuelos tras la muerte de Mariátegui y su expulsión del Perú, acusados de haber alimentado un complot contra Leguía. En París (1932), Misha estudia con Paul Rivet en el Instituto de Etnología y nace Larissa. Desde allí observan el ascenso del nazismo y, en torno a 1934, viajan a Nova Sulitza, donde pasan casi dos años intentando persuadir a la familia de Misha y a otros de migrar a América. Sus hermanos lo hacen, sus padres no; ambos mueren en el campo de concentración de Bershad. El genocidio y la cuestión de la responsabilidad asumen aquí un lugar relevante, muy sugerente en lo que hace a las formas no burocráticas, «no banales», del mal, manifiestas en los pogromos protagonizados por campesinos o en el rol ideológico de una figura como Mircea Eliade.

«El refugio colombiano», tercera parte, considera el retorno a América de Misha, Noemí y Larissa, en 1936. Esta vez el primer destino es Tuluá, donde los padres de Noemí se habían establecido tras la expulsión peruana. Siguen otros

traslados, ligados a ensayos editoriales y educativos que combinan el activismo comunitario y antifascista, y a ciertas búsquedas laborales. Las revistas *Nueva Tribuna* y *Nuevo Mundo* (también expresiva de un americanismo cultivado desde la estación peruana); el breve paso de Misha por el Instituto de Amistad Colombiano-Soviética; *La Gran Colombia* (1947), revista que anunciaba poco la próxima estación y obliga a considerar la violencia ascendente en Colombia. A esta se asocia la ulterior muerte del bisabuelo Boris, a medias silenciada. Y a este momento el tardío reencuentro de Noemí con Shura, su hermana, figura del desgarramiento familiar que atraviesa el libro.

La cuarta parte, «Liberación nacional», narra la breve y —todo indica— frustrada experiencia israelí, iniciada en 1949. Es el tardío desemboque de un sionismo cultivado desde la juventud por los abuelos, al parecer enfrentado a desajustes y decepciones tanto prácticos, de adecuación, como ideológicos. Allí, sin embargo, en un *kibutz*, se conocen Larissa y Cinna Lomnitz, hijo a su vez de otra experiencia migrante hacia Chile.

«La infancia como logro», quinta parte, considera la muy diversa experiencia del autor y su hermano: su propia América, hecha de otras latitudes y muy asociada a las derivas académicas de los padres; los cuidados recibidos, que borran todo lo que allí había de proeza. Un renovado diálogo con el padre, cuyo propio nombre porta toda la tragedia, viene a subrayar las interrupciones respecto de la experiencia de la persecución y el Holocausto, y su impacto en ambas ramas de la familia. Esto acerca ya al «Final»: la muerte del abuelo en el mismo viaje en que el autor transitó su *bar mitzva*, rodeado de la familia, como apacible cierre de su trajinada existencia y como retrospectivo fin de la inocencia del historiador. «Creo que a veces la plenitud puede ser peligrosa —anota Lomntiz— o, como lo hubiera dicho Misha, mamash (verdaderamente) peligrosa» (p. 328).

3. Una historia familiar, entonces, concebida más como parte del extendido impulso a buscar

los propios orígenes que como empresa académica, pero también una historia familiar hecha por un historiador y antropólogo notable, advertido sobre los riesgos y capaz de hacerla rendir en muchas direcciones. De allí que esta historia particular señale un tema general (el exilio), que a este se encadenen problemas significativos, en el cruce entre experiencia, trauma, historia y memoria, y que, finalmente, *Nuestra América* sea no solo un relato atrapante, sino también una pieza de marcado interés para estudiosos de

distintos campos. Desde este ángulo, es tanto la historia de una tenaz y deliberada continuidad familiar cuanto de la persistente discontinuidad memorial que (en lo que tenía de particular) estuvo entre sus condiciones.

Ana Clarisa Agüero
Universidad Nacional de Córdoba-
Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas, Argentina

Gerardo Caetano, *El liberalismo conservador. Genealogías*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2021, 412 pp.

El nuevo libro de Gerardo Caetano continúa un conjunto de indagatorias planteadas en *La República batllista* (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2011), pero toma esta vez como eje de análisis a los antagonistas de aquel relato. Explora, de ese modo, las genealogías del liberalismo conservador en el Uruguay en las primeras décadas del siglo XX, rastreando sus principales expresiones en el campo intelectual, empresarial, político y militar.

El autor propone un esquema para leer la disputa política del período a partir de la confrontación entre dos «familias ideológicas», derivadas de las corrientes liberal y republicana, y que expresaron visiones contrastantes sobre la libertad, las relaciones entre el estado y el individuo, la soberanía popular y las formas deseables de ciudadanía. Tras estudiar en la obra anterior al republicanismo solidarista (cuya expresión local fue el batllismo), Caetano centra en este tomo su mirada en el espacio liberal-conservador, aportando valiosos insumos para una mirada de larga duración sobre las derechas y los sectores conservadores, actores omitidos por mucho tiempo en nuestra historiografía y que en etapas recientes vienen siendo abordados por una renovada producción académica.

El libro rompe la clásica estructura de exposición cronológica y se presenta como un mosaico de experiencias, en que se articulan trayectorias políticas y sociales, ideas, conceptos, prácticas y análisis en profundidad de episodios puntuales. Construye de este modo un trabajo de historia política moderno y versátil, donde las diversas dimensiones de lo político se intersectan y dialogan en tanto objeto de análisis.

En la primera parte presenta un enfoque conceptual sobre las voces libertad y liberalismo, al tiempo que analiza en clave de larga duración las trayectorias, usos lexicográficos y debates sobre esos tópicos en el Uruguay del siglo XIX. Asimismo estudia las genealogías del campo liberal-conservador en la «república

principista» y en la política de notables de fines del siglo XIX. El recurso de estudiar trayectorias personales —en este capítulo la de Martín C. Martínez y la de José Irureta Goyena— permite al autor sostener que las élites finiseculares se habían formado en un compacto discurso liberal-conservador que antecedió a la irrupción de José Batlle y Ordoñez y su proyecto reformista en la escena política.

En las partes II, III y IV de la obra se presenta un abanico de experiencias, mostrando la diversidad del campo liberal-conservador a partir del estudio de recorridos intelectuales, políticos y de líderes empresariales. Con respecto a los intelectuales se contrastan los itinerarios de los escritores José Enrique Rodó y Carlos Reyles, figuras disímiles y difíciles de encasillar, que tuvieron un amplio reconocimiento en la época y que además transformaron sus ideas y sus prácticas políticas a lo largo del período. Con relación a las trayectorias de figuras políticas los casos estudiados son los del colorado Pedro Manini Ríos y el nacionalista Luis Alberto de Herrera. El primero se analiza buscando recuperar la contingencia que marcó sus opciones políticas: ideas, oportunidades y apoyos son articulados en el relato para explicar la transformación de uno de los líderes más cercanos a Batlle y Ordoñez en uno de sus principales opositores y en figura clave del liberalismo conservador. Paralelamente, el abordaje sobre Herrera busca un acercamiento desde el campo de la historia intelectual y de las ideas, tanto en relación con su país de origen como a sus interlocutores en la región y en el mundo. Destaca Caetano como pilares de su pensamiento el antijacobinismo (entendido como antibatllismo), el pragmatismo geopolítico y la defensa de un ruralismo militante que lo ubicó como constante agitador político de los productores agropecuarios. En Herrera y en Manini emergen las tensiones propias del liberalismo conservador, aquellas que oponen la democracia con la discusión sobre los alcances de la soberanía popular y la necesidad de ciertos «andadores autoritarios» en momentos de crisis.

Para los liderazgos empresariales se optó por contraponer dos tendencias. Al empresario y abogado Luis Caviglia se lo analiza como expresión de un conservadurismo moderado, que apostó a detener las «exageraciones» del reformismo, aceptando ciertas concesiones en aras de anticipar (y prevenir) demandas sociales. José Irureta Goyena, por el contrario, representaría la vertiente radical del empresariado, opuesta a tender puentes con el batllismo. Se lo caracteriza como un líder tradicionalista, defensor de un orden social orgánico y cohesionado, opositor a toda forma de intervención estatal en la economía y altamente comprometido con la movilización de las clases conservadoras.

En la quinta parte del libro se analiza al ejército uruguayo y sus conflictos con el batllismo, en aras de ubicarlo como otro actor del espacio liberal-conservador. Se repasa la formación histórica de un ejército de clara filiación colorada, condición que el batllismo intentó perpetuar con éxito dispar. El capítulo demuestra, a partir de una sólida base documental, cómo las escisiones por derecha del batllismo encontraron allí un terreno fértil para hacer política. Episodios como el complot Dubra o el debate sobre el servicio militar obligatorio contribuyeron a generar un «idilio recíproco» entre los colorados conservadores y diversos mandos del ejército.

Luego se abordan las tensiones entre batllismo y coloradismo. «Vino nuevo en odre viejo», al decir de José Pedro Barrán y Benjamín Nahum, la expresión refiere a una síntesis, pero también a una tensión constitutiva entre ambas tradiciones. El capítulo reconstruye la emergencia del batllismo en el seno del coloradismo, sector ligado por décadas a la dirección del estado. El énfasis está puesto en la etapa que transcurre entre la presidencia de José Claudio Williman y la segunda de Batlle y Ordoñez, momento estudiado a partir de una profusa documentación y una lectura crítica que esquila relatos finalistas y recupera la agenda de los sujetos. Inscribe de este modo a las escisiones *por derecha* que tuvo el batllismo como fenómenos surgidos de las dinámicas de renovación y tradición que marcaron al Partido Colorado en los albores del siglo XX.

En el apartado siguiente se estudian los nexos entre las gremiales empresariales y la politización conservadora, tomando a la Federación Rural como ejemplo. Se destacan en el capítulo las tensiones estratégicas al interior de estas organizaciones entre quienes impulsaron cambios a partir del gremialismo (prescindiendo de los partidos), quienes buscaron articular a las cámaras con la derecha política y aquellos que apostaron a formar un partido nuevo, «empresista» y conservador.

Finalmente, en la última parte se analiza la coyuntura que va entre 1915 y 1917, abordando las elecciones para constituyentes de julio de 1916, el trámite y los efectos del llamado *alto* del presidente Feliciano Viera y las elecciones parlamentarias de enero de 1917. Se apela a una reconstrucción en clave micro, cruzando múltiples fuentes y miradas sobre los distintos hechos, en una apuesta por reconstruir la trama de los hechos y las expectativas de los protagonistas. A juicio de Caetano la propuesta colegialista facilitó la formación de una alianza conservadora y opositora que se expresó en las elecciones de 1916. Sin embargo, los caminos posteriores no fueron lineales; el «alto» en las reformas se tramitó en un escenario marcado por fuerzas en conflicto que buscaron dotarlo de sentidos contrapuestos.

En síntesis se trata de un libro llamado a convertirse en una obra de referencia para nuestra historiografía, con una estructura original, ágil e inteligente, sustentado en un profuso trabajo documental y en un manejo solvente de una bibliografía amplia y muchas veces dispersa. Lo que seguramente no imaginó el autor al proyectar su investigación fue el hecho de que varias de las genealogías analizadas volverían a estar en los primeros planos de la vida política nacional, en el momento en que el libro saliera a la luz. Esto último tiñe a la obra de una innegable tonalidad actual, que abre espacios para múltiples reflexiones.

Pablo Ferreira

Universidad de la República, Uruguay

Roger Geymonat. *Iglesia, Estado y Sociedad en el Uruguay contemporáneo 1960-2010*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2021, 157 pp.

Tradicionalmente, el estudio de lo religioso ha estado marginado del mundo académico universitario uruguayo. La producción historiográfica sobre catolicismo y protestantismo en el período posterior a 1960 es muy escasa y en muchos casos las obras publicadas provienen del ámbito eclesial. En este contexto sobresale la tesis doctoral del sacerdote católico Paul Dabezies que se centra en las dos tumultuosas décadas posteriores al Concilio Vaticano II (*No se amolden al tiempo presente: Las relaciones Iglesia-sociedad en los documentos de la Conferencia Episcopal del Uruguay (1965-1985)*). Montevideo: Obsur-Facultad de Teología del Uruguay Mons. Mariano Soler, 2009). No obstante y por fortuna, en los últimos años han aparecido nuevos estudios impulsados por instituciones y organizaciones cristianas que abordan dimensiones poco transitadas por la historiografía local. Por ejemplo, la colección *Aportes de la Democracia Cristiana al Proceso Político Uruguayo 1962-1984*, editada por el Instituto Humanista Cristiano Juan Pablo Terra en 2014. Por otro lado, varias obras publicadas por el Observatorio del Sur y el Hogar Sacerdotal Monseñor Jacinto Vera como la serie *Desde la Memoria Construimos el Futuro (2012-2016)*, entre otras. Y más recientemente, *¿De qué lado está Cristo? Religión y política en el Uruguay de la Guerra Fría*, de Dahiana Barrales y Nicolás Iglesias (Montevideo, Fin de Siglo, 2021), por señalar algunos títulos.

Es una muy buena noticia editorial, así como para el campo historiográfico uruguayo y regional, el nuevo libro de Roger Geymonat, investigador y profesor de Historia egresado del Instituto de Profesores Artigas. Este trabajo, publicado por Ediciones de la Banda Oriental y auspiciado por el Espacio Cultural de la Iglesia Evangélica Valdense, se inscribe en una línea de investigación de largo aliento desarrollada por el autor en torno a la religión y lo religioso en sus diversas expresiones, en particular en Uruguay. Entre otras de sus publicaciones, se destacan *La secularización*

uruguaya (1859-1919). Tomo I. *Catolicismo y privatización de lo religioso* junto con Gerardo Caetano (Montevideo: Taurus-Obsur, 1997); *Las religiones en el Uruguay. Algunas aproximaciones* (Montevideo: La Gotera, 2004), de la que participa como compilador y autor; y *El Uruguay laico. Matrices y revisiones*, en coautoría con Gerardo Caetano, Alejandro Sánchez y Carolina Greising (Montevideo: Taurus, 2013).

Iglesia, Estado y Sociedad en el Uruguay contemporáneo 1960-2010 está estructurado por una introducción y tres capítulos de contenido: I) En torno a un tema complejo: la religión; II) Procesos y III) Los tiempos recientes. En el primer capítulo se ofrece una aproximación crítica a diferentes concepciones sobre la religión y el fenómeno religioso en sus múltiples manifestaciones, seleccionando aportes y enfoques teóricos provenientes desde distintas disciplinas como la antropología, la teología, la filosofía, la sociología y la historia. El autor considera acertadamente que es indispensable hacer un abordaje conceptual previo a adentrarse en el análisis de las relaciones de las iglesias, la sociedad y el Estado en Uruguay.

El segundo capítulo denominado «Procesos» está subdividido en cuatro secciones diacrónicas, donde se busca insertar los fenómenos religiosos analizados en los contextos históricos específicos. En línea con otros autores, argumenta que estos estudios requieren una mirada de corto y de largo plazo para su cabal comprensión. Por tanto, antes de concentrarse en el período posterior a 1960, dedica dos secciones breves a revisar los itinerarios transitados por las iglesias católica y protestante durante el siglo anterior. En la sección «La secularización uruguaya y sus impactos (1860-1920)», retoma investigaciones previas sobre el proceso secularizador, entendido como una progresiva privatización de lo religioso. A continuación, en la sección «La “campana de cristal” (1920-1960)», hace referencia a la noción de «gueto católico» para examinar el período que se extiende desde

la separación constitucional del Estado uruguayo y la Iglesia católica (1917-1919) hasta 1960. La expresión *Iglesia gueto* es una de las hipótesis más tradicionales de la producción historiográfica uruguaya sobre la Iglesia en estas décadas. Este término, utilizado inicialmente sobre todo por autores católicos (Juan Luis Segundo, Patricio Rodé, entre otros), alude al repliegue de lo religioso al espacio privado. Como el autor reconoce en el texto, este encerramiento no debe asimilarse a «una ausencia absoluta de las manifestaciones religiosas en el espacio público» (p. 43). Este planteo ha generado visiones críticas en publicaciones recientes, que parten de renovados marcos teóricos y de nuevas investigaciones empíricas para discutir estos procesos (por ejemplo, Carolina Greising, «El templo de la patria en el Cerrito de la Victoria de Montevideo (Uruguay) y la devoción del Sagrado Corazón de Jesús. Desafíos de la Iglesia Católica separada, 1919-1928», *Anuario digital*, 2016, n. 28, pp. 119-140).

En la tercera sección del capítulo II, se concentra en el período de la renovación (1960-1973) caracterizado, según el autor, por el progresivo retorno de lo religioso al espacio público. Identifica y analiza algunos procesos renovadores tanto del mundo católico como protestante (sobre todo de las iglesias valdense y metodista), ofreciendo un interesante contrapunto que abre líneas fecundas de investigación. Entre otros aportes significativos, presenta algunas particularidades de la renovación y las resistencias al cambio transitadas en ciudades del interior del país respecto a la capital montevideana, que merecen ser confrontadas con la amplia producción académica sobre los largos sesenta para enriquecerse mutuamente. Además, reflexiona sobre los impactos y alcances de estas transformaciones en las décadas siguientes hasta la actualidad, indicando que «muchos de esos cambios aún hoy pueden considerarse en trámite de ejecución y otros, en revisión o en franco abandono» (p. 49).

Luego, la cuarta y última sección del capítulo II está dedicada a la «Dictadura y re-privatización de lo religioso», donde quizás se ubican

los elementos más decisivos de la investigación. Se analizan las relaciones entre las iglesias (católica y protestante) y la última dictadura civil-militar (1973-1985). Antes, menciona ciertas dificultades y precauciones teórico-metodológicas para abordar estos complejos asuntos. Dada la escasa bibliografía del período, se basa sobre todo en los aportes documentales de la valiosa tesis doctoral en Teología de Dabiezies (2009) —ya mencionada—, así como en fuentes de la Dirección Nacional de Información e Inteligencia recopiladas por el equipo coordinado por Álvaro Rico (*Investigación histórica sobre la dictadura y el terrorismo de Estado en el Uruguay (1973-1985)*). Montevideo: FHCE, Universidad de la República, 2008, tres tomos). Además de utilizar prensa y publicaciones periódicas católicas y protestantes, así como no religiosas.

Para finalizar, en el tercer capítulo titulado «Los tiempos recientes» incluye dos subcapítulos sobre los últimos tres lustros del siglo XX hasta 2010. Argumenta cómo en estas décadas se ha producido lo que algunos autores llaman *el reencantamiento del mundo* para referirse al nuevo impulso del tema religioso tanto en el ámbito académico como popular. Luego de un abordaje teórico más general, estudia los procesos recientes de revitalización y recolocación del fenómeno religioso en el espacio público en Uruguay. De esta manera, cuestiona viejas afirmaciones sobre la presunta irreligiosidad de la sociedad uruguaya.

En definitiva, esta obra constituye un esfuerzo de síntesis y sistematización, pero también con elementos de interpretación y análisis, que la convierten en un aporte ineludible para seguir avanzando en el conocimiento del catolicismo y del protestantismo uruguayo, así como para investigaciones futuras que ahonden en las complejas relaciones entre religión, política, sociedad y cultura durante la segunda mitad del siglo XX.

Lorena García Mourelle
Universidad de la República, Uruguay

Michelle Chase e Isabella Cosse (con Melina Pappademos y Heidi Tinsman) (editoras). *Revolutionary positions: gender and sexuality in Cuba and beyond*. *Radical History Review*, (136), 233 pp.

Si bien las últimas dos décadas han visto una creciente producción académica sobre los efectos de la Revolución Cubana en la política hemisférica e interamericana, en un contexto marcado por la dinámica revolucionaria y contrarrevolucionaria de la Guerra Fría, esa producción está muy centrada en la diplomacia, los conflictos militares y la izquierda armada. Por otra parte, los trabajos sobre las transformaciones en la sexualidad, la familia y el género en Cuba —y en otros países— suelen tener una escala nacional. De forma radicalmente innovadora, *Revolutionary Positions* compendia 14 artículos que entrecruzan ambas líneas de trabajo.

Como afirman las historiadoras Michelle Chase e Isabella Cosse, lo que dejan en evidencia todos los trabajos es que el género, la sexualidad y la familia fueron una arena de lucha central en la definición de las nuevas sensibilidades de la izquierda latinoamericana. En los sesentas y setentas este fue un debate tan nodal en América Latina como lo fue en el Norte global, aunque con sus propias inflexiones. Los artículos aquí reseñados contribuyen a explorar estas particularidades, para lo que se emplea en varias ocasiones un enfoque interseccional y se toman elementos teóricos de los estudios de las masculinidades, los estudios gay-lésbicos, los estudios trans y la teoría *queer*, todo lo cual complejiza y enriquece los trabajos.

La primera sección, *Internacionalismo y solidaridad*, aborda la proyección internacional de Cuba. Sarah J. Seidman estudia la alianza forjada entre Angela Davis y la revolución cubana, que la convirtió en un símbolo global de la represión estadounidense y la solidaridad internacional. Según Seidman, este encuentro se vio facilitado por el género y el comunismo, y le ofreció a Davis una plataforma inaccesible para otros activistas. Lorraine Bayard de Volo se centra en el uso táctico del género y la raza en la misión angoleña para conseguir objetivos militares, políticos y diplomáticos. A pesar de que Cuba subrayó su identidad latino-africana

y su negritud para legitimar la misión, cuando se trataba sobre las internacionalistas mujeres, se enfatizó su femineidad y blanquitud, invisibilizando a las mujeres racializadas. Por último, Emily Snyder estudia cómo las ideas sobre el género, la sexualidad y la familia moldearon el internacionalismo cubano en relación con Nicaragua. Según Snyder, la combinación de los proyectos revolucionarios con el afecto y el sexo supuso un desafío a la noción prescripta de «amor revolucionario» y abrió un margen de acción para construir nuevas formas de relacionamiento entre los internacionalistas.

La sección *Nuevo Hombre, Nueva Mujer* nos traslada fuera de fronteras para observar el impacto de las ideas, discursos y prácticas cuyo epicentro era Cuba. Robert Franco aborda la apropiación de la figura de Ernesto *Che* Guevara y del discurso del *hombre nuevo* por parte Echeverría Gaitán —militante de izquierda en situación de discapacidad y trans— para impugnar el modelo cis-heteronormativo y capacitista de la izquierda mexicana. Por su parte, Chelsea Schields estudia el radicalismo de las Antillas holandesas y la forma en que articuló la revolución sexual con una agenda socialista, antirracista y anticolonialista. Explorando la circulación atlántica, y la influencia de la Revolución Cubana y el movimiento negro estadounidense, la autora subraya la singularidad de un movimiento que reivindicaba el potencial emancipatorio del sexo. Por último, Marcelo Casals estudia el «anticomunismo moral» desplegado en la *campaña del terror* en Chile en 1964, y el uso propagandístico que los sectores conservadores hicieron de la distopía cubana para profundizar los miedos y ansiedades en relación con la familia, los roles de género y la sexualidad de las jóvenes.

La sección *Diplomacia cultural y Mass Media* analiza el impacto de la prensa y algunos productos culturales. Ximena Espeche analiza la cobertura mediática de la «Operación

Verdad» en la prensa crítica y en la favorable a la Revolución. La autora ofrece una mirada sobre la relación entre las emociones, el cálculo, la masculinidad y la latinidad de los revolucionarios en esa batalla informacional. Aviva Chomsky, por su parte, analiza la reinscripción del género en la Nueva Trova cubana y la nueva canción latinoamericana, especialmente en Chile y Nicaragua. El artículo vincula la política cultural cubana, la circulación de las canciones en América Latina en distintos contextos, y los valores anticapitalistas, anticoloniales, anticlericales y antipatriarcales transmitidos en ellas. Por último, Paula Halperin estudia la recepción brasileña de la primera película cubana que abordó la homosexualidad, *Fresa y chocolate* (Gutiérrez Alea y Tabío, 1993), profundizando en la interpretación de la película como una alegoría de la convivencia democrática, y en cómo se silenció la amenaza a la heteronormatividad planteada en el *film*.

La publicación incorpora además un espacio de curaduría con un artículo de Lanni Hanna, coorganizadora de la exhibición de posters *Armed by Design* (Interference Archive, Nueva York, 2015). Analizando el trabajo gráfico de la Organización de Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América Latina (OSPAAAL), Hanna afirma que las imágenes de mujeres guerrilleras, especialmente madres, fueron utilizadas como parte de una táctica de educación política internacional basada en la afectividad, con el fin de fortalecer los lazos entre las revoluciones de distintas partes del Tercer Mundo. La última sección de la publicación está dedicada a entrevistas. Elizabeth Quay Hutchison entrevista a Margaret Randall, activista y escritora con una vasta producción en torno a las mujeres cubanas, mientras que Cosse dialoga con su hijo, Gregory Randall, en tanto «hijo de la revolución». Este tándem de entrevistas ofrece interesantes claves de análisis para estudiar las trayectorias militantes de dos generaciones distintas en algunos de los escenarios más convulsos de la historia reciente latinoamericana. Por último, Chase entrevista a Ailynn Torres Santana y Diosnara Ortega González, autoras del libro *Mujeres en revolución*, aportando una

mirada desde adentro de la academia cubana sobre los estudios de género y la historia oral. Finalmente, la publicación está coronada por unas agudas reflexiones de Jennifer L. Lambe, quien señala la falta de producción acerca de la historia de la sexualidad antes de la Revolución, y reclama un análisis menos estado-céntrico de algunas líneas de continuidad que atravesaron el parteaguas de 1959.

En su conjunto, *Revolutionary Positions* ilustra la potencia del enfoque sociocultural de lo político, al iluminar aspectos de las experiencias de las izquierdas latinoamericanas (y de las derechas), que otros enfoques —demasiado centrados en lo ideológico o lo institucional— han soslayado. Los trabajos echan luz sobre la construcción de nuevas subjetividades y la dimensión afectiva de la Revolución Cubana y sus reverberaciones regionales. Para ello se sirven de una importante variedad de fuentes, algunas de las cuales son realmente novedosas, incluyendo posters, series de televisión, noticieros, memorias, novelas, canciones, películas y poemas, en combinación con los más habituales periódicos y documentación gubernamental. Con ello, se logra analizar el flujo de imágenes, melodías y emociones que inundaron las culturas de izquierdas latinoamericanas, un campo de estudios que recibe así una importante contribución.

Aún a falta de una traducción al castellano que permita el acceso generalizado, esta es una lectura imprescindible para quienes se interesen por la relación entre la revolución que sacudió (y sigue sacudiendo) al subcontinente y las transformaciones globales en el terreno del género, la sexualidad y la familia. Además de generar diálogos entre campos historiográficos inconexos, esta relación aún interpela el presente y resulta de interés para lectores involucrados en la reflexión y la acción políticas contemporáneas, especialmente en momentos de balances sobre las mareas rosa y verde.

Maite Iglesias

Universidad de la República, Uruguay

Fernando Ramírez Llorens, Mónica Maronna y Sergio Durán (editores). *Televisión y dictaduras en el Cono Sur. Apuntes para una historiografía en construcción*. Buenos Aires-Montevideo: Instituto de Investigaciones Gino Germani-FIC, Universidad de la República, 2021, 292 pp.

A pesar de las advertencias de los editores por remarcar el panorama parcial e incompleto que ofrece el libro sobre el tema, debido a un desarrollo limitado y desigual del campo, la recopilación sorprende al dejar ver una diversidad de investigadores abocados una temática tan específica como el estudio de la televisión en dictadura en la región. El libro recopila artículos presentados en las Jornadas de Televisión y Dictaduras en el Cono Sur, realizadas en octubre de 2020 de forma virtual, pero con calidez presencial. Ese encuentro surgió a partir de la iniciativa de dos grupos de investigación a ambas orillas del Río de la Plata, con el objetivo de generar un espacio de encuentro y discusión dentro de una temática común. Se trata, por un lado, del equipo de la Facultad de Información y Comunicación de Udelar nucleado en torno al proyecto «La televisión uruguaya en clave comparativa. Institucionalidad, censura y programación durante la dictadura y transición (1973-1990)», dirigido por Mónica Maronna y por otro, del equipo en torno al proyecto dirigido por Fernando Ramírez Llorens «Las ‘aperturas’ de los ochenta en los medios de comunicación y la construcción de un nuevo orden político en Argentina» del Instituto de Investigación Gino Germani. El encuentro, no solo logró presentar y poner en común los abordajes de ambos equipos, sino que abrió la cancha y puso en contacto a investigadores que desde diversos lugares de la región abordaban la misma temática.

El ejercicio de la recopilación deja ver no solo el desarrollo del campo, con una variedad de investigadores que estudian diversos aspectos y puntos de vista sobre de la televisión durante los gobiernos autoritarios en la región, sino también una acumulación bibliográfica sobre la cual discutir el tema. Tomemos por ejemplo las líneas derivadas del ya clásico libro *Ríe cuando todos estén tristes* (2012) del chileno Sergio Durán presente explícitamente o no en varios de los artículos.

Diego Escobedo retoma la tesis presente en el libro de Durán que plantea que la televisión durante la dictadura de Augusto Pinochet en Chile fue utilizada como herramienta para distraer de los problemas y generar una sensación de normalidad, en su caso, con el objetivo de rastrear los orígenes de ese modelo. Así, sitúa las bases del aparato propagandístico y de entretenimiento de la dictadura de Augusto Pinochet, reflejadas también en televisión, en el modelo establecido durante el gobierno del demócratacristiano Eduardo Frei Montalva, con la película *Ayúdeme usted compadre*, realizada en 1968 por Germán Becker en su rol de director de propaganda del gobierno (vinculado más adelante al gobierno de Pinochet).

Luis Horta también parte del trabajo de Durán para mostrar una faceta de la que la dictadura en que fue más allá y, en lugar de usar al medio como herramienta de distracción, lo utilizó para elaborar un discurso político propio. El autor señala que la tv fue usada para establecer un discurso sobre la historia oficial de los hechos que derivaron en el golpe de 1973, con la producción del documental *Chile... su verdad* (Aliro Rojas, 1977), emitido por televisión todos los 11 de setiembre.

Joaquín Sticotti afirma que en el caso argentino el gobierno también buscó tomar el control de los medios y promover el entretenimiento pasatista. Esto lo subraya a partir del ejemplo de la productora Argentina 78, creada por el gobierno para ser la gran generadora de contenidos a nivel nacional, finalmente asimilada a Canal 7 para convertirlo en referente y competir por la audiencia en una lógica comercial. Fernando Ramírez Llorens se sitúa en la vereda opuesta, tomando como simplista la idea de que los gobiernos usaron el medio para distraer a las masas y alejarlos de la discusión pública, idea que, según el autor, reduce el rol de los medios a transmisores de lo que los grupos políticos esperan. En ese sentido, toma el

entretenimiento televisivo durante la dictadura argentina como una continuidad con la tendencia del período previo, a su vez que asegura que el Estado no se propuso un modelo alternativo, sino que únicamente intentó limitar la autonomía del empresariado televisivo y reforzar el sentido comercial que ya existía.

El predominio de la lógica comercial durante el período en Argentina alcanzó, siguiendo lo expuesto por María Florencia Luchetti y Eva Camelli, a los programas periodísticos y de debate político de inicios de los setenta, subordinados, según las autoras, a los parámetros comerciales del medio y convertida, la política misma, en espectáculo.

Tras analizar la grilla semanal de la televisión uruguaya entre 1973 y 1990, Eladia Saya coincide con la postura de Ramírez Llorens y determina que el predominio del género entretenimiento durante la dictadura corresponde a una continuidad con el modelo televisivo previo y no a una intencionalidad distractiva del régimen. Emilia Grizende Garcia complejiza, para el caso brasilero, la relación entre el régimen y las emisoras comerciales, dejando ver las fisuras en la cooperación entre el gobierno y la *Red Globo*. La autora muestra cómo, en la búsqueda por mejorar los estándares de calidad de las telenovelas, se incorporaron artistas de izquierda

que impusieron sus visiones disidentes en las producciones.

Los artículos presentes en el libro no se agotan en esta discusión. Están presentes las acciones en torno a la televisión educativa del régimen en Brasil y la censura en Uruguay. Sobre este último punto, Florencia Soria presenta tres ejemplos de censura y autocensura en 1968 en el marco de la escalada autoritaria en el país. Antonio Pereyra, por su parte, se traslada a los primeros años de la apertura democrática para mostrar formas más sutiles de control sobre lo que se puede decir en el medio así como del proyecto de renovación de la televisión estatal. El estudio de la televisión local y su relación con las emisoras de Buenos Aires, el gobierno regional, los conglomerados de medios así como grupos políticos, económicos, militares y eclesiásticos es abordado en el artículo de Rebeca Burdman, Milagros Mattos Castañeda y Andrea de los Reyes con el caso de Canal 13 de Corrientes y el de Patricia Oribe con la televisión de Bahía Blanca. Por último, dos artículos salen de los esquemas tradicionales para pensar los cruces de la televisión con otras expresiones artísticas como la literatura y el teatro experimental.

Lucía Secco

Universidad de la República, Uruguay

Karen Donoso. *Cultura y dictadura. Censuras, proyectos e institucionalidad cultural en Chile, 1973-1989*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2019, 219 pp.

Esta obra aborda una de las áreas más sombrías de la dictadura cívico-militar chilena como fue el de las estrategias de intervención sobre el ámbito cultural a fin de evitar la propagación de representaciones críticas que pudieran desarticular el inmovilismo en el que se pretendió sumergir a la sociedad chilena, para reconfigurar y difundir una nueva idea de la nación. Para tal efecto, su autora, presenta el proceso de establecimiento de estrictos procedimientos de represión y censura, la posterior definición de un discurso acerca de la cultura nacional funcional a su orientación anticomunista y, paradójicamente, los frustrados intentos de instauración de una institucionalidad ajena a todo dirigismo estatal. En tal sentido, la autora sostiene que el régimen de Augusto Pinochet no desarrolló una política cultural con una planificación sistemática en el tiempo que diera lugar a la creación de una institucionalidad pública en esta materia. Lo anterior se debió sobre todo a tres grandes factores: la influencia neoliberal que otorgó preeminencia al papel privado en esta materia, la *guerra psicológica* que determinó a la cultura como objeto de censura y de control político y, finalmente, el objetivo de crear una nueva *cultura nacional* estructurada sobre la base de la tradición y de una esencia dada.

De este modo, el capítulo inicial «Censuras y apagón: Los mecanismos de la represión contra la cultura y las artes», se plantea a partir de la definición inicial de la «guerra psicológica» en tanto articulación de un conjunto de mensajes intimidatorios que buscaban generar adhesión a las políticas impuestas por los militares. Dentro de esta fase inicial, se destacó la figura de Enrique Campos Menéndez, un político y escritor proveniente de las filas del Partido Nacional, quien asumió tareas como las de *asesor cultural* de la Junta de Gobierno, correspondiéndole redactar su «Declaración de Principios» junto a Jaime Guzmán. Campos fue la figura clave dentro del régimen, otorgándole a este una inspiración nacionalista y corporativista mediante una retórica que, no obstante, no

fue permanente. Todo ello mientras la dictadura procedía al despliegue de un vasto conjunto de estrictos procedimientos de control, que fue desde la prensa hasta los espectáculos artísticos, pasando por la industria editorial y la difusión cinematográfica y que incluía prácticas como la censura previa y la infiltración de agentes de seguridad entre sus espectadores. En ese plano, la autora expone que más allá de simples prohibiciones, los funcionarios del régimen actuaron mediante procedimientos de un carácter más solapado como la burocrática tramitación de permisos para la publicación de obras o la no aplicación de exenciones tributarias a fin de elevar los costos de producción de obras de teatro, por ejemplo, dado su supuesto contenido «político».

Fue precisamente este marco de restricciones, de persecución y exilio de destacados creadores chilenos durante la época, el que indujo al establecimiento del concepto de «Apagón cultural» que dio lugar a una amplia discusión por parte de diversos actores a través de la prensa. Esto obligó a la dictadura a exhibir distintas iniciativas que buscaban negar la existencia del mencionado decaimiento que la autora constata mediante estadísticas referidas, por ejemplo, a la publicación de libros o producción fílmica. Con todo, este hecho permite apreciar la debilidad de las políticas culturales, las que no constituyeron una prioridad en la política del régimen.

En su segundo acápite denominado «Patria, tradición y Fuerzas Armadas. La cultura dictatorial», la autora indaga en el proceso de articulación retórica por parte del pinochetismo que buscó establecer una simbiosis entre la imagen militarizada de la nación y el anticomunismo como una de las esencias de la identidad cultural del pueblo chileno. Este discurso devino de las concepciones antipolíticas existentes al interior del Ejército y, particularmente, de la influencia de la Doctrina de la Seguridad Nacional en este. Asunto complejo dentro de

esta concepción ideológica era la necesidad de justificar la intervención militar asumiendo un carácter refundacional que no solo daría lugar a un nuevo marco político-institucional, sino también al proceso de sistemática desestructuración del sentido de lo público mediante la instauración de reformas económicas neoliberales. En esta perspectiva, la concepción de una cultura nacional asume un carácter funcional respecto del proceso de modernización autoritaria impulsada por el régimen.

El tercer capítulo, «El Estado y la cultura: la reforma que no fue», aborda el tránsito existente entre la inicial inspiración nacionalista hasta la orientación neoliberal de las políticas culturales promovidas por la dictadura. La primera estuvo caracterizada por la influencia de Campos Menéndez y de Germán Domínguez, funcionarios del Ministerio de Educación, quienes frustradamente, plantearon la creación de una red de instituciones de fomento cultural mediante el activo rol del sector público, sustentada en una nueva legislación que le otorgara un soporte permanente, reduciendo las trabas burocráticas que impedían la realización de obras artísticas.

En contrapartida, la creciente influencia política de los sectores neoliberales, que desempeñaron altos cargos en ministerios y entidades del área económica a partir de 1977, terminaron por relegar a los nacionalistas a un definitivo segundo plano en la conducción del aparato cultural del régimen, que fueron reemplazados por funcionarios que veían en este ámbito un área que no generaba réditos financieros inmediatos, relegándola a ser una de las múltiples tareas ejercidas por la Oficina de Planificación Nacional. En los documentos de esta Oficina, esta área fungía como un elemento clave para la realización espiritual y mental del pueblo y, por lo tanto, el Estado debía actuar promoviéndola en virtud del principio de subsidiariedad y no en calidad de derecho, lo que era su enfoque el modelo de colaboración público-privada eje-

cutada mediante una gestión descentralizada a través de los municipios, mediante «sociedades de amigos del arte» o de fondos concursables de apoyo a iniciativas de creación. Sin embargo, el mayor fracaso de su estrategia lo constituyó la convocatoria en 1988 a participar del concurso del Fondo Nacional de Desarrollo Cultural declarado posteriormente nulo por las autoridades del gobierno democrático dadas las graves irregularidades administrativas detectadas en el proceso de asignación de sus recursos.

La errática política aplicada en esta materia por parte del régimen se constata a través del cuarto acápite titulado «La aplicación de políticas culturales: El entramado institucional» uno de cuyos fundamentos fue el de descartar la creación de una única institucionalidad de coordinación, fomento y promoción de iniciativas culturales. Para tal efecto, Karen Donoso reconstruye el rol de Campos Menéndez en la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, así como otras estrategias de difusión de la música, del teatro, del folklore y del deporte, siempre en un marco de restricciones ideológicas respecto de aquello que era considerado cultura, marginando otras expresiones que asumieron un activo rol contracultural identificado a las prácticas de resistencia que recuperaron y resignificaron sus símbolos. En este marco de disputa, la dictadura impulsó la organización de agrupaciones de artistas que desarrollaron actividades proselitistas. De este modo, la obra destaca por develar la naturaleza heterodoxa de las políticas desplegadas por el régimen así como el carácter obsesivo del control ejercido sobre la cultura en tanto parte de un proceso ideológico refundacional que señala su importancia en la construcción de una nueva legitimidad para el horizonte autoritario y neoliberal que la dictadura trazó para la sociedad chilena.

Mario Vega
Universidad de Chile, Chile

Martín Baña, *Quien no extraña al comunismo no tiene corazón. De la disolución de la Unión Soviética a la Rusia de Putin*. Buenos Aires: Crítica, 2021, 288 pp.

Si bien no es inusual, pocas veces se da un diálogo tan directo como necesario entre la publicación de un libro y su contexto inmediato, como en el caso de esta obra de Martín Baña. El autor, historiador dedicado a temáticas vinculadas a la historia y la cultura rusa, se aboca en este libro a presentar una mirada amplia sobre el colapso de la experiencia del *socialismo real* y la emergencia del espacio postsoviético, con especial atención en el devenir de Rusia, alcanzando en sus páginas finales los márgenes del tiempo presente. En ese sentido, el particular y cautivante título proviene de una entrevista realizada en 2010 al actual presidente de la Federación Rusa, Vladimir Putin, donde de forma sinuosa abordaba el final de la experiencia soviética y sus lecciones. Así, la obra se propone analizar con una mirada compleja tanto ese derrumbe como la emergencia del «putinismo» en Rusia, sin ocultar la intención de reflexionar (y repensar) acerca de los proyectos alternativos y emancipatorios en la actualidad.

El libro contiene, junto a sendos apartados de apertura y cierre, ocho capítulos que son acompañados de una fotografía alusiva a su contenido. En los dos primeros son revisadas la herencia soviética a finales de los años setenta y la tensión generada por una envejecida dirigencia que se mostraba, en general, reacia a los cambios. Allí, como a lo largo del libro, poseen especial importancia los aspectos culturales, así como algunas experiencias singulares, como la de la frustrada «internet» soviética en 1970, que enriquecen el relato. Dentro de los rasgos estructurales de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), como el rol de los dirigentes del Partido Comunista y el agotamiento de la economía de planificación centralizada —circunstancialmente disimulada por la crisis petrolera de 1973—, son analizados los subterráneos movimientos de la sociedad, donde a la disidencia política se sumaban diferentes expresiones juveniles y una ascendente corriente de técnicos reformistas. Estos últimos tuvieron su oportunidad a comienzos de los ochenta,

cuando la muerte se cebó sobre la añosa dirigencia soviética. Junto a Leonid Brezhnev falleció en pocos años la mayor parte de la élite comunista, lo que dio paso al ascenso de Mijaíl Gorbachov, representante de la corriente reformista del partido, en 1985. En este trayecto es destacado el rol de su padrino, Iury Andropov, quien desde el mando de los servicios secretos tomó conciencia de la urgente necesidad de reformas. Más allá de eso, también es presentada la situación social, sobre la que Baña considera que la mayor parte de la población soviética se seguía mostrando leal al sistema, tanto por las condiciones de vida que garantizaba como por el rol mundial que había logrado su país.

Los capítulos tercero y cuarto están dedicados al análisis de las reformas emprendidas por Gorbachov en la segunda mitad de los ochenta. Tomando como punto de partida el accidente en la central nuclear de Chernóbyl en abril de 1986, se analiza en primer lugar el conjunto de medidas económicas, la *perestroika*. Si bien el autor sostiene que sus intenciones apuntaban a recuperar los ideales originarios de la experiencia socialista, plantea que crearon las condiciones para la implosión del sistema. En particular, hacia finales de la década habían provocado una recesión que aceleró el camino hacia la economía de mercado. En segundo lugar, es abordada la faceta política del proyecto reformista de Gorbachov, la *glasnost*, con especial atención a sus aspectos culturales, como el abordaje del impacto del rock. Allí se rastrean tanto las dinámicas que apuntaban a revisar las experiencias del pasado, fundamentalmente la memoria traumática del estalinismo, como las manifestaciones suspicaces y críticas respecto al impulso reformista.

Por su parte, el quinto y el sexto capítulo se concentran en el abordaje de los efectos de las reformas y, sobre todo, en el colapso de la experiencia soviética, con su rápida transición al capitalismo. Así, Baña rastrea las contradicciones que surgieron en la élite soviética, cuyas trayec-

torias obedecían menos a las convicciones ideológicas que a la búsqueda de un nivel de vida superior, lo que anticipaba su rápido abandono del proyecto socialista. En un marco donde, al exterior, la URSS se retiraba de los diferentes frentes de la Guerra Fría y, al interior, emergían las nacionalidades ante el debilitamiento del poder central, la democratización emprendida por la *glasnost* ambientó el surgimiento de nuevos liderazgos que terminaron desplazando a Gorbachov y sepultando a la propia experiencia soviética. La transición al capitalismo se hizo bajo la orientación del Fondo Monetario Internacional y de la Escuela de Chicago, que impulsaron un amplio programa de privatizaciones que benefició a los viejos directores de la era soviética. Las consecuencias sociales fueron catastróficas y en Rusia la evolución política quedó centrada en la figura de Boris Yeltsin, que suspendió la novel Constitución rusa en 1993 y se embarcó en un largo conflicto en la región de Chechenia.

El ascenso y el liderazgo de Putin son examinados en los dos capítulos finales que se aproximan al presente. El sucesor de Yeltsin combinaba el escaso apego al ideario comunista con un ferviente patriotismo y el temor al desorden político, lo que se sintetiza en lo que Baña denomina «putinismo», que continuaba y reformulaba la herencia de la transición al capitalismo. El análisis de este sistema, signado por la presencia de personal proveniente de las fuerzas de seguridad y militares, pone el acento en la división de tareas establecida con los «oligarcas», los beneficiarios de los procesos de privatización de los noventa, a quienes se los

alejó de la política como condición para garantizar su poder económico. Así, se presenta un régimen de centralización del poder, con rasgos autoritarios, que buscó legitimarse tanto por medio del crecimiento económico al amparo de la exportación de *commodities*, como por una política exterior que le devolviera importancia geopolítica a Rusia. Asimismo, en el plano cultural es resaltado el perfil neoconservador, con aspectos homofóbicos y hostil al feminismo, que se amalgama con una particular recuperación del pasado soviético, que ilumina el rol de potencia mundial, a la vez que oscurece el perfil revolucionario y socialista. Sin embargo, todo esto no obsta que, a nivel político y social, sean revisadas diferentes experiencias de protesta, que buscan alumbrar los desafíos que tiene por delante el pragmático liderazgo de Putin.

En fin, la obra de Martín Baña posee varias virtudes para acercarse a la comprensión de un proceso histórico tan relevante como reciente y de indisimulable actualidad. Presenta una mirada compleja, que pone en interacción diferentes dimensiones y factores, con particular atención a los aspectos sociales y culturales. Al mismo tiempo, tiene un relato claro y preciso, sin renunciar a la solidez historiográfica, sustentada en el amplio campo de obras con las que se dialoga a lo largo del texto y que son referenciadas, con comentarios orientadores, en el apartado bibliográfico.

Matías Rodríguez Metral
CFE, Administración Nacional de
Educación Pública, Uruguay

Natalia Milanesio. *El destape. La cultura sexual en la Argentina después de la dictadura*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2021, 256 pp.

El destape. La cultura sexual en la Argentina después de la dictadura, escrito por la historiadora Natalia Milanesio, se ubica en el cruce de la historia argentina reciente, la historia de la sexualidad y los estudios culturales y se propone como objetivo central comprender el proceso de sexualización de los medios de comunicación y la cultura popular argentina —el llamado «destape»— en la década del ochenta. Valiéndose de un amplio conjunto de fuentes como la prensa escrita, los archivos televisivos y cinematográficos, la literatura y la realización de entrevistas, Milanesio desentraña las transformaciones en los modos en que los argentinos pensaban, sentían y experimentaban la sexualidad durante la transición democrática. El fenómeno socio-cultural del «destape», muestra la investigación, consistió en una acelerada circulación de discursos y representaciones en torno al sexo que en la última dictadura habían sido infrecuentes por ser considerados inmorales.

La obra es resultado de la cada vez mayor extensión temática de los estudios sobre historia reciente e incorpora dos dimensiones novedosas a este corpus de investigaciones: por un lado, abre un horizonte de preguntas en torno a la transición democrática poniendo el foco en las representaciones y prácticas socioculturales centradas en la sexualidad y el erotismo; por otro, se postula como una indagación pionera sobre los años ochenta como momento de configuraciones histórico-culturales específicas. Tal como sugiere la autora, si la historiografía argentina que se ha ocupado de estudiar el pasado reciente se había concentrado mayormente en el recorte que empezaba en los años de radicalización de los sesenta y setenta y culminaba en el fin de la última dictadura, los ochenta se revelaban en buena medida como una historia por hacerse. En ese sentido, la publicación de *El destape...*, representa un primer intento por investigar, serializar y explicar con datos empíricos algunos aspectos nodales de la historia cultural argentina de la década de los ochenta.

En la introducción del libro, Milanesio señala una distinción que resulta clave para el resto de los capítulos, la del destape como categoría nativa y analítica. Mientras que la primera refiere a la conceptualización que hacían los actores de la época sobre el *boom* de la sexualidad y se restringe exclusivamente a la erotización de contenidos de los medios de comunicación, la categoría analítica del destape ampliaría esa noción e incluiría el surgimiento de otros «destapes» vinculados a las mujeres, las organizaciones feministas, las disidencias sexuales, los sexólogos, los educadores sexuales y los expertos en planificación familiar. Partir de esa diferenciación le permite a la autora identificar los puntos de contacto entre los fenómenos de la cultura de masas, las dinámicas propias de los medios de comunicación, y los procesos de subjetivación de movimientos de mujeres y disidencias sexuales.

El primer capítulo, «El regreso de la democracia y la sexualización de los medios y la cultura», se centra en el destape mediático. Haciendo un paralelismo entre los mecanismos de censura del régimen militar y la distensión de estas medidas a partir de 1981, la autora define al destape como una ofensiva al tipo de moral cristiano y familiar que fomentaba la dictadura. Según muestra la historiadora, esta explosión sexual en el campo de la cultura (materializada en la aparición de desnudos frontales y escenas de sexo en obras teatrales, el estreno de films *soft porn*, el surgimiento de performances stripteases, revistas eróticas y comedias televisivas picarescas) encontró reacciones tanto a favor como en contra. Mientras que los medios asociaban el destape con el progreso social y la modernización, los grupos católicos (miembros de la Conferencia Episcopal Argentina, la Liga por la Decencia, la Liga de Madres de Familia, entre otras) lo consideraban una amenaza moral para la familia y la nación. Ambos posicionamientos tuvieron efectos concretos en la transición democrática: por un lado, los medios se beneficiaron del éxito comercial

sin precedentes de revistas que tenían aprehensión por el género sexual; por otro, los católicos lograron ocupar cargos en algunas dependencias estatales (como en el Ente de Calificación Cinematográfica) para limitar la proyección de películas que consideraban provocativas.

En el siguiente capítulo, «¿Un verdadero desafío a la cultura sexual tradicional?», Milanesio se circunscribe al destape de las mujeres. Este apartado argumenta que el destape femenino no fue unilineal ni homogéneo. En cambio, le presentó contradicciones tanto a los sectores progresistas como reaccionarios. En efecto, la autora sostiene que si bien en los medios se hablaba sobre sexualidad en un tono aparentemente emancipador y celebratorio (por caso, revistas como *Mujer 10* y *Claudia* impulsaban a sus lectoras al goce sexual y a celebrar los ochenta como la «década mundial del orgasmo»), en paralelo, las publicidades televisivas objetualizaban el cuerpo femenino (destacando visualmente partes específicas, como la cola) y bromeaban con la violencia de género (tal como sucedió en el famoso *spot* publicitario de piña colada «Dame una piña»). El capítulo también pone en evidencia ciertos sesgos del destape de las mujeres, como el hecho de que las imágenes femeninas que circulaban eran heterosexuales y destinadas exclusivamente a un público masculino.

Si la dictadura estableció un paradigma que ligaba el sexo con el amor y la función reproductiva (lo que, de todas formas, también era habitual en las organizaciones armadas de izquierda), el libro muestra que el regreso de la democracia implicó una ruptura con esa idea setentista. En los capítulos «Sexo en democracia. El destape, la sexología y la búsqueda del placer» y «La planificación familiar, la educación sexual y la reconstrucción de la democracia», Milanesio explora la consolidación de tres campos profesionales indicativos de los cambios en la concepción de la sexualidad en los

ochenta: la sexología, la planificación familiar y la educación sexual. La principal novedad del destape en estos ámbitos, señala la autora, fue la mediatización de contenidos que antes se limitaban al campo médico. Por primera vez, los discursos de los sexólogos, los expertos en planificación familiar y los educadores sexuales estaban al alcance de todos (en la televisión, en las revistas, en los sondeos que se realizaban en la vía pública). Ambos capítulos postulan que estos profesionales vincularon el sexo con el placer y la liberación personal, así como también defendieron los derechos de las mujeres y orientaron sus demandas al Estado.

El capítulo final, «El otro destape. Feministas, activistas gays y lesbianas y la lucha por los derechos sexuales», está centrado en cómo el activismo de mujeres feministas y de disidencias sexuales amplió la noción de democracia, incorporando el género y la sexualidad como dimensiones fundamentales. En la década del ochenta, muestra Milanesio, estos actores introdujeron una agenda novedosa de temas tales como la denuncia contra la homofobia y el patriarcado, el acceso igualitario a los métodos anticonceptivos, la libertad sexual y la interrupción legal del embarazo. Además de oponerse al «destape mediático» por considerarlo promotor de la subordinación femenina y la heteronormatividad, organizaciones como ATEM Mujeres, la Comunidad Homosexual Argentina y el Grupo de Reflexión de Lesbianas advirtieron tempranamente acerca de los límites de la apertura democrática en materia de derechos sexuales. El capítulo conecta con el epílogo del libro, en donde la autora —sugiriendo un contrapunto entre los años ochenta y el presente— reflexiona sobre las transformaciones no siempre acompañadas del campo jurídico y del campo cultural.

Paola Benassai

Universidad Nacional de San Martín,
Argentina

Eventos

III Congreso de la Asociación Uruguaya de Historiadores (AUDHI)
 «La Historia en tiempos de crisis: viejos y nuevos desafíos del oficio»

De forma concomitante a la progresiva apertura de las actividades presenciales, el miércoles 29 y el jueves 30 de setiembre de 2021 se llevó a cabo el tercer congreso de la Asociación Uruguaya de Historiadores (AUDHI), titulado «La Historia en tiempos de crisis: viejos y nuevos desafíos del oficio». El comité académico que lo organizó estuvo integrado por Vania Markarian, Wilson González, Andrés Azpiroz, Carolina Cerrano, Diego Sempol, Fernando Aguerre, Gerardo Caetano y Ana Frega. La actividad contó con el apoyo de la Dirección Nacional de Cultura del Ministerio de Educación y Cultura, del Museo Histórico Nacional (MHN), de la Universidad de Montevideo (UM) y de la Universidad de la República (Udelar). El congreso se desarrolló en dos locaciones durante dos turnos. Las mesas de la mañana tuvieron lugar en dos sedes del MHN —Casa Rivera y Casa Giró—, mientras que las vespertinas se llevaron a cabo en el espacio Sinergia Ejido, de la UM.

El congreso incluyó 42 ponencias y fueron siete los ejes temáticos alrededor de los cuales giraron las discusiones. El primer eje, «Usos del pasado: entre la historia y la memoria», fue coordinado por Laura Reali y José Rilla. El segundo, «Nuevos estudios sobre el pasado reciente», fue coordinado por Daniel Corbo y Javier Correa Morales. Jimena Alonso y María Eugenia Jung coordinaron el tercer eje, «Izquierdas y derechas: repensando un campo de estudios», mientras que Leonor Berná, Daniel Fessler y Santiago Medero, coordinaron el cuarto eje,

«Saberes y poderes del Estado». El quinto eje, «Patrimonios documentales: colecciones, archivos, museos» fue el que contó con más ponencias, dividiéndose en dos instancias coordinadas por Andrés Azpiroz y Carolina Porley. El sexto eje, «Género, feminismos, disidencias», fue coordinado por Lourdes Peruchena y Lucía Martínez, y Gerardo Caetano y María Inés Moraes hicieron lo propio con el eje 7, «Economía, política y sociedad en tiempos de crisis».

Como ya es habitual en este evento académico bienal que organiza AUDHI, se trató de una oportunidad para entablar discusiones fructíferas entre investigadores de variadas pertenencias institucionales y grados de formación, de universidades públicas y privadas, y que se desempeñan en Montevideo y el interior del país. Sin embargo, la situación de emergencia sanitaria mundial por la pandemia de covid-19 desplegó nuevos desafíos a la práctica del oficio. En lo que refiere a la presentación y discusión de avances de investigaciones, las dificultades en los traslados y la comparecencia presencial de algunos ponentes se vio subsanada por la incorporación de vías de comunicación virtual. La asistencia, en cambio, fue plenamente presencial, y los congresales disfrutaron no solo de las excelentes ponencias y comentarios, sino también de haber recuperado las conversaciones de pasillo y en recesos de café, en momentos en que la educación terciaria y buena parte de la actividad académica continuaba desarrollándose de modo virtual.

El congreso contó además con una conferencia central al término de su primera jornada, dictada por Rafael Mandressi titulada «Médicos, medicina, poderes y sociedad: cartografía crítica», la única actividad que fue transmitida en vivo por el canal de Youtube de AUDHI.¹ El historiador de la medicina y los médicos trazó un recorrido por la historia de la profesionalización del campo desde comienzos del siglo XX hasta el presente. Mandressi hizo énfasis en la reivindicación de la especificidad del oficio de historiador, en contraposición a una historia de la medicina médico-céntrica, cuyo modelo fue el proyecto Sigerist, que podría estar resurgiendo en los últimos años y que, pese a las innovaciones de mediados de siglo XX, sigue vigente. Así, desafiando las expectativas de quienes buscan en el pasado pautas para la actuación en el presente, concluyó que el estudio de la historia no puede aportar casi nada a la comprensión del presente pandémico, porque no es un pasado disponible para su uso en la toma de decisiones políticas o bioéticas. Estas reflexiones aportadas por Mandressi pusieron de manifiesto la reactualización de un viejo desafío del oficio del historiador, como es la demanda por parte de algunos actores contemporáneos de una «historia maestra de la vida», al decir de Koselleck.²

Algunos de los ejes planteados versaron precisamente sobre temáticas afines a la planteada por Mandressi. En el eje 1, las ponencias exploraron las representaciones del pasado en el espacio rioplatense como espacios de disputa,

de construcción de identificaciones colectivas, de legitimación de proyectos políticos, o de denuncia. Buena parte de las ponencias repasaron las apropiaciones y querellas en torno al período de las guerras de independencias, en distintos contextos, desde el segundo tercio del siglo XIX hasta el presente.³ Así, el *uso político* de la historia fue uno de los problemas centrales, algo que se destacó en el caso del análisis propuesto en la ponencia de Edgardo Manero y Laura Reali, titulada «Usos del pasado durante la pandemia en América Latina: el caso argentino», en la que abordaron la apelación al pasado nacional en el contexto de la crisis sanitaria global. El otro pasado abordado por algunas de las ponencias fue el período de las dictaduras del Cono Sur, y el otro gran asunto que se constituyó en un eje transversal en la mesa fue el de las memorias.⁴

También desde temas afines a la conferencia, el eje 4 abordó las articulaciones y tensiones entre los saberes y poderes del Estado. Los y las autoras se interesaron por el proceso de construcción y consolidación del poder estatal en relación con el saber (estadístico, jurídico, médico, arquitectónico), acotando sus contribuciones al período comprendido en el primer siglo de vida del Estado oriental.⁵ Contó con interesantes ponencias y comentarios, se produjo un fermento intercambio entre los participantes, que evidenció la necesidad de potenciar el abordaje historiográfico de la historia de los saberes y las disciplinas. La tensión entre los discursos y las prácticas, y los intersticios de acción autónoma que dejaban las pretensiones hegemónicas

1 La conferencia está disponible en <https://youtu.be/Ox7gNoeEdzg>.

2 Koselleck, R. (1993). *Historia Magistra Vitae*. En: *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos* (pp. 41-66). Barcelona: Paidós.

3 Me refiero a las ponencias de Matías Borba, «Compartiendo el refugio: la participación de intelectuales exiliados paraguayos en los homenajes artiguistas en el IINGU (1950)»; de Matías Emiliano Casas, el «Las agrupaciones gauchescas y los próceres de la patria. Intervenciones, relecturas y proyectos sobre la composición del panteón uruguayo (1894-1913)»; Clarel de los Santos, «Memorias fundacionales. Representaciones e identidades en Uruguay independiente (1830-1850)», y de José Rilla, «Artigas ha vuelto. Geometrías del uso del pasado».

4 Las otras dos ponencias del eje fueron la de Darlisse Gonçalves, titulada «De los subterráneos de una ciudad sin pasado surgen las memorias que hacen eco en los silencios de la frontera», y la de Javier Rodríguez, «Isaiah Berlín: filósofo de la historia».

5 Se destacaron en este sentido las ponencias de Raquel Pollero, «La organización de la estadística en el proceso de construcción del poder estatal. Un estudio sobre su desarrollo institucional», y de Santiago Medero, «Arquitectura, territorio y «gubernamentalidad». El caso de los hospitales públicos en las primeras décadas del siglo XX en Uruguay».

de las políticas estatales, fueron un eje articulador de algunas de las ponencias.⁶ Asimismo, la idea de una geografía nacional en construcción, con territorialidades muy alejadas de los centros de poder incipientes, fueron una tónica común en varias presentaciones. La convocatoria apuntó a poner en cuestión la idea de un Estado homogéneo. En esa línea, la ponencia de Lourdes Peruchena, titulada «De qué hablo cuando hablo de Estado maternal. Repensando el Estado batllista en clave de género», quien propuso teorizar el Estado batllista como «maternal» en lugar de «paternal», abrió nuevas preguntas y debates.

Con una temática afín a la consigna del congreso también se planteó el eje 7, que se propuso articular contribuciones sobre las respuestas ensayadas por distintos actores sociales, políticos y técnicos frente a coyunturas de crisis, tales como guerras, epidemias o crisis económicas. El conjunto de asuntos y el arco temporal cubiertos por las ponencias demostraron la versatilidad y productividad del planteo, que reunió ponencias sobre eventos bélicos, plagas agropecuarias, y crisis económicas.⁷ Un asunto central que recorrió este conjunto de trabajos fue la idea de incertidumbre y de futuro abierto, característico de las coyunturas críticas. Si bien, como dejó sentado Mandressi, quienes buscan en la historia argumentos para justificar sus ac-

ciones presentes, no encontrarán por parte de los historiadores profesionales más que una rotunda mirada desautorizante, la actual situación de crisis hace que cobre más vigor que nunca la noción de contingencia como herramienta de análisis de la historiografía.

Por otro lado, los demás ejes planteados en el congreso procuraron contribuir a repensar campos de estudios que han tenido un importante desarrollo en las últimas décadas. En el eje 3, seis ponencias abordaron organizaciones y redes políticas de izquierdas y derechas de Uruguay y Argentina, abarcando distintos momentos del siglo XX. La mesa pretendió generar un debate sobre la dimensión relacional de las izquierdas y derechas, sus interrelaciones, co-constituciones, tránsitos, pasajes y contaminaciones recíprocas, de modo de tender puentes entre campos que se han desarrollado significativamente en las últimas décadas, pero en paralelo. Buena parte de las ponencias problematizaron de forma más o menos explícita las tensiones en el empleo analítico —y en ocasiones también nativo— de estas categorías en relación con un mismo objeto.⁸ Otras, abordaron asuntos problemáticos dentro de su campo, como la relación entre las izquierdas y los intelectuales en los sesenta,⁹ el vínculo con el feminismo de los ochenta,¹⁰ los efectos del

- 6 Así, por ejemplo, Nicolás Duffau y Andrés Azpiroz disertaron sobre los «Alcaldes, justicia local y construcción estatal. La justicia de «proximidad» en el departamento de Paysandú a inicios del período republicano, 1829-1838», y Sebastián Ribero Scirgalea lo hizo sobre «El poder médico y la afirmación de la autoridad estatal. Los médicos de policía en Colonia (1860-1908)».
- 7 Las ponencias presentadas fueron «Montevideo ante las Invasiones Inglesas. Una situación límite», a cargo de Juan Carlos Luzuriaga; Guido Quintela presentó «Primeros apuntes sobre la experiencia de la Legión Italiana de Montevideo durante el Sitio Grande (1843-1851)»; Carolina Cerrano, «Uruguay en la conferencia económica y monetaria de Londres (1933)»; Juan Pablo Martí, «Entre la promoción y la represión. Las cooperativas y la política económica de la dictadura en Uruguay (1973-1984)», y Javier Rodríguez Weber, «El orgullo de haber sido y el dolor de ya no ser. El rezago económico y sus intérpretes».
- 8 Así lo hizo Sergio Friedemann para el caso del peronismo, en su trabajo titulado «Izquierda y derecha peronista como categorías de análisis o 34 días de disputa institucional en torno a la Universidad de Buenos Aires (1974)». También Matías Rodríguez Metral, en este caso para abordar un sector del Partido Colorado, con su ponencia titulada «Ante el abismo. Las respuestas de la Lista 15 a la crisis y la derrota electoral (1955-1963)».
- 9 Me refiero a la ponencia de Franco Morosoli, titulada «El intelectual como agente revolucionario: el surgimiento del Frente Antiimperialista de Trabajadores de la Cultura (Argentina, 1968)», y a la de Pablo Messina, titulada «De Época al Cuesta-Duarte: Itinerarios dependencistas en Uruguay».
- 10 Diego Grauer presentó su trabajo titulado «Frente Amplio y movimiento feminista. Disputas y transformaciones en la izquierda, 1989-1994».

neoliberalismo,¹¹ o la derecha y sus discursos identitarios.¹²

En el eje 2, la convocatoria se centró en la renovación del campo de estudios del pasado reciente, con el foco en nuevos sujetos, en la diversidad de enfoques y en la reconsideración de las temporalidades. Las ponencias presentadas cumplieron con la expectativa con nuevas contribuciones que, por ejemplo, permiten continuar la exploración de los matices dentro de los actores del campo conservador. Así lo hizo Javier Correa, enriqueciendo desde un enfoque local y microanalítico la discusión sobre la crisis de los partidos políticos en la coyuntura previa al golpe de Estado en Uruguay.¹³ También se hizo énfasis en las tensiones políticas dentro del elenco gobernante durante la dictadura, en especial en lo que refiere a la política educativa.¹⁴ La mesa contó además con dos ponencias sobre los ochenta y noventa, que trascendieron el espacio uruguayo, lo que suscitó a su vez la reflexión sobre las temporalidades del pasado reciente.¹⁵

El eje 6 supuso asimismo una vocación de síntesis y apertura a nuevas perspectivas sobre

el género, los feminismos y las disidencias. Las ponencias presentadas abarcaron los siglos XIX y las primeras seis décadas del XX, incorporando contribuciones centradas en el discurso médico,¹⁶ las políticas públicas¹⁷ y la confluencia de ideas sobre el género con las izquierdas, ya fuesen las anarquistas de principios de siglo o las latinoamericanistas de los sesenta globales.¹⁸ Las ponencias del eje han dado cuenta de un acumulado del campo en la academia uruguaya, y de la consolidación de los estudios de género, en su matriz interdisciplinaria. La incorporación de los estudios de las masculinidades,¹⁹ como parte de la perspectiva de género, constituye una muy bienvenida novedad en la producción académica local, atendiendo a la dimensión relacional de esa categoría.

Por último, el eje 5 del congreso incluyó nueve ponencias que se organizaron en dos instancias. Se caracterizó por la confluencia de representantes de diversas instituciones abocadas a la conservación, estudio y difusión del patrimonio documental, además de investigadores del ámbito universitario. Varias ponencias presentaron una reflexión en torno a la historia y el estado de situación de determinados fon-

-
- 11 En los trabajos de Messina y Grauer, las contribuciones permitieron acercarse al asunto de los efectos del neoliberalismo sobre el campo de las izquierdas, tanto en las trayectorias intelectuales como en los movimientos sociales.
- 12 El trabajo de Carolina Cerrano y José Antonio Saravia se centró en «El discurso del Partido Nacional en sus campañas presidenciales de 1922, 1926 y 1930», especialmente en la figura de Herrera, y su *locus* ideológico en relación con otros actores dentro y fuera del Partido Nacional.
- 13 La ponencia de Javier Correa se tituló «Crisis política y órganos legislativos departamentales en la coyuntura previa al golpe de Estado».
- 14 Leonor Berná exploró «Las matrices conservadoras y desarrollistas en la reforma de la enseñanza media de 1976».
- 15 María José Bolaña presentó un trabajo titulado «De Mundo Afro a la Conferencia Mundial contra el Racismo (1988-2001): identidad y movilización política en la lucha contra el racismo y sus consecuencias en América Latina». Desde Chile participó Danny González, con su ponencia «¿Cómo nos han contado la transición a la democracia en Chile?: política e historiografía».
- 16 Laura Osta presentó la ponencia titulada «Historias de cuerpos disciplinados por el discurso médico del siglo XIX. Las amas de leche del Asilo de Expósitos y Huérfanos de Montevideo».
- 17 Silvana Maubrigades y Malena Montano presentaron su ponencia titulada «La «cuestión femenina» en las discusiones parlamentarias sobre regulación salarial en Uruguay entre 1912 y 1947».
- 18 Lucía Mariño presentó su trabajo titulado ««Hay que ser hombres». Una aproximación a las masculinidades en el anarquismo en las primeras décadas del siglo XX», mientras que Marina Franco presentó su ponencia titulada «¡Basta!: Meri Franco-Lao y su activismo latinoamericanista en los sesenta globales».
- 19 Me refiero al mencionado trabajo de Lucía Mariño, y al de Maximiliano Zito, titulado «Hombres de acción y de carácter: Un análisis de las masculinidades en el “Uruguay Feliz” a través de la publicidad en la prensa gráfica (1950-1954)».

dos documentales o acervos.²⁰ Otros trabajos aspiraron a plantear la discusión sobre actores invisibilizados y la necesidad de preservar y recuperar documentos para reconstruir su historia.²¹ Otro conjunto de trabajos exploró trayectorias intelectuales y artísticas a partir del rastreo y análisis de los archivos personales y públicos.²² Finalmente, tres ponencias abordaron la historia de la construcción del campo museístico, las figuras centrales en estos espacios y los procesos de conformación de los acervos y propuestas didácticas.²³

Este escueto repaso de algunos temas y problemas tratados en el congreso ha debido dejar afuera, por motivos de espacio, la importante labor de los comentaristas de las ponencias, engranajes esenciales en la motorización de los debates.

Las y los historiadores encontraron en el evento una oportunidad para dialogar sobre los desafíos que la actual coyuntura de crisis ha planteado al oficio. Las pretensiones por parte de los actores políticos contemporáneos de hacer un uso político de la historia, la compleja trama de relaciones entre el saber y el poder, y el estudio de las siempre inciertas respuestas humanas a las situaciones críticas, fueron algunos de los temas abordados. Además, se trabajó sobre algunos de los caminos de renovación emprendidos en determinados campos de estudios de amplio desarrollo en las últimas décadas, como los de las izquierdas y derechas, la historia reciente, el género y las disidencias, y los patrimonios documentales.

Maite Iglesias Schol

-
- 20 Por ejemplo, Alexandra Nóvoa, Mauricio Bruno, Ana Laura Cirio y Gabriel García, con su ponencia titulada «Las fotografías históricas del Municipio de Montevideo. Historia institucional y su actual gestión por el Centro de Fotografía»; y Alfredo Alzugarat, con «Archivos literarios y bibliotecas particulares en la Biblioteca Nacional: una obligación con el pasado y un desafío al futuro».
- 21 Así, Eliana Crusi disertó sobre el proyecto de extensión llevado a cabo en el Hospital Vilardebó, con su ponencia titulada «La (Re) construcción del Archivo del Espacio de Recuperación del Hospital Vilardebó: un relato desde la extensión universitaria», y Milita Alfaro y Belén Pafundi presentaron su trabajo sobre «Carnaval en Anáforas. Notas sobre el proceso de patrimonialización documental de la fiesta».
- 22 Se trata de «Biografía militante de un cineasta profesional. Los archivos fílmicos de Ferruccio Musitelli (1947-1973)», trabajo presentado por Isabel Wschebor, y el de Analaura Collazo, titulado «El libro o álbum de recortes de prensa: construcción de intelectuales», enfocado en la labor de Horacio Arredondo.
- 23 Daniela Tomeo presentó la ponencia titulada «Antes del Museo: las galerías de arte de la intendencia montevideana»; María Elida Blasco, «Los museos históricos, sus nombres y sus colecciones, reflexiones en torno a la construcción de objetos culturales versátiles (Argentina, 1889-1955)»; y Carolina Porley presentó su trabajo titulado «Coleccionismo público y privado en Uruguay. Círculos virtuosos y cortocircuitos en la formación del acervo museístico».

5.º Congreso de Historia Intelectual de América Latina (CHIAL).
Montevideo, 1, 2 y 3 de diciembre de 2021

Diciembre de 2022 fue el mes del 5.º Congreso de Historia Intelectual de América Latina (CHIAL), que se celebró en Montevideo de forma presencial luego de dos años atípicos de emergencia sanitaria y virtualidad que obligaron a suspender el encuentro que estaba originalmente programado para fines del 2021.

El 5.º CHIAL fue organizado por el Archivo General de la Universidad de la República (AGU) y significó para gran parte de los asistentes un reencuentro esperado y muy valioso para el intercambio de ideas. El centro reunió a más de 150 asistentes de varios países de la región como Argentina, México, Brasil y Colombia.

A más de una década del primer CHIAL, el objetivo de este encuentro, en palabras de Vania Markarian, era en parte «mostrar cómo se practica realmente —completamente— la historia intelectual en nuestros países; ese campo enorme, gran paraguas donde nos hemos alojado». Para abarcar esa diversidad del área de estudio, se trabajó para lograr un equilibrio en la representación geográfica e institucional de los ponentes, que presentaron trabajos en los 16 diferentes ejes temáticos que se encuentran a continuación.

Redes y comunidades del pensamiento latinoamericano. Con el objetivo de explorar las trayectorias de diferentes redes políticas, intelectuales y culturales de América Latina y problematizar la noción de un *pensamiento latinoamericano*, los coordinadores Martín Bergel (UNSAM, UNQ y Conicet) y Aldo Marchesi (Universidad de la República [Udelar]) gestionaron tres mesas de ponencias entre las que se habló de redes de cooperación en diferentes ámbitos como la tecnología y la arquitectura.

Trayectorias y biografías intelectuales. Patricio Arriagada (PUC/UFRT), Jimena Caravaca (IDES, Conicet) y Lidiane Rodrigues (UFSCar) llevaron adelante este eje, en el que participaron más de 15 investigadores. El análisis de trayectorias

y biografías intelectuales es uno de los temas más fructíferos de la historia intelectual y en esta ocasión se presentaron trabajos de diferentes enfoques teóricos y metodológicos sobre figuras individuales como Adolfo Berro García, Antonio Cafiero, João Leonir Dall Alba y también colectivas como por ejemplo el trabajo presentado sobre intelectuales *kirchneristas*.

Derechas. El fin de la llamada «era progresista» en América Latina y el avance de las derechas han aumentado el interés por el estudio de estas ideas y han avanzado el proceso de consolidación de este campo de estudio en la región. En este eje contamos con el apoyo de los coordinadores Magdalena Broquetas (Udelar), Rodrigo Patto (UFMG) y Pablo Stefanoni (Cedinci) y la participación de ponentes de Chile, Argentina y Uruguay.

Izquierdas. Para este eje se llamó a la presentación de trabajos que abordaran las disputas ideológicas y los debates políticos de las izquierdas en América Latina, además de los espacios de producción intelectual de los diferentes partidos. En una mesa particularmente internacional, siete ponentes de México, Chile, Argentina y Colombia presentaron sus trabajos relacionados a la revolución cubana, las organizaciones de izquierda durante los regímenes dictatoriales de la región, la estrategia de debate político de estos partidos, entre otros temas. Además, este eje contó con la participación y coordinación de Adrián Celentano (UNLP), Ricardo Martínez Mazzola (UBA, UNSAM, Conicet), Ana Trucco (Cedinci, Conicet) y Jaime Yaffé (Udelar).

Historia de las ciencias. Las ciencias sociales, la filosofía y la religión fueron protagonistas de los trabajos presentados en las dos mesas de este eje coordinado por Alejandro Blanco (UNQ, Conicet), Luiz Carlos Jackson (USP) y María Laura Martínez (Udelar). Las ponencias presentadas en estas sesiones y las conversaciones que les siguieron estuvieron enfocadas en el

estudio de las diversas manifestaciones de la actividad científica de estas disciplinas, desde trayectorias personales de figuras relacionadas al área hasta procesos de institucionalización de los campos de estudio.

Trayectorias, redes e instituciones educativas. Los estudios sobre la educación desde el campo de la historia intelectual siempre han tenido un lugar destacado y este eje coordinado por Flavia Fiorucci (UNQ, Conicet) y Antonio Romano (Udelar) se propuso reunir abordajes acerca de la educación como asunto de reflexión política y cultural en diferentes momentos históricos, además de trabajos con un foco en redes intelectuales e institucionales. Las ponencias presentadas conformaron mesas de temáticas diversas, desde el análisis de la implementación de una educación sexual integral en Argentina hasta investigaciones sobre la profesión de magisterio en Uruguay.

Mundo impreso e historia intelectual. Adriana Petra (UNSAM, Conicet), Ezequiel Saferstein (Cedinci, Conicet) y Gustavo Sorá (UNC, Conicet) fueron quienes coordinaron este eje en el que participaron ponencias de Ecuador, Argentina, Brasil, Chile y Colombia. Las bibliotecas y publicaciones de diferentes países sirvieron para adentrarse en diversos temas como ciencias sociales, filosofía, religión o política. Las tres mesas pertenecientes a este eje sirvieron para explorar y analizar la relación entre lo impreso y la producción y circulación de ideas en la historia.

Cine y tecnologías audiovisuales: perspectiva desde la historia intelectual. No es algo nuevo que el cine y los registros audiovisuales se usen como fuente de investigación en diferentes campos de estudio, sin embargo es menos frecuente la investigación sobre las condiciones que inciden en la configuración final de esos productos audiovisuales. En este eje —coordinado por Mariano Mestman (UBA, Conicet), Inés de Torres (Udelar) y Georgina Torello (Udelar)— se llamó a la presentación de trabajos que vincularan la historia cultural del cine con su historia

institucional, tecnológica e intelectual. Es así que se conformó una mesa de ponencias sobre producción de cine y televisión en Uruguay, con trabajos que abarcaron desde la década del cincuenta hasta la actualidad.

Artistas e intelectuales. La historia del arte y la historia intelectual se han cruzado en múltiples investigaciones y trabajos académicos. Desde este eje se convocó a la presentación de ponencias sobre temas que abordaran esos espacios de intersección entre los campos de estudio, como por ejemplo trayectorias de artistas, vínculos entre arte y movimientos sociales o institucionalización de prácticas artísticas. Laura Malosetti (UNSAM, Conicet), Gabriel Peluffo y Elisa Pérez Bucheli (Udelar) fueron quienes coordinaron este eje, compuesto por dos mesas que reunieron investigadores de cinco países de América Latina.

Género, feminismos e historia intelectual. Con la colaboración de las coordinadoras Isabella Cosse (UBA, Conicet) e Inés Cuadro (Udelar) se configuró este eje que reunió ponencias de España, Argentina y Estados Unidos sobre trayectorias de mujeres y feminismos en América Latina, puntualmente Argentina y México. Si bien la perspectiva de género han permeado disciplinas y el enfoque estuvo presente en ponencias de otros ejes, aquí buscamos generar un espacio para trabajos que se propusieran pensar, por ejemplo, la división sexual del trabajo intelectual y las desigualdades de género en el campo, así como también los aportes del feminismo y los estudios de género en la agenda historiográfica.

Memorias de guerra y revolución: estudios desde la historia intelectual. Este eje se propuso como un espacio de estudio y análisis de las producciones culturales e intelectuales que se han configurado a partir de las revoluciones, las guerras y los conflictos armados latinoamericanos, que han configurado el escenario político y social del continente. Vera Carnovale (Cedinci, Conicet), Ivette Lozoya (UV) y Laura Reali (Universidad Paris 7) coordinaron las dos mesas del eje en

las que se presentaron ponencias que exploraron temas como el concepto de nacionalismo, la figura de los guerreros y las trayectorias intelectuales de diferentes períodos de conflicto.

Historiografía e historia intelectual: temas, problemas y dilemas de una práctica. Ana Clarisa Agüero (UNC, Conicet), Nicolás Duffau (Udelar), Diego García (UNC) y Fabio Wasserman (UBA, Conicet) coordinaron este eje que funcionó como un espacio para aquellas ponencias que se propusieron adentrarse en el análisis de las cuestiones conceptuales y de método que atraviesan la disciplina en general y por otro lado las que hicieron un ejercicio de historia intelectual sobre la historia o teoría de la historiografía.

Problemas de recepción y circulación de ideas en la historia intelectual. En una mesa conformada por ponentes de Argentina y Brasil, este eje reunió aquellos trabajos que se dedicaron a investigar la recepción y circulación internacional de las ideas a través de casos concretos de la región. La sesión permitió también explorar y debatir sobre las particularidades de América Latina en lo que refiere a este campo de estudio. En este caso, la coordinación estuvo a cargo de un equipo conformado por Ignacio Barbeito (UNC), Mariana Canavese (UBA, Cedinci, Conicet) y Daniel Sazbón (UBA, UNAJ, UNLP).

Historia conceptual en Iberoamérica: perspectivas y problemas. Este eje coordinado por Gerardo Caetano (Udelar), Gabriel Entín (UdeCh, Conicet), Claudio Ingerflom (UNSAM) y Elías Palti (UNQ, UBA, Conicet) reunió los trabajos que se enfocaron en debatir aspectos teóricos y metodológicos de la historia conceptual y en analizar el estado actual de la investigación historiográfica en América Latina. Es así que se conformaron tres mesas de presentaciones en las que tomó gran protagonismo la trayectoria de Hans Blumenberg, así como los estudios sobre el alcance de la religión en México, presentados por colegas de este país.

Las revistas culturales en la encrucijada de la historia intelectual. En las últimas décadas, las revistas culturales han sido claves para aquellos investigadores que buscan reconstruir la circulación de las ideas en diferentes períodos. Este eje fue una convocatoria a ponencias que reflexionaran sobre las ventajas y las problemáticas de los estudios de historia intelectual y de trayectorias intelectuales a través de estas revistas. Natalia Bustelo (Cedinci, Conicet), Laura Fernández Cordero (Cedinci, Conicet) y Carla Galfione (UNC, Conicet) estuvieron a cargo del eje, que con más de veinte investigadores configuró el núcleo temático más numeroso del encuentro. Las propuestas fueron diversas en sus temáticas, abordando desde publicaciones puntuales sobre arte, filosofía o educación hasta aspectos relacionados a la desigualdad de género en el ámbito.

Archivos y fuentes para la historia intelectual en la era digital. Las coordinadoras Eugenia Sik (Cedinci) e Isabel Wschebor (Udelar) llevaron adelante este eje, propuesto como un espacio para operadores de archivos, especialistas en historia y equipos a cargo de documentación patrimonial, donde dialogar sobre las complejidades del trabajo para disponibilizar fondos documentales a distancia, derivados de su carácter diverso en cuanto a su volumen, tipos documentales, procedencias, entre otros factores. En esta mesa, ponentes de Argentina y de Uruguay presentaron sus experiencias con diferentes tipos de acervos.

Por fuera de los ejes temáticos hubo espacio para la presentación de libros, revistas y proyectos. Varios asistentes aprovecharon este encuentro para dialogar sobre trabajos publicados o para presentar ideas a futuro. La diversidad de temáticas de estos intercambios fue enorme; se habló tanto de producción intelectual de figuras puntuales —como Horacio Quiroga o José Carlos Mariátegui— como de análisis de procesos colectivos —por ejemplo, la historia de las protestas estudiantiles en Uruguay o la de mujeres intelectuales destacadas de la región—.

Además, se dio una presentación sobre los 25 años de *Prismas*, destacada revista de historia intelectual y los diálogos sobre proyectos rondaron en torno a diferentes temas, como las trayectorias de mujeres intelectuales en América Latina, las biografías de intelectuales vinculados a las izquierdas y la historia de la inequidad a nivel global.

Como conferencia inaugural del congreso, los asistentes tuvieron la oportunidad de escuchar a Claudio Lomnitz (Columbia University) en una conversación en torno a su libro *Nuestra América. Utopía y persistencia de una familia judía*. Participaron además de esta actividad Ana Clarisa Agüero (PHAC-Idacor; UNC, Conicet) y Adrián Gorelik (UNQ, Conicet), como comentaristas y moderadores de una charla que se dio en un salón lleno además de ser transmitida en vivo a través del canal de YouTube del 5.º CHIAL, donde se puede encontrar y acceder a demanda.

Nuestra América. Utopía y persistencia de una familia judía es un texto escrito por Lomnitz sobre un tema muy cercano y personal que es su propia familia y la trayectoria de ese núcleo desde principios del siglo XX hasta la ya más cercana década del setenta, cuando él mismo es parte del grupo y por consiguiente protagonista, lo que lleva a un final «hermosamente arriesgado —en palabras de Gorelik— en que Claudio ensaya una autobiografía y una descripción de su propia América y de su propia manera de ser judío en el mundo. Realmente un capítulo muy íntimo y muy shockeante por lo arriesgado de poner su propia historia».

El libro se articula, tal cual lo explica Jorge Myers en su reseña en *Prismas*, en torno a dos polos: el de las comunidades judías en el viejo mundo y por otra parte los intelectuales, comerciantes y empresarios en el nuevo mundo, con el eslabón Mariátegui articulando la relación entre estos dos polos.

A partir de las experiencias biográficas que expone el libro se pueden entablar discusiones sobre aspectos relacionados a la historia intelectual. Además, logra un compuesto único y original que se desprende de la conjunción de estas trayectorias en diálogo con su voz de protagonista y narrador. En la conferencia inaugural, Lomnitz expresó a propósito de esto: «No creo que se pueda escribir un libro sobre la familia de uno como historiador [...] las cosas sobre las que decidí escribir van de la mano de cosas sobre las que decidí no escribir y no estoy seguro si esas decisiones fueron todas tomadas como historiador, las decisiones de qué callarme o sobre dónde no quería entrar». Sin embargo, el proceso lo enfrentó a una contradicción: «Al mismo tiempo, cuando tienes cierta formación como historiador es imposible no escribir como historiador».

Además, Lomnitz aprovechó el espacio para conversar sobre el proceso de creación del libro: cómo fue el extenso camino de la investigación y luego de la escritura atravesado por esta particularidad de estar él mismo en los dos lados de la historia.

A lo largo de tres días, los salones del aula de la Universidad de la República en Montevideo estuvieron colmados de asistentes al 5.º CHIAL y alojaron este sinfín de actividades y charlas entre colegas de diferentes países que fue posible gracias a la colaboración de los integrantes tanto del comité académico como de organización, además de los coordinadores de ejes aquí mencionados y comentaristas que se integraron a las conversaciones con mucha dedicación.

Alana Constenla
Universidad de la República

Convocatorias a dossier
Contemporánea volumen 17, n.º 1, julio de 2023

Medio siglo después: La Guerra Fría latinoamericana y los golpes de Estado de 1973 en Uruguay y Chile

Coordinadores:
Marcelo Casals (Lateinamerika Institut, Freie Universität Berlin)
y Vania Markarian (Universidad de la República)

A medio siglo de los golpes de Estado que dieron inicio a largas dictaduras en Uruguay y Chile parece propicio observar ambos eventos en una historia más amplia en tiempos y espacios, la de la Guerra Fría latinoamericana. En los últimos años, una exitosa renovación historiográfica al norte y al sur del planeta ha propuesto una agenda de investigación abierta a la multidireccionalidad de aquellos procesos históricos que desembocaron en los nuevos autoritarismos de los 1970 en el subcontinente. También esta corriente ha puesto especial atención a la capacidad a ratos olvidada de los actores locales latinoamericanos para moldear sus propias condiciones y tejer desde ahí relaciones transnacionales de colaboración, incluyendo por supuesto a aquellos que se identificaron con los proyectos contrarrevolucionarios de ambas dictaduras. Haciendo pie en esa renovación, este dossier aspira a recibir textos que observen los golpes de Estado de 1973 en ambos países como resultados de procesos de acumulación histórica de larga duración, con énfasis en los sectores que coincidieron en la formulación de programas de transformación social que contravinieren las tradiciones democráticas desde fundamentos ideológicos y políticos con raíces rastreables en el devenir del siglo XX. Esta convocatoria está abierta asimismo a investigaciones de las dimensiones culturales y sociales de los regímenes resultantes en su capacidad para producir consenso y legitimidad para programas de transformación radical de sus respectivas sociedades, sin desatender el despliegue de represión y terror que suele señalarse como su rasgo más sobresaliente. Pretende a su vez fomentar la mirada comparativa y las perspectivas que observen la circulación transnacional de ideas, personas y recursos para entender la ola autoritaria en la región más allá de las fronteras nacionales. Aspira, por último, a convocar reflexiones acerca de las cambiantes miradas sobre estos temas, especialmente sobre la producción que desde las ciencias sociales y la historiografía se viene produciendo desde hace ya cinco décadas sobre aquellas temáticas que siguen abiertas en el debate público de las sociedades latinoamericanas del siglo XXI.

La presente convocatoria invita a investigadores que hayan trabajado o estén trabajando sobre este tema, en Uruguay o en la región, con el objetivo de enriquecer el campo de estudios y de aportar herramientas de análisis que contribuyan al debate público sobre temas de marcado interés, como el que nos convoca en esta oportunidad.

Presentación de originales

Los artículos deberán ser inéditos y tener entre 8000 y 10.000 palabras, incluyendo notas y bibliografía según reglas adjuntas. Se recibirán archivos en los formatos .doc, .odt y .rtf a <revistacontemporanea2020@gmail.com> con copia a los coordinadores del *dossier*: <vm119@caa.columbia.edu> y <marcelocasalsi@gmail.com> hasta el 15 de diciembre de 2022.

- Los autores deben enviar un cv abreviado (dos páginas) y sus datos de contacto. Se debe incluir un resumen de entre 100 y 150 palabras con una selección de cuatro palabras clave. El resumen y las palabras clave deben ser enviados en el idioma del artículo y en inglés.
- Los textos serán sometidos a arbitraje anónimo por dos especialistas en el tema si el Comité Editorial decide que coinciden con la línea general de la revista. Los árbitros tendrán tres semanas para la evaluación y recomendarán «publicar», «publicar con modificaciones» o «no publicar». Se enviarán sus argumentos a los autores, quienes, cuando corresponda, tendrán dos semanas para revisar sus textos.

También se recibirán

- reseñas de libros (entre 1000 y 1200 palabras; con énfasis en la descripción sobre la opinión; sin notas al pie) de textos publicados en los últimos cinco años que tengan que ver con la temática general de este número;
- ensayos bibliográficos (entre 3000 y 4000 palabras; con énfasis en la opinión sobre la descripción; con notas al pie según reglas adjuntas) que tengan que ver con la temática general de este número;
- reseñas de eventos (entre 2000 y 2500 palabras; con notas al pie según reglas adjuntas) vinculados al tema de este número y realizados en el año inmediatamente anterior a su publicación.

El Comité Editorial decidirá sobre la pertinencia de estas colaboraciones.

Formato

Todos los textos deberán estar en tipografía Times New Roman, tamaño 12, interlineado 1,5. Notas al pie en cuerpo 9. A efectos de facilitar el formato, sugerimos descargar la plantilla base donde figuran los estilos para las diferentes jerarquías y formatos de párrafo: <<https://drive.google.com/drive/folders/oB5anAs5hrkyDMWdWbmlDQrEwYWs?resourcekey=o-OFJkaBFEaNI0OYcv2JBC7w&usp=sharing>>.

Las citas textuales de menos de cuarenta palabras se incluirán entrecomilladas (sin cursivas) en el texto. Si superan esa extensión, aparecerán en párrafo aparte, sin comillas ni cursivas, en cuerpo de letra 10,5 con espaciado a izquierda y a derecha de 1,5 cm o en estilo «Cita», de la plantilla mencionada.

Al final de cada artículo se incluirá una lista de referencias bibliográficas y de bibliografía consultada.

La bibliografía y fuentes se citarán de acuerdo a las normas APA Uruguay (<<https://www.fhuce.edu.uy/index.php/gestion-y-servicios/biblioteca/noticias/9293-estilo-apa-guia-con-ejemplos-y-adaptaciones-para-uruguay>>), según se detalla en las *Pautas de Estilod de la FHCE* en <https://www.fhuce.edu.uy/images/comunicacion/imagenes-institucional/Identidad_grafica/PautasyProtocolos/Pautas_2022-02-01.pdf>.

Las reseñas de libros deben incluir el número de página en cada uno de los fragmentos citados.

Contemporánea es una revista académica de frecuencia semestral. Publica artículos en español, inglés y portugués sobre historia y problemas del siglo XX en América Latina. Se edita en Montevideo con apoyo de la Universidad de la República. Su contenido está indizado en Latindex. Versión digital (ISSN: 1688-9746) disponible en <<https://ojs.fhce.edu.uy/index.php/cont>>.

Comité editorial: Jimena Alonso, Pablo Alvira, Javier Correa, Inés Cuadro, Lucas D'Avenia, Gabriela González, María Eugenia Jung, Aldo Marchesi, Vania Markarian, Diego Sempol, Isabel Wschebor, Jaime Yaffé.